

ALONSO VIDAL

Poesía
Sonorense
Contemporánea

1930-1985



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA



POESIA SONORENSE CONTEMPORÁNEA

1930 - 1985

ALONSO VIDAL

*POESÍA SONORENSE
CONTEMPORÁNEA
1930 - 1985*



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO 1985

Primera edición: 1985

Para
Edmundo Valadés,
Carmen Montejo,
Abelardo Casanova
y
Alberto Dallal,
con amor

También
por su solidaridad
a
Elías Nandino
y Alfredo Cardona Peña

a
Pepe Revueltas
y
Efraín Huerta,
recordándolos

PRESENTACIÓN

Para el Gobierno del Estado constituye una enorme satisfacción la publicación del presente volumen en el que su autor, el poeta Alonso Vidal, ha hecho la primera recolección de la poesía contemporánea de Sonora, desde don Alfonso Iberri hasta los más jóvenes creadores de nuestros días.

Más que una obra de análisis crítico, bien podríamos afirmar que se trata de una reseña de nuestro acontecer poético, exhaustiva, y que consideramos será de gran utilidad para el conocimiento de las letras sonorenses.

Cumple así el Gobierno del Estado con una obligación fundamental: proveer a la comunidad sonorenses de los textos fundamentales de nuestros autores regionales. Con ello se pretende seguir enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestro pueblo.

Hermosillo, Son., junio de 1985

JUSTIFICACIÓN

En realidad la idea de conformar de manera ordenada y sistemática este trabajo, la tuve desde el momento mismo en que me di cuenta que de alguna manera estábamos solos en esto de incursionar, crear y escriturar poesía.

Este proceso en su quehacer casi callado, silencioso, en cierta forma padeció no solamente el filo de las murallas extrañas, sino que también sufrió la ignorancia, el desdén y hasta la burla de nuestros propios coterráneos. Todavía hoy existe un desconocimiento casi total en este campo, así como también de aquellos que lucharon, buscaron, luchan y buscan denodadamente por fertilizarlo, es decir, elevarlo, sacarlo de sus límites, darle la autenticidad necesaria, abrir un hueco en ese muro —muchas veces hostil— para encontrar el aire propicio que lo justifique.

En Sonora, a falta de editoriales, talleres literarios o grupos auténticos de creación, y sobre todo del estímulo necesario, por años, los textos fueron acumulándose en las mesas de trabajo o definitivamente apolillándose en los cajones de desventajados escritorios.

De hecho sólo algunos poetas, los más audaces, encontraron la forma de soltar sus amarras, escapándose. Un buen día se asieron a las raíces que les apretaba el cuerpo y el espíritu, lanzándolas lejos para quedar en libertad como el Quijote. Se fajaron el cinturón, se apretaron el yelmo sobre su cabeza, tomaron la lanza y se arriesgaron a cabalgar para dar pelea en contra de los molinos estatuarios.

Los que se quedaron redoblaron su fe y no dieron tregua al desencanto. Estaba ahí también la hora de dar la batalla. Y así fue como han ido apareciendo a la luz, las obras de los más esforzados, los que de algún modo pretenden dejar su testimonio, su palabra florecida.

Ahora el panorama es otro. Casi podría decirse que ha llegado el tiempo de la reconciliación, del darse cuenta, valdría decir, de la resurrección y la nacencia.

Y lógicamente que esto ha sido consecuencia de la terquedad de los protagonistas de este fenómeno cultural, de los que tie-

nen iluminación, ojos, boca y manos, pero ante todo vocación, para estallar y darse a la poesía a manos llenas.

No ha sido esto un milagro actuante, sino que ahora es un milagro a secas, porque sí y porque debía ser así.

A. V.

GENERACION 1930

ALFONSO IBERRI

En tanto que en la ciudad de México se afirmaba y constituía como vanguardia el grupo de jóvenes poetas reunidos en torno a la revista *Contemporáneos* (Cuesta, Villaurrutia, Novo, Ortiz de Montellano, Torres Bodet, Pellicer, Owen, González Rojo, Nandino), en Sonora al iniciarse la década de los años treinta, propiamente no existía ningún movimiento poético compacto de tomarse en cuenta, y si acaso existieron intentos, que sí hubo, fueron de aficionados que tenían la particularidad de ir a la zaga en el tiempo, por lo regular unos veinte o veinticinco años atrás.

Habían quedado lejos los días en que Enrique Quijada Parra, nacido en Üres en 1857 y muerto ahí mismo en febrero de 1897, gozó de la efímera gloria de haber sido objeto de reconocimiento a sus méritos poéticos y periodísticos en la Exposición Universal de París, en 1889.

Como en todo hubo excepciones que destacaron individualmente, lucharon denodadamente por sobrevivir y no asfixiarse. Estos fueron unos cuantos.

Un caso singular es el de Alfonso Iberri, porteño, nacido en Guaymas el 16 de diciembre de 1877 y que empieza a escribir poemas apenas brincada la valla de los quince años. Pronto la destreza y la finura verbal del muchacho se conoce y despliega por todo el ámbito local, siendo admirado por propios y extraños. Esto trajo como consecuencia que su familia, de buena posición económica, alentara su oficio de poeta proporcionándole los medios de educación necesarios, y lo más importante, el ponerse en contacto, a través de la lectura, con publicaciones afines a su inquietud, tales como la *Revista Azul*, que desde la ciudad de México animaba el "Duque Job", Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Duffó. Cayeron por entonces a sus manos también los poemarios de Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Manuel M. Flores, Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina. Esto quizá lo llevó a aliarse con el modernismo, después de haber sentido el soplo del romanticismo francés, los parnasianos y los simbolistas.

Cabe recordar que por entonces Guaymas era la única ventana abierta por donde se filtraba la luz intelectual del mo-

mento, en contraste con otros lugares que se encontraban sumidos en el marasmo de un pasado que ya daba señas del haber cumplido, y por lo mismo empezaba a acedarse. Fue ahí en el puerto durante la última mitad del siglo XIX cuando se intensificó el interés por revitalizar la educación, así como dar auge a las letras y las artes.

En 1890, Alfonso Iberri junto con otros trece jóvenes se graduaban como profesores, en la escuela que dirige don Carlos María Calleja.

En septiembre de 1903, la conocida fama regional de poeta se ve acrecentada al otorgársele el primer premio en los juegos florales celebrados en el puerto, con motivo de las fiestas patrias. Un fragmento del poema dice:

Tú sabes Musa mía
mi culto por la patria,
por el derecho que es la ley suprema
y por la ley que del derecho emana.

Tú sabes que mi pluma
no es la venal esclava
de las pasiones y del prócer; sabes
que a la razón está subordinada. . .

Horacio Sobarzo, quien mejor ha estudiado la obra y la vida de Iberri, dejó asentado que

sus sentimientos sobre estos conceptos elevados de la Patria, Derecho y Ley, lo mismo que sobre la dignidad del escritor, los confirmará en la práctica durante el transcurso de su vida. Tales sentimientos nutrirán su ciudadanía ejemplar, su bonhomía y su calidad de escritor y periodista insobornable.

Hay otro poema en el que cala hondo esa identificación del hombre y del artista: "La noche trágica". Aquí unas líneas:

Yo nunca supe odiar. Como fui bueno
sólo se abrieron para el bien mis manos;
me inflamó la piedad del Nazareno
y les llamé a los hombres mis hermanos.

Siempre sufrí con el dolor ajeno;
llagas curé, sin miedo a los gusanos,
y pasé con espíritu sereno,
hablando de concordia a los humanos.

En ese fragmento se revela fuertemente la influencia del nararita Amado Nervo.

No es casual que Alfonso Iberri publique en 1905 una revista literaria a la que llamó *Mercurio*. En ella dio rienda suelta a su estro poético, además de entrar de lleno al periodismo. Pronto sale de Guaymas para hacerse cargo de la jefatura de redacción de *El Norte*, periódico de bastante circulación en la ciudad de Chihuahua. Es precisamente en aquel lugar donde en 1909 edita su poemario *Mis versos*. Casi inmediatamente aparece *Consonancias*.

Los poemas de ambos libros no siguen una línea que los enmarque dentro de una sola temática, sino más bien abren un abanico que rompe con ella, pero nunca sin soltar el hilo conductor y de unidad necesaria e imprescindible.

Por el ambulatorio enarenado
caminábamos juntos, y a tu lado
era toda temblor el alma mía,
como el ala de un pájaro travieso
entre las cuencas de tus manos preso
con estremecimientos de alegría.

Ni un solo beso, ni contacto impuro
turbaba nuestro dulce devaneo:
tu rígida virtud alzaba un muro
entre tu exaltación y mi deseo;
pero el amor espiritual unía
a nuestras almas con tan fuertes lazos,
que en la hora solemne te sentía
ardiendo de pasión entre mis brazos.

El poeta busca, quiere unirse a su amor, pero al buscar el acercamiento hay algo que lo detiene y lo limita, apenas sólo un temblor interno le sacude y lo lanza entonces a esconder entre líneas su verdadera pasión sensual, que de tan carnal casi lo hace tocar el linde de lo erótico.

Diez años después, en 1919 e impreso en Douglas, Arizona,

sale *De la tarde*, poemario con el que curiosamente enmudece para la poesía, sólo para reaparecer momentáneamente en 1947 con un solo poema: "Los Niños Héroeos están de fiesta". Con él fue galardonado durante el desarrollo de los juegos florales llevados a cabo en Guaymas, para conmemorar el centenario de la gesta en que cayeron los seis cadetes del Colegio Militar. Bueno es decir también que en 1910 recibió un premio similar en Culiacán, Sinaloa.

Uno de sus poemas más celebrados ha sido:

LOS HUNGAROS

Los húngaros vinieron
¡Los húngaros... extraños peregrinos
que por el mundo su miseria arrastran.

En la llanura escueta
levantaron su carpa,
donde, al son de los viejos tamboriles,
la vajilla de cobre remendaban.

Con la haraposita turba
venía una muchacha,
flor de melancolía y de belleza,
orgullo de la pobre caravana.

Yo era un niño entonces;
y cuántas veces, cuántas
abandoné las aulas escolares
y me pasé los días contemplándola.

Y una mañana, como
mi espíritu nublada,
—yo desde pequeñuelo ya tenía
llena de sombra y de tristeza el alma—

los húngaros se fueron,
y se fue la muchacha,
errantes siempre, sin saber a donde
la turba de bohemios la llevaba.

Flor de melancolía,
sin hogar y sin patria,
hija del mundo, hermana de los pobres,
¡ah cómo te pareces a mi alma!

Pasa el tiempo e Iberri siente en la atmósfera la tejedura del cambio. Pero algo pasó que lo orilla a enmudecer poéticamente. Tiene unas líneas en donde delata esa su inconformidad:

Versos de ocasión,
de tema vulgar,
sin inspiración;
versos de ocasión
no quiero forjar.

Los versos que escribo,
los siento, los vivo,
y así, mi cantar,
como la oración
de quien sabe orar,
tiene que brotar
espontáneamente, de mi corazón.

Es 1911 y aparece publicado *Consonancias*, en donde lo atrapa el desencanto. Dice Sobarzo: "Entonces se rebela airado contra las malas pasiones que a todo ser superior injurian, y estalla":

Pero la ingratitud y la perfidia,
el odio bajo y la rastrera envidia,
que en mitad del camino me acecharon,
con inaudita rabia me mordieron...

Esta indignación se transforma en desaliento que, pudiendo haber sido transitorio, se prolonga por largo tiempo con lamentables consecuencias, pues esto determina que la obra del poeta quede trunca, que concluya prematuramente. Este desaliento se hace patente y definido en:

MAÑANA GRIS

Siento ahora, lo mismo que en otros días,
que un torrente de vagas melancolías
inunda hasta los bordes mi corazón,
y que, calladamente, bajo el abismo,
arropado en el ala del pesimismo
y sin una esperanza de salvación.

Agrega Horacio Sobarzo:

La agitación violenta que conmueve a la Patria, el estallido de pasiones irrefrenables y el espectáculo lastimoso del odio fratricida, así como la contienda en el Viejo Mundo, influyen en el abatimiento espiritual del poeta.

Publica en 1919 *De la tarde*, versos escritos bajo una ominosa admonición:

Este es un libro de dolor, de pesimismo y de tedio. La mayor parte de los versos que lo forman, fue escrita en una época trágica, de turbulencia y de locura, en que parece desarrollarse la más profunda crisis universal.

Iberri en su actitud de hombre vigilante, extremadamente sensible, toma otras armas y se lanza de lleno al periodismo. Hay que recordar que en 1914 fue redactor de *El Diario Latino* en la República de El Salvador. De 1919 a 1920 fue editorialista en *Orientación*, de Hermosillo, Sonora. Y afirma Sobarzo que

entonces el poeta cuelga la lira que raras veces volverá a pulsar. Se ha extinguido el hontanar de su inspiración y por ello calla. Lo ha dicho: su cantar —como la oración— de quien sabe orar —tiene que brotar— espontáneamente de su corazón; —y esta espontaneidad la moverá con el andar de los años.

El poeta de Guaymas llegó a ser director de *El Heraldo* de la ciudad de México, en 1922, año en que el general Francisco Murguía y Lucio Blanco fueron fusilados; cuando Felipe Carrillo Puerto fue gobernador de Yucatán; cuando el Senado de la República ratificó el convenio Lamont-De la Huerta; cuando se aprueba la ley de amnistía. Ese mismo año apareció de Efrén Rebolledo *Saga de Sigfrida la Blonda*, y de José Vasconcelos *Pesimismo Alegre*.

Después de un largo peregrinar retorna al puerto, en donde dirige *La Tribuna*. Experiencia acumulada de muchos años, ilustrado por los viajes a Estados Unidos, Centroamérica y Europa. Nunca se retiró definitivamente del periodismo con-

tinuando como corresponsal de varios periódicos nacionales y extranjeros. En sus últimos años se desempeñó diligentemente como titular de la biblioteca municipal de Guaymas.

De él dice Sobarzo:

Su carácter corresponde plenamente a su temperamento artístico, es una expresión armoniosa. Ese temperamento influye en el hombre lo mismo que en el escritor y establece inalterable equilibrio, cadencia en la prosa de la vida que equivale al sentido del ritmo en el alma del poeta, y dota al individuo de una facultad inapreciable: la ecuanimidad, que florece con el andar de los años en los espíritus privilegiados como el de Alfonso Iberri, siempre sereno y afectuosamente comprensivo, en el cual no se anidan las pasiones innobles; no siente rencor, ni odio, ni envidia. Es más propenso al elogio que a la censura. Todo su acervo ideológico parece tamizado por la tolerancia, producto ésta de una congénita bondad y de la superioridad del alma, todo ello ennoblecido por el saber que prodigan las vastas lecturas y largos viajes. Sin embargo de la posición social de su familia que, como era de presumirse, debía de orientarle por el camino de los negocios lucrativos, estudia en la juventud la carrera de maestro. Además de su afán de saber, siente atracción por la actividad docente. Y la desempeña en tres formas superiores: la cátedra, en la prensa y en la vida misma que es ejemplo educativo.

Alfonso Iberri además escribió un libro en prosa en donde consignó sus recuerdos, sus observaciones: *El viejo Guaymas*, en donde da a conocer

las excelencias del pasado de su tierra natal cuando sintió cerca el tramonto definitivo. Entonces pensó que el tiempo pasa como vendaval que deshoja y barre vidas humanas; que las vidas se van, pero los recuerdos quedan cuando el que se marcha los confió al papel; que cada hoja continúe un capítulo de historia.

El poeta guaymense —símbolo y voz de su pueblo— muere la madrugada del 4 de enero de 1954.

LEOPOLDO RAMOS

En seguida cabe mostrar que no importa mucho donde se nace, sino donde se cultiva, hace y edifica el espíritu poético. Tal es el caso de Leopoldo Ramos. Como poeta así conocido, sin el Cota, que fue su segundo apellido. Nació en el mineral El Triunfo, Baja California Sur, en 1898. Frisando apenas los siete años se le trajo a Guaymas, donde vivió poco más de treinta años.

Fue ahí donde estudió y dio rienda suelta a sus impulsos juveniles y a su estro de excelente poeta.

"La sinfonía magnífica del propio mar le enseña ritmos y le sugiere sueños mientras corre y pasa la juventud silente", ha dicho David N. Arce. No es raro que el muchacho que es entonces Leopoldo exclame:

El mar se desborda en la arena
con escándalo minucioso
de agua de Seltz

o simplemente esto otro:

Obediente a la física
de un terco enrollamiento,
la estera de una ola se devuelve
sin cesar, enroscándose en sí misma . . .

Leopoldo Ramos en su juventud, como Renato Leduc, fue telegrafista en las fuerzas revolucionarias de Francisco Villa. En 1914 se inicia en el periodismo en *La Gaceta* de Guaymas, que fundó Miguel Escobar.

Como poeta fue autocrítico, rebelde e impulsivo. Supo conjugar la técnica con el arte de poetizar, sabiendo equilibrar lo romántico con lo humorístico, así como lo descriptivo con lo emocional. Hubo otra cosa: supo desde siempre no diseñar el ritmo que por sordina le dio el mar.

Y el viento viene a veces, como venir pudiera
un ávido, en el vuelo de un ave mensajera
que por llegar, se muere de fatiga en la mano.

Leopoldo por otro lado no pierde la alegría y en ciertos poemas juguetea y se divierte como un niño:

Caballo que se rasca
la terca matadura,
una canoa que atrapó el oleaje
frota en la arena su espinazo.

(*La hora del Instinto*)

Una chiquilla,
abriendo la interrogación
pueril de su sombrilla,
vocea sus dos piernas champañeras.

(*En la ciudad*)

Por otro lado la poesía de Ramos se ilumina con las resonancias de sus poetas preferidos, que no los copia ni trata de imitarlos, sino que más bien capta de uno y otro tendencias, formas y modalidades. Son ellos Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón y el uruguayo Julio Herrera Reissig. Les sigue de cerca, sin dejar a un lado lo personal, tanto en el contenido como en la técnica y utilizando una expresión muy suya, lo que se nota al poner en sordina alguna exclamación o dejar en la semioscuridad algún paisaje, tal vez, alguna imagen.

Leopoldo, sabedor innato del ritmo, y de los metros clásicos, los utiliza de manera distinta en cada verso para adecuar el sentido con el sonido, y en más de una ocasión se libera para en un magistral encuadre, lograr una armonía, que en lo aparente denota desorden, pero no hay tal.

Ramos vivió en Sonora poco más de treinta años, pero por necesidad económica o anímica dejó el puerto de Guaymas para trasplantarse definitivamente en la ciudad de México. Como periodista labora en *Excélsior* y en *Últimas Noticias*, en donde supo equilibrar su entusiasmo de oficio en columnas como *Plegadera* y *Mirillas*. Ahí trató diversos y disímboles asuntos, al mismo tiempo que supo estimular a los jóvenes que entonces buscaban y deseaban expresar sus ideas a través de vehículos literarios. Tal es el caso de Luis Bruno Ruiz y David N. Arce.

Presencias, su segundo poemario, aparece en 1937, en los Talleres Gráficos de la Nación. Es el año en que nace la Federación Mexicana de Trabajadores de la Enseñanza; llega a México como asilado político León Trotsky y se crea el Banco Nacional de Comercio Exterior. El presidente Lázaro Cárdenas pone en marcha el Instituto Politécnico Nacional.

Aparecen entonces los poemarios *Raíz de Hombre*, de Octavio Paz; *Hora de Junio*, de Carlos Pellicer; *Sonetos*, de Elías Nandino; *Cripta*, de Jaime Torres Bodet. En Cuba: *Cantos para soldados y sones para turistas*, de Nicolás Guillén; y *La muerte de Narciso*, de José Lezama Lima. En Chile: *Cancionero sin nombre*, de Nicanor Parra. También se publican *La Tormenta*, de José Vasconcelos y *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno.

En este libro, Ramos se adentra fervoroso y llameante en las entretelas del amor:

Moción feliz de todos los mirajes,
te descubre el ensueño en la armonía
dispersa en la extensión de los paisajes.

Y el fuego de tal modo en ti se hermana,
se reúne en tus ojos la ufanía
del bullicio del oro en la obsidiana...

Mi estirpe, en el dolor, a la clemencia
de tu arrimo se vuelve estremecida,
como la caña demasiado henchida
que dobla el aire en una reverencia...

Ungidos con tan límpida eficacia
mis huesos arden bajo la tutela
íntimamente activa de tu gracia.

Y cual secreto mínimo de un pomo,
tu frenesí escondido se revela
en mirra, espicanardo y cinamomo...

Es por eso, mujer, que va en el lujo
de tu cuerpo, un armonio en cada línea,
con la dulce inminencia de un embrujo...

Y levadura dócil del arcano,
tu seno erige la emoción virgínea
de las mieses llenándose de grano...

Cinco años después, en 1942, bajo el sello de Imprenta Aldina, aparece *Bauprés*. Nace producto de una crisis y una transformación. Al sentimiento amoroso se suma el de la muerte:

Hermano muerto aún tenemos madre:
su aliento aún tibia las veredas
de nuestros pies con miedo,
como cuando, en la nube de la cuna,
cabían sus caminos en el hueco
moreno de sus manos...

(Siempreviva)

En 1947, en los Talleres Gráficos del Departamento de Prensa y Relaciones de la Secretaría de Educación Pública, se edita *Sobretarde y un soneto a la luna*. Aquí se revela una depuración y una serenidad que contrastan con la crisis y la efervescencia de su obra anterior. Ahora su afán es en el orden meramente literario. Le nimba una paz que le cobija:

Hombre de un solo amor he sido,
porque hay sólo una vida y sólo una
poesía.

Hombre de un solo amor,
porque sólo hay una madre y una honra,
un solo Dios y un solo hombre.

De un solo amor porque hay un infinito
nada más, y una hora...

(Unidad en ella)

Tres años más tarde, en 1950, sin pie de imprenta, se edita *El mantel divino*. En él Ramos abre para sí una puerta, que de ahí en adelante será la saeta que lo deslumbre: el misticismo. La depuración es manifiesta alzándose en poética plenitud:

Oigo tu voz, Jesús, pero no puedo
ajustarle los ecos en la caja
de resonancia de mi sangre;
se me revientan los oídos
con su clamor, y apenas vibro:
el caracol recoge, pero apaga
la sinfonía del océano. . .

Empero, hoy te lo digo
gracias te doy, Jesús, no por el agua
para batir los remos, que me diste,
sino porque descubro
—papel que empuja el viento del tramonte—
mi marca de agua en el bautismo;
y por tu sangre que me aquieta
y mece. . . ¡Para siempre!

(*Marca de agua*)

El recorrido poético de Leopoldo Ramos son una marejada y un océano de vivencias. El mismo dejó escrito en *Historia de mis versos*:

Voz escuchada en treinta años medidos con rumores de mar y con "la insistencia de reloj minúsculo oculta en las resinas y cortezas", del árido paisaje del Norte. En los mezquites sedientos la savia se calienta al sol y crepitan los arbustos con el "escándalo minucioso" de una relojería. (Las frases entrecomilladas el mismo Ramos las sacó de sus versos).

Leopoldo aseguraba que su

doctrina no es para versificadores porque exige, como condición primera y absoluta, ser poeta, fundamentalmente poeta, para entrar en ella. Debe renunciarse a la misma si no ha de recibirse con poesía y, desde luego, tras de estudiar mucho. Algunas autoridades en materia de rima y ritmo, aseguran que mi técnica sólo es buena para mí, pero yo sostengo que los metros viejos ofrecen infinitas posibilidades a todo poeta dotado de oído mexicano, oído de indio y de venado, para obtener técnicas distintivas. De ahí que

yo no represente una escuela, sino una doctrina. Esta doctrina se finca en un privilegio mexicano físico, el que queda sintéticamente expuesto en lo que se ha leído, y en la emoción pura, en la emoción sincera, avasalladora, cifrada en la belleza eterna.

Como dato cultural: Leopoldo Ramos, el doce de octubre de 1941, al poner el gobernador Anselmo Macías Valenzuela la primera piedra de la Universidad de Sonora, leyó el poema "Alma Parens", que compuso ex profeso y por tan trascendental motivo. Aquí está:

Una idea venida sobre el ancho
azul del pensamiento,
tiene puerto en el alma de Sonora...

Una idea vestida como una
maravillosa carabela,
con un velamen trémulo de nubes
y jarcias como riendas conducidas
por las augustas manos de Minerva...

Una idea en camino con proa puesta en rumbo
desde el día remoto
en que, bajo el conjuro de Atenea,
brotó un olivo en Grecia...

Una idea en camino por los mares
indivisibles del espíritu,
ancló en este paraje... con sus mástiles
en un revuelo de gaviotas,
en mitad de la grímpola el dibujo
bordado de las horas, y
en el timón indicios vivos
de las celestes rosas de Tesalia...

En el bauprés tallado en una encina
arde, como diamante olímpico,
la mirada con vida de los tiempos...

Y con crecido júbilo se anuncian
afinidades presentidas,
entre las ondas de la sangre
y las hirvientes brasas de la espuma...

Una idea, un designio, una sonrisa
piden carne a la piedra
en la más íntima cantera;
el porvenir espeso como una
granada henchida de luceros...

Corre en las olas un surco
como si fueran trigo
en tibia amanecida de torcaces;
y el viento es un preludio;
numen meditativo de azahares
que convierte en un cántico el saludo.

Una paloma cae
como un papel sobre un tejado,
no tocada por dardo ni saeta;
vencida por la gracia, por el signo
invisible del éter, que promueve
la simpatía de los seres...

La arboladura es un convite
a bulliciosas romerías;
en ella el Sol fecunda,
el fuego de la inteligencia;
jamás, entre gavias,
una roja visión alzó una flama;
la ensangrentada túnica de César
no hiera las retinas de los Nautas...

¡Los Nautas! De la estrella
polar egregia servidumbre...
Es suya la potencia del consejo.
La equilibrada miel de sus palabras,
narra los sucedidos del planeta
desde Jasón a Magallanes...

Y en las reconditeces de la música
la sencillez obscura de las olas
de tiempo, ritmo y melodía,
el contrapunto está en el infinito!

Una nave venida sobre el ancho
azul del pensamiento
tuvo puerto en el alma de Sonora...

Su cargamento es oro limpio,
digno de los platillos
de las balanzas tenues del silencio. . .

Es pedrería, seda
urdida en los telares de la estirpe;
resinas, plumas y rimeros
de especias, cascós, áticas pinturas,
cerámica y vestigios epigráficos. . .

Policromías, un minuto
tocadas por los dedos de la Esfinge;
tierra cocida que se anima
con pistas de colibríes y de múridos;
alfarerías del espíritu
áreas como clámides y orquídeas. . .

Su cargamento. Esencia de los símbolos,
substancias ideales,
felicidad intelectual concreta
en las arduas imágenes del Arte;
líquenes en ascenso de oriflamas,
haces de luces con efluvios,
en alianzas unánimes. . .

Su cargamento. Escudo
de hoplita ardidado para el pueblo,
ese león que brama
con las garras hundidas en la presa. . .

La nave deja en medio
de bulliciosas romerías
su cargamento de milenios. . .

Alta el ancla en la aurora
como si fuese un lirio, se estremece;
y con ropaje idéntico
al de un rosal que se despierta,
emprende, no el camino de regreso
sino la ruta nueva, porque siempre,
tras de cumplir con la visita,
la nave de Minerva enfile
el rumbo de la Cólquide. . .

Como los ojos de los niños giran
para mirar la mano de las madres
a la nao se vuelven las colinas. . .

En el paisaje absorto se prolonga
la ondulación continua
de su velamen suntuoso...

Dibuja su contorno
deshilvanando nieblas con la proa,
el mástil de mesana como un brazo
que saluda en el aire;
en mitad de la grímpola el dibujo
bordado de las horas
y en el timón indicios vivos
de las celestes rosas de Tesalia...

Leopoldo Ramos muere en la ciudad de México en 1957.

GUMERSINDO ESQUER

A Gumersindo Esquer se le recuerda ante todo por haber sido un espíritu en constante aventura, era demasiado inquieto, en cierto sentido rebelde, inconforme. Durante su adolescencia y ya hacia su perfil maduro dio muestras de ser un buen poeta, además con disposición despierta hacia la música y la pintura.

Nace en Movas, en 1879. Incurrió en el magisterio y fue maestro de varias generaciones, en escuelas de Navojoa, Santa Cruz, La Casita, municipio de Nogales, Santa Ana y otras.

Innovador en cierto sentido, clarificó en él mismo su camino, porque fue bucólico a su manera, romántico y modernista a su manera, expedicionario y paisajista con ojos y pies a todo lo largo de su existencia. La naturaleza era en él como si fuera ella misma. El desierto le tocó la piel hasta grabarle su estatura, su inconmensurable secreto. De ahí que su propia ignorancia le hizo un día saber lo que ya sabía.

Sus versos nunca fueron recopilados en volumen, sino que quedaron impresos en algunos periódicos de la época o en manos de familiares o compañeros, principalmente maestros. No es curiosa su predilección por un poeta muy popular entonces, veintisiete años mayor que él, Juan de Dios Peza, a quien, todo lo hace suponer, conoció y fue su amigo. Esto avalado por las muchas amistades con que contó en Sonora, principalmente periodistas y poetas, el autor de *Horas de pasión*. Es más, Gumersindo dejó dos poemas dedicados al cantor doméstico. Como se sabe, Peza publica un volumen final de poesía en 1900: *Hojas de margarita*. Y Esquer reclama:

¡Adelante! ¡No temas! ¿Qué detiene
la inspiración de tu armoniosa lira?
¿Por qué estás inactivo y no nos viene
tu dulce canto que al oírse admira?
¡No sé lo que hay en él ni qué contiene,
que al escucharlo el corazón delira
y el abatido espíritu levanta!
¡Rompe ya ese silencio, poeta, canta!

No resiste Gumersindo el retiro de su aeda preferido; debe tener por entonces unos 21 o 22 años:

Tus "cantos del hogar" impresos llevo
 en el alma palabra por palabra;
 no lo extrañes, poeta, en mí no es nuevo
 que al ser que sufre mi conciencia abra.

Perdona, pues, si a interrogar me atrevo
 a esa tu lira que emociones labra;
 ¿Qué ha sido de Margot, tu idolatría?
 ¿Qué ha sido de tu Juan, y tu María?

Por supuesto que el poeta se está refiriendo a aquel cuadro realista pezaniano: *Fusiles y muñecas*. Es demasiada la impresión para no seguirlo, de ahí que será su maestro. De ahí su obra laudatoria y didáctica, de la que muy pocas veces escapó. Como Peza el poeta tenía una facilidad sorprendente y como aquel muchas veces confiaba más en la eficacia mnemotécnica de la rima antes que el ambiguo poder de la palabra. Sin embargo hay algo que de los versos emana, una cierta intensidad dolorida, desgarradora:

¡Nada puede, mamá, el alivio darme
 En la moral enfermedad que tengo;
 de tal suerte he llegado a acobardarme
 que en los goces del mundo no convengo!
 Sólo siento que en mí se halla en aumento
 el fuego aterrador que el alma quema;
 deja ¡oh madre! que sufra mi tormento
 ¡y se haga en mí la voluntad suprema!

Esquer siempre fue un andariego, la naturaleza le fascinaba. Cuantas veces podía se escapa, ya con amigos, ya solo por los montes, las veredas, los caminos. Con Adalberto Sotelo hizo grandes migas. Juntos corrieron varias aventuras por el desierto de Altar, tanto que al alimón escribieron un libro: *Campos de fuego*.

Y en contrapunteo de lo que el autor de *La vorágine* dijo, a Gumersindo se lo tragó el desierto de Altar. Obsesionado, ahído, hechizado por una hipnosis definitiva y total se adentró en el misterio. Todos se dieron cuenta de su viaje solitario. No hizo caso de advertencias. No regresó. Le fueron a buscar y le encontraron muerto. La sed salió al paso y le ganó en equilibrio. Era el año de 1932.

HERMINIO AHUMADA

Herminio Ahumada es más conocido por distintas tareas y otras cosas, tales como político, orador y deportista que por poeta. Como político causó escándalo en su respuesta al presidente de la República, Manuel Ávila Camacho, el primero de septiembre de 1944, durante su Informe de Gobierno. Ahumada rompe con las reglas del juego y por ello es desafiado. Como orador fogoso fue conocido en múltiples y álgidas de París de 1924, como atleta corredor de velocidad en José Vasconcelos, quien luego se convertiría en su suegro. Como deportista tuvo brillante participación en las Olimpiadas de París en 1924, como atleta corredor de velocidad en 100 y 200 metros.

Por otra parte a Ahumada se debe la idea inicial de la fundación de la Universidad de Sonora, cuya primera piedra fue colocada en Hermosillo el 12 de octubre de 1941.

Nació el poeta en un poblado ribereño del Yaqui: Soyopa, el 7 de octubre de 1899. Niño aún fue traído a la capital del Estado en donde hizo sus estudios primarios en el Colegio Sonora, pasando luego a la Nogales Public School, de Nogales, Arizona, y posteriormente al Colegio Franco-Inglés, del Distrito Federal. Estuvo ya adolescente en la Escuela Nacional Preparatoria, realizando sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional Autónoma de México, recibéndose como abogado en 1930. Es el año en que sube a la Presidencia Pascual Ortiz Rubio, después de derrotar a Vasconcelos en elecciones amañadas. Curiosamente también ese año se formula la Doctrina Estrada.

Herminio desde 1926 se desempeña como pasante de su carrera en los bufetes de Faustino Guajardo y Ramón R. Millán. De 1937 a 1939 ocupa su primer puesto político-burocrático como magistrado del Supremo Tribunal de Justicia en su Estado natal, bajo la gubernatura del general Román Yocupicio.

Desde jovenzuelo fue aficionado a hacer versos y sobre todo a leer cuanto poemario caía en sus manos, fuese o viniese de donde fuere, sin importar épocas ni estilos. Escanció su sed de curiosidad leyéndolo todo, escriturando él mismo su poesía en distintas formas y maneras. En 1919, al morir en Montevi-

de Uruguay, el adalid del romanticismo Amado Nervo, el 24 de mayo, Herminio a sus escasos veintidós años escribió esto:

Ya para él se extinguieron las luces de la vida.
 Ya para él se abrieron las puertas del misterio.
 Ya encontró en el reinado augusto del silencio
 respuesta a su pregunta: "¿A dónde van los muertos?"

Cruzó por la existencia llevando entre sus labios
 una sonrisa llena de dulzura y bondad;
 perdonó las ofensas, olvidó los agravios
 y fue su vida un canto de infinita piedad.

¡Oh, "Padre de los vivos", acógelo en tu seno.
 Dale la luz perenne de la inmortalidad,
 mitiga sus dolores porque supo ser bueno;
 haz que su alma comprenda los signos del arcano,
 ilumina sus pasos, guíalo con tu mano
 hacia el mundo de sueños donde su amada está.

Ahumada perteneció a casi todos los círculos literarios de su época, fue amigo personal de muchos poetas y escritores, periodistas, así como editores de revistas y suplementos culturales. Su obra dispersa apareció ahí. Como Salvador Novo, tenía una curiosa costumbre. Al finalizar el año Herminio mandaba imprimir unas tarjetas de doble hoja y papel fino, en donde estampaba un poema corto, sin ser soneto —o podría ser, como lo hacía aquél— y en contrapunteo una lista de buenos vinos, con su marca, tiempo de envase y añejamiento y su índice de calidad. O sea: una metáfora muy viva y muy real, y ya se sabe que como aquéllos, los poemas entre más añejos y guardados mucho que mejor.

Es claro que Herminio también escribió poemas de amor. Por ejemplo este que se llama: "Luz sin Luz":

Luz sin luz que cegaste mis ojos,
 nuestro amor. . . fue un amor sin amor.
 Fue tu cuerpo la dádiva fría
 que se entrega sin gracia, sin don.

Noche negra de negra locura
 de ese amor que nació sin pasión,
 tempestad en la calma sin calma
 de una angustia de amargo dulzor.

Eso fueron las horas sombrías
de esa sombra sin sombra ni paz;
alegría del goce sin goce,
sin dolor que redime dolor;
larga pausa del tiempo sin tiempo
que se pierde en lo eterno, sin Dios.

O aquel otro pequeñito: "Juego de Amor en Juego de Palabras":

Tú con tu velo
y yo con mi desvelo. . .

No puedo, ¡ay!, amor,
tener consuelo.

Quítate el velo
y calma mi desvelo
para que pueda, amor,
tener consuelo.

Quítate el velo
y vuela con mi anhelo:
velo, desvelo, amor,
consuelo y desconsuelo. . .

Tú con tu velo
y yo con mi desvelo.

Le tocó a Herminio conocer muy de cerca a José Juan Tablada, que fue precisamente en 1919 quien abre el *vanguardismo*, admirando su poesía, esa su vida de gentleman oriental, mas no su tendencia ideológica y entretejuras políticas en las que vivió. No es raro pues, que al igual que el señor vecino de Tacámbaro, José Rubén Romero, Ahumada se lanzase a mirar, desentrañar —como y a semejanza de Tablada—, y observar el paisaje a través del farol del budismo Zen, es decir, poematizando sintéticamente a la manera de Basho. Es hasta 1952 cuando aparece el primer número de los Cuadernos de Herminio Ahumada, llamado *Tamiabua*. Lo hace en un itinerario de Tuxpan a Guayabalillo, hasta llegar al puerto, en la laguna del mismo nombre, al norte de Veracruz. Ahí estas imágenes poéticas:

1

En las páginas líquidas
del río
y del estero,
leo
y escribo:

Blanca interrogación
sobre el paisaje:

LA GARZA

2

Relámpago
del agua:

EL PEZ QUE SALTA

3

Monotonía en verde:

LOS MANGLARES

4

Quietud
en silencioso movimiento:

EL VUELO
DEL PELICANO

5

Cabelleras vegetales
despeinadas por el viento:

LAS PALMERAS

6

Manchas de incivilización
en la belleza de los márgenes:

LOS MISEROS POBLADOS

7

Euclides
puesto en solfa:

LA RARA GEOMETRIA
QUE DIBUJA BAJO
EL CIELO
EL VUELO
DE LAS GAVIOTAS

(PUNTUACION. Mediodía)

El librito está dividido en tres partes. La que ya anotamos, la segunda: Tipos de Tamiahua (Horas en el pueblo) y Definiciones Celestes (Anochecer). En esta última parte el juego poético está dado de la misma manera que la primera. Veamos:

1

Reina y señora
de todas las luciérnagas
del cielo:

LA LUNA

2

Rastacuero del espacio
que ingenuamente
luce sus anillos:

SATURNO

3

Roja linterna
que advierte el peligro:

MARTE

4

Coletudo vagabundo
de los cielos:

EL COMETA

5

Neblina de diamantes:

LA VIA LACTEA

6

Amor hecho lucero:

VENUS

7

Pupila encendida
en el ojo de Taurus
poeta oriental
enamorado
de las Pléyades;
Omar Kayam
del firmamento:

ALDEBARAN

8

Dios destronado
del cielo pagano
y por gracia
del Dios verdadero
convertido en astro:

JUPITER

9

Padre de la cánicula,
enciende el maléfico
ardor en el hombre
y la rabia en el perro;
regulador
del calendario Egipcio
y de las aguas del Nilo;
luminaria mayor
de los espacios
cantada por Hesíodo
y por Homero:

.SIRIO

10

Planeta rotativo
y traslativo,
achatado por los polos;
poblado por monos
y monosabios,
humanos y cuadrumanos:

LA TIERRA

En la segunda parte del Cuaderno incluye tres poemas líricos, en donde "historiza y clava el estilete de la ironía". Son: "El Barbero", "El Ricacho" y "Negrito Pescador". Este último dice:

Celestino Cruz Blanco,
negrito pescador
y... *puede que poeta.*
Vasconcelista
a título de suficiencia,
desde mil novecientos
veintinueve,
hasta la fecha.

Habla muy mal
del gobierno
y del "Partido
Revolucionario
Institucional".

En política,
es abstemio:
no ha vuelto
a votar
*desde que le birlaron
el triunfo
al Lic. Vasconcelos.*

Celestino Cruz Blanco
se basta a sí mismo.
A nadie pide nada:

su riqueza
es el agua
de la Laguna
de Tamiahua.

Vive de lo que pesca
y pesca cada sábado
alegre borrachera
que San Lunes
le aplaude
y le refrenda.

Más tarde edita por él mismo, en la serie de cuadernillos, otro poemario: *Sombra fiel*. Es una recopilación de todos sus trabajos poéticos sueltos. Realizó también, y dentro de la colección, una estupenda traducción del poeta negro norteamericano Langston Hugues; además algunos poemas inéditos de Gabriela Mistral, así como *Los hijos infinitos*, de un joven poeta venezolano que fue alevosamente asesinado.

Por cierto, en el número 10 de esa significativa serie apareció *Los dos espejos*, poemas de María del Carmen Vasconcelos, quien fuera su fiel compañera y esposa.

Entre otros libros que dejó el poeta está, en prosa: *José Vasconcelos: una vida que iguala con la acción el pensamiento*.

Herminio Ahumada murió el primero de julio de 1983. Sus restos fueron incinerados y las cenizas se guardan en una gaveta subterránea de la catedral metropolitana de la ciudad de México. Uno de sus deseos —muchísimas veces lo dijo y lo repitió— era que éstas fueran depositadas en una urna en Hermosillo y sepultadas para siempre bajo alguno de los muros de la Universidad de Sonora. Quizá algún día.

ADALBERTO SOTELO

Unidos vencerán los aguiluchos del valor,
unidas han de estar esas falanges del honor;
la Patria su canción por esos labios va a escuchar,
con todo el corazón esa canción se escucha ya.

Vamos contentos a vivir por esa senda de verdad,
no nos arredra el porvenir ni nos arredra el más allá;
del que trabaja es la virtud, del que trabaja es el amor;
brille tu luz, la luz de verdad, por siempre así Universidad.

Porque Sonora valga más sus nobles hijos lucharán,
porque la Patria sea feliz y por la santa libertad
de un mundo nuevo baja ya definitivo un grande amor,
fraterno amor universal que nunca más se ha de apagar.

Sí, este es el *Himno universitario*, ese mismo que fue escrito el 18 de diciembre de 1942, y que ha servido de heraldo en las ocasiones más solemnes o las más trágicas de la UNISON. Miles de muchachos, de varias generaciones lo han cantado, lo conocen y saben perfectamente su significado. ¿Pero cómo fue que nació, a quién se le ocurrió, quién fue su autor?

Necesitaba la institución un himno para que junto con su emblema y lema le identificase, le diera el símbolo exacto. Sabemos que los últimos fueron obra de José Vasconcelos. De la mirada vigilante del búho, de la lámpara, el libro y la antorcha que "todo lo iluminan", de sus dos ristas de naranjas y los cuarteles en azul y amarillo. Todo ello el marco perfecto para aquello de: "EL SABER DE MIS HIJOS HARÁ MI GRANDEZA".

Necesario era un poeta y un conocedor de música para que emprendiera tan enaltecedora y delicada tarea. Él fue: Adalberto Sotelo, quien contó con la colaboración del maestro Ernesto Salazar Girón, autor de las notas musicales.

Así fue como se escribió este trozo de historia en la Universidad de Sonora.

Sotelo era originario de Caborca, nacido el 27 de febrero de 1897. Desde jovencito fue un espíritu inquieto, alerta a los atisbos de la disciplina y la creación. Siempre plantado como una espiga en el centro de la llamarada vital, supo ir adelante llevando y entretejiendo los hilos de su personalidad y el sello

de la sabiduría que entendió a aquilatar, elevar por siempre, mientras vivió. Espíritu entrañable, sencillo, humilde, supo advertir su sino y edificarlo, amoldarlo y darle el brillo justo, dentro de esa su generosidad sin límites.

Hoy como ayer, mañana como ahora,
de tu fuente de luz los trovadores
hallarán esplendores de la aurora
para decir al mundo sus dolores.

El tercer apellido de Adalberto fue Romero y como tal estuvo alucinado desde niño, alucinado por la palabra, por la lectura de buenos libros. La cadencia del verso le contagiaba, de tal manera que chamaco aún, escritura rudimentariamente sus primeros poemas. Habrá de madurar más tarde.

Como Leopoldo Ramos y Renato Leduc, también fue telegrafista. Tal vez el lenguaje Morse, tan parecido a los llamados del corazón, tocan a su puerta a los veintidós años. Conoce a María Cruz, se enamora y se casa. Ello le hace vivir en plenitud, es decir, en armonía familiar que es premiada con nueve hijos.

Su tenacidad, su preocupación por aprender más y más, su curiosidad le fue llevando a modelar la figura del maestro y al magisterio sirvió elocuentemente.

Hay un dato raro y ya histórico, fue el primer comisario de San Luis, Río Colorado.

A pesar de todo el ritmo le cercaba, por eso llegó a ser músico; la poesía le taladraba, por eso le era fiel y constante:

Más bien en tu escala resucitas
¡oh, arpa del recuerdo! las tristezas
que encierran nuestros pechos y musitas
en pianísimos ecos de ternezas.

Graves notas de dolor, plegarias
que ascienden a lo eterno en negros giros
¡Son como sinfonías funerarias
en pautas de sollozos y suspiros!

Al mismo tiempo impulsivo y estricto, rebelde y selectivo. Conjuga su natural visión y sentido con el aleteo modernista

que le toca y que viene —indiscutiblemente— de Darío y Díaz Mirón. Adalberto es justo conocedor de ritmos y de metros, de los cuales pocas veces se libera, y los maneja indistintamente unos y otros:

De un ser querido la eternal ausencia;
algún remordimiento como un sueño,
nos empaña el cristal de la conciencia
y desasirlo. ¡Oh arpa es vano empeño!

¿Qué tu infinita diapasón no abriga?
¿A qué tu melodía no responde?
¿Hay un recuerdo que tu voz no diga?
¿Qué secreta pasión de ti se esconde?

Sotelo sabe cómo seguir el juego, sabe que la poesía se agita de manera suave y sabe perfectamente que el viento del olvido no se pierde si es el arpa la que crea esa atmósfera especial:

Eres el arpa amada del poeta;
eres la luz que llega hasta el misterio;
glorificación de lo violeta:
la reina de la paz en el imperio.

Deja sentir de tu interior bendito,
la armonía del arpa del pasado,
que canta a tu virtud este precito
de la dicha del mundo ya maldito,
del reino de la muerte no olvidado.

El amor también —¿de quién siendo poeta, no?— es tema de Adalberto. En él, de muchísimas formas fue su lámpara:

En las alas del ensueño mi espíritu vagaba,
buscando delirante la dicha de un amor;
coló desde la cuna de luto, en que lloraba,
dejando humedecida la senda en que flotaba;
con lágrimas amargas del pobre corazón.

Llegó al campo siderio e ignoto en que los astros,
sujetos al castigo de eterna admonición;
dejando van por siempre, en horizontes vastos,

la huella incomprensible, que con sangrientos rastros;
sostiene de mil mundos la loca procesión.

Y halló entre los misterios que existen en la altura,
destellos infinitos de luz y de verdad;
allá donde los campos miríficos fulgura,
el alma de la grande y olímpica natura;
eternizada en tronos de augusta soledad.

Quimeras no soñadas por bardos en la tierra,
amores no sentidos y arpegios sin igual;
mi espíritu errabundo que en sempiterna guerra,
con sórdidas pasiones, por el abismo yerra;
halló en el paraíso de gloria celestial.

El criminal falerno que empañá rencoroso,
los místicos placeres nacidos del amor;
Hirciente allá, muy lejos, quedó en el tortuoso
camino de los hombres. ¡Oasis engañoso!
Donde la sed apaga con vicios el dolor.

¡Oh santo amor que al hombre redimes, compasivo
del mar do se levanta la nube del pesar!
De mis creencias idas el fuego redivivo,
yo siento si te evoco y un dulce lenitivo
encuentro en tu grandeza para volver a amar.

Como maestro dio su saber y elocuencia en Arizpe, Santa Ana y Magdalena. En 1942, al abrir académicamente sus puertas la Universidad de Sonora, le llamó a sus filas, siendo por ello ilustre fundador magisterial en compañía de otros muchos y valiosos elementos. La física y las matemáticas fueron sus materias, algo muy cercano, casi íntimo a la poesía, como ha dicho el maestro Enrique Valle Flores. Adalberto Sotelo en estas ramas desplegó a sus anchas su sentir, en la secundaria-normal, en la preparatoria, en las escuelas de Agricultura y Ganadería, así como en contabilidad.

Hombre generoso, sensitivo, alerta siempre a los llamados vivenciales, es más, humano, supo entender en sus necesidades, inquietudes, penas y tragedias a sus compañeros trabajadores. Analiza por sí, los hechos, las circunstancias, las entretejas de la justicia, la realidad en todas sus formas:

Vi que las aves volaban
 buscando su nido inciertas
 y de la tarde las puertas
 con broche de oro cerraban.

Grisés, pardos coloridos
 tiñeron después los mantos
 de esa tarde, y los encantos
 quedaron ensombrecidos.

Fue la voz de la campana
 que habló a mi pecho contrito
 la oración del infinito
 caos de la vida humana. . .

Sotelo inicia entonces lo que podría decirse: la salvaguarda de los derechos, y por tal de las obligaciones de los trabajadores universitarios, es decir: el sindicalismo en movimiento.

Desgraciadamente en ello se ve un peligro, sin serlo. Se piensa que ello retrotraería en sí un retraso al desarrollo y avance en la institución.

La desgracia tiene algo de divino
 pues es ella el principio hacia la luz,
 ¡El Redentor halló por su camino
 abrojos punzadores con que vino
 a expirar en la Cruz. . . !

La confrontación es firme, la idea gravitando en su sentido lógico y justo. No resulta. Las fuerzas son un tamiz en donde las diferencias se entrecruzan y chocan. Adalberto opta por retirarse y se aleja a su querencia natal, Caborca. Los problemas económicos no le arredran sino que lo enaltecen. Recordaba bien aquello de:

Vamos contentos de vivir
 por una senda de verdad,
 no nos arredra el porvenir,
 ni nos arredra el más allá. . .

Celoso siempre de su voluntad y pensamiento, Adalberto no se ciñe a los derrumbes, a las catástrofes. Sufre sí, y hasta llora. He ahí a un hombre:

Ahora que caída se doblega
bajo el peso tenaz de su dolor,
con misericordiosa mano llega,
levántala del cieno donde ciega
está, y dale tu amor.

Establece y finca en Caborca su Escuela de Comercio, vale decir, la floración de todo su magisterio. Es 1956. Nada habrá que le detenga en su derecho legítimo y magisterial. No en balde, un alumno por entonces desconocido y que llegaría con el tiempo a ser Abigael Bohórquez le recuerda así:

Se llamaba Adalberto
y fue un poeta y maestro de mi pueblo.

“Y viene el sueño que las ansias doma
con un silencio al parecer que zumba,
y la noche que fue ya se derrumba
y por Levante el porvenir asoma”.

Indudablemente que uno de los poemas más significativos de Adalberto es “Canto al desierto”. Es un extraño testimonio en donde la naturaleza toma formas fantasmagóricas para cumplir su ritmo. Sabe Sotelo que el poeta es el reflejo más o menos exacto del mundo, demasiado solo y demasiado acompañado en los laberintos de su claridad desgarrada. ¿Y qué otra luz mayor que la que se trata de no parecer en un rumor de fuego en fuego, de ser en ser? Dice el maestro:

Clámide azul que en el poniente dora
el astro que agoniza: eso es tu cielo;
una explosión del infinito anhelo
de tus hijos caídos en tu aurora.

Sopla el terral y con sus notas mágicas
va arrullando las dunas
que dormitan al claro de tus lunas
como esfinges del tiempo, misteriosas;
flautas inverosímiles y trágicas
de esas noches sedientas, angustiosas,
es tremendo el concierto
que levantan las fieras del desierto.

Como aviso dantesco al peregrino
que oasis engañoso a ver alcanza
escribiste ha ya mucho en su camino;
"imposible beber, no hay esperanza";
y la vida se va como la llama
del cirio que devora alguna hoguera
sin odio ni cariño,
que delante del sol eres un niño
y delante del hombre, una pantera.

¿Quién pudo controlar tu cementerio
a través de los siglos? ¿Quién las penas
que derramó el infame cautiverio
del averno procaz de tus arenas?
¡Qué tesoros insólitos defiende
ese yerto vitral de tus volcanes
liberando los canes
que han de morder al que escalar pretende!

¿Qué escondes en tu seno, dime presto
que a tus graves designios vaya acorde?
¡Tienes de Lucifer todo el arresto
para mostrarte así inmisericorde!

Este apenas era un fragmento, ya que el poema es bastante largo. Fue dedicado a la maestra Esther Soto B.

Dos años más duró su ardua y fructífera labor magisterial. Desgraciadamente muere el 28 de abril de 1958.

ENRIQUE GARCÍA SÁNCHEZ

Él siempre recalcó una cosa: "No soy poeta, ya que prefiero el cuento y el magisterio para manifestarme". Sin embargo en él había esa llamita fulgurante que se le hacía azúcar, flor, enunciación, espera, aire preclaro:

Tengo un jardín florido, que mis ensueños
han cultivado sólo por tus amores;
hábitalo, paloma, cuelga tus nidos
entre sus verdes sauces y entre sus flores.

García Sánchez tenía para sí y los demás un radar en la elocuencia de dar, de apoyar, algo así como un conjuro para adivinar. Y por lo regular siempre dio en el clavo. En él el egoísmo jamás fue arma, nunca el estilete para dañar. Esa palabra estaba fuera de su ser y su bondad. Fue fiel a su destino:

Mientras niño jamás viví en calma
hoy, cual hombre, jamás vivo en paz:
ahora y siempre latieron en mi alma,
inquietantes, traviosos, vibrantes,
los anhelos de andar y buscar.

Al maestro se le debe el haber estimulado a muchos en el campo de la poesía, sabía de alguna manera que había que salvarla del rechazo atemperante, del hostigamiento, de la burla, casi se podría decir, del escarnio. A él, y a nadie más, se debe esa lucha. Y por ello luchó hasta el fin de sus días. Sabía compartir, sentir, estremecerse, pero sobre todo aquilatar:

¡Arbol que el viento del otoño hiere
en la hoja, en la flor, en el retoño!
¡Arbol que al viento del otoño muere
y que perfuma el viento del otoño!

También, como otros, Enrique no nació en Sonora, pero a esta tierra se dio elocuente. Originario de La Concha, Jalisco (antes perteneciente al municipio de Purificación, hoy Casimiro Castillo), nació el 15 de julio de 1900. Hizo estudios de prima-

ria en un instituto católico de Autlán, bajo la dirección del presbítero Manuel Silva, sostenido por el cura Esteban Lara. Allí principió la preparatoria.

García Sánchez fue soldado incorporado al batallón que se adiestraba en Villa Ahumada, Chihuahua, al mando de Paulino Navarro.

Luego pasó a estudiar a Estados Unidos, en Pittsburgh, California. Inició un curso por correspondencia *Foreign Trade* y que no terminó. Trabajó en la Great West Chemical Company, llegando a ser *process operator*. Más tarde opta por la carrera comercial, misma que terminó en 1928. Hace estudios especializados en inglés y es diplomado.

Fausto Topete, siendo gobernador de Sonora, le conoce y le invita a venir a Hermosillo. Se incorpora al magisterio como maestro de lenguaje, aritmética y mecanografía en la escuela de Heriberto Aja. Imparte también la clase de inglés, de ahí el mote de: el "Mister" Sánchez. Más tarde Rodolfo Elías Calles lo envía a la Universidad de Pomona donde obtiene el posgrado. Se especializa también en la clase de educación física y organización y administración escolar. Es maestro fundador de la Universidad de Sonora. Introduce en Sonora el volibol y promueve eficazmente el basquetbol. Trabaja también en la Escuela Normal. En 1932 funda su propia escuela: ACES. Se retira de la UNISON en 1951.

Alguna vez le contó a Enriqueta de Parodi que sus primeros versos se los dedicó a una autlense, cuando apenas tenía trece años:

Cuantas veces a tu lado
palpitando de emoción,
quise hablarte enamorado,
más mi amor, avergonzado
se ocultó en mi corazón.

García Sánchez nunca tuvo resabios para decir y hablar de sus preferencias: Juan de Dios Peza, Amado Nervo, Manuel Acuña, Díaz Mirón y Enrique González Martínez, como poetas. Abrevó también en Dumas, Shakespeare, Hugo y Zamacois. Enrique tenía su escondidito: Vargas Vila, que lo leyó completo, y de ahí una influencia soterrada. "Rosas de la tarde" y

“Flor de Loto”. Tengo por ahí dos o tres cuentos bajo ese signo, un tanto *underground*, que me confió y los conservo. Algún día saldrán a la luz.

García Sánchez queriendo o no, fue uno de los que más impulsó, enalteció el sentido real de la poesía. Podría decirse que fue el adalid en contra del desamparo, de la hostilidad, del rechazo, del desamor de los otros por los versos. Siempre se le vio atingente, abriendo huecos donde no se podía para el nuevo cantar del poema. La novedad en él fue eso, precisamente eso, un descubrimiento, un ardor que estaba muy lejos de la utopía. Y él se batió en contra de la solemnidad, del embarazoso bostezo de los caducos, de los estacionarios. Fue gracias a él —aunque él mismo no siguiendo la flama de la modernidad— quien abriera ventanas y puertas para que los jóvenes se expresaran, se fincaran las alas, esplandecieran.

Es quizá Enrique García Sánchez y Antonio Nakayama, quienes se dieron verdaderamente cuenta del cambio, del surtidor elocuente para encontrar la otra orilla.

Y aunque él mismo lo recalcó y vociferó que no era poeta, ta vez en otro parámetro estaba su estro, pero de cualquier manera él también volaba:

Con el soplo del viento
tiemblan las rosas,
donde cuelgan sus nidos
las mariposas.

Y como el viento hace
mover las flores,
tú haces correr la fuente
de mis amores.

Con los rayos solares
de la mañana,
se deshacen los hielos,
de la montaña.

Y tú harás con tus besos,
que son fuego,
deshacerse los hielos
que en mi alma llevo.

García Sánchez se entrapa con su sino, desenrosca la vida

y los acontecimientos para profetizar su partida. La tierra en entidad le llama y es ahí donde exhala su último suspiro, en su Jalisco, el 19 de julio de 1970. Hay en su libro una cuarteta que bien pudiera ser y es su epitafio:

PAZ

Todo descansa dormido, en paz;
nada se mueve en mi fría mansión;
sólo se escucha el reloj: tic, tac. . .
que es de las horas triste canción. . .

Fue traído a Hermosillo y aquí descansa.

GENERACION 1940

MOSÉN FRANCISCO DE ÁVILA

Un caso verdaderamente sorprendente es el de Alonso Avilés, nacido en Guaymas el 9 de julio de 1896. Desciende de la estirpe de aquella matrona heroica que proporcionó la información oportuna al general José María Yáñez, el 13 de julio de 1854, cuando alevosamente atacó el puerto el conde francés Raousset Boulbon, llamada Loreto Encinas de Avilés. Hay que recordar que sus cinco hijos militarmente defendieron la legalidad del gobierno liberal: Lorenzo, Ezequiel, Alonso (de éste el hilo consanguíneo directo del poeta) y Abato Avilés.

Su segundo apellido era Echeverría. Pero dejémosle a él mismo, mucho tiempo después, cuando ya es *Mosén Francisco de Ávila*, contar esto:

Obediente a su destino, aquel árbol crecía y crecía; así también crecía la gente que, poco a poco y día a día, fue dejándolo solo. Después fuimos nosotros, los cinco (éramos cinco hermanos). Y el árbol volvió a nacer. Ya viejo, sus ramas reverdecieron, y de su tronco, rugoso y fuerte, los niños nuevos hacían un símbolo de bondad. Otra vez fue aquel árbol, un árbol feliz.

Murió la abuela. La muerte sembró su espanto y llenó al árbol de soledad. Las tías se fueron. Y parecía, . . . parecía como si el árbol supiera todas estas cosas de separación y ansiedad; todas estas cosas: la vida, la fatiga, las gentes.

Otra vez, los niños se hicieron grandes; otra vez, dejaron de ser niños. Y el árbol volvió a quedar solo, en el fondo del gran patio de la casa, con su recuerdo de los niños; fugaces niños.

Mi padre murió. Mi madre mudó de casa. Nosotros, los cinco, salimos a nuestro destino. . .

(Elegía del árbol)

Y así fue como Alonso Avilés salió a buscar su destino, topándose con él pasados ya los cuarenta años, en Nogales. Sí, porque fue ahí donde estableció su guerra dual, es decir

entre el hombre común, el comerciante y el otro, el humilde, el entregado a "la sublime tarea de hacer poesía". Sucedió que el 8 de septiembre de 1945, Humberto Choza Cañedo llamó a Alonso, así como al doctor Baltazar López Serrato, Raúl Romero, Jorge Valencia, Luis F. Velasco y Jorge López Islas, para formar la Peña Cultural Nogalense, a la que posteriormente se unieron los doctores Ramiro Corona Godoy y Carlos Blungart Gómez, así como el licenciado Ruffo Espinoza y Manuel Pérez. Fue entonces que apareció por ahí el uruguayo Félix Peyrallo Carbajal, quien les indicó las disciplinas literarias y el mejor aprovechamiento de los estudios. Avilés fue el que más aprovechó las enseñanzas, despertándole algo en él innato: el amor a la poesía. Cabe anotar que en febrero de 1946, en un cuaderno de la propia Peña, aparece por primera vez un poema de Alonso, en el que le aflora ese incendio interior. En ese marco nace Mosén Francisco de Ávila para las letras hispanoamericanas. Él mismo se ha definido así:

prolongación imaginaria:
 transición: como péndulo en la eternidad:
 lo que cuesta hacer morir a un niño:
 llegar al oficio estúpido de ser grande.
 . . . por cinco caminos oscuros, hacia el ostentorio.
 Ignorado. Sutil. Un hilo que va de lo incierto a lo cierto.
 Camino del cerro. Hacia el torso del aire.
 Llano, casi río, casi olvido. Un cuadro de suspiros. Como lluvia.
 Como noche grande. Estribillo de día a día.
 Grito de estrella a estrella.

¿Pero por qué lo de *Mosén Francisco de Ávila*? Alonso Avilés era un hombre sabiamente sensible que llegaba a la poesía "como el más ferviente católico al altar: de rodillas, postrado con respeto y devoción sublime". Es cierto esto y varias veces se le oyó parafrasear a Machado: "La poesía es tan seria como un golpe de ataúd en tierra".

De joven seguramente debió haber leído las Sagradas Escrituras y a los clásicos españoles. Más tarde ya en la madurez, cuando decide escriturar sus vivencias se topa con Federico García Lorca, Paul Valéry y Charles Baudelaire, tres poetas

claves para él. Luego llegaron Rainer María Rilke, Ramón López Velarde, Enrique González Martínez, y por supuesto los poetas mexicanos de su misma edad, es decir, los Contemporáneos, principalmente Carlos Pellicer, a quien conoció precisamente en Nogales, el 14 de junio de 1956:

No era una voz, era un sueño: era un paisaje enorme:
que iba como surgiendo, como desprendiéndose desde los muros:
y se formaba en el aire,
con árboles gigantes, y pájaros raros, y flores exóticas.

(*Tabasco*)

Lo de *Mosén* es por aquellos clérigos que vagaban de un lugar a otro, como anacoretas por la campiña de Aragón. Lo de *Francisco*, por el varón humilde de Asís, y de *Ávila* por Teresa, la clara y lumínica monja de la mística sabiduría. Y Alonso Avilés llegó a ser verdaderamente, para su fortuna y los otros, el poeta, es decir Mosén Francisco de Ávila.

No en balde afirmaba y confirmaba:

Poesía es la inevitable angustia de las cosas: fatal relación entre el valor ontológico del ser y las cosas que perecen: agonía necesaria entre espiritualidad y materialismo científico y práctico. // No en literatura, ni en preceptiva literaria, sino en la estática de la palabra viva, el "Logos" en la más pura acepción del vocablo griego, v.d., la poesía en su valor estético: no la forma sino el sentido: sensibilidad opuesto a sentimiento. // Porque, poesía no se aprende en libros, sino que se cultiva en la conducta diaria "municipal y expresa" de los hombres. Es el modo de pensar cotidiano del ser en la relación ineludible del espíritu con las cosas, v.d., la sorpresa diaria de la razón y el entendimiento en su encuentro con el universo físico y psíquico que lo rodea. // Porque, las cosas en sí son buenas, todas. Pero el hombre, satánicamente sabio, las complica y crea la confusión del desorden. // El desorden, es el orden natural de las cosas, en su conflicto con el hombre, para volver al orden.

Sin duda que en Mosén Francisco de Ávila se da en todo

su esplendor aquello de que el poeta no debe tener compromisos con nada ni con nadie, excepto con aquello a quien sirve, que es la poesía.

A los cincuenta y dos años publica, por él mismo, como todos los demás, su primer libro: *Tagmar del mar*. Es aquí precisamente donde empieza el drama, ese camino tenaz que como hábil cirujano va abriéndose hacia la muerte, su tema entre otros, el preferido. La obra del poeta fue quizá el resultado de una experiencia espiritual, externamente estética, pero interna y hondamente ética. Maduro en edad y vivencias pronto encontró la ruta y la forma de expresar en poesía cierta parte de aquello que no había podido decir hasta entonces.

En este libro inicial (1948, Edit. Cultura, México), en el cuento poemático que le da nombre, regresa en él lo melancólico, lo nostálgico por su mar perdido para siempre. El recuerdo marino le atrapa:

Limpio limpio el mar
limpio como Tagmar

Tagmar el marinero
está bebiéndose el mar
en los ojos de Tagmar
apaga su sed el mar

El mar:
es una cuna que mece la luna
la luna nodriza
acaricia la piel de la cuna
y se duermen las olas inquietas
al arrullo del viento y la luna

Tagmar el marinero
ya se hizo a la mar

el mar:
es un silencio transparente
de muchos viajes distantes

todo el mar se virtió
por los ojos de Tagmar

el mar:
es palabra que callan las horas

en el tiempo largo
que tiene la voz de la muerte

Tagmar no regresa
son sus ojos que vienen del mar

en el mar:
hay palabras azules como sortijas
bañadas de sueño
vestidas de ala:
—verde disuelto en el aire—

granujeció la tierra
en la cueva de la cobra

la tierra mezquina de muerte
con ruido sucio de hombres
la tierra triste...!

oyendo el canto verde
de los ojos de Tagmar...

el mar siempre el mar
silencio alegre de la soledad

Tagmar se fue a la mar
ojos vuelven de Tagmar

Y... canta y solloza el mar...

Los poemas que aparecen en este libro abarcan un periodo de 1946 a 1948. El cuidado de la impresión estuvo a cargo de Margarita Paz Paredes, de quien coincidentemente aparece un epígrafe en uno de los trabajos de Mosén.

Cabe suponer que el autor empezó a bosquejar su trabajo a principio de los años 40, y se adivina en él esa clase de espíritu heroico dividido entre un ideal inasequible y una urgente realidad, un dramático contraste que da precio a su vida. Por ejemplo dice:

La muerte principia al nacer
y la muerte muere al morir
en la muerte renace la vida

(Viento difunto)

Hay dentro de sí un recuerdo silencioso de dolores terrenos, cuya herida se aviva entre más se sumerge en ese mundo que ha encontrado:

Poesía es cruz,
sentirla es sufrir,
decirla es llorar...

Poesía es cruz:
copa derramada hacia dentro,
mar que se vierte por las venas,
sal que muerde y taladra...

(La cruz)

En ese poemario aparece aquello que Mosén repitiera tanto, en sus escritos y en sus conversaciones: "si la muerte fue la presencia ausente, es inmediatamente la ausencia presente". Es un epígrafe de P. L. Landsberg que en Mosén encarnó vivo en su palabra, en su acción poética, mejor, en su doctrina.

Alguien ha dicho que para De Ávila, Federico García Lorca fue un poeta de predilección profunda. Es verdad. Ya en sus poemas iniciales de Tagmar aparece esa su influencia poderosa:

luna, luna, la luna madura
¡ay!, la luna llena
pasa por un instante
sobre la ceja del monte
y es azafrán
rodando cuesta abajo.

(El amargo)

Mosén Francisco de Ávila entra así en esa poesía de meditación, como gustaba llamarle Miguel de Unamuno, muy rara entre nosotros por otro lado. Pudo utilizar la fuerza poética del vidente a través de los símbolos. No se agota en la posibilidad física de la expresión. Va más allá, entra en lo metafísico. En la clave de uno de sus tantos poemas afirma:

El hermetismo y la oscuridad del sentido son la luz del simbolismo. La realidad carece de simbolismo. La precisión debilita la imagen poética.

Algo inherente en él es el ritmo. Sin él se encuentra desar-
mado, y lo sabe bien. Esto lo adivinó al leerlo Emiliana de
Zubeldía, quien dijo:

El duende es la gracia que está patente en el contenido rít-
mico; en el sentido de la proporción adecuada que debe
presidir el sentir y el decir. Un poeta sonoreense cuya obra
contiene gran sentido rítmico fue, Mosén Francisco de
Ávila.

(*La asociación de la poesía con la música*)

En esos años del 46 al 48 sucede: Miguel Alemán inicia su
gestión como presidente de la República y anuncia su propó-
sito de construir la Ciudad Universitaria. México sale de su
deuda con los Estados Unidos por daños ocasionados durante
la Revolución. En Londres se instala la primera Asamblea
de las Naciones Unidas; el proceso de Nuremberg. En Sonora
es entonces gobernador del Estado, el general Abelardo Ro-
dríguez. Se inicia la época de los agrotitanes y el despegue
hacia lo moderno.

En México se publica una *Nueva grandeza mexicana*, de
Salvador Novo; *Rosenda*, de José Rubén Romero; *El ángel
roto*, de Sergio Magaña. En poesía irrumpen Enrique Gonzá-
lez Martínez con *Silenter*, *Preludios*, *Lirismos* y *Los senderos
ocultos*; Guadalupe "Pita" Amor con *Yo soy mi casa*; Mar-
garita Paz Paredes con *Voz de la tierra*; *El discurso de las
flores*, de Carlos Pellicer; *Poemas y Prosas*, de Concha Urqui-
za. Esto en 1946.

En 1947 se da una entrevista entre Harry S. Truman y el
cachorro de la Revolución, Miguel Alemán Valdés. Estados
Unidos nos presta dólares para erradicar la fiebre aftosa y
para apuntalar la industrialización. Surge el Plan Marshall.
En México se publica la novela de Francisco González Rojas:
Lola Casanova; de Agustín Yáñez: *Al filo del agua*. Rodolfo
Usigli da a conocer *El gesticulador* y *Corona de sombras*. En
poesía Guadalupe Amor lanza: *Puerta obstinada*; Elías Nan-
dino, *Canciones* (reedición) y *Nido de sombras*; José Cardo-
na Peña, *La ciudad de los pájaros*. En Latinoamérica, Pablo
Neruda da a conocer *Tercera residencia* y Nicolás Guillén
El son entero.

En Sonora está la presa Abelardo Rodríguez en construcción, lo mismo que el Museo y Biblioteca.

En 1948 se fundan el Instituto Nacional Indigenista y el Museo Nacional de Artes Plásticas. Va a la UNESCO el poeta Jaime Torres Bodet. Asesinan a Gandhi. Aparecen en México *La escondida*, de Miguel N. Lira; *Cuentos mestizos*, de Ramón Rubín; *Murieron a mitad del río*, de Luis Spota y *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas.

Es la época fértil y consagratoria de Pita Amor. Suyo aparece: *Círculo de angustia*; de Rosario Castellanos, *Trayectoria del polvo*; de Alí Chumacero, *Imágenes desterradas*; de Carlos Pellicer, *Subordinaciones*; de Margarita Paz Paredes, *El anhelado plural*; de Margarita Michelena, *Laurel del ángel*; de Joaquín Antonio Peñaloza, *Pájaros de la tarde*, y de Xavier Villaurrutia, *Canto a la primavera y otros poemas*.

En Sonora, Rodríguez edifica: Hospital General del Estado, Palacio Municipal, edificios Sonora y Fer, cine Sonora. La transformación de la ciudad de Hermosillo es casi completa. En el Estado se levantan escuelas a todos los niveles; la Fundación Rodríguez, el asilo de ancianos.

Tal es el entorno en donde se mueve el poeta Mosén Francisco de Ávila; dentro de ese contexto publica su poesía inicial. Alonso Avilés, su contraparte, en tanto se dedica a trabajar en el comercio para vivir. Aprende inglés extraordinariamente, de tal manera que al poeta que es él mismo, le presta esa habilidad. En 1950 sale a la luz en ese idioma: *The Sunken Cathedral* (La Catedral sumergida) —*symbols of egocentric approximations— poems*.

No está muy claro, pero al parecer hubo de este libro dos ediciones. Una en 1950 por Falmouth Pub., Manchester, Ma. y otra que surge en 1952 como edición del autor. Ahí recoge la mayoría de los poemas de su obra anterior *Tagmar del mar*, los que transcribe.

En 1953 sale *La sombra del centauro*, bajo el signo de Editorial Cultura, costado por él mismo. El poemario está dividido en tres partes. Ahí él mismo dice:

Este libro se abre así:
pregón de poesía

yo soy el poeta. Echadme al cerro, con un mecate al cuello,
 porque vivo en un círculo: vosotros, los esquinados, los que vivís
 en cuadros.

(m. f. a.)

Aquí ya el poeta se identifica, es decir, el ser y el querer ser, el creer a pesar de los opuestos. Y Mosén Francisco de Ávila no es ni va ser un poeta místico en toda la grandiosidad de la palabra. Más bien juega y juega a lo seguro. No en balde su libro de cabecera es *La Biblia*. Y es aquí donde sigue a pie juntillas lo que San Juan enseña:

En el principio era el verbo, y el verbo era
 con Dios, y el verbo era Dios.

Pero veámoslo cómo va abriendo este camino, cómo va metiendo su fino estilete para llegar a lo que quiere:

senderos del lenguaje

EXORDIO:

poesía es la expresión o manifestación de la verdad por medio del símbolo. Vivimos por el símbolo. Somos símbolo. El ser humano es símbolo perfecto. El drama de la creación está totalmente representado en el animal racional que es el hombre.

Dios quiso revelar al hombre la majestad de su gloria hablándole por medio de lenguaje simbólico, y representar el símbolo de su poder, de su gracia, de su misericordia en el drama que de cada individuo de la especie humana lleva en sí mismo.

Palabra alegórica, lenguaje del símbolo, manifestación de bien y mal, discordia con Dios. Exponentes: soberbia, humildad, bonanza del amor, frustración del odio; cielo, infierno; Dios, el diablo. . .

La luminosidad y lo oscuro lo van cercando, se va repitiendo con un punto de vista estético dentro del cultivo de la palabra. Su yo navega en su propia vivencia. Sin querer hay

un signo de evasión, un deseo que lo impulsa al sosiego, la divinidad, la hermosura, cuyos símbolos son el sueño (la muerte, diría él), el ritmo, la precisión. Entra desnudo y humilde a un terreno de armonía, en el cual el cristianismo y lo pagano parecen unir su eslabón de toda su psiquis. El contrapunto se hace, las más de las veces, su constante. Por ejemplo:

¡Si tú supieras! Me llaman loco
 los precarios, los del momento,
 los del camino ritual de perplejidades,
 los de la rapaz presencia, los de la hora.

¡Si tú supieras! Me llaman loco
 porque he huido hacia dentro, hacia la quietud;
 porque prefiero la noche, porque digo que oigo
 lo que dice el viento a la hora lenta
 del amanecer, cuando todo es anterior.

¡Si tú supieras! Me llaman loco
 porque desolado, hablo con el silencio de las cosas;
 porque digo que con el aroma regresa la presencia;
 porque al tumulto de la sangre le llamo
 agua geométrica, y digo que el día,
 cuando vuelve, es transparente ausencia
 de otro amanecer que no se acaba nunca.

(*El loco*)

En 1960 Mosén fructifica como poeta mayor. Se imprime en la misma editorial *Salamandra* —*Santa María del Yerro*—, con poemas de 1953 a 1959.

Entra en un proceso de poesía ardiente, íntima y hacia fuera al mismo tiempo. Su mente poética es un volcán en actividad, pero no pierde el equilibrio. Dice:

...y qué podría decir yo, dicotomía inútil,
 párpado ciego, pobre sarmiento entre las rocas?
 Puedo decir: en la oscuridad, las palabras querían su inocencia.
 huyeron al silencio de sus madrigueras.
 Puedo decir, por ejemplo: las palabras, atemorizadas,

(preliminar)

Aquí la muerte se instala a sus anchas. No hay gravitación posible que la pueda contener. Es un vaso derramándose. Los poemas están bajo esa premonición: "la estatura de la muerte", "de cada estrella pende una cruz", "ruta". Veamos:

En sí, la muerte es fácil.
 Signo de luz era tu mano.
 Hoy, transparente,
 eres la presente ausente. Diríamos
 estéril de tu ser, tu mano es forma en sí.
 Tener esa mano es sólo un signo,
 un símbolo de luz.

Luego "transfiguración", "si tengo que morir", "mínima muerte: ayer..."; "remeur", "esta muerte de quererte", "el muerto", "la abuelita"...

Al final del poemario están sus intentos logrados para hacer de la prosa instrumento poético:

Nosotros, poetas, diríamos, ¿Cuál es la estatura de la muerte? Diríamos, ¿Cuál es la noche fluida donde los muertos estiran su postura de total plenitud? La muerte es la tarde con ojos de antorcha; el último recurso; la saludable desolación. La muerte es la liturgia de ausencia y distancia con que nos mira cada atardecer. La muerte es la presencia ausente que nos contempla desde la inconstancia de las cosas: inocentemente, sin posesión, sin prisa, sin tiempo. Nosotros, poetas, diríamos, ... es tan lejos un sueño...

En ese mismo libro hay un poema vaticinador, en donde la fuerza poética de Mosén lo hacen ser vidente. Es aquel dedicado a Federico García Lorca y en donde recuerda su muerte: *Diálogo de Psyche y Amor*. Está dividido en tres partes: Imagen, Motivo, Diálogo. En esta parte final De Ávila escribió:

Entrelazado con mi muerte,
 tal vez pudiera, almendro dorado,
 tal vez pudiera seguirte
 como abeja en flor.

Seguirte,
abeja de oro,
en una mañana violeta
que el sueño había dejado.

Seguirte, mañana:
seguirte entre las piedras
de los audaces caminos.

Seguirte, mañana de auroras,
entrelazado con mi muerte.

Te seguiré:
almendro en flor,
abeja de oro:
desde mi muerte, te seguiré...

Se sabe que Federico fue fusilado la madrugada del 19 de agosto de 1936. Curiosamente Mosén Francisco de Ávila fallece de un ataque del corazón, casi amaneciendo, el mismo día pero de 1963. Los guarismos son los mismos, un simple cambio y nada más.

¿Coincidencias? No. Simplemente paralelaje.

Mosén Francisco de Ávila durante su vida literaria fue pasionalmente disciplinado. Tan es así que dejó varias obras terminadas que todavía aún se encuentran, desgraciadamente, inéditas. Son éstas: *La casa de las mariposas* (libro de poemas, con prólogo de Carlos Pellicer); *Elegía a la muerte de un loco* (poema dramático); *Siete viernes en primavera: misión poética* (prosa), así como *Crítica: conferencias sobre poesía, poética y poetas* (prosa).

Sabía Mosén con Huidobro aquello de: Poeta: tienes delante de ti un papel, hay que llenarlo con todo lo que no esté de más.

Ojalá que algún día pueda rescatarse ese material y pueda ver la luz. Sería de nuevo la florescencia en plenitud, la armonía preclara de su palabra.

ARMIDA DE LA VARA Y ROBLES

Una mujer poeta. ¿Pero quién es, de dónde vino? Veamos:

El primer de la Vara que vino aquí
fue mi abuelito Julián con toda su
familia, procedente de Saltillo,
Coahuila, vino con el padre Flores;
él estaba casado con una hermana
del padre Flores llamada Rosalía;
el padre se lo trajo para acá cuando
vino a administrar este templo de
Opodepe; allá dejó tierras de agricultura,
tierras grandes, según dicen,
no sé por qué se vendría a
aventurar con tanta familia. Los nombres
de los hijos de mi abuelo. . .

(La creciente)

- novela -

y luego toda la parentela que se estableció en la "meseta de palofierros", que eso quiere decir Opodepe, en la lengua de los naturales que eran ópatas. De ahí,

de Opodepe —dice Abigael Bohórquez— pueblo hermano de los silencios clericales, de los anchos caminos empolvando ocotillos y atardeceres, de las nopaleras amarilleando sus flores enceradas, cuando los gallos madrugadores hacen levantar a las abuelas a calentar el agua, de los carros de mulas soportando mazorcas reventonas de vuelta del verano, de las carretas rechinadoras, de los perros del alba, de las tortillas de harina grandes como el comal ennegrecido, de los santos recuerdos domingueros, del ceniztle y la tórtola, del aroma frutal y el bordado a la luz de los quinqués, camino de su pueblo llegó Armida de la Vara a Hermosillo

Así fue. Después de cursar su cuarto año en el pueblo salió de él.

Sus padres la trajeron a la capital del Estado para que con-

tinuara sus estudios. Había nacido Armida el primero de enero de 1926. Casi niña ingresa en la escuela secundaria y normal de la Universidad de Sonora para encauzar su sino, su aventura: quería ser maestra. Y lo logró hasta graduarse, pero también lo otro, había germinado en ella al mismo tiempo la fuerza de la palabra e iba en camino de la madurez el pensamiento.

tu cuerpo ha de saber dentro de poco
 cómo brota el botón, cómo florece
 la planta que a la aurora despereza
 en eclosión de luz su cuerpo verde;
 sabrás de lo secreto de ese impulso
 pues será su materia dizque inerte
 la que forme el tejido y la celdilla
 donde la vida en savia borbotee;
 escucharás su canto por las noches
 y verás las estrellas nuevamente
 y sabrás el milagro: lo perenne
 de lo que fue tu risa y tu mirada
 reviviendo en la flor cuando amanece,
 vibrando ya en el día, ya en la noche,
 siendo renovación, lo que no muere,
 lo que continuamente se transforma,
 lo que a pesar de todo no fenece.

(Canto a la vida)

No tardó mucho tiempo sin que aparecieran publicados sus primeros versos en revistas y periódicos. Pero antes...

En 1943 había llegado a la gubernatura del Estado el general Abelardo L. Rodríguez, y con él abríase la modernidad.

No es aventurada tal afirmación —dejó escrito el historiador Laureano Calvo Berber—: están ahí, en los vastos confines del suelo sonoreño, 60 edificios escolares modernos, construidos en los años de 1944 a 1948, y 97 escuelas más, entre construidas, ampliadas y reparadas; la augusta mole de la Biblioteca y Museo, el Palacio Municipal, el Hospital General, etc. (aquí podrían agregarse otras tantas instituciones de beneficio social) en la capital del Estado, la transformación completa de ésta en una ciudad moderna,

y las muchas obras sanitarias y de urbanización llevadas a cabo en otras distintas poblaciones; la presa de Hermosillo, sobre el río de Sonora, con capacidad de 250 millones de metros cúbicos, y a cuya construcción se le dio comienzo en marzo de 1945, concluyéndose e inaugurándose con el nombre de presa "Abelardo L. Rodríguez", el 6 de abril de 1948; las pocas obras de pequeña irrigación benefician en la actualidad a centenares de ejidatarios y campesinos; el importante camino directo Hermosillo-Bavispe, con longitud de 357 kilómetros, etc.

Inmediatamente después de esto, Calvo Berber señala que el general Rodríguez

no conforme con haber donado sus emolumentos a favor de la Instrucción Pública del Estado, aportó de su peculio fuertes sumas de dinero para la ejecución de algunas obras antes citadas, entre otras, en la de la Biblioteca y Museo, que da y seguirá dando alto relieve a la cultura de nuestra entidad.

Es aquí precisamente que entra en juego la figura de Enriqueta de Parodi, escritora a quien se debe un esfuerzo notable en el desarrollo cultural y literario de Sonora. Invitada por don Abelardo a regresar a su tierra natal, funda el Departamento de Organización Social y Cultural y el Concurso del Libro Sonorense.

Dentro de ese contexto ambiental nace y se desenvuelve la poeta Armida de la Vara y Robles. En 1947 participa y gana el IV Concurso del Libro Sonorense con su poemario: *Canto rodado*. Alfonso Iberri dejó asentado lo siguiente:

Y avanzado el siglo xx, con las galas de su modestia y de su juventud, Armida de la Vara y Robles llega tan airosamente al campo lírico, que a los veintidós años de edad, en el cuarto Concurso del Libro Sonorense, se concede al suyo la más alta distinción.

Despojada de esa lacra del espíritu que es la vanidad, lo titula: "Canto Rodado" (piedra que baja del cerro y que la corriente del río o del arroyo pulimenta), y en su

contenido —versos alados y miniaturas en prosa— las complicaciones del pensamiento y de la forma, o, en otros términos, la extravagancia y la incomprensibilidad, ceden lugar a la sencillez, a la claridad y a la tersura, abrillantadas por la originalidad de las ideas, entre las que se transparenta la limpieza de su condición moral.

Luego, el poeta mayor que en cierto sentido fue Ibarri, hace comentarios sobre los versos de Armida para rotundamente señalar:

“es una magnífica promesa para el prestigio intelectual y artístico de nuestro Estado”.

El libro de Armida de la Vara consta de 27 poemas y de 19 prosas poéticas.

El amor en los poemas de Armida se hacen venero, va abriendo brecha, va edificando un cauce no para establecer un giro monótono y aburrido. Muy a lo contrario, hay una limpidez de alma que estrangula cierto tono de ingenuidad:

...
 transfórmame los ojos
 abiertos a mis ansias.
 A pesar del silencio
 seré una nota blanca
 en medio de las líneas
 de un negro pentagrama...!

(*Ansiedad*)

La penumbra queda a trasluz, la intimidad honda toma la palabra y se arriesga para encontrar la vida. Le es dable recurrir a la nostalgia porque ahí ha de encontrar el hilo conductor de su voz:

No escudriñes jamás en otros ojos
 buscando mi mirada
 porque en cuanto más busques, más difícil
 te será encontrarla.

Nadie te ha de mirar cual yo lo hacía:
 con los ojos del alma.

Ya no busques mi acento en otras voces
 pues todas las palabras

que otros labios pronuncien, no te dirán
 lo que mis labios callan:
 silencio que aun viviendo entre penumbras
 engendra la esperanza.

Abigael Bohórquez al comentar los versos que Armida escribiera entonces, dice:

carecían de los elementos tradicionales y circunspectos. Eran versos saturados de espiritualidad y aun en los momentos exaltados de desesperación, aun en aquellos donde ella se buscaba, se retorció, se daba vueltas alrededor de sí misma, preguntándose, torturándose, qué habría más allá de los veinte años, más allá de la lejanía, más allá del primer desafortunado amor, la ternura del alma se le resbalaba por los verbos y los adjetivos sin permitir que la enturbiara un solo instante la cursilería ramplona y pirata de la versificación de mesa. Armida traía su palabra madura antes de tiempo, profunda y transparente, rompiendo viejos moldes, viejas tendencias, viejas desilusiones, venía abriendo brecha con desusada Poesía en el medio asustadizo hermosillense y aun en los temas intrascendentes, aun en la dura piedra de lo agotado inagotablemente se descubría el filón:

No puedo acostumbrarme a la inmensa distancia
 de tu vida vacía,
 de tu paso sin rumbo, de tu espíritu ausente.

(¿Dónde está tu alegría.)

Hay un temblor de fe, de angustia, una extraña sensación buscando el infinito:

Después de todo... ¿qué?
 siempre queda en nosotros
 un secreto anhelar
 algo que no se ve;
 todo lo que es lejano
 nos hace suspirar;
 queremos lo que en vano
 tratamos de tocar.

... ..
 Después de todo... ¿qué?

(Después de todo)

Versos en donde el cordón de la soledad se anuda en desolación, tibio amor que irrumpe en fugaz desespero:

¡Pobre ternura mía
con las alas abiertas al espacio!
¡Cómo se crucifican
en su abrazo perenne al horizonte
verdugo de su risa!

¡Y tener que mirarte cual las cosas
que apenas iniciadas, se terminan!

El tono con que canta Armida rezuma su verdad intransferible, no deja escapar nada que sea inventado; hay honduras y sensación que se han licuado en su propia sangre:

¡Oh, dolor! no me grites
para que abra la puerta,
terco dolor, no grites. . .

Yo bien sé que el camino
tiene muchos guijarros
y que nadie te espera.

Yo bien sé que a tu paso
toda puerta se cierra
y te quedas temblando
por la angustia del frío
—negra nota de espanto
a mitad del camino—

Ya no grites, aguarda
solamente un instante. . .

(Viejo amigo)

Y es implacable cuando dice:

¡Cómo duele que así, a pesar de todo vaya mi amor perdiendo!

(Niebla)

Casi en la parte final de *Canto rodado*, la poeta se revela en imagen, descorre de una buena vez la oscuridad, casi diríamos que asiste a su propia confesión:

¡Hágase la luz! Y la luz se hizo. Y rasgando la oscuridad una ráfaga luminosa fue esclareciendo la bruma espesa que como un velo de luto envolvíalo todo. ¡Fiat! . . . Y se hizo. Y conocimos el contraste.

Desde los tiempos bíblicos fue preciso conocer la luz, que al conjuro de ese Fiat inmenso, eternamente grande brotó de la nada, para saber que se vivía en tinieblas. Y hoy sabemos que reímos porque hemos llorado; y hoy sabemos que la alegría es, porque hemos probado el dolor. Y huimos de las tinieblas, del dolor y de las lágrimas, cuando por ellas aprendimos que hay claridad, alegría y risas. . .

Armida durante corto tiempo colabora intensamente con Enriqueta de Parodi en la revista *Cauce*.

Es el principio de los años 50. Merced a su inquietud y su talento la joven poeta es becada por el Gobierno del Estado para seguir estudiando en la ciudad de México. Se inscribe en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México. El ambiente literario y las conocencias se le abren como un abanico. Ahí, jóvenes como ella empiezan a tomar su paso y a bosquejar el papel que más tarde jugarán en la poesía mexicana. Ahí Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Margarita Paz Paredes, Miguel Guardia, Jesús Arellano, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime García Terrés.

Ellos —dejó asentado Raúl Leyva— manejan en su poesía temas de actualidad palpitante (la solidaridad humana, la paz, el problema indígena, los temas de la lucha de clases, la justicia, la libertad, etc.) escapándose, así, a la delimitación casi estrictamente amorosa de la mayoría de los poetas que les precedieron en este azaroso siglo xx. Todos estos poetas ya expresan en su lirismo el conflicto de mestizaje, la batalla ideológica de nuestro tiempo, pues toman su lugar al lado de las fuerzas revolucionarias, colectivas, las que vienen condicionando cada vez más notoriamente a nuestro tiempo. Antes que estéticos contempladores de la realidad, estos poetas parecen tomar partido al lado del pueblo, engrosando con su voz poética las fuerzas del socialismo que pugnan en la actualidad por crear un arte colectivo, de profunda intención social, el cual, al arrasar y

echar a pique todas las torres de marfil del artepurismo, sea cimiento de una nueva era de auténtico humanismo. Contra lo cifrado y críptico que fue una de las preocupaciones de la generación anterior, estos poetas oponen una limpia serenidad expresiva que es capaz de transmitir su mensaje a todas las capas de la población.

Tal fue el panorama frente al que se encontró Armida de la Vara. Pronto encontró estímulo siendo la revista *Fuensanta*, de Jesús Arellano, quien da a conocer algunos poemas de la sonorenses en la ciudad de México. Luego viene una serie de lecturas colectivas y recitales individuales. Ello le sirve porque amplía su radio de acción y profundiza más en su tarea. Aparece en una *Antología de Mascarones* que edita la Universidad Nacional de México; luego ya en 1959 es incluida en el *Anuario de Poesía* que publica el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Tiempo después conoce a un joven historiador, Luis González, brillante alumno de Daniel Cosío Villegas. El destino les junta en sus vidas paralelas, en estudio y comprensión. Se casan. Armida se retira para atender el hogar, íntegramente. Una vez que los hijos crecen vuelve a empuñar el yelmo de la escritura. Ahora para estructurar una novela, que en cierta forma es la microhistoria de su pueblo: *La creciente*.

JOSÉ GÓMEZ GARCÍA

Vivió en Sonora un poeta de la estirpe de Carlos Mcgregor Giacinti y Miguel N. Lira, por aquello de escriturar poemas de gran aliento bajo la égida del romance español: el doctor José Gómez García.

Caso semejante al de Leopoldo Ramos y Juan Eulogio Guerra, en el sentido de que no era nativo de la entidad, ya que nació en Orizaba, Veracruz, el 11 de septiembre de 1897. Llegó aquí joven todavía y radicó en el puerto de Guaymas hasta morir el 17 de febrero de 1973.

Ahí, además de su profesión como galeno fue maestro de literatura y otras materias en escuelas de esa ciudad. Alguna vez Óscar Monroy escribió esto:

Demostró una fuerte inclinación literaria desde sus años de bachiller, años que en compañía de su amigo y poeta Gilberto Loyo inició un movimiento literario en su ciudad natal. Loyo fundó un periódico estudiantil que tituló: *Musa Púber*, mientras Gómez García escribía en el llamado *El Heraldito Estudiantil*.

En el año de 1931 publica el doctor José Gómez García en la única imprenta de entonces en el puerto de Guaymas (imprenta de Parra) su libro titulado *Rescoldo*, que Porrúa distribuye en la ciudad de México.

Rescoldo fue generosamente recibido por la crítica literaria de México, que en *El Universal* y algunas revistas de gran circulación, aunaron voces de elogio y estímulo para el poeta.

En el año de 1954, en que el puerto de Guaymas celebra el Centenario de la gesta heroica del Trece de Julio, el Dr. José Gómez García es ganador de la "Flor Natural" con su romance de la "Aventura". Filigrana poética bordada sobre el tema de lo que fue una aventura histórica.

Pero dejemos que el propio poeta suelte su luz y su palabra:

1

Desde el confín del pasado,
a la aventura de Guaymas,
"La Belle", burlando a "La Suerte"
se avista por lontananza.

La nave acuchilla el viento
inclinada por la banda
hasta ángulos imposibles,
al sego en la marejada.

Columpiada a sotavento,
sobre las ondas... gallarda!
al viento en vuelo las velas,
como dos enormes alas!

Afuera el mar se revienta,
bramando por la resaca,
con sus plisados de espuma,
y olanes en olas altas!

Aquí, dormida en el puerto,
con el relente... propaga
hedor de cieno y marisco
salobre del agua amarga.

La nave en el objetivo
del catalejo se engasta
en los colores marinos
magníficos al diorama.

Busca, buscando el rumbo.
se enfila por la "Bocana",
tejiendo estelas de espuma,
doblando por "Punta Baja".

Sólo un hombre en la nave
bien sabe de la asechanza,
que desde mares lejanos
extiéndose hasta la playa!

¡Es un francés!... ¡"El Lobezno"!
el de Aviñón... y prosapia
escrita en su mismo nombre
con un sabor de romanza...

¡Entre gañanes del oro
de aquel girón de la patria,
perdido en cuarenta y siete
por una guerra de infamia!

Viene a forzar la fortuna,
y con empresas divaga. . .

El clima de su aventura
incuba su mismo drama!

Su sueño filibustero
se va cuajando de audacia,
y de conjura en Sonora. . .
allá por "Tetas de Cabra"!

Le ronda por la cabeza
a pájaros de la raza,
la conquista de un imperio
con la punta de la espada!

Así lo quiso el destino. . .
y la aventura se fragua. . .
¡Cielo arriba y mar enorme
en vaivén de sube y baja!

Frente al paisaje guaymense
que en la extensión se dilata,
anegando las pupilas
y bebiendo panoramas!

La nave, de fina línea,
refleja el mar, y retrata,
sacado a formón. . . su nombre
inverso a espejo del agua!

Que en círculos ondulantes
despliega el tiro del ancla. . .
y marineros maniobran
y las maromas amarran!

Bajo las gorras marinas,
poblado bigote y barba;
los ojos color de cielo;
idioma de gente extraña!

Impulso del canalete
que el músculo, tenso agarra. . .

protuberando los muslos
del hombre que desembarca!

¡Un conde!... como caudillo...
la tropa de mercenaria...
mientras quedaron perplejos
todos los hombres de Guaymas!

2

Cunde un sopor de modorra,
y la noche desparrama
por las calles del puerto,
sus silencios de fantasma!

El conde... de conjurado,
aventurero de Francia,
y de romántico nombre,
como romántica el alma...

Intrépido a la aventura,
con su nobleza de casta...
en Guaymas juega su vida;
jugando su última carta!

El pensamiento inconexo,
con la ilusión de pirata,
inficionado de gloria,
y guapo de aristocracia!

Del trágico "San Francisco",
soñando en "planchas de plata",
llegó con salvoconducto
al trampolín de la trampa!

De "El Dorado"... California,
que fuera nuestro en el mapa...
el de la fiebre del oro,
y asalto de caravanas!

El sueño filibustero
de la conjura insensata,
se escurre por las callejas
de Guaymas... ¡como una alarma!

Que el conde de los franceses
sus pelotones destaca

sobre reductos del puerto,
en son como de asonada!

Y Yáñez... con los "urbanos"...
por México, en la batalla,
cabal en trece de julio,
redobla... a la generala!

Allí... Uruchurtu y Ramírez,
los dos Iberri... Peralta;
con Robinson y Navarro,
y Márquez, y Bazosábal!

Que bien pudieron, acaso,
perder la acción de las armas.
más, ¡nunca! ¡jamás!... la gloria
del triunfo... ¡sin represalia!

Y sentenciado, en justicia...
hacia el patíbulo marcha
el conde de los franceses,
perdiendo su última carta!

El hábito de cada pisada...
suspense el susto del miedo
en la ilusión que se acaba!

Que con soldados de escolta
va el conde por la mañana...
entre silencios de asombro,
a seis de la madrugada!...

El traje... de blanco y negro...
sombbrero de "jipi-japa",
y el corazón estrujado
bajo el chaleco de alpaca!

La brisa que se amanece
y refresca por la cara...
Los gallos que desentonan
perdidos en la distancia!

Y en la mañana de sombras,
que sus silencios hilvana,
voces de mando percuten
por el retén de la guardia...

Los fusiles fulminantes
florece a la descarga
profundas rosas de sangre
subiendo por la garganta!

Estallan entre la boca
con un suspiro escarlata,
a flor de labios la vida,
en pétalos de hemorragia!

Mientras el cielo marino
del Sol oblicuo en la playa,
cuaja en los ojos del conde
los arboles del alba!

Indiscutiblemente que este poema de Gómez García es redondo, completo y definitivo. Da un sentido cabal del suceso con un lenguaje ágil, ondulante, rítmico. Al final del mismo aparece la influencia de García Lorca como para remarcar el cuadro. No importa. Lo que vale es la intención sentida, de posesión, de vivencia. Todo está ahí de una manera total sin hacer anécdota. El poeta está de pie por los cuatro costados. Como dato cultural, Monroy da uno clave y brillante:

Centenario en que otro intelectual de Sonora dedicaba 'Al heroico Pueblo de Guaymas' su obra titulada: *Crónica de la Aventura de Raousset Boulbon en Sonora*, del licenciado Horacio Sobarzo.

Gómez García fue un poeta tenaz, disciplinado a la palabra fluyente, viva. Fue ante todo un apasionado por las temperancias, cosas, sucesos de una tierra que no fue la suya y que sin embargo amó entrañablemente:

Esta es tu tierra que el tesón reclama:

En 1959 una obra suya, poemario: *Dioramas*, fue triunfadora en el Concurso del Libro Sonorense. Está dividido en cuatro partes:

- I. Estampas Nacionales:
¡México nuestro!
- II. Estampas de Provincia:
¡Sonora querida!, La Estación, Mozalbeta de barrio, La Plazuela, La Calleja, La Estancia.
- III. Tres Romances:
Romance de la Aventura, Romance del Pescador, Romance de Charrería.
- IV. Trance Emocional:
¡Isabel!
Cadete.

Dice Gómez García en ¡Isabel!:

Plenilunio en el pueblo
y en la clara penumbra de la acera...
que reluce la cal de las fachadas,
en la noche serena.

Por la tibia intemperie
va llegando en la brisa pasajera,
un rumor de remota serenata,
entre sonos de orquesta.

Sabiamente el poeta puede atemperar la distancia de otro tiempo en el instante que crea, en la realidad que se vive, casi se toca:

Mientras cunde en la calle,
al umbral de las puertas,
—pasatiempo en la vida del terruño—
esa charla casera
de familia, en corrillo,
que se sienta, a solaz, en la banquetta!

¡Isabel!... pensativa, como siempre,
y al azar deshonestamente
la otoñal madurez de su hermosura
de indolente soltera...
blandamente se mece en la poltrona,
exhibiéndose plena!

Bien ha dicho Óscar Monroy:

La vida y la obra del Dr. José Gómez García nos obliga a señalarlo como ejemplo a seguir; más para aquellos que buscan en el camino de lo poético una forma cómoda para evadir el compromiso de ser hombres.

Hombres en el sentido físico y psicofísico e integral de la palabra. Hombres de bien. Hombres de honor y valor. Hombres capaces de emanar de sí mismos, de su personal trayectoria, una escala determinada de valores puestos en juego frente a las circunstancias de la vida. De la suya, de ellos...

Gómez García dejó una obra vasta, desgraciadamente inédita aún. Un trabajo ejemplar es *La religión de los aztecas*. Abrevó ahí frente al mar como él sólo pudo hacerlo: con el arma de la palabra, de la voluntad, su verdad, historia y poesía.

JORGE OTHÓN

Jorge Othón fue ante todo pintor —estupendo acuarelista—, filósofo y buen poeta. Nació el 23 de abril de 1901 en Arizpe, Sonora, pero muy niño sus padres le llevaron al mineral de Cananea. Ahí hizo sus estudios. Ya joven pasa a la ciudad de Nogales, en donde ocupa la subgerencia de un banco, puesto que abandona más tarde para ir a radicar a la ciudad de México, y en donde entra a la Academia de San Carlos, para perfeccionar su gusto por las artes plásticas. Tuvo allá como guías a los maestros Gedovius y Bárcenas.

Después de esta incursión vuelve a Hermosillo en los años cuarentas. Continúa trabajando en lo suyo, experimentando nuevas técnicas. Realiza entonces una importante obra pictórica. Por esos años empieza a escribir pequeños ensayos filológicos, y por supuesto poemas.

Fue muy amigo del historiador Fernando Pesqueira, a la sazón director del Museo y Biblioteca, que construyera durante su régimen gubernamental el general Abelardo L. Rodríguez. Llevó a su lado a Jorge, estimulándole en su tarea creativa. Es más, le proporcionó ahí mismo un lugar para que montara su estudio y hasta para que viviera. Se sostenía con sus ahorros y de trabajos adyacentes que hacía por encargo del propio Pesqueira, y por algunos cuadros que vendía.

Como poeta dejó una obra dispersa en periódicos y publicaciones de la época. He aquí uno de sus poemas:

VAIVEN CASUAL

Yendo y viniendo sin pausa
en balanceo perfecto
va la causa hacia el efecto,
vuelve hecha efecto la causa.

Como el péndulo es el ser
en este vaivén casual,
uno encuentra el bien y el mal
en lo que prefiere hacer.

¿No es previsión egoísta
la práctica del altruismo?
No es por ironía altruista
póstumo el avaro mismo?

Haz el bien no importa a quién,
que lo que cuenta es hacerlo,
pues sepas o no preverlo
hallarás en tu provecho
cómo todo el bien que has hecho
capitaliza en tu bien.

Haz mal y verás también
aunque borres todo indicio,
repetirse en tu perjuicio
el mismo casual vaivén.

Jorge siempre vivió solo. Un día de diciembre fue encontrado muerto en su estudio. Nadie se había percatado de su larga —casi tres días— ausencia. Era 1959.

GENERACION 1950

ALICIA MUÑOZ ROMERO

Todavía hasta ahora, Alicia Muñoz Romero es la poeta más auténtica, firme y recia de Sonora.

Su voz —ha dicho Bohórquez— se alza original y candente, demasiado humana, y llega sin esfuerzo, como por suave pendiente, al alma sobrecogida de quien la escucha (y lee, podría agregarse) porque es poesía húmeda, propicia a la germinación del llanto.

Nace Alicia en Hermosillo bajo el signo de Acuario, el 20 de marzo de 1920. Ya desde entonces le brillaba por dentro el cántaro auténtico: el del amor, el de la poesía. Fructificaría más tarde:

Agua de mis agujeros
que te han nacido ojos
y tú no sabes.

Agua de mis veneros
que te han nacido voces
y no del viento.

Agua de mis solares
¡qué profundo es el pozo!
qué bien me sabes.

Agua limpia que corre,
quién te bebe,
que está frescecita el agua
como la nieve.

Agua de mis parajes
más escondidos,
aquí junto a mi pecho
nace tu río.

Agua de mis agujeros,
que me han nacido ojos
y tú no sabes.

Agua de mis veneros,
que te quiero. Te quiero.

Por eso acierta Armida de la Vara al decir que el agua ha de ser no sólo el espejo que refleja la personalidad de Alicia, sino intérprete de sus sueños, desazones y realidades.

Y ella, Alicia, la mujer, irá elevándose en su paisaje interior, de manera original y sencilla, irá conformando las líneas que llevarán a descubrir su sino:

Voz aprendiendo a dar
la dádiva es mi alma,
por la boca la voz,
el beso, la risa, el amor,
por los ojos la luz,
lágrimas, el amor.

Su hogar, a la vera de la vía del ferrocarril, permitió que la poeta en su infancia y su adolescencia admirase el incesante ir y venir de los trenes; escuchó entonces también —todavía— el cercano sonar de un gran reloj molinero; tal vez de ahí la fluidez de sus versos y cierta constancia por medir el tiempo, darle ritmo, soltura, validez:

Es la noche de un sábado
cuando te escribo esto;
las horas se deslizan
ya con pasos de invierno
y el tren masculla ausencias
muy cerquita de mí.

(Ausencias)

o cuando por ejemplo la vigilia irrumpe en ella, cuando el insomnio la hace presa de fe, cuando va descubriendo la milagrería de su destino absorto:

¡Qué transparente la noche!
se fue clara como vino;
las cinco de la mañana
gotea un reloj vecino.
¡Qué transparente la noche. . .
huele a amor. . . huele a pino. . . !

(En vela)

El recuerdo la hace ir y tomar la llave para abrir de corazón la raíz. Una serenidad conquistada aflora de su canto, manando de la ternura, de lo hondo, de lo lejano:

Aposentaba sueños
—hablo de ayer—
afilaban las horas
mis angustias
y yo era yo;
tú te mecías
en mis brazos
de ayer,
en mi sonrisa
y hasta en la gota de agua
de mis lágrimas.

Tu nombre lo aprendí
con eslabones
de espíritu
y espíritu.
Arizpe,
Ures,
Hermosillo.
Suave olor a membrillo,
a fruta de horno,
a angelitos franciscos.

Veo las manos de mi abuela:
diez dedos
para contar sábanas, para sebar gallinas,
para alizar cabellos.
Diez dedos en la cuchara
de palo,
en la hornilla,
en la fragante despensa;
asidos
a la aguja viajera,
a los hilos.
Diez dedos
pasando
y repasando
las cuentas
de un rosario
tan largo como el sueño.

Diez dedos
para acariciar nietos,
para contar los días
de tardanza de las cartas.
Diez dedos alargados
al sepulcro
después de asir la vida
con sus deudos:
hijos y nietos.

Hablo de ayer,
de la raíz,
del tronco,
de la margen más quieta
de la fuente más pura
de mis sueños.
Hablo de ayer.

(De ayer)

Motivo vertebral —ha dicho Bohórquez— de los cantos de su primera época fue la nostalgia, una nostalgia sin embargo esperanzada que se descomponía como un rayo de luz en maravillosa dispersión de haces luminosos. Nostalgia de su propia vida que no alcanza aún la resignación en los años irreparables. Nostalgia esencial en su misma sangre, honda y cabal, que sin llegar a ser monótona, bifurcada la misma emoción en variadísimos lamentos, adivinándose siempre sutilmente, en todos ellos, un mensaje de afirmación y de optimismo.

Se me fueron los besos y palabras
aposentando en misteriosas celdas.
¡Y qué sabía yo de amar!
Tú, fuiste antes que tú.
Mis ojos y mis labios sorprendidos
apenas si supieron sonreír
y fincaron un puente desairado
desde tu corazón.
Mis labios y mis manos
se quedaron prendidos en el tiempo
quién sabe qué dolor,
qué lágrima o qué cielo reclamaban,
ajenos a la época.

¡Y qué sabía yo de amar!
 Se me fueron los besos y palabras
 aposentando en misteriosas celdas.

(Azoro)

La inquietud literaria en Alicia afloró desde la adolescencia. En sus cuadernos escolares las ideas, los pensamientos, las vivencias, empezaron a tomar forma, a modelarse en poemas. De estos primeros intentos se dieron cuenta sus compañeros y un poco más tarde, en el momento justo y certero, Enriqueta de Parodi supo valorar el inminente valor de la joven. La lectura de reconocidos y buenos autores fueron apuntalando su confianza, su estro definitivo, autodidacta.

Nadie puede negar —dice Armida de la Vara— que más allá de un paisaje como el nuestro —austeridad del desierto que se insinúa y se concreta adelante— está el trasfondo castellano, parecido y hermano, que nos une en lazos de consanguinidad y temperamento.

Y luego esta misma poeta afirma:

Creo que del verso de Alicia Muñoz mana esa agua de verdadera poesía, vocación fiel y devota.

Te doy todo de mí
 día a día,
 a cada instante
 te doy la bienvenida,
 te abro mi puerta,
 mi ventana,
 mi ojiva.
 Me doy a ti
 despierta,
 dormida.
 ¿Es locura de amor?
 ¿Es cosa mía?
 ¿Es espejismo?
 ¿Fuego fatuo?

¿Estrella suspendida?
Es un atardecer
un "angelus",
comuni3n florecida.

(Comuni3n)

Alicia, por esas 3pocas fue colaboradora gentil e indispensable de la autora de *Reloj de arena*, lo mismo que Armida de la Vara y Aída Lerma. Gracias a tan espont3nea y vital colaboraci3n la Parodi pudo editar en 1951 la revista *Cauce*. En esta publicaci3n fugazmente aparecieron varios poemas de la poeta, lo mismo que en peri3dicos y ediciones similares de la entidad.

Vivo reconocimiento lo tuvo cuando en una de sus estancias en Hermosillo, el discutido, pol3mico —y a la postre tr3gico— periodista Carlos Denegri, conoci3 algunos de sus trabajos. Poco despu3s aparece un ensayo en la revista *Jueves de Exc3lsior*, en donde aquel aplastateclas se3ala:

Alicia Mu3oz Romero temple la palabra y extrae notas luminosas que afirman o van m3s all3 del sentimiento. Condiciona la realidad a su ser infundi3ndole un aliento personal, casi dir3ase elemental. Es una voz esencial que ha nacido en Sonora.

Y la poeta trasciende su 3mbito. Gracias a generosas cono- cencias la voz de Alicia se despliega en lo nacional y hasta en lo internacional. Algunas publicaciones culturales, que con periodicidad aparecen en Latinoam3rica, recogen en sus p3ginas poemas de la sonoreense.

Su obra es rica en matices, de giros l3gicos y humanos. Desnuda sus palabras y logra acercarse, tocar el nudo vertebral de su ser:

Mujer, vu3lvete mar.
Vu3lvete mar mejor
que fuego en la soledad.
Mar sin espumas sin olas;
vu3lvete mar, mujer,
que l3grimas de nostalgia
tu soledad ve correr.

Vuélvete mar mejor
que hoguera de padecer,
el nombre que se calcine
de varón tendrá que ser.
Mujer, vuélvete mar,
con sueños de amanecer,
angelitos marineros
en tu barca de papel.
Si los besos que te han dado
son salobres y de hiel,
vuélvete mar, mejor,
vuélvete mar mujer.

(Vuélvete mar)

Y es verdad que el amor hace milagros, el “amor en soledad”, dice Bohórquez. Y agrega:

Sabiendo de cierta sabiduría que a su fulgor celeste sobre el mundo nadie se negó y nadie se negará jamás, sabiendo que amanece con la luz y se duerme el dulcísimo ensoñado sueño de la penumbra que sólo viene a ser otra forma de la luz. . . En toda ella estaba el amor porque era alma y esencia de su todo. En toda ella ardía la llama del amor verdadero. Y su total canto de amor estaba dicho con pura ternura, con ternura tal que construía las verdaderas arquitecturas inefables de lo que no había de acabar.

Amor
por amor estoy
una rosa.
Amor
que vienes
que voy.
Amor
juego de uno,
de dos.
Amor,
¡Qué cosa!
Amor,
milagro,
una voz,
un no sé qué

de contagio,
 que el estar cerca,
 que enfermos,
 que cosas de la estación,
 que una vida retirada,
 que penitencia,
 oración.
 Amor,
 por amor estoy
 una rosa.

(Estoy... una rosa...)

Y Alicia es leal a su vocación, no deja que se le pierda el hilo conductor:

Voz mía,
 enclaustrada,
 la flauta que te encanta está sin besos.
 ¿Quién podrá rescatarte?
 ¿Un moro de la Alhambra?
 ¿Un flechador del cielo?

(¿Quién me traerá tu acento?)

Su voz toma cadencias insospechadas, se lanza detrás de la poesía y ésta se deja atrapar sin recelo. Hay dádiva, encuentro, hay entrega, comunión pura y limpia:

De la incoherencia
 de mi lenguaje
 sin esperar mejores resonancias,
 tomaste la esencia
 y quiso lo fatal
 trasmutar el silencio
 y lo hizo...
 lo hizo...
 De mi lenguaje
 balbuciente
 e impreciso
 conoció el resorte,
 hincó la espuela
 en la región de un hijo
 y yo me di a soñar...

(Del rumor al grito)

Vivencia total, acrisolada. El camino está abierto al destino y hacia allá va, hacia la cúspide, hacia una no voluntaria consagración, sino ya de por sí dada. Se torna y se esculpe como mujer, es "la espuma, la cargada nube, la blanda arcilla", se siente una "lágrima derramada, recipiente de una lágrima entera" y se canta porque le es necesario, porque le es preciso descubrirse a sí misma:

Yo,
la mujer,
¿iré?
¿espero?

Y es tajante al responderse:

Voy.
Te encuentro,
pero es un estar juntos
sin hallarse.
Me lastima
la frialdad de la noche,
la vacuidad de la palabra,
el nido que no es nido.

Voy,
me desligo de mí,
yo, la mujer,
para llorar tres veces,
muchas veces
el beso de gigantes
que me diste;
para sentir la espina
de conocer distancias;
de aparentar ser uno
siendo dos;
de no ser reclamada
para fincar un algo,
ese algo que siento
temblar en sus asomos.

(La Mujer)

Y su estrella apunta hacia lo hondo del alma, hay estremecimiento y calosfrío de estación, sin embargo, hay un tibio

cordoramen que la va llevando, sus palabras clavan directamente para fijar su testimonio poético por el poder que le da la vida:

No era la mies que hablaba
ni la antigua y latente
voz interna,
sino una larva,
el cáliz prometido,
una brizna de luz,
mínimo ángel
creciéndose en la sangre;
y desde aquel impaciente soñar,
hecho mil prismas,
con pincel y color,
dedos de espuma,
nació la nueva,
balbuceó la idea
y alargando los brazos
Jerusalem
en un abrazo real y luego,
contagió de ternura,
abrió el silencio
y en manifiesta sucesión de esperas
irrumpió
mies de la vida,
para sembrarme risa
en este llanto.

(Mies de la vida)

Para Alicia a estas alturas ni las palabras ni el sentimiento tienen secretos.

Ha llegado —dice Bohórquez— a lo cierto de su espíritu. Y ha sido —asegura el poeta— porque el dolor, un distinto dolor, un dolor desusado la ha despertado y en medio de las grandes tristezas comienza a saberse y a traducirse su armonía verdadera y pura.

Cuánta razón hay en ello. Dos supremos frutos en ella: la poesía y el hijo:

Lo soñé muchas veces
lo soñé. . .
cuando lloraba sola
lo soñé. . .
cuando sentí la dicha
lo soñé. . .
estaba en la otra orilla
y me hacía mujer.
Lo soñé. . .
en medio de un torrente,
bajo un alto ciprés
lo soñé. . .
en seis lunas rodando
con manitas y pies.
Desde el primer instante
lo soñé. . .
Nochebuena, deseos,
sueños de no perder,
palabras con misterio
de amor y fe.
Lo soñé. . .
Debajo de los mares,
en el cielo,
en mi ser,
como dos estrellitas
sus ojos vi prender,
como concha de nácar
su boca yo soñé. . .
Habrá quien me pregunte
cómo y por qué,
como vienen los sueños
nacidos de mujer,
porque hay sol en el cielo
y en el mar vive el pez.
Lo soñé. . . lo soñé. . .

(Lo soñé)

Bien se ha dicho que

la poesía en carne suya, luminosa e iluminada, ya es compañía perfecta y aun en las aparentes soledades irremediables será la llama que camine el camino de su poesía.

Y así ha ido. Acuario y su día de suerte van con ella:

El día veinte. . .
 en la cadena de los siglos
 continuidad.
 Yo llegue a beber agua
 y la tuve que dar.

El día veinte. . .
 fui mar,
 fui fuente,
 lágrima sin secar
 El día veinte. . .

(*El día veinte. . .*)

Margarita Paz Paredes, que se hermanó en amistad y palabra con la poeta, dijo:

Alicia Muñoz se da a la poesía con naturalidad y condiciona su mundo a una entrega sincera y permanente. El amor le habla desde la soledad más sola y ella lo cobija y enaltece, lo pone a arder para que le alumbre su paso por la vida, su sentimiento absorto de mujer. Poeta en donde el dón se da a manos llenas. Sonora por ello tiene que enorgullecerse.

Tardíamente, en 1976, aparece su libro *Piedras al pozo*, que costeó ella misma, con su arduo y largo trabajo en el magisterio. Está prologado por Armida de la Vara, con portada y dibujos de Hermelinda Sánchez Laurel. Consta de 68 poemas.

Ha dado recitales en la Universidad de Sonora (en los Cafés Literarios); en la Corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana; en Radio Universidad. También en el FONAPAS, durante la estancia gubernamental aquí de Alejandro Carrillo Marcor y su esposa Áurea.

La poeta sigue escribiendo con intensidad. Recientemente, en noviembre de 1984, en los Viernes Literarios del Departamento de Letras Hispánicas de Altos Estudios de la Universidad de Sonora, dio a conocer algunos de sus más recientes poemas. La presentó Alonso Vidal.

En ellos la poeta va a la realidad, apartándose del realismo

superficial, buscando lo profundo desconocido, formulando al mismo tiempo esta nueva, por desconocida, realidad, con una simplicidad de naturaleza:

No soy árbol,
ni mar,
menos montaña;
no soy lluvia,
ni fuego,
ni nevada.
Soy pequeña palabra enamorada
que se prende a tu verbo,
soy palabra.
No soy pájaro azul,
ni soy paloma,
no soy luna,
ni estrella,
ni alborada.
Soy una nota fiel
que se ha escapado
de una flauta
que espera sin descanso.
No soy sombra,
ni nube, ni relámpago,
ni viento,
ni marea, ni arrecife;
soy el eco de un algo
que ha vibrado
dentro de un corazón
que ya no existe.

Alicia en su poesía, en su nueva poesía que reafirma su estilo tan propio, intuye lo que Henry Miller decía: "Quien no haya vivido plenamente en esta vida no logrará vivir a través de la muerte":

¿Qué ruido traes a mi quietud?
¿qué desfile de sueños?
Parece que se escuchan
los pasos de mi dueño,
el nudillo sonoro
que tres veces fue bueno,

las cuerdas del laúd
confundo con el trueno,
estará loca mi alma
pues de llorar no ceso,
no sé si escalo muros
o anhelo ser un beso.
Si a descifrar atino
este nudo tan grande,
quizá tenga en mis manos
la clave del destino.

Nada más inútil creer que el poema no obedece a ley alguna, y que su contenido no es en sí sino la síntesis de uno o varios sentimientos expresada de una o de otra manera. Al contrario, la poesía obedece a un esfuerzo de inteligencia, a un control vigoroso de la sensibilidad y su expresión extrae al ser del sueño en que se agita. La imagen de este otro espacio bien no puede ser real del todo. De otra manera, ¿qué sería la poesía? Nada más irreal que la existencia:

Hoy es la cita con el tiempo;
vuelve a tornarse melodiosa el alma
a cantar el silencio,
a ser vertiginosa nuestra estancia,
a retumbar plegarias
y conseguir con ello
musicales ecos.
Ajena a la ansiedad
vuelve tranquila una voz,
imperativo tiempo,
ni un pequeño resorte
deja suelto,
ligazón misteriosa que combina
ante el corazón
con nuevo ritmo;
lo que se dijo ayer,
lo que se dice,
lo que está más allá
en la hondura
confundido con un signo feliz;
quieto lago de esperas milenarias,
¿andaré por tus aguas
el peregrino amor?

BARTOLOMÉ DELGADO DE LEÓN

Bartolomé Delgado de León curiosamente tampoco nació en Sonora, pero aquí se hizo y vivió casi toda su vida. Accidentalmente —como dijera su gran amigo Miguel Sáinz López-Negrete— vio la primera luz en Torreón, Coahuila, el 11 de noviembre de 1928, época en que la revolución cristera estaba en su apogeo por regiones de Jalisco, de donde eran oriundos sus padres, quienes tuvieron que salir de ahí hacia el norte, pensando tal vez cruzar la frontera con los Estados Unidos.

No sucedió así, sino que luego vinieron a la región del Yaqui, donde el chiquillo pasó su infancia, repartiendo más tarde su época de adolescente entre ese lugar y dos poblaciones de Jalisco: Encarnación de Díaz y Guadalajara. En Pueblo Yaqui perdió a su padre siendo aún chamaco, así es que tuvo muy pronto que labrarse la vida por él mismo para ayudar a los suyos. Pretendió en Guadalajara estudiar medicina, cursando dos años y medio, pero la situación económica dio al traste con el proyecto, truncando la carrera. Volvió a su querencia, para iniciarse en el magisterio, como periodista y sobre todas las cosas como poeta:

Te siento tan fiel, tan niño,
tan hondo y tan verdadero,
que fluyo con tu venero
y vivo de tu cariño.
Sobre tu alfombra de armiño,
jugando con esmeraldas,
voy recogiendo las gualdas
de tus crepúsculos de oro
y me acaricia el tesoro
que juega con tus espaldas.

Me yergo en tu corazón
para meterme en tus venas:
oro en el verde es apenas
un signo de admiración.

El eco de tu canción
me va cuajando en el pecho
y tras el solo derecho

de entregarme porque sí,
me voy acercando a ti
sobre un tapiz de barbecho.

Así canta a la tierra que no es de él, pero que la hace y la siente suya. A través del verso va escuchando su decir. Si el estilo consiste en dar lógica coherencia y unidad a la composición, y por tanto en él detalle y conjunto reposan sobre la justa percepción mental del tema, el estilo no sólo debe informar la expresión, sino dar también tono de espíritu a la obra, quedando en ella todo propósito subordinado a una disciplina armoniosa. Gracias a ello las palabras de Bartolomé son al mismo tiempo idea y emoción; vale decir, no meros sonidos elocuentes o melodiosos, sino expresión que contiene en sí una realidad, ofreciéndola clara y pura con la luz tras el cristal:

Garzas de plata regalas
jugando sobre la espuma;
rompes a veces la bruma
para levantar las alas
y en el perfume que exhalas
hay ansiedad de vivir.
¿Cómo poder describir
tu voz metálica y fuerte
si el empezar a tenerte
es empezar a sentir?

Manantial purísimo, agua transparente y cristalina. Si al contemplar esa agua pensamos en el alma de Delgado de León es porque ésta, en sus versos, se ofrece con la misma limpidez, y nos refleja la naturaleza sin deformarla. Cuando volvemos a contemplar el campo iluminado por la primavera o el rostro recio de un campesino yaqui, nos asalta de nuevo el poema de Bartolomé:

Te quiero, Valle del Yaqui,
por mío: porque tu nombre
se dice con voz de hombre
¡y porque vistes de "kaki"!
¡Porque lloras con los yaquis
que en tus entrañas, de hinojos,
plantaron claveles rojos

de su sangre sin añil!
¡Te quiero, porque en abril
lloras trigo por los ojos!

La historia toda gravita pues hacia el Valle, como planteamiento de su conflicto interior más que como desarrollo del mismo, mostrando que un ser humano puede vivir largos años sin que él ni los demás conozcan o quieran conocer lo que aquél encierra dentro de sí:

Porque ante la dicha ciega
del que te pide y te toca,
quisieras llenar la boca
de los humildes que llegan . . .
¡y de los niños que juegan
con tu tierra . . . y nada más!
Porque en el indio te das
aunque sin agua ni avío
¡porque te siento más mío
si más repartido estás!

Bartolomé escudriña, escarba y va al fondo. Le preocupa su gente, por eso muchas veces brinca de lo pictórico a lo humano y se instala con el puño cerrado hacia arriba junto a la tierra que canta:

Te quiero porque en tu seno
crece el impulso que grita;
porque en tu seno se agita
la novedad del estreno:
porque en el vórtice lleno
de un progreso que se canta,
surgen al pie de tu planta
casas, industrias y sueños
y porque brotan ensueños
y un despertar se levanta.

El poeta de tanto observar se hace vidente y descubre lo falso de la moneda en ese volcán que crece:

Te quiero por tu ciudad,
por esta ciudad sin cuna

que tiene mucho de luna
y poco de antigüedad.
Porque en su loca ansiedad
de vestirse de etiqueta
enarbola la piqueta
y en sus raíces modernas
se pone a lucir las piernas
para engañar al poeta.

Delgado de León critica y autocrítica, ejemplifica sin caer en el pesimismo, más bien presente un cielo ancho y abierto a las puertas de esta morada terrenal:

Valle del Yaqui: te quiero
porque eres tú, siempre igual:
porque en tu ser desigual
—millonario y sin dinero—
te truecas en mensajero
del que tiene y del que espera:
¡Porque en tu loca quimera
de darlo todo, sin ver,
eres esencia del ser
y anuncio de primavera.

(*Canto al Valle del Yaqui*)
fragmentos

Cuenta Sáinz López-Negrete que Bartolomé

encontró en el Magisterio no sólo un modus vivendi precario, sino una verdadera vocación: la de enseñar. Y, como era polifacético, fue maestro de literatura, biología y humanidades, materias que no suelen llevarse muy bien y que pocos, muy pocos, logran dominar con esa facilidad que era la característica del joven maestro. Delgado de León, pese a los agobios económicos —Sobre todo después de casado— intentó perdurar en el magisterio. Dio clases en la secundaria José Rafael Campoy (¡cuántas veces insistiría para que esa escuela llevase, en justicia, el nombre del profesor Lázaro Mercado, uno de los maestros que más influyeron en el joven estudiante!) y en la preparatoria del Instituto Tecnológico de Sonora.

Pero —prosigue Sainz López Negrete—,

al fin, y no sin luchar denodadamente por no hacerlo, tuvo que abandonar el magisterio. No fueron sólo razones económicas, sino también políticas, las que le obligaron a dejar una profesión que tan bien le iba. Dentro del magisterio, junto a profesores y profesoras de las que siempre guardó buen recuerdo, no faltaban otros que enturbian con su política intrigante el ambiente escolar. Y Bartolomé, que nunca pudo soportar esas cosas, optó por abandonar el medio.

¿A dónde más he de ir
para sentirme más yo?
¿A dónde, si se me dio
prisión de carne al venir?
En vano pretendo asir
la luz que mi cuerpo azota:
en vano busco la ignota
senda del blanco llorar,
porque en mi eterno esperar
se me quedó el alma rota.

¡Sangre en mi vera sedienta
para marcarme el dolor,
y en cada frase de amor
que en mis arterias revienta
tengo que encontrar la afrenta
de dar la espalda a mi cruz!
¡En vano solloza Ormuz
y en vano digo mi espera,
mientras me grita Quimera
su carcajada de luz!

(Década de la espera)

Definitivamente retirado del magisterio, momentáneamente Bartolomé prestó sus servicios en una oficina de contabilidad, y de ahí se lanza y entra de lleno a lo que sería su profesión permanente: el periodismo. Como pocos desempeñó esta, a veces, ingrata tarea. Sáinz López Negrete dejó asentado lo que muchos supieron y se dieron cuenta:

Fue limpio, idealista, batallador. Siempre estuvo dispuesto a defender al humilde contra las injusticias del poderoso.

Denunció, una y otra vez, sin desmayar, los abusos, las arbitrariedades, los despojos. Esto, naturalmente, le ganó enemistades; pero también amistades. Porque Bartolomé supo ser amigo, cosa no tan fácil como parece.

Yo no quiero esperar que se me diga
que la Revolución hará milagros.

Yo quiero, nada más, que alguien grite
que esto es nuevo, que no tenemos moldes,
que revolucionamos,
que cambiamos,
que damos el espíritu y el alma
nada más porque no haya reaccionarios.

Quiero que se me diga
que la Revolución está en marcha:
que se mueve, que vive, que palpita,
que aún construye sueños en las manos
de los que no tienen tierras, del huérfano,
del indio, del que aún no gana nada,
del que come su angustia.

(*Poema del sueño vivo*)

Trabajó el poeta en varios periódicos de Ciudad Obregón y hasta fundó uno propio: *Claridades*. En ellos fue un impulsor cultural valioso. En las páginas literarias dio a conocer gran parte de su obra y de otros jóvenes y viejos, pero todos con talento. Formó parte del Grupo OSTIMURI desde su formación en 1954. Más tarde fundó *Lascas*.

La poesía de Bartolomé es vibrante, es fluctuación y ajuste incesante de la palabra para trazar con ella los movimientos del pensamiento, y de la pasión en la hondura del ser humano:

Tengo que enseñarme a amar
para aprender que persigues
el manto dulce que abrigue
la luz de mi Patria impar.
Tengo que saber llorar
para aprender que caminas
clavándote las espinas
que, locas de profusión,

desgarran tu corazón
para que tú las redimas!

(Décimas del aprendiz)

Valiente, duro, justo en su palabra para decir la maldad de los hombres:

Yo no necesito hablar ¡porque es preciso
gritar hasta que el pecho se convierta
en fragua de rencor y de tortura!
Gritar en alta voz, para que sepan
que por cada asesino que ellos armen
hay cien hombres de luz.

¡Para que entiendan
que no nos detendrán. . . ¡Que la justicia
tendrá que darse en flor, en pan, en techo,
en voz entera,
en dignidad,
en cielo
¡aquí y abajo! — para el hombre nuevo.
¡Que no nos detendrán!

(La cita)

Polifacético fue Bartolomé y polifacética su poesía. Pero el amor fue su gran tema, el amor penetrando en distintas tonalidades, golpeando, clamando, diciendo, permaneciendo, sin mengua, moviendo sedimentos entrañables del cuerpo poético:

No sé,
de veras,
cómo cuajó el corazón.
No sé si fue la lumbre, la distancia,
la ternura, el amor.
Pero un buen día
—ya ves,
¡de veras!—,
sacándome el corazón
lo puse a que remojara
los sueños de su guirnalda
y el soplo de su canción.
Ya ves,
apenas

LUZ AGUILAR ÁGUILA

Luz Aguilar Águila viene a ser un oasis y al mismo tiempo una isla. Se emparenta en ciertos momentos finales con Concha Urquiza, y quizá también con Alba de Acosta, sinaloense.

El misticismo la arroba, la delata, la empuja. Es sincera. Su palabra está al servicio de lo que ella cree y piensa. No claudica jamás, sino que va en apoteosis en su voz y palabra personal para manifestarse.

Pero dejemos que el poeta Alfonso Junco defina algo de ese espíritu, su estancia:

Tengo ante mí su retrato: lindo rostro quinceañero de rasgos impecables, con unos grandes ojos de mirada angelical. Y lo que anunciaban sus quince años, se cumplió hasta el fin. Alma predestinada para la pureza, la bondad, el ensueño. Luz Aguilar Águila dejó una estela de admiración y cariño en su tierra sonoreense, donde ha muerto —con llanto de todos— a principios de enero de 1965.

Finas manos monjiles modelaron su espíritu en Louisiana, en México, en Monterrey. Desde niña explayó en verso sus emociones y, vuelta al solar nativo, siguió cantando con delicada inspiración.

Junco, ya convencido por lo que leyó, a más de afinidades espirituales, define:

Era una gloria del terruño. En periódicos de allá publicaba sus poemas, a menudo sin firma. Por radio solía recitarlos. Ahora, por primera vez, se recogen en libro —se refiere a *Luz*, poemario—, porque muchos que trataron y oyeron a la autora quieren prolongar la dulzura de su presencia y seguir escuchando el eco de su voz.

Y Alfonso termina con esto:

Los que no tuvimos el gozo de conocerla, nos asomamos aquí con respetuosa simpatía a aquella alma armoniosa, que reflejaba con la serena simplicidad de un lago impoluto, las luces mensajeras que llegaban de lo alto.

Hay en Luz un amor hacia la palabra y la busca para que sea su esencia. Su sino está encaminado a sostener su verdad, su amor, su señal. Maneja el verso con soltura y rigor:

Busqué la recta senda de la cumbre
y luz para llegar a mi destino
y hallé inciertas las huellas del camino
y era noche cerrada, sin vislumbre.

¡Ansío por la firme incertidumbre
del sendero! Las sombras examino
y en la impotencia de mirar me inclino
y espero el día al fin para que alumbre.

¡Señor! ¡Haz que mi pie tome la senda!
¡Qué la ascensión sin extraviarme emprenda
bajo la luz de tu fulgor divino!
¡De todo mi existir toma la ofrenda
y, no me perderé para que ascienda
¡te darás como el único Camino!

(Camino)

Ya puesta en ese camino, Luz Aguilar Águila interioriza, ella misma se estremece, se da a buscar su incógnita:

¡Despierta, idea, y tórnate en sonido!
¡Deja la prisión del pensamiento,
y esparce tus acordes por el viento,
que reproduzca el eco estremecido!

(Liberación)

Va hacia la plenitud de lo que quiere, sabe perfectamente que su sino, su camino está ahí. Y no lo deja escapar. Solidariza con ella misma y con el mundo que la rodea. Las palabras en su momento son tensión, podría decir: explicación:

¡Trueca en llama vivífica el latido!
¡Fecundiza el murmullo en claro acento!
¡Sé vida y realidad y movimiento,
en empuje triunfal y decidido!

¡Ve y puebla el mundo y vibra en el espacio!
¡Avanza sin temores y, atrevida,
en sus confines tus moradas labra!

¡Tienes el orbe entero por palacio,
donde libre resuenes, convertida
en vigorosa y musical palabra!

Y ella, como Concha Urquiza en su momento, puso todas las potencias del alma —como diría Raúl Leyva— y del cuerpo en la expresión de su amor celeste, superhumano. Más allá de la realidad, ella descubrió en Cristo la persona amada, el objeto único de su querer.

Y así fue. Toda su obra está para rendir una cierta pleiteía a quien ella admira, adora:

¡No quiero robar a Dios
que me ha confiado sus dones
para copar corazones
que de Él vayan en pos!
cual campana que a su voz
elocuente lanza al viento
y sirviendo de instrumento
al Señor, es el pregón
que llega hasta el corazón
moviendo el entendimiento.

¡A Dios no quiero robar
ni el mérito ni la gloria:
sino buscar su victoria
con el arte de rimar.
Que este poder expresar
la inspiración que me envía,
es obra suya y no mía.
Yo apenas sé balbucir
lo que me manda decir
por medio de la poesía!

Sin embargo, a pesar de eso ella está dolida y se pone rebelde. Va e indaga en lo profundo y antiguo del pueblo. Es ahí cuando suelta su palabra atestiguando el reproche:

¡Con razón está triste, con muy honda tristeza,
el indio de la antigua legendaria grandeza,
que un día, deslumbrado, miró el conquistador...!
Su raza es raza muerta, relegada al olvido
desde el trágico instante que, de su pecho herido,
brotó una raza nueva, pujante y superior!

La poeta se adentra y escarba en el destino. Se despoja de sí para ponerse frente al hecho y a favor del desamparado:

De las pasadas glorias ya no le queda nada.
 La cabeza, que fuera con oros coronada,
 tristemente se humilla, como mansa cerviz...
 Sólo conserva apenas, como mustios despojos,
 un fulgor de agonías en los lóbregos ojos,
 y en la piel, el pigmento de bronceado matiz.
 ¿Por qué a la descendencia de aquellos reyes fieros
 vemos en la ignominia, pisoteamos sus fueros,
 los que somos el fruto de su raza en fusión,
 si por genealogía somos todos hermanos,
 si corre en nuestras venas su sangre, y mexicanos
 somos porque nos late con ella el corazón?
 ¡No! yo no te desprecio, indio que eres mi hermano,
 tú, que hace luengos años, cual rey y soberano
 campeabas por las tierras que hollara el español,
 y al unirse sus hijos con tus bellas mujeres,
 murió tu real estirpe, y desde entonces eres
 trofeo de conquista, cual la piedra del sol!

La poeta entraba en los misterios con alma limpia, un lenguaje personal le iba floreciendo, empujando desde lo interno, desde lo profundo del sentimiento:

¡He de subir! ¿Qué importa
 el doloroso esfuerzo que requiere
 toda ascensión? ¡Mis pasos
 decididos serán! Alma valiente
 yo tendré en el cansancio y las caídas,
 pues cuidarán mi suerte:
 ¡una Cruz y la estrella matutina
 resplandeciendo en el azul celeste!

¡Aspiraré en la cumbre
 la atmósfera inviolada y en mi frente
 reflejaré la luz de las alturas,
 cuando, con la mano endeble
 arranque al fin la flor inmarcesible
 con que el premio hallaré tras mi muerte!

Luz Aguilar Águila murió en Cananea, Son., de donde era originaria. Posteriormente algunas amistades se encargaron de publicar parte de su obra. Quedó bastante material inédito.

SOBRE LA ANTOLOGÍA DE POETAS SONORENSES 1950

En 1950 aparece *Antología de poetas sonorenses*, que es una compilación y arreglo de Pedro Segovia Rochín. Esta obra resultó premiada en el Noveno Concurso del Libro Sonorense, curiosamente fue editada en Hermosillo, en la Imprenta Cruz Gálvez, S. C. L.

Ya se sabe que toda antología supone a la vez un riesgo y un desafío. Para la formación de ésta no se contó con una metodología previa, por lo que la misma adolece de análisis sustantivos del trabajo de cada poeta incluido. Se optó por darle a la armazón un cuerpo más o menos cronológico, sin tomar en cuenta, además, el posible valor estético y literario de la selección. Ahí concurren verdaderos poetas y simples versificadores. Son cincuenta y seis los autores catalogados. El libro sorprendentemente arranca con dos sonetos que no tienen fecha, pero que deben de haberse escrito por los años de 1840 a 1850. Uno de ellos es de Manuel Soto, prisionero, que de esta forma se dirige para pedir clemencia al general Ignacio Pesqueira, entonces gobernador constitucional de Sonora, gobernador provisional de Sinaloa y general en jefe de las fuerzas de ambos estados, y del Territorio de Baja California. El militar responde al solicitante de libertad de la misma manera, con muy bien medidos endecasílabos. Luego de esto la *Antología* propiamente se abre con Crispín de S. Palomares, nacido en Álamos en 1831 y termina con Bartolomé Delgado de León, sonorense por adopción, originario de Torreón, en 1928.

Pero sería interesante consignar la lista de poetas antologados: Crispín de S. Palomares (Álamos, 1831-ciudad de México, 1898), Lucas Pico (Arizpe, 1843-1899), Juan B. Robles (Ures, 1842-Hermosillo, 1905), Adela Arriola (Hermosillo, 1857-1900), Enrique Quijada Parra (Ures, 1857-1897), Brígido Caro (Álamos, 1858-Los Ángeles, California, 1940), Alfredo Díaz Velasco (Hermosillo, 1863-1904), Manuel M. Márquez (Guaymas, 1873- ?), José Clemente Venegas (Caborca, 1875- ?), Gumersindo Esquer (Movas, 1879- De-

sierto de Altar, 1932), Ventura Guillermo Tena (Álamos, 1883- Ciudad de México, 1934), Hilario Santiago Gabilondo (Ures, 1884- Ciudad de México ?), Facundo Bernal (Hermosillo, 1885- Mexicali ?), Alfonso Iberri (Guaymas, 1886-1954), Francisco Bernal López (Hermosillo, 1814-?), Juan Mendoza (Soyopa, 1887- Hermosillo, 1929), Saturnino Campoy, (Chinipas, Chih., 1889-?), Ángel Arriola (Álamos, 1891-?), Ambrosio Castro Buitimea (Hacienda de la Palma "Río Yaqui", 1892-?), Óscar García Spencer (Hermosillo 1892- ?), David López Molina (Batuc, 1893- ?), Luis Carmelo (Hermosillo, 1893- Agua Prieta, 1921), José Mendoza (Hermosillo, 1895- ?), Adela O. de Walters (Altar, 1895), Alonso Avilés 'Mosén Francisco de Ávila' (Guaymas, 1816- Nogales, Arizona, 1963), Ramón Oquita Montenegro (Arivechi, 1896- ?), Enriqueta de Parodi (Cumpas, 1897- Hermosillo, 1978), María de la Luz Quiroz (Álamos, 1898-?), Adalberto Sotelo Romero (Caborca, 1898-?), Julián S. González (Minas Prietas, 1899- Ciudad de México, 1936), Salomón Rojas M., Santa Ana, 1900- ?), Luz Esthela Cazares (Álamos, 1900- ?), Manuela N. Vda. de Pedroza (Hermosillo, 1900- Nogales, ?), Jesús T. Reyes (Álamos (¿ - 1941), José Enciso Ulloa (Hermosillo, 1901- ?), Alberto Macías (La Dura, 1901- ?), Luzsiglo G. Figueroa (Guaymas, 1901- ?), Francisco Medina Hoyos (Cumpas, 1902- ?), Alfredo Sobarzo (Hermosillo, ¿ - 1979), Ignacio F. Pesqueira (Altar, 1905-?), Francisco de P. Corella (Magdalena, 1905- ?), José Abraham Mendivil (Álamos, 1910), Aglae Borbón (Álamos, 1905), Luz Aguilar Águila (Cananea, 1918- ?), Conchita Faubet (Álamos, 1918-?), Rosario García Flores (Suaqui Grande, 1919), Alicia Muñoz Romero (Hermosillo, 1920), Cesareo Pándura (Nogales, Sonora, 1922), Francisco Díaz Duarte (Ciudad Obregón, 1926), Humberto Hernández Gálvez (Nacozari de García, 1926), Cristóbal Ojeda Cabrera (Hermosillo, 1926), Armida de la Vara y Robles (Opodepe, 1926), Josefina Arriola (Hermosillo, 1927), Jesús Serna (Empalme, 1927, Bartolomé Delgado de León (Torreón, Coah., 1928-Guadalajara, Jal. 1974).

Por información directa y personal fuimos enterados de que en esta recopilación tuvo mucho que ver el historiador e investigador Fernando Pesqueira, a la sazón director de la Bi-

biblioteca y Museo de la Universidad de Sonora. Durante mucho tiempo estuvo recopilando este material a través de periódicos, revistas y algunos libros, mismo que dio pie y sirvió a Segovia Rochín para emprender su tarea de antologista.

Como un detalle cultural y elocuentemente sorprendente es que esa antología no incluye a Herminio Ahumada, nacido en Soyopa en 1899, tampoco a Leopoldo Ramos, oriundo del mineral El Triunfo, B. C. S., pero que realizó desde jovencito la mayor parte de su obra poética en Guaymas, ni al doctor José Gómez García, autor de *Dioramas y Rescolds* —Premio Libro Sonorense—, originario de Orizaba, Veracruz. Tampoco están Jorge Othón, de Hermosillo, ni el profesor Enrique García Sánchez, de Jalisco, pero afincado en Hermosillo desde 1928, donde dio a conocer desde entonces poemas y cuentos y haber sido un aliado y promotor de la literatura regional.

En cambio sí aparece Saturnino Campoy, nacido en Chihuahua. Tal vez pudo tomarse también en cuenta a Rubén C. Navarro, de la villa de Tangancícuaro, Michoacán —famoso por su poema “El Cristo de mi cabecera”— que fue, un errante, y que siendo diputado al Congreso de la Unión, lanzó la iniciativa para crear el Premio Nacional de Literatura, que hasta ahora subsiste. Los últimos años de su vida los vivió en Caborca. Ahí está enterrado, en un lugar que él bautizó como: “El Cortijo de la Morena”. Dejó un legajo bastante grueso con su obra escriturada aquí.

Todos ellos realizaron —cada uno a su modo y manera— tarea poética antes de 1950, es decir: cuando aparece la selección de Segovia Rochín.

La *Antología* mencionada lleva un prólogo —bastante substancial— del doctor Jesús C. Romero, quien estuvo en Hermosillo con motivo de la celebración de la IX Reunión del Congreso Mexicano de Historia, auspiciada por el gobierno local y la Universidad de Sonora. Tal escrito está fechado en la ciudad de México, precisamente en enero de 1950. En uno de los párrafos señala:

A decir verdad, los poetas sonorenses han sido más emotivos que auditivos, ya que frecuentemente se nota en sus composiciones descuidos de rima, metro y de ritmo; tal cir-

cunstancia debe tener su origen, según estimo, en su escasa disciplina retórica, la cual irá desapareciendo a medida que influya en ellos el estudio de las Humanidades; por ese motivo, es evidente lo benéfico de la influencia ejercida por la Universidad en los poetas jóvenes, quienes testimonian ostensiblemente progreso acerca del particular.

En cierta manera el doctor Romero tiene razón, pero no toda. Lo que le sucedió es que no se dio cuenta de que ahí se conjuntó, sin ningún lineamiento, a buenos y hasta excelentes poetas con simples "arietes de la cursilería ramplona y piratas de la versificación de mesa", como diría Abigael Bohórquez.

Sin embargo esta antología ha servido de arranque para estudios posteriores que se han realizado, tanto en forma individual como colectiva. Contar con ella en Sonora ya es algo, por lo menos sirve de antecedente. El profesor Eduardo W. Villa tenía planeada otra, quizá más depurada y más formal. Su idea sólo quedó en proyecto.

GENERACION 1960

ABIGAEI BOHÓRQUEZ

1955 marca la aparición de quien ha sido el poeta contemporáneo más conocido, el que ha tenido más profusión, promoción y discusión en el ambiente literario de México: Abigael Bohórquez. En ese año publica: *Ensayos poéticos*, que es propiamente el arranque de su diversa y vasta producción.

Nace en Caborca el 12 de marzo de 1937.

En la zona más ardida del desierto nos nació el poeta —dijo en 1956 Cecilia G. de Guilarte—; con la voz como un grito, taladrando estados de ánimo, congojosas primaveras que no soportan el peso de su lava ardiente. Al mismo tiempo que Sonora daba el grito de su feliz alumbramiento y le hacía a su aurora el perfil definitivo. Sólo el verso con su ritmo podía conjurar y enardecer el canto:

vengo a ti de galopar caminos de nostalgia,
de desnuciar hastíos,
de erosionar crepúsculos con llanto.

Vengo a ti,
a destetar quimeras,
de imaginar tristezas con guitarra.

Y luego más adelante:

Con mi primer poema,
fe de bautismo para tu grandeza
salta la imploración como una liebre.

Ya en la otra punta del parámetro, veinticinco años más tarde, es decir en 1980, en una confirmación conciliatoria diría:

Vuelvo a mirar el resplandor purísimo,
crispadura de azufres y de lava,
mi desierto natal, el sitio claro,
el horizonte de arrasadas costas,
el puerto de basálticos adioses
de luz y lucidez pétrea y desnuda;

la combustión de sílices y espumas,
 el fulgor azafrán de la sequía,
 el hálito de médanos y llama,
 el zarpazo de sol que arde y azula,
 la térmica inminencia de la sierra
 viva de claridad su cima escueta;
 los íntimos oficios escorpiones,
 los baluartes corales del sahuaro,
 las flores del oxígeno y sus iras,
 y la desoladora transparencia,
 la plenilumbre, yo recién llegado,
 y, alucinante:
 el infinito a solas.

Chamaco aún, no tiene todavía los quince años cuando guiado, estimulado por la maestra Esther Soto, lo inicia en la composición y en los versos y triunfa en algunos certámenes interescolares de narrativa. Luego en 1951 abandona Caborca para radicarse en San Luis Río Colorado, donde se diploma como dibujante comercial y publicitario. También estudió en la Gadsden Grammar School, en la población arizonense del mismo nombre. En el ínter de 52 a 55 se gradúa como secretario taquimecanógrafo en la Academia Pitman, para luego ser escribiente de la Oficina del Registro Civil, ahí mismo en San Luis.

Realiza su primer viaje a la ciudad de México para estudiar arte dramático en la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes y en el Instituto Cinematográfico de Radio y Televisión de la Asociación Nacional de Actores. Estrena sus primeros pequeños dramas y sainetes con un grupo de compañeros de la ANDA.

Ya para entonces tiene su inicial *plaque*, con la que ofrece su primera lectura en la Ex-Capilla de la Asunción (Belisario Domínguez) invitado por el círculo literario Vórtice y es becado por la Universidad de Sonora y el gobierno de su Estado.

Casi de pronto,
 como una esfera de sonidos
 atrapada en el ángulo barrido de los rincones,
 el claxon repentino de hosco grillo
 puso en marcha la juerga de los otros.

1957 es el año esencial para Bohórquez porque es entonces cuando levantará eficazmente su acta de bautismo. Triunfa en el concurso El Libro Sonorense, con sus trabajos de *Poesía i teatro*, e inmediatamente después, el seis de abril, recibe medalla de oro en los primeros juegos florales nacionales, celebrados con motivo del primer centenario de la invasión filibustera norteamericana de 1857 a Caborca:

La hora de saber que a solas con su iglesia
mudo y conforme se quedó el poblado.

La hora de saber que dentro de la espiga
el trigo inmoviliza su destino de semen y de grano
para cantarte,
Caborca viejo,
de las sombras viejas,
de las viejas sombras.

Participa con otros elementos en La Semana Sonorense en el Ateneo Español de la ciudad de México. Regresa a Sonora y ofrece en varios lugares de la entidad lectura de sus poemas. Es 1958. Al año siguiente es llamado por el licenciado Luis Encinas, rector de la UNISON, por conducto del jefe de Extensión Universitaria, licenciado Arístides Prats, para que colabore en la institución como secretario del mencionado Departamento.

En 1960, bajo el sello de B. Costa Amic, México, D. F., aparece su libro anteriormente premiado. La primera parte está conformada por 29 poemas, de los cuales uno continúa sorprendentemente vigente: "Llanto por la muerte de un perro". Casi la totalidad están dedicados; la mayoría lleva epígrafes de García Lorca, dos de Mosén Francisco de Ávila y uno de Porfirio Barba Jacob.

Ay, en esta triste tristeza en que me hundo,
la muerte de mi perro sin palabras,
me duele más que la del perro
que habla,
y extorsiona,
y discrimina,
y burla;
mi perro era corriente,

pero dejaba un corazón por huella;
 no tenía argolla ni sonaja,
 pero sus ojos eran dos panderos;
 no tenía listón en el pescuezo,
 pero tenía un girasol por cola
 y era la paz de sus orejas largas
 dos lenguas
 de diamantes.

Cuando Bohórquez escribe este poema tiene 19 años. Dice de él Carlos Eduardo Turón:

Si el título es lorquiano (¡ah distancia a donde van las influencias!), la mística del can de Francis Jammes se pierde. He aquí otro sufrimiento, lejos de la esperanza de los subhombres y de cualquier paraíso. Y este can de Abigael tenía alma, aunque era ateo —ya que era entendido en poesía— y se atrevió a saber *de mi primer poema balbuceante*.

Agrega Turón:

este poema puede pasar por una protesta, por una declaración amorosa o una elegía pagana. Está completo. Es antológico.

La segunda parte del libro está formada por tres obritas de teatro: *La Estirpe*, *La vocación del Orgullo*, y *Compréndeme y Verás*. Carlos Moncada ha señalado: "muy buena la primera parte, la segunda menos". Y es verdad, la poesía ahí avasalla.

En la Universidad de Sonora Bohórquez dio además clases en la Academia de Arte Dramático, luego fue director del teatro preparatorio. Formó dos grupos: *Ulises* y *Dynamo*. Antes, en San Luis, R. C., y Caborca también sembró y dejó dos grupos experimentales. Aquí estrenó una obra distinta a sus anteriores, de fuerte calibre: *El aguijón de la abeja*.

Puede asegurarse que en 1960 nace y aparece una nueva generación de poetas y escritores sonorenses, abanderada por Abigael. Tiene él una preocupación, la de unir eslabones, la de atarlos firmemente para dar el estirón. A través de la co-

laboración directa con las revistas universitarias y *Hoja de Cultura*, en *La Opinión*, se logra conjuntar elementos, como algunos de los ya reseñados y los jóvenes que llegan. Pronto se tiene también afluencia en las páginas literarias que aparecen en *El Regional*, en Hermosillo, y el *Diario del Yaqui*, en Ciudad Obregón. Mosén Francisco de Ávila abre entonces fuego desde Nogales con media plana en *Acción*. Pronto se forma un haz central desde todos los confines, la rendija toma de pronto proporciones de puerta ancha y abierta. Se inicia, o mejor, se reinicia la denodada lucha en contra de la incompreensión, la falta de estímulos, del aislamiento. El mismo Bohórquez señaló:

Lidia Espinosa Acuña, Juan Manuel Corrales, Carlos Moncada, Alonso Vidal, Abel Pino y yo mismo, no hemos traído la voz de nuestra Alma Mater. Nosotros llegamos apurados en la íntima preocupación rutinaria, en los contactos humildísimos e inconscientes con las realidades cotidianas y domésticas. Nosotros por buena cuenta no nos hicimos en el pupitre, sino en el sufrir diario, en el interno desgaste, en el hambre, en el desenvolvimiento precoz de la infancia a manazos.

A ese grupo de inquietudes deben de agregarse a Sergio Calderón Valdés, de Navojoa y universitario, así como a Juan Eugenio Guerra, sinaloense, pero por entonces afincado en Ciudad Obregón. También a Homero Estavillo, que tomó rumbo por la reseña y el ensayo.

Bohórquez en estos años se autoinicia como un poeta desafiante. Está dispuesto a romper las lámparas para que se derrame la lumbrada. Helo aquí

Quiero llegar al vértice morado
del cerro y el crepúsculo.

Quiero aspirar la rosa de los sexos
abierta al ecuador y a los solsticios
y tirar todo el lastre de la pena,
el ácido color de la tristeza.

Por todo lo que comprende y lo que abarcan
las seis letras de tu olvido,
te olvido.

Heme aquí,
acuchillado, oh, Dios,
en la metáfora.

Y ya va en rumbo de aprender, de saber afilar el estilete. Le preocupa su vida, las vidas, la tierra, el amor:

Me libertaron ángeles de espuma
y hoy busco la cerveza y las mareas;
me libertaron ángeles de humo
y hoy busco las hogueras y el cigarro,
pero no me enseñaron
qué haría sin yo niño
y si Abigael púber y ardiente,
porque todas las noches me acostaba
a tientas con el miedo
y con la soledad,
y con los alacranes de las vigas
y las hormigas del doloroso despertar.

El propio poeta se va desmenuzando, empieza a darse cuenta que la vida es otra, que no es posible bosquejarla como la había tal vez soñado o vivido a ciegas, es decir ignorándola:

porque en mi casa las ventanas eran
penadamente abiertas,
y sólo había luz cuando velaban
al recuerdo y al otro,
el de los clavos.

Luego me depusieron repentinamente,
y no sabía de las avenidas,
ni de los niños,
ni de las campanas,
porque en mi casa las ventanas
estuvieron cerradas veinte años,
y sólo me decían que la lluvia
era agua porque no la veía
y que el viento era malo
y se llevaba
a los que se asomaban a mirarlo.

De pronto Bohórquez está ahí, absorto, desleyendo un pasado

a través de los signos propiciatorios, de los únicos posibles a los que él puede asirse para conocerse:

Porque yo he de buscar tus rastros y tus huecos
con mi quebrado acento de escalera
para alcanzar tus lágrimas mordidas.

Y ya enfilado el poeta empieza a soltar las amarras, sus amarras:

Porque yo quiero darte furias aprendidas
en el extraño rito de los astros
para que no me olvides ni olvidarte.

Te dejaré domar mi mediodía para dejar un cauce iluminado.

Te besaré con mis heridas frescas para tener herida
como siempre y para siempre amor, como un horario.

Se van agolpando las palabras, van construyendo la escalera. Rápidamente de escalón en escalón va hacia la cúspide curvatura del parámetro. Lo habrá de lograr más tarde. El contrapunteo viene cuando ya la madurez es en él, cuando la distancia y el exilio le dan la señal y la puntería exacta:

Detiéndose mi voz en este instante.
Se ahonda en las señales espaciosas mi corazón.
Y así, frente a la pompa solar y la hoja exigua,
y la mezquina savia y la canícula,
nunca tuvo la luz tanta blancura;
refulge mi porámen y,
ya cierto de mí,
presencia desasida y el poema,
al aterido ámbito translúmbrome.

Ya la inicial furia del muchacho que era Abigael empieza a tomar un ritmo desacostumbrado para nuestras candideces pequeñoburguesas. Sabe perfectamente que se debe aflorar y para eso está el dolor del mundo. Ecos y lecturas le hacen ponerse en guardia. Lee a Nicolás Guillén y a Pablo Neruda. El blanco lo da cuando conoce a Herminio Ahumada. Por él sabe de Langston Hugues y lo que sucede en el sur de Norteamérica:

Ay, Langston Hugues,
 porque ya no soportan su petulancia
 ni su esquizofrenia,
 porque ya no hallan que hacer con su edificio
 del Rockefeller Center,
 sus Naciones Unidas y su cerro magnate Mount Rushmore
 en Dakota del sur,
 porque ya no hallan qué hacer con ellos mismos,
 ...

(Carta abierta a Langston Hugues)

Lástima grande, que años después el propio poeta rompa con el equilibrio original para reformarle, por supuesto, en demérito. Porque ahí está la voz auténtica de la protesta, ahí está el poeta de garra que es en otros poemas, por ejemplo:

Mientras no tenga el lápiz
 sonido de martillos levantando edificios,
 cantos de obrero en marcha,
 ímpetu de azadón,
 pico y máquina de cocer;
 mientras no venga mi lápiz
 a decir las verdades del sudor,
 el carrete del hambre;
 mientras venga a decirme solamente
 de un agónico tacto,
 no me sirve.

(Manifiesto poético)

De este poema ha dicho Turón:

Bohórquez es de los poetas desbordantes. No rechaza ni busca las asonancias y las ofrece rotas o florecidas; se abandona a la largueza, generosidad y dispendio, y a la reiteración que evitan los aritméticos y los alquimistas. Por fortuna, su "Manifiesto poético" no llegó a ser fórmula o receta posteriores.

A pesar de todo Abigael insiste. Sabe que en sus manos tiene una bomba de tiempo y hay que soltarla:

A cuánto asciende el costo de preguntar,
de pedir, de denunciar,
cuánto de balas cuesta
preguntar medio siglo de preguntas?

De cuál color la crisis
la financiada historia
y la obra del maquillista
en cada silla presidencial?

Está Bohórquez todavía en Sonora. Desde aquí irradia su talento y lo hace por los cuatro confines. Los premios llegan. Obtiene quince primeros lugares nacionales de poesía. En Saltillo, en Mazatlán, en Aguascalientes, Sahuayo, entre otros. También en el primer Concurso Latinoamericano XEW de poesía, en México, D. F. Luego de ganar una justa en Campeche, en 1962, se va a radicar a la ciudad de México.

Dato curioso, singular y cultural: en aquel puerto del golfo de México fue su jurado Carlos Pellicer. Abigael, asombrado y reverberante por madura adolescencia le escribe un poema. Dice en alguna de sus partes:

Poeta,
la única verdad
era tu concordancia con el trópico.
Lo bien que te quedaba el mar de fondo.

Aquello de que el cielo parecía
que estaba hecho para ti.
Por tus ojos llegaba una sola palabra solitaria,
perfectamente acorde con tu voz:
¡¡Sol!!
...

El tabasqueño sin amilanarse le contesta:

Las manos siempre pones sobre raso
y allí están las palabras fabricantes:
unas que no se ven, otras atlantes.
Pululan las que dejas al acaso.

Es hombre de palabra el que a tu lado
invisible y gentil, con grandes alas
tu sombra guía con amor cuidado.

Estoy atento a lo que tú señalas.
Puede estar el jardín sin ser tocado
si en un instante la Belleza instalas.

Por amistades y creyentes en su talento, Abigael logra que, por recomendación fidedigna, el secretario de Educación, poeta también, y que vino a Sonora en gira y a recibir el Honoris Causa de la Universidad de Sonora, Jaime Torres Bodet, le instale como secretario en el Departamento de Difusión del Instituto Nacional de Bella Ares.

Allá abre su campo de acción y lo derrama: un grupo experimental de teatro, una revista mimeografiada de poesía y literatura: *Estos*. Con Dionisio Morales coordina los ciclos de poesía nueva de México y poesía mexicana contemporánea en el Ateneo Español y estrena cuatro piezas breves de teatro. Su poema dramático en un acto: *La madrugada del centauro*, es premiado en el segundo concurso de creación de obras en un acto convocado por la UNAM y es publicada. Da recitales de sus poemas en varias instituciones de cultura, clubes y salas de arte de la ciudad de México. Colabora en periódicos y revistas. Obtiene más premios.

Dice Carlos Eduardo Turón:

Para Abigael Bohórquez resultan importantes los jurados y las opiniones. Bajan la fiebre de lo incierto que es el carácter más angustioso de la poesía. Porque sabe dónde vive: un lugar que sólo reconoce y premia pathos y filia-ciones equivalentes.

Hay en él la malicia del pueblo y el agradecimiento hacia los jueces que deciden si un poema contiene o no poesía. Pero el dios le impulsa con espadas de fuego: un anhelo de oficio y libertad intemporales, *un aquí no pasarás*, aquí no has de contenerte ni traicionarte. A través de poemas cuya estructura o contenido han de ser "aprobados" llega, a menudo, a dejar correr lo interdicto o ininteligible para los jóvenes o viejos jueces.

Bohórquez, en 1965, es jefe del Departamento de Literatura del Organismo de Promoción Internacional de Cultura, dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores; director

de la Sala de Arte OPIC, de las revistas *Parva* y *Gaceta OPIC*, así como responsable coordinador de un grupo de poesía coral y teatro.

En 1966 publica: *Acta de confirmación*, bajo el sello de Alejandro Finisterre, *Revista de Poesía Universal Ecuador 0° 0' 0"*. Este mismo poemario reaparece en 1969, en segunda edición, por Arana editores. Está dedicado a Miguel Guardia y a Juan Bañuelos. Ahí aparece aquello de:

...
 sal a las calles a gritar tu reto,
 y aunque ya la conoces
 mejor muérete de hambre que te mueran
 las bocas matricidas,
 muere mejor de sed que en cada vaso
 te siga dando el hijo agua de escombros,
 mejor muérete estéril,
 con el sexo tapiado,
 que tu oficio es azahar y es terciopelo
 y te lo apuñalamos.

 Pon en seguida a las puertas del alma
 la rojinegra tela,
 arriba, sin piedad, madre,
 A LA HUELGA!

(*Del Oficio de Madre*)

En 1966 aparece: *Canción de amor y muerte por Rubén Jaramillo y otros poemas civiles*, en la Colección Parva, OPIC. Está dedicado a Margarita Paz Paredes.

Por defender la luz que ya no existe
 para los desgarrados, negros, negríssimos mendigos
 de la negada tierra;
 allí está tu mujer,
 deteniendo en su cuarto ametrallado
 la inocente semilla;
 allí están tus tres hijos, reventados
 sobre su propia oscurísima esperanza;
 y sobre todo, abofeteado, el hombre,
 nuevamente Zapata masacrado,
 fatalmente, otra vez, crucificado,

y ahí está, peor aún, México muerto,
y tu asesino, vivo, deificado.

Luego, en 1969, en Ediciones Pájaro Cascabel, colección Estuario, se edita: *Las amarras terrestres*. El libro está dedicado a Paula de Allende y a Carlos Saavedra. De él ha dicho Turón:

Largos poemas, como casi todos los suyos. Construidos tal vez en trece noches de insomnio, tal vez en un año de vigilia. De palabras sencillas para los que hacen de él un poeta proletario; de palabras de consulta para los que saben que no existen poetas proletarios. (Porque el primer poema de un proletario desproletariza y hace nacer al hombre solo) En *Las canciones por Laura* la puntuación se ordena y se cultivan los nombres cultos bajo la lluvia. A la sombra de amor no podía cantar a la Ciudad sin estar sumergido, friolentemente, en la tormenta:

Llueve incansablemente.
El Correo Mayor
está a punto de zarpar. Lo abraza
un resquemor distante de gaviotas,
y el silbato lejano de las fábricas
lo hace temblar de velas y de peces,
de cartas hacia el golfo y de carteros
con timones de ráfagas navales.

También en ese poemario aparecen dos trabajos importantes: "Canciones de soledad para no estar tan solo", y "Las canciones por Alexis" —sobre la égloga segunda de Virgilio—. En ellos Abigael se desata para siempre. Asevera Turón que este libro es de salvación total.

Sin *Las amarras terrestres* y su declaración de placer, Bohórquez se hubiera situado en un lugar estrechamente (limitadamente) revolucionario. Hubiera tenido una cierta comodidad, pero no la grandeza de su ansia precoz y obsesiva de consagración. Ninguna antología podrá eludirlo sin pecar, esté o no esté de moda, pertenezca o no pertenezca a un grupo, bajo uno u otro régimen, sea amigo o enemigo.

Y es curioso. Han aparecido cuatro antologías importantes y en tres de ellas se le ignora. Sólo aparece en la realizada por Thelma Nava, en *El Pájaro Cascabel*, en 1965.

De las opiniones que han sucedido a los poemas de Abigael Bohórquez —recalca Carlos Eduardo Turón— dos me han interesado: Jesús Arellano, con rudeza, se preguntó si Bohórquez estaba bajo el signo de Apolo y, luego, hubo de confesar que sí; Juan Bañuelos, sin preguntas, dio en un blanco singular, con el asentamiento de tres preferencias significativas de gran intuición, al unir, paradójicamente, a Marco Antonio Montes de Oca, a Bohórquez y a José Emilio Pacheco.

Efraín Huerta, en un poema que sirvió de prólogo para *Las amarras terrestres*, dice:

A Abigael Bohórquez le duele el esqueleto cuando escribe,
cuando protesta y el poema echa humo,
cuando los versos, los malditos versos inaplazables
brotan del asfalto de la vieja ciudad,
y el joven iracundo del norte del país
busca el desquite y se estrangula a sí mismo.

(Poeta al fin)

Turón —otra vez— reflexiona y señala esto:

Sin embargo, no podemos ser simplemente poetas. Las circunstancias que son el aliento de la poesía también la impiden. Son armas de dos filos. Los poetas son *torres de Dios*, pero no habitan en torres. Tienen que comer y vivir y, por ello, sueñan, deshilvanadamente. Nerval se suicida; Rimbaud huye; Lautréamont es "nadie"; Poe y Wilde "avergüenzan"; Mallarmé se esconde en la nigromancia.

Bohórquez por su parte en 1970 abandona la gran ciudad que le tiene harto y se larga a seguir respirando, poetizando, a la villa de Milpa Alta. Entre otras cosas trabaja en actividades artísticas en el Instituto Mexicano del Seguro Social.

En 1975, la Federación Editorial Mexicana, en la colección Palabra Viva, publica *Memoria en la alta milpa*, con ilustra-

ciones de Leopoldo Estrada. Reaparece ahí como prólogo el poema de Efraín Huerta. El poemario contiene doce poemas. Es un libro desigual. En él Bohórquez vuelve a hacer de las suyas, toma el látigo, e irónico, fustiga, pero de pronto el amor aparece y lo salva. Poesía que no panfletaria, que no proletaria.

Un día,
el pequeñito reloj se detiene,
la cajita de música
se calla,
entonces:

ay, cuánto amor para tan breve instante,
y te quedas bajo la tierra
protesta que protesta, protestando,
engusanándote,
sintiendo
cómo calienta el Sol
aquella sangre,
los escombros terrestres,
la poesía,
la muerte a todo tren
recomenzando.

(*Día franco*)

Dionisio Morales dice que este libro

sorprende por el humor, por la pasión y la cólera secreta que contiene; por esa dejadez aparente con que nos lleva de la mano de un tópico a otro, y por el desenfado del que hace alarde para, con una humildad que raya en lo pagano, comunicarnos sentimientos recónditos que algunos poetas "consagrados" no se atreverían a publicar.

En 1977 brinca de Milpa Alta a Chalco, donde actualmente radica. Pero antes de salir, un año antes publica: *Digo lo que amo*. Es un libro de esos que los gringos llamarían *underground*. Sí, subterráneo. Turón diría:

Aunque lacónico, va de la ternura a la estridencia, del gozo puro a la burla y al sarcasmo. Contra las barreras policíacas

y psicoanalíticas, el amor —dulce y claramente griego, como es el amor que no rechaza el intelecto— se cumple.

De ti anoheceré, tú que amanece
grave de luz, ardiente mañanura,
junco de lumbre, tersa galanura,
bienhadado del sur donde floreces.

Sea mi vida pues, la descordura;
de lo que fui sólo seré tu ausencia,
tu primer anatema, la apetencia
donde tuvo tu cuerpo su atadura.

De ti anoheceré. Y, envejecido,
despoblado de ti, desatendido,
laborioso de muerte, oscurecido,
seré desolamiento trascendido.

De ti anoheceré y, anohecido,
seré escombros de amor desconcedido.

(*Saudade, II*)

Por allá en 1960 escribió Mosén Francisco de Ávila de Abigael:

La inspiración en él se produce a borbotones, como arteria abierta. Su talento, incuestionablemente, es fecundo. Tanta maravilla espanta. Da pavor. . .

En 1980 aparece *Desierto mayor*, en el que agrupa diez poemas. Es virtualmente una reconciliación con su tierra de origen, de la que no ha podido ni podrá desprenderse nunca. Es aquí donde el parámetro va cercando su curvatura:

La vida siga así, sencillamente;
tenerse amor, sembrar, transparentarse
en tierra y a sudor y perpetuarse
agua encendida y cálida simiente;
dejar que el Sol encumbre lentamente
sus oficios de octubre; comprobarse
que se es de verdad y continuarse
de sí mismo a sí mismo, ardentemente.

Dejar que mis palabras, rezumando
la voz gozosa, la acuciante estrella,

queden en estos versos, cintilando;
que, aspa de luz, ilimitada y bella,
honda y florida miel, dulcemanando,
va LA POESIA en prenda. Y voy por ella.

En 1981 hace una selección de su poesía de 1956 a 1978. Se publica con el nombre de *Heredad*, con una portada de Armando Puga y un extenso prólogo de Carlos Eduardo Turón.

Conserva inéditos: *Salmo y blasfemia por José Clemente Orozco* y *Nuevos poemas civiles*; *Podrido fuego* (poemas, 1981). También otro de *Teatro breve* (recopilación de piezas cortas, 1964-1978). Trabaja en: *No se culpe a nadie de mi vida*, novelón, como él mismo afirma.

Alguna vez Carlos Pellicer dijo, refiriéndose a su amigo Abigael: "El primer gran poeta que da el norte de México...", así como Jesús Arellano protestaba: "...injustamente se le condena al silencio, a pesar de ser Bohórquez una de las voces más ásperamente representativas de la actual poesía mexicana..."

A pesar de ello, de ese silencio al que se le tiene relegado, Abigael Bohórquez es uno de los poetas mexicanos de más encendida y auténtica palabra y una de nuestras más audaces aportaciones a la lírica hispanoamericana contemporánea. Y ello es cierto.

ALGO SOBRE LA GENERACIÓN 1960

Mientras tanto Abigael y el grupo van apuntalando. El poeta, infatigable, ya lanzado a abrir brecha donde es difícil, no cesa en su terquedad:

Cunde el oleaje —escribe en *La Opinión*— y sorprende el centelleo de las revelaciones. Vuelve el fusil-poesía cargado de entusiasmo. El empuje del arma luminosa de juventud viene en definitiva a clamar victoria. Lydia Espinoza y Juan Manuel Corrales maduran. Alonso Vidal va cristalizando. Sonora nace así otra vez, desde nuestros corazones, como una alborada sin tiempo donde habremos de colgar en el ir y venir de los días todo lo que de maravilloso conquistamos para ella. Queremos imponer nuestra palabra por preocupación, por amor, por darle a nuestra tierra el verbo que necesita, por sacarla de su espejo y lanzarla a los cuatro vientos. Nuestro propósito es limpio. Nuestra actitud es sincera. Nuestro fin la verdad y sobre todo el alcanzar con sano empeño la imposición de la auténtica poesía sonoreña, donde al destiempo y la inútil preciosidad, se anteponga la dura tarea de la verdad sin tapujos y sinceramente de la realidad desnuda del hombre contemporáneo.

Entendía Bohórquez que era la hora de sacar los tamborcitos y ponerlos a sonar. No había por ningún motivo y aun que los estímulos por entonces eran nulos, que dejarlos escondidos por ahí hasta quién sabe cuándo. Ahora o nunca. El poeta ametralla:

Históricamente, el romanticismo, en nuestro medio, en donde cada vez el hombre crece y se hace luz, está condenado a desaparecer. Y nosotros queremos que se suicide a costa nuestra.

Rotunda su proclama, encendida su perorata, enérgica su actitud. El mundo estaba cambiando y de alguna manera había que contribuir, no era posible vivir encarcelados por cuatro muros, y menos agujeteados por la burla y la indiferencia. Audaz, ciertamente limpio y veraz, Bohórquez remacha:

La poesía moderna, actual, espera encontrar mar en Sonora. Nosotros esperamos encontrar fe. Porque nos hace falta. Y porque México, desde aquí debe tener su voz joven, su voz que diga las verdades de la justicia, las verdades de la paz, las verdades del trigo y del amor. Cunde el oleaje y sorprende el centelleo de las revelaciones. Lydia Espinoza y Juan Manuel Corrales con su poesía nueva y Alonso Vidal empinado desde su prosa fina y reveladora, tienen la palabra.

LYDIA ESPINOZA ACUÑA

De la sierra, de un pueblo bordeado por el río Sonora, llegó Lydia Espinoza Acuña. Esta poeta nació el cuatro de agosto de 1938, al amparo de Nuestra Señora de Loreto, es decir la patrona de Banámichi.

A los quince años estudia secundaria y lee los primeros libros. Fue su padre, Alberto Espinoza, el que la estimuló y la lanzó por este camino, el de la lectura, de la poesía. No es casual que la poeta, diecinueve años después de haber muerto su progenitor, exprese:

Con cuatro palabras digo
"ha muerto mi padre",
pero quizá no está dicho todo
cuando con él se ha ido
el confidente,
el amigo, el estímulo innegable
al que me aferré
con el ansia loca
y sin razón
del que lo tiene todo
en una mirada tierna
y en una sonrisa satisfecha,
en la que reflejarse una niña
el cariño sincero
que tan armoniosamente
hacía eco en mi corazón. . ."

La joven que era Lydia entonces, a los dieciocho años busca liberarse espiritualmente de sus amarras íntimas y familiares. Su vida y emotividad le piden más, es lógico que quiera ser maestra, su única alternativa, el punto clave para ser y huir, edificarse, pues. Viene a Hermosillo y entra en la Escuela Normal. Empieza la muchacha a escribir, le atosiga la necesidad de expresarse y naturalmente busca para sí misma a alguien que la escuche, que la comprenda. Vuelve curiosamente a aparecer en el modelaje de la poesía femenina, Enriqueta Parodi. Hay que recordar que esta escritora, feminista ante todo, por allá a principios de los años 50 tendió su mano y su espíritu

para ayudar y dar oportunidad a los demás. Fue a través de la revista *Cauce* y bajo su guía cuando surgieron Armida de la Vara y Alicia Muñoz Romero. En otro sentido también Aída Lerma.

Se debe recordar y tomar en cuenta que cuando la Espinoza llega es 1956. Permanece aquí solamente un año en la Escuela Normal. Aparecen durante ese tiempo algunos poemas balbuceantes en la prensa local. Sucede entonces el encuentro entre ella y la autora de *Alcancía*.

Lydia, un año más tarde, sale de Hermosillo y se va a Caborca. Un buen pretexto familiar la impulsa para empezar a ser ella, anda tras la floración, la búsqueda de las esencias. El magisterio y la poesía van a la par, y allá, en la Escuela Adalberto Sotelo, en pleno desierto cobra vida, se construye poco a poco la escritora al mismo tiempo que se va haciendo mujer. Por entonces da a conocer un pequeño drama: *El grito de la sangre*. Luego otro: *María Elena*. Junto con el doctor Waldo Villalobos edita mensualmente *Revista del Desierto*.

Surge para ella en ese momento Abigael Bohórquez, quien la invita a formar parte del Grupo Fragua. Él mismo estrena las obras cortas de Lydia. Por otro lado, a través de él publica en periódicos y revistas de la entidad, y fuera de ella. Su estrella toma buenos perfiles de ascenso.

En 1960 regresa a Banámichi continuando su tarea y establece ahí un grupo artístico con jóvenes de su pueblo. Estando allá sucede algo que definitivamente cambiaría el rumbo vivencial de la poeta. Llega el rector universitario Luis Encinas en campaña electoral para lograr la gubernatura de Sonora. En la comitiva y muy cerca del candidato va Arístides Prats, un tabasqueño que un poco más tarde jugaría un papel importante en el ajedrez cultural de la región. Es de suponer, por lógica, que por designación directa le toque a la Espinoza dar la bienvenida a los políticos. Y lo hace bien, tan bien que el rector, que lo era todavía entonces, le hace una promesa, misma que se la cumple cuando ya es el número uno en Palacio de Gobierno. De tal manera Lydia regresa a Hermosillo con recomendación especialísima para desempeñarse dentro de lo que entonces era Departamento de Prensa.

Reaparece Enriqueta, quien el 20 de junio de 1961, en la

revista *Mujeres*, que en la ciudad de México comanda Marcelina "Chelina" Galindo, dice:

Lydia me llevó un grueso legajo de cuartillas en prosa y verso que fui leyendo a pausas y un día, con mi característica franqueza, le dije que encontraba en ella una asombrosa fecundidad creadora, pero que aún tenía mucho que hacer para lograr su intento de ser una escritora.

Y luego dice Enriqueta:

La animé a seguir produciendo y estudiando.

Por entonces Lydia escribía:

Ahora que llevo
por corazón una materia informe
ahora que conozco
el cielo sin azul
el día sin aire.

Te hablo con las voces
que se dan
rasgando en los sentidos
los que gritan
voluntariamente mueres
y repiten
cobardemente vives!

Te hablo desde aquí
desde un rincón oscuro
donde se oye el tic tac
de las tinieblas
y el suave aleteo
del silencio.

Y va más allá, se va templando la palabra, la va estrujando para manifestar lo que la mueve y la aflige:

Y todo queda así
llanto y crepúsculo.

Soy una lágrima suave
que resbala segura

desde que comprendí
que sufre el que sabe
la ilusión y ventura.

Y eso llevo en mí,
viviré mientras pueda
acallar mi tristeza
y seguir como hoy
como el alma rueda
y entre veredas viejas
para saber que soy.

Y todo muere más
y se sepulcra.

Lydia ya plantada frente a sí misma, recapacita y el nudo que en su garganta se le hace grito, esplandece:

Te hablo desde aquí
donde los álamos,
son un río de cosas
y de lágrimas.

En ese momento la poeta se integra de manera firme y definitiva a los compañeros de generación que a través de su palabra, sus escritos, su arte van espigando en alas. Dice la Espinoza en su poema "Eso tiene la sombra".

Tiene la sombra su reino
de mariposas negras
y caracoles vivos,
y en cada minuterero
de su reloj de sangre,
se unen muchos mares,
y algunos peces reos;
de la prisión del tiempo
que no encontró indulto,
porque llevaba dentro
una acequia de versos.

Un poco más tarde abre los temas como un abanico, desde poemas a la madre, a la vida, a Dios, a la tristeza hasta cosas dedicadas a los niños héroes con aquello de:

En la grandeza real y esforzada
del México que crece y se agiganta
las seis figuras de los Niños Héroes
se yerguen vigorosas,
y la patria,
oprime el corazón para abarcarlos
y hacer de su recuerdo
y un solo templo,
y hacer de su memoria un solo llanto.

o definitivamente altiva y desafiante ya con la protesta en los
labios:

A los blancos también nos encarcelan
sin que puedan gritarnos:
criminales de guerra o asesinos!

Sólo rebeldes, porque tenemos hambre
y nos desgarran el alma la injusticia.

Y ya encaminada ahonda y apostrofa:

La injusticia en el México demócrata,
la crueldad sofisticada en Norteamérica,
la forma falsa de querer a Cuba.

para luego versos adelante:

y entonces te encarcelan,
si dices, enfrentándote al gobierno,
que tu sueldo es escaso,
y tus hijos te dicen tener frío
eres un "otro agitador"
y no te ayudan,
para eso está la prisión
y en la celda más sucia y descuidada te encarcelan.
¿Encuentras diferencia, hermano negro?

Como se ve en Lydia se dio a su anchas el contrapunteo, no vacila en dar saltos de aquí para allá y muchas veces bajo el riesgo de ella misma atropellarse. Ello se debió quizá a que a la vida la conoció como sus compañeros, a tropezones, e inesperados manotazos, que le fueron construyendo de golpe la estatura y el asombro. Por eso tal vez dice por ahí:

Tú entiendes este llanto,
 porque sabes que brota
 de un cariño muy grande
 y un anhelo frustrado;
 ¡y te recuerdo tanto,
 en mis rezos callados!

La burocracia, sin embargo, a la poeta le sirvió para hacerse de conocencias, sobre todo entre la gente de prensa. Empezó a publicar, muchas veces en demasía y su oficio, en ese momento se tambaleó entre la cantidad y la calidad, casi escribía a destajo. De eso se dio cuenta Bohórquez y trató de controlar las ansias de la joven. Lo logró en parte. Y es que la uva estaba siendo cortada a destiempo, agarrosa todavía, sin la dulcificación que se da dentro de los toneles antes de servirla en cántaros. Afortunadamente para ella y para todos, sola volvió a su redil. Hace a un lado las luces agoreras de la gloria, dándole un manotazo al ululante y mentiroso cantar de las fugaces sirenas. Arremete en lo íntimo y se retoma:

Como entraña contrita
 de dolor doblegada
 o también como flor
 por el frío marchita
 o las noches heladas
 o la falta de sol.

Aunque estuve callada
 sin definir siquiera
 lo que fui y lo que soy
 ante otro soy nada
 y ante mi alma sincera
 como entre cantos voy.

Situada otra vez en su carril primigenio, retoma su rumbo hacia la madurez poética. Se planta sobre sus propias huellas y dice:

Como la luz en las sombras
 de mi pasado violento
 y mi presente igual
 conocí de penumbras

de sonrisas ya muertas
y en mi creciente mal.

Soy una lágrima suave
que resbala segura
desde que comprendí
que sufre el que sabe
de ilusión y ventura.

Y eso llevo yo en mí.
Viviré mientras pueda
acallar mi tristeza
y seguir como hoy
como alma que rueda
y entre veredas viejas
pero saber que soy.

Pero como todo llega a ella, arriba el amor y la encandila, es decir la atrapa. Abandona —aunque temporalmente— la poesía y se casa. La maternidad la hace naturalmente más humana y más mujer. Sus hijos y su trabajo, y la poesía que ella misma rescata son su mayor grandilocuente esperanza. Hace poco escribió:

Llega al fin, el esperado girón
de suaves carnes,
y la madre, mujer en el máximo suspiro
de su alivio,
sonríe acariciando la mirada,
y prepara el corazón para estrujarlo
junto al pequeño tibio y sorprendido.

Y prepara además el viejo anhelo
de ser madre en la luz y en el espacio,
de ser madre y mujer y ser estrella.

Estrella en el calor de su ternura
y en la fe inagotable para el hijo.
Y ser niña otra vez,
para forjar muñecas,
y en la ausencia del padre
emprender tareas varoniles
para forjar soldados con cartones,
y en la ausencia del hermano mayor
que va a la escuela,

ser niña otra vez,
ya siendo estrella.

Es decir que Lydia Espinoza Acuña vuelve llena de fructificaciones y ternezas, plena de vivencias, dolores y estremecimientos, rebosante de esperanzas y amores. Volverá a ocupar el sitio que todavía no ha perdido, sino que parecía olvidado. La poesía le vuelve a hacer la jugarreta: le vuelve a tocar el corazón y ajustarle la mano, le pone frente a la pregunta y la voz, y es natural que la respuesta salga al aire, descarceladamente poética, así sin más. Su libro está esperando.

JUAN MANUEL CORRALES

Juan Manuel Corrales fue uno de los primeros en integrarse a la generación de los años sesenta. Casi de la misma edad que sus compañeros, nace en Hermosillo en noviembre de 1937.

De sus poemas iniciales publicados se encuentra: *Tres barcas de palabras*, en donde se nota su cualidad y calidad poética. Algunas líneas de él dicen:

 Junto a las viejas barcas,
 sobre la hollada arena,
 testigo indispensable del principio,
 de donde el viento, solitario ladrón,
 robó sus huellas salitrosas;
 las mujeres enjutas
 con largos vientres preñados de nostalgia
 velan martirios de peces sorprendidos
 en la mitad del aire,
 espulgando al final de sus miradas
 a los que ya no vuelven.

Esto debe haberlo escrito a mediados de 1960. Muy al principio del año siguiente Abigail Bohórquez, quien sin duda fue la cabeza del grupo, escribió:

Juan Manuel Corrales va madurando. Podría decirse que asistí a su nacimiento literario y le prodigué, consciente de su misión terrible de poeta, los primeros alientos. Nacer poeta en Sonora es duro, máxime que no es cosa común. Cuesta mucho crecer. Siempre alguien aplasta con la dura bota, pero este Juan Manuel Corrales ha seguido creciendo y apunta a su consideración que debe seguir ampliándose.

Un recital poético en Caborca y otro en Nogales le aventaron de bruces contra el público. Eso le sirvió para buscar en lo que quiere la gente, para no dárselo. Su primer contacto con una muchedumbre le sirvió para saber cómo es su gente. Supo de todas sus reacciones y empezó a entregarme poemas de todas las manufacturas. Algunos languidecían y no servían para nada. Otro lleno de tachaduras no alcanzaba las cuatro líneas. En tantos más la sorpresa

desorbitaba los ojos. Con errores y horrores Juan Manuel Corrales era un buen poeta.

Fue cuando dijeron que estaba influenciado por mi poesía. Y era justo *aclarar* que si nuestra gente opinaba tal cosa, desmentía sus anteriores opiniones de que la poesía contemporánea en Sonora no cabía dentro de la comprensión. Era lógico que dijeran que estaba influenciado, ya que en Sonora sólo mi poesía contra viento y marea se deslizaba en el mar de la vanguardia. Pero nunca pensé que Corrales escribiera como yo.

Apareció Lydia Espinoza y opinaron lo mismo. En Lydia sí aparecía algo de mi modo. La prosa de Alonso Vidal la relacionaban con mi manera de escribir. Y la realidad es que nadie escribe como nadie, sino como nosotros mismos, es decir: entonces que los señores poetas del romanticismo sujetos al mismo metro y quizá a la misma restricción de pensamientos, estaban influidos los unos de los otros.

Va madurando rápidamente Juan Manuel Corrales; del tono titubeante y frágil de sus primeros versos me ha sorprendido hasta ahora con su poesía absolutamente nueva, que va anunciando que el muchacho va encontrando su estilo y su propia manera de decir las cosas.

Y al parecer el caborquense no se equivocaba. Estaban abiertas las compuertas por donde el poeta habría de soltar su voz, como un desafío a su propio destino y al de los demás. Había dentro de él vivencias totales que no podían escapar de sus manos, porque si las dejaba caer se le harían añicos:

Posiblemente
algún pájaro
se estrelló en mi cristal
porque su llanto
cabalga en mis pupilas.

De qué miseria
forjaste mi estructura?
Cuál fue la paja,
el lodo
y cuál el agua
con que formaste el barro de mi cuerpo?

Cuál fue la causa?
 Cuál el pecado
 necesario
 para ganar las piedras?

Yo no pedía el filo,
 pero aquí está la herida;
 y mis diez dedos
 son insuficientes
 para cubrir las llagas.

El poeta está inquieto y se va desabrochando el alma a pequeños golpes. Bien sabe de dónde viene el cordón que le aprieta y le angustia:

Brevemente yo digo,
 si necesitas esperanza
 mis brazos son bien largos,
 deslízate por ellos.
 Lo digo brevemente
 porque lo sé.
 Por nuestra pobre marca,
 por la ceniza eterna
 grabada en nuestra frente.

Y Corrales insiste en interrogar e interrogarse, en buscar la seña, en bucear hondo para contestarse:

De qué materia
 es mi cristal aislante?
 De qué color el ave
 que nunca penetrará?
 De qué estructura-nido
 vienes hasta mis ojos?
 Dónde termina
 este comienzo que anuncia ser muy largo?
 Con qué tamaño de alas
 se fuga la esperanza
 que no logre alcanzarla el desaliento?

Va intuyendo, se va dando cuenta de su total estremecimiento:

Quiero decir,
hermano,
padre,
hermana,
y el viento las palabras me devuelve
con filos más delgados
que la primera daga.

Y es firme y veraz consigo mismo cuando se lanza doblemente para preguntar:

¿En dónde está mi casa?
Por qué se niega
el vientre materno a recibirme?

para luego afirmar y afirmarse porque ya no tiene duda:

Alguna vez
tan sólo por momentos
mi boca encenderá
el fuego ajeno.

Alguna vez,
algún solo momento
podré desentumir mi soledad
para vivir mi muerte.

No sabe que la espero.
Se imagina sorpresa!

(¿Cuál fue? . . .)

Juan Manuel Corrales fue un joven activo. No desaprovechaba tiempo para aprender, en momentos estaba en Artes Plásticas o en una clase de teatro. A él se debió la idea de formar un Café y lo hizo: El Cancel.

Siempre fue un visionario y era —lo es— bueno para los negocios, en contrapartida a lo que pudiera suponerse, es decir: considerar siempre al poeta como un muerto de hambre. De alguna manera había que ganar el sustento y por otra establecer un lugar *ad hoc* para reunir al grupo. El Cancel era un lugar pequeño, ocupaba la cuchilla citadina frente al Auditorio Cívico del Estado, y no por ironía, sino por certeza. Ahí

Abigael dio rienda suelta a su imaginación para decorar las paredes a pura línea, es decir: dejó correr su magia.

Fue ahí en ese lugar y en la Librería Universitaria desde donde los poetas de entonces hicieron escuchar su voz, socorrerla, amamantarla, darle el sentido de solidaridad, autopromoverla, gestionarla y más tarde autocriticarla. Quizá fueron los dos lugares de la salvación. Ahí nacieron muchos y murieron varios. Puede decirse que de ahí maduró el enroque. El Cancel duró lo que el salto mortal para los integrantes de esa generación. Luego llegó Saro Restivo y acabó con el cuadro. Ya no fue lo mismo. La piqueta hizo lo demás.

Juan Manuel Corrales como poeta apuntó lejos porque vivía su tiempo, sabía a ciencia y fe cierta que era necesario dar cuartel, poner la lanza para de una buena vez topetear a lo caduco, al marasmo, a la cosa siempre igual:

No puedo unirme así,
ligarme así
a la extensa estación de lo mediocre.
No puedo unirme así,
al uno dos,
las ocho,
son las dos,
es tiempo de descanso,
despierta, ya es la hora.

Sé que hay el mar
donde se puede bordar en sus orillas,
y no una plaza grande
que enreda con las vueltas.

Y Juan Manuel es astuto, sabe que la "circunstancia" no se queda ahí. Es hábil y capotea:

Me espera algún caballo sin riendas,
sin montura,
sin destino para mi largo viaje.

(Ya basta con lo antiguo.)

Juan Manuel no está, por supuesto lejos de los reclamos, las denuncias, las vociferaciones de sus compañeros en contra de

la injusticia y la libertad. Hay que tomar en cuenta que esta generación nace y crece cuando estalla y avanza la Revolución Cubana y se hostiga inmisericordemente al pequeño pueblo de Viet Nam. Por ello la solidaridad le finca y lo que por entonces es grave en el mundo, definitivamente le atañe como a todos los demás:

Hay una flor temblando en el oriente,
pétalo oblicuo,
color de rojo sangre.
Se han cerrado inmensos camposantos,
repletos hasta Dios
de fusilados.
de tanta gente que arrastró la peste,
de miles que lavaron los tifones.
El mundo mismo es un solo cementerio.
Nosotros mismos,
—¿qué somos?—
millones de infelices
sonriendo con la muerte
y el sueño de evadirla.
Para decir que es malo lo que hacemos,
recalca en la memoria
los edificios mordidos por las bombas.
Los cuerpos calcinados por las llamas.
El hambre viva
que aprisionó a la India.
La miserable riqueza de los hombres
que en abandono esconden la justicia.

Corrales sabe mejor y por derecho hablarse de amor, es decir, sin olvidar aquel otro mundo ciego como testigo ausente. Sabe que aquí el sentimiento le circunda, le toca, le electriza:

No hay que decir,
que esta noche supiste que me amabas.
Ni que esperabas el lodo de mis brazos.
Menos aún fingirme las historias
para decir que alguna vez
obraste con nobleza.
Ahora en esta noche
amor que te esperaba,

prefiero pedirte
plenitud completa de la entrega.

(Todo es inútil)

Es 1963. De pronto Juan Manuel Corrales desaparece. Se va, huye. Va tras de las huellas de Bohórquez, quien se ha establecido ya en la ciudad de México. Va el poeta en busca de otros aires, de otra proyección. Vienen los años de lucha, de abrirse paso en la maraña.

Tres años después, en 1966, momentáneamente regresa a Sonora. Entonces Alonso Vidal le entrevista, a quien le confió que la finalidad de su traslado a la capital fue el estudio y la entrega definitiva al teatro. Allá participó como colaborador administrativo, como asistente de dirección en varias obras a partir de 1965, con puestas en escena bajo su responsabilidad. Hay que recordar dos: *La muerte de Atahualpa*, de Bernardo Roca Rey y *Los mangos de Caín*, de Alberto Estorino. Luego más adelante se autoconfiesa:

Me inicié en la poesía hace algunos años después de haber participado en forma somera en el teatro y la pintura. Fracqué por la inexperiencia o incapacidad en estos menesteres y ante la angustia de ser apresado por las garras de una posición burguesa-provinciana, acepté la puerta de escape que me ofreció el poeta Abigael Bohórquez. Amo la poesía ya que a través de ella —los grandes poetas latinoamericanos— conocí aspectos de la estructura social que nos rige y que afianzó una decisión por mucho tiempo adormecida en mi interior. Me sirvió y la utilicé para en forma radical, desmembrarme de un medio sofocante, que en la supuesta noble tarea de guiarnos, nos enmarcan dentro de los cánones establecidos y que son el más completo mecanismo para nulificar todas las posibilidades de expresión individual.

y tajantemente expresa:

En junio de este año, di una lectura de poemas. Para mí fue la última dentro de este género literario. No sé explicar conceptualmente lo que es un poeta, pero sí, que quienes

crean la poesía son seres dotados de característica especial para captar los momentos más significativos de su tiempo, desde su YO creador. Particularidad de la que carezco.

Hasta ahí Juan Manuel Corrales. Ahora toma otro rumbo, el del teatro, el cuento, la narración. Sin embargo, tiempo después, escribe un texto: *Janas lilas*, en prosa poética.

Por otra parte hay que dejar asentado que se debió a él la puesta en escena de la obra del poeta *beat*, Lawrence Ferlinghetti: *Los soldados de ningún país*.

Desde hace tiempo ha anunciado la publicación de un volumen con sus cuentos, quizá aparezca a fines de 1984 o en 1985.

Como poeta se le recuerda como legítimo pilar de la generación de los sesenta. Tal vez algún día Juan Manuel Corrales se decida a escribir en este género y nos dé el fruto que en aquellos años iba madurando espléndidamente.

SERGIO CALDERÓN VALDÉS

En 1937, cuando el crisol literario de México esperaba las primeras publicaciones de Octavio Paz: *Bajo tu clara sombra*, y *Raíz del hombre*, en Navojoa, el 7 de enero, nace Sergio Calderón Valdés, integrante de la generación poética de los años sesenta. Fue el universitario del grupo.

Secundariano aún, escribe los primeros versos balbuceantes, influido —como era común por aquel entonces— por las lecturas y los gustos de los maestros en turno, quienes eran expertos en un romanticismo caduco y en un modernismo que había perdido, desde hacía tiempo, sus brillos originales. Con el correr de los años su forma de escribir se iría decantando.

Llegado a Hermosillo para estudiar preparatoria en la Universidad de Sonora, alguno de sus compañeros soltó la voz sobre la afición y la facilidad del joven, lo introduce con quienes podrían publicarle y muy pronto aparece en *Ariel*, órgano de la Federación de Estudiantes uno de los poemas:

Tal vez un día
escuchará este canto
el hombre que se pierde en laberintos
de fría soledad y atroz nostalgia.

Tal vez un día la noche
en risueños surcos,
el hombre lanzará semillas
y empezará una nueva floración de sangre.

Miro al hombre
manchado por el llanto
de amanecidas penas.

Lo dejo vivir
y me pregunto qué terquedad sin miedo
lo impulsa a proseguir su ruta,
sabiendo que tal vez una mañana
se encontrará que es noche y no amanece,
que el pájaro está mudo
y se ha quedado el mar paralizado.

Ese día el hombre
se volverá recuerdo.

Eran los días emotivos del aprendizaje, pero ya estaba ahí el vate que fructificaría después. No en balde Abigael Bohórquez, al conocer algunos de sus iniciales poemas diría: "Es la tierna hogaza que habrá de deslumbrar a la luz del viejo quinqué, por ahora justificadamente amanecido en el aula universitaria."

Eso tal vez lo señaló el caborquense, porque a pesar de que muchos estudiantes se lanzaron audazmente por ese camino y fueron conocidas sus incursiones —momentáneas, por cierto— en este laberinto poético, jamás llegaron a cuajar. Ahí se quedaron, poco menos que a la mitad del atajo: Gerardo Alonso Morales, Ramón Miranda Romero, Francisco Vizcaíno Murray, Manuel Ramón Esparza, Luis Ruiz Vázquez, Alberto Minjares, Alberto Vega Castro, entre otros.

No es casual pues, que en *El Regional*, por aquellos años, Cecilia G. de Guilarte escriba:

Hay una gran inquietud en la poesía de Sergio Calderón Valdés. Una inquietud que no se adelgaza en vacilaciones, sino que se entra con ímpetu de enamorado por las líneas del verso, baja y sube como la llama de un pabilo crecido. Es joven, y en las atentas pausas que le concede el estudio de la Preparatoria, Calderón Valdés deshoja en versos la margarita de sus caminos. Demasiado joven para gustar el rico vino de la espera, alza sus versos como manos que quisieran alcanzar estrellas. Y lo logra a veces. . . algunas nuevas y frescas, con un brillo sin estreno. Otras con polvo de siglos, refinadas, pero decadentes.

Y lo nuevo y lo viejo, ensartado en el hilo verde de su juventud, les da a sus versos un sabor entre ácido y dulce, entre ayer y hoy, que sólo espera el mañana para fundirse. Se deja a veces llevar por lo nuevo y vigoroso, porque él también es vigoroso y nuevo; pero a veces, buen cazador de estrellas engarza en la plata joven y pulida el destello de oro viejo del romanticismo y lo hace tiniebla y grito.

A esa edad el amor le revienta como una flor sin esperarlo, quizá como la ensoñación o la anunciación de la primera espinilla. Es un diamante en bruto por donde escala el martilleo del sentimiento más purísimo. En diciembre de 1956, el poeta escribe:

¿Qué soy sin ti, dime, qué soy?
 Río que se pierde en su camino,
 desierto que se ahoga en su ansiedad.

Es bueno como dato cultural señalar que, en febrero de ese mismo año, se celebró en Hermosillo el tradicional y bulanguero carnaval. Se realizaron unos Juegos Florales, en los que la Universidad de Sonora tuvo participación directa, y en donde el premio era "Espiga de Oro" y quinientos pesos. El jurado, que recibió doscientos trabajos para discernir, estuvo integrado por Carlos Pellicer, Rubén C. Navarro y Cecilia G. de Guilarte. El primer lugar fue para *Suite de los trigales en el alba*, de un sacerdote guanajuatense —bastante desconocido— Agustín Ayala G.

El segundo lugar es para *El manto y la corona*, de Rubén Bonifaz Nuño. Eran quizá los primeros poemas iniciales de lo que luego fue un libro, publicado por el Fondo de Cultura Económica, en 1958. Es el mismo volumen que ha sido reeditado por la UNAM, en 1984, al rendírsele un homenaje al poeta. Es ese poemario en que Rubén exalta el amor y en donde la entrega de los seres se da en toda la plenitud, en el sentir de la vida y del vivir. Es aquello donde dice:

Voy descubriendo a diario, convenciéndome
 de que estás junto a mí; de que es posible
 y cierto; que no eres,
 ya, la felicidad imaginada,
 sino la dicha permanente,
 hallada, concretísima; el abierto
 aire total en que me pierdo y gano.

Recibieron en esa misma ocasión mención honorífica los poemas de Carlos MacGregor Giacinti: *Verbo en el alma*, y *De la poesía del alma, del amor y la muerte*, de Ernesto Moreno Machuca.

Tres meses más tarde, el 25 de mayo, en una edición de *Voz Estudiantil*, dedicada a exaltar el amor maternal, aparece de Calderón Valdés: *Poema a mi madre ausente*, mismo que vía concurso propuesto por la misma publicación, triunfa obteniendo el Premio Dirección General de Educación.

En bachillerato Sergio desplegabá banderas a diestra y si-

niestra. Participaba en publicaciones múltiples, asistía a conferencias, recitales, simposios. Iba confirmando al mismo tiempo su sino, la poesía le daba su confianza, lo enaltecía. La desazón amorosa le acuchillaba y le lanzaba en vivencia por el camino certero:

El tiempo se revuelve en remolinos
de círculos con órbitas de llanto
y gira, se escapa o se detiene
pero vuelve otra vez al mismo sitio,
al mismo círculo que encierra cuanto pasa,
cuanto vive y se esconde en el silencio,
cuanto existe en el pájaro obstinado
que sigue dando vueltas sobre el árbol.

En ese año de 1956 Lázaro Cárdenas recibe el Premio Stalin de la Paz. Se realiza la entrevista Ruiz Cortines-Eisenhower. En Sonora aparecen los primeros brotes de incomformidad en el campo. En ese momento Sergio, movido por la circunstancia, se pone de pie y a voz en cuello se atreve poéticamente a señalar:

¡Sudor y sangre!
síntesis vital de campesinos,
reto tremendo al impudor desvergonzado
que se pasea en los bancos ejidales
y en las comisiones agrarias.

Y ya en plan de denuncia, aferrado a sus raíces terrestres de su propia gente, la del sur, toma la palabra para soltar el hilo:

¡Sudor y sangre!
que corre por las venas
—extenuados de dolor y angustia—
y en los siglos eternos de miseria
significan la lucha generosa
de una porción de humanidad incomprendida,
cínicamente vilipendiada
y que se arrastra gemebunda
y sin esperanzas.

(Poema de Sudor y Sangre)

Es el estudio por un lado y la vida por otro, lo que le hace conocer los problemas circundantes. Profundiza, agudiza. En ese momento está presto para que la poesía lo tome y lo lance por caminos insospechados. Hay una perfecta concordancia entre el estudiante vivaz y quienes se mueven a su alrededor en este mundo:

Al hombre
que camina solo, con la incierta
pupila en el paisaje;
al hombre porque necesita savia,
inyecciones de sangre y alegría.
La utopía en el hombre es un emblema,
nace con la ilusión y muere con ella;
utopía es el fin que lo desvela
y la aurora que brilla en su mirada.

(Poeta: cantad al hombre)

Sin embargo el amor no deja de buscarle, de atormentarle. Ese mismo amor le va madurando el hilo de su prematura nostalgia:

Y se cerraron tus ojos
para ya no mirarme nunca
y me negaron tus labios
el beso que esperé toda la vida.
Y me quedé con mi silencio solo
y con el llanto derramado
en el hueco sin luz
de mis manos desiertas.

Luego el poeta se interroga, interroga, se araña por dentro buscando descubrirse en soledad de amor:

Y qué será de nosotros, de mí,
cuando busquen mis ansias
el alivio esperado
y de pronto se hundan
en vacíos de duda?

Que será de mi tarde
cuando surjan de nuevo

las palomas del vuelo
y no lleven ya nada
en las alas de fuego?

Sergio va dando pasos seguros hacia "una ausencia de cielo"
en donde un "collar de silencio" le atrapa en los ojos un
llanto con sabores de muy lejos:

Y entonces
ya sin tarde tu alma, ya sin mí,
preguntará a mi sombra
si forjarán tus ojos
otra tarde, otro sueño y otro amor.

(Poema de la tarde sin ti)

Ya en 1957 se encuentra en la ciudad de México, presto
para continuar sus estudios de derecho. Entre libros, códigos,
leyes y camaradas no se olvida de la palabra. Ahora sí la
nostalgia le punza y le estremece:

Quiero estar solo, solo conmigo mismo,
como el río en el murmullo de sus aguas,
como el árbol en su savia silenciosa.
Quiero estar solo y mirarme el alma.

Y se adentra en el sentimiento que le brota a flor de piel,
como un sudor de olvidada luz que le humedece:

Qué dentro te llevo todavía
y cuán recio siento la sangre
en cada impulso de mirarte lejos.
Cuán cerca te siento
y sin embargo cuánto me duele tenerte.

En esta tarde de amarillo rostro
te imagino nuevamente junto a mi.
Veo tus ojos volando en el paisaje
y oigo tu voz en el viento que pasa.

Todo es cómplice de mi dolor
la misma tarde sin color y sola,
la misma nube con su paso lento,
el mismo llanto de mis ojos tristes.

(Ya no quiero llorar este fracaso)

Por esas épocas, el 26 de mayo, *El Informador del Mayo*, de Navojoa, le dedica una página a su tarea poética. En tanto allá en la capital del país, participa en una Semana Cultural de Sonora. Se presenta en el Instituto Francés de la América Latina (IFAL) avalado por otro joven que después destacaría como parte del grupo La Espiga Amotinada: Jaime Labastida. Lee Sergio sus poemas y se le augura un futuro alado y prometedor.

Vienen después los cotidianos encuentros, tanto en la casa de huéspedes como en el café de la Facultad, con otros poetas sobre todo de esta región noroeste. Ahí Labastida le presenta a sus otros compañeros: Óscar Oliva, Juan Bañuelos, Eraclio Zepeda y Jaime Augusto Shelley. Intercambio de poemas, comentarios de recientes publicaciones.

Pasa el tiempo y en 1961, el popular declamador Manuel Bernal, en el programa La Hora Nacional, lee el poema de Calderón Valdés: "Presencia de Sonora en la nostalgia":

Porque hay un sol
 en cada recuerdo que se aviva cada día
 y hay una imagen
 en cada nostalgia dolorosa
 que mi ser adivina en cada instante.

Sonora
 yo te siento en mi elegida ausencia
 con más fuerza y dolor
 que cuando presencié tu vestidura
 árida y triste.

En septiembre de ese mismo año, le escribe a Bohórquez, enviándole adjunto dos poemas, diciéndole:

Es trascendental lo que estás haciendo en Sonora, tu ánimo inquebrantable conseguirá lo que nadie ha conseguido hasta hoy, formar la vanguardia poética en el Estado y unificarla como un grupo dispuesto a librar la batalla en una sociedad de suyo tan difícil y tan estrecha.

Es en ese momento, el veinte de ese mismo mes, cuando Abigail —ya integrado definitivamente al grupo Calderón Valdés— escribe:

En Sonora como en todo el mundo, la obra actual del arte en nuestro Estado significa lucha, lucha denodada de todo sentido, contra la chatura del medio, contra el adocenamiento, contra la indiferencia, contra los incrédulos y los pobres de espíritu, contra esto y todo lo que oscurece el camino. Sonora entra al mundo, día a día es una batalla sorda pero esperanzada; pierden terreno los que han detentado (públicamente, se entiende) la voz del arte, de espaldas a las vivencias más humanas y como expresión de grupo son núcleos sociales típicamente decadentes. En esto, el arte —claro está— no es sino consecuencia de los fenómenos sociales y deberá nacer por lo tanto una novelística que encare valientemente la realidad nacional, una poesía portadora, si no de la voz sí de las mayorías, un teatro responsable, una naciente intención por el ensayo o el análisis que obliga al replanteamiento de nombres, problemas que preceden y que en alguna forma coadyuven a la actualidad. El carácter que deberá tener la creación poética en Sonora, deberá ser la del hombre del momento. Y como tal, el de la honda preocupación por su futuro. Ser poeta del presente obliga a ser un poeta del futuro, cuando uno se encuentra en la marea popular. En medio de nuestra responsabilidad el carácter de la poesía, la que ha de trascender por su propia característica honrada, será de lucha, de golpe, de agresión, algunas veces. Por lo demás Sonora tiene nombres para guardar esperanzas: Juan Manuel Corrales, Sergio Calderón Valdés, Lydia Espinoza, Carlos Moncada y Alonso Vidal.

Y poco más adelante, ya en un parrafito final, Bohórquez señala:

En nuestra tierra alguna vez estuvimos solos, ahora unidos por el mismo afán, damos fe del hombre, nuestros temas en la poesía, en el cuento, en el ensayo son los del hombre, los de ahora para mañana y para siempre.

La primera semana de octubre en la *Hoja de Cultura*, de Hermosillo, aparecen dos poemas de Sergio:

DIFÍCILMENTE UN HOMBRE

Difícilmente un hombre
puede quedar con tanta soledad,
difícilmente puede hundir la cabeza,
clavarla en la rodilla
y besar sus pies.

Esta tarde he tocado mi soledad,
casi la he besado.
Espesa y vertical ha salido de mí,
como una conjunción copulativa
ha tirado su abrazo apretando mi cuerpo.

Después de otra serie más o menos igual, Sergio da el cerrojazo:

La sangre dio su golpe, bajó su rostro el corazón
y tú saliste, amor, como artillería
dejándome clavado en la rodilla,
besándome los pies.

El siguiente es más corto:

PASAJES LUMINOSOS

Todo te será dado.
Escoge tu manzana
y ésta rodará en tus manos.
Puedes también pedir tu sol
y nacerán canarios de tus ojos.
Si quieres trigo
puedes lavar tu corazón con luz.

Todo te será dado.
No pidas, eso no,
un corazón para lavar el tuyo.
No habrá samaritana para tu sed.
Saldrán caínes
para morderte pies
y destrozarte labios.

Y serás un hombre solo
buscando paraíso,
maná para tu boca,
pan para tu sangre.

Calderón Valdés regresa a Sonora. En Navojoa se desempeña como juez de primera instancia y maestro de literatura, filología, así como derecho y ciencia política, en la Escuela Preparatoria de la Universidad de Sonora.

En 1962, Alonso Vidal le publica varios poemas en la página cultural: "La llama y la palabra". Por ese entonces Sergio escribe: "Trayectoria del sol". En él la flor del lenguaje revienta y se da a sus anchas. Va cabalgando la voz sobre el astro y el corazón de la mano en vilo:

NACIMIENTO

Cielo claro, madrugada clara,
comienza el ojo a cosechar belleza,
la luz avienta su primer semilla:
el alba nace, se germina el día.

Se abre la vida:
su piel intacta, transparente, virgen
es el cuerpo de la mujer amada,
de la mujer que luce opulentos pechos
como cúpulas.

La tierra ávida, la confusión del tiempo,
el pájaro que agota su velocidad,
la piedra húmeda que cambia de colores.

Todo aparece,
la vida tiene un rostro nuevo,
un nuevo himno la contiene, los pájaros se cruzan:
gotean luz, las palabras se buscan: gotean sílabas.
El alba traza su raya luminosa:
los pájaros son luz, sílabas, flor.

Se hinca el tiempo;
su carne recibe los primeros disparos de la luz.
La noche se desploma acribillada:
apunta el alba,
hace fuego el sol.

Eva y Adán petrificados
cultivan su huerto de manzanas en un paraíso detenido.
Sus cuerpos largos enlazan generaciones.

Eva tiene su vientre hinchado,
sus senos maduros son dos ríos de luz,

dos ríos tranquilos son sus piernas,
los dedos limpios, sencillos, sin diamantes
aplantan la cáscara del alba para sacar el día,
para iniciar la historia.

Adán despierta, Eva sonrío,
la mañana corre por sus cuerpos.
Hombre y mujer caminan,
el día espera, la ciudad espera.

CONSAGRACION

Frente a un mediodía promisorio de soles,
ancho por todos sus costados,
engreído en su chorro de calor y en su nube,
más transparente y blanca mientras suben las horas,
el poeta contempla la vieja tarea de transcurrir el día.

Su epidermis abierta
es una sólida mansión de sensaciones,
los ojos ávidos centellean, palpitan,
multiplican su fuerza, la concentran.

El tiempo es rojo, maduro, amarillo,
colorea la piedra, cobra sentido andando.
El tiempo es hombre despedazando al hombre,
sitiándolo con su fusil de horas, de minutos,
anillando sus piernas hasta sacar sus huesos.

El Sol,
isla reluciente y sólida
baja por la ciudad limpia de invierno,
seca lodazales que son costras de la tierra húmeda,
alegra las caderas de muchachas que sueltan pájaros,
palomas por el pecho.

Lejos está la noche,
los inquietos nervios, la sangre desvelada,
los duendes que recorren el sueño como abejas.

CREPUSCULO

Frente a un huerto de fresas un puerto arde:
es el crepúsculo en Sonora.

Todo empieza después del mediodía,
el Sol es alto, trepador de manantiales

cae de lleno con su chorro fuerte,
cae de filo sobre el suelo seco.

La manzana del Sol
en llamaradas
rueda.

Todo prepara el vuelo de unas aves
con música en los pies, canto en las alas,
el húmedo plumaje se presiente viendo correr la nube,
sintiéndola subir, oyéndola montar
sobre un caballo gris de humo y viento.

Sin duda que "Trayectoria del sol" es un poema redondo,
cuajado, esencial en la obra de Calderón Valdés.

En otros trabajos el amor sigue apuntalándole, sus líneas le
corren como un río para aflorar en una limpidez inusitada:

Antes, Amor, que la nostalgia
desbarate mi sueño de colores,
antes que sobre el río de mi muerte
las aguas se devuelvan asustadas,
enfríame las manos y los ojos
llénalos de dolor.

Antes, Amor, que arrepentido
vuelva sobre los pasos caminados
a llorar con mi cara sobre el suelo,
niégame la gardenia de tus manos
y déjame callado frente a mí.

Frente a mí, que soy un árbol de silencio
plantado a la mitad de mi tortura,
abriéndome raíces en la carne,
asimilando jugos de mi angustia.

La voz calando y abriendo surco como un éxtasis amoroso que
se complace en la nostalgia, que casi se aviva en los sentidos
a lo Villaurrutia, como quebrando el hielo:

Amor montado sobre ramos, origen de mis manos,
amor de venas largas con alientos
para saltar murallas de luceros,
para vivir en otros cuerpos,
y calentar la carne congelada
con tanta guerra fría.

Amor, quién fue capaz de levantar
sobre mi lecho de cenizas
la fuerza cegadora del incendio
y en el dormido río de mi sangre
clavar agudos alfileres?

Amor, en tus espejos lavo mi nostalgia
y en tus raíces, yerbas de esperanza,
oigo jugar los pájaros que un día
serán como estandartes en tus ramas.

Es por ese tiempo que enmudece para la poesía, cuando su estrella iba en fulgurancia hacia la cúspide. ¿Qué pasó? Sólo él habrá de contestarlo, alguna vez.

A mediados de 1971 se va al Distrito Federal para hacerse cargo de la Subdirección de Prevención Social dependiente de Gobernación. Resurge en él su afición por el periodismo, y con Servando Morales, Antonio Sánchez Galindo y Carlos Moncada, funda y dirige una revista especializada en asuntos de la institución, cuya vigencia y prestigio se prolongó más allá del sexenio que culminó en 1976.

En 1973 regresa a Sonora para hacerse cargo de la jefatura de prensa de la campaña política del licenciado Carlos Armando Biebrich para la gubernatura de la entidad. Actualmente es el encargado de la obra editorial del Gobierno del Estado.

Creemos —porque debe ser así— que Sergio Calderón Valdés no se ha perdido para la poesía, ni mucho menos. Como vivo exponente de la generación de los años 60 que fue, no es remoto y sí creíble que vuelva a empuñar el lápiz para escribir lo que le falta. Así será porque tiene el compromiso.

ALONSO VIDAL

Nace Alonso Vidal bajo el signo de Acuario aunque el agua no haya sido su elemento sino el fuego, el 21 de enero de 1942, en Hermosillo. Desde pequeño su madre le lleva a Nogales, en donde pasa infancia y adolescencia y realiza sus estudios hasta preparatoria. Es ahí donde empieza a escriturar sus primeras cosas, guiado por el profesor Francisco Curiel Ramos, en una pequeña revista estudiantil llamada: *Fiat Lux*. Curiosamente, como podría suponerse, el jovenzuelo que era entonces, no empieza garabateando poesía sino prosa.

Abigael Bohórquez, años después, en julio de 1961 escribe:

Para bautizar las cosas es necesario la ingenuidad de la fe, y todo bautismo es un milagro, como en el culto. Tarea dulce la de la esperanza. Tarea que uno y otro deja morir bajo las pezuñas de los caballos. Y más dulce es la tarea de la esperanza en nuestros semejantes, cuando lo que uno busca es confirmarla. La esperanza en mí —reafirma el poeta de Caborca— es a ciegas; como si todo sucediese porque tenía que suceder. La verdad es así. Tuve la esperanza en que otros como yo, nacidos en la efervescente actitud de Sonora que despierta y se hace grande, fuesen en el camino ancho de la literatura por el que también es dado transitar con dignidad a uno que otro, como desde este botón a corolas, y la esperanza confirmó su casa abierta cuando nacieron a la poesía, fustigados por mi soledad y mis deseos de legar a mi tierra un grupo de voces que la evidenciaran. Juan Manuel Corrales, Lydia Espinoza y Sergio Calderón. Algo estaba hecho. Sin medir consecuencias los había involucrado en una cosa tan perfectamente seria como es la poesía; los había metido, por ser prosaico, en camisas de once varas. Pero a mi confianza han respondido creando. Sin embargo, algo estaba incompleto. Faltaba como la espina a la rosa lo total para ser rosa. Y de esta doctrina de esperanzas, no sé como —debía ser porque era necesario— nació a las letras de Sonora, Alonso Vidal. No lo he descubierto, pero hubiera querido. Basta decir que lo encontré y es ahora total la rosa definitiva para que Sonora tenga su grupo joven de escritores que necesita.

Tal vez el destino de Alonso estaba ahí para ser fincado. Antes, ese panorama se abre cuando aparece la figura magisterial de Enrique García Sánchez con quien estudia, en la ACES, de 1958 a 1961. Es él quien se aboca a modelar intelectualmente al muchacho, a proporcionarle las armas necesarias, a alentar y desbrozar el camino. Lecturas, ejercicios, pero sobre todo disciplina. Horas y horas de cultivo fértil en aquella biblioteca del maestro. No en balde, cinco años después, en marzo de 1964, el ya balbuceante poeta diría:

Está aquí aquel
que un día incierto
bajó de un norte de colinas,
aquel que navegaba
un mundo en poesía sin saberlo.

y reafirma en el presagio:

quiero decirte a ti,
antes de que el polvo de una tumba
cumpla su trabajo,
antes de que nos grite el soplo
de un mañana y nos separe
—a ti o a mí—
que por ti
nació esta mi voz:
aquí la tienes
extendida
junto al corazón y a la mano.

Es 1960. La corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana, de la cual es presidente el licenciado César Tapia Quijada, convoca al Concurso Estudiantil Histórico-literario con motivo del 150 y 50 aniversarios de la Independencia y la Revolución. Alonso enfoca su puntería en el segundo tema. Trabaja intensamente en la investigación y a manera de reportaje, con entrevistas personales de antiguos revolucionarios o familiares, logra armar: *Sonora revolucionaria*. La colaboración que recibe entonces es múltiple. De sus maestros Armando Quijada, Manuel Esparza y ya andaba por ahí, quien más tarde sería excelente narrador: Leo Sandoval. En otro sentido y de manera vital recibió el apoyo del general Eduardo García Car-

melo y del licenciado Horacio Sobarzo. En septiembre de ese año recibe el primer premio, y luego su trabajo es publicado entonces por *El Monitor*. Fue, tal vez ésta, su primera incurción propiamente en el periodismo.

Pero dejemos que Bohórquez continúe:

Alonso Vidal tiene excepcional capacidad de expresión, tiene talento, vale decir, escribe porque sabe. Su tónica es la narración, sus viñetas biográficas, uno que otro artículo, confirman su dominio decidido de la expresión elegante y en vías de superación. Tiene 19 años y ha colaborado con nuestros principales diarios del Estado.

Abigael, que ya para entonces se había convertido en guía y orientador señala:

Al introducirse en la literatura sabe perfectamente que no lo es todo garabatear cuartillas, porque el oficio malentendido de un escritor sin rectas nace, puede brotar de renglón a renglón la sorpresa de una no sabida mediocridad. Su manera de escribir reúne acertadamente fluidez, imágenes afortunadas, profundidad, amenidad y fuerza; la construcción en él se apareja al buen decir; escribe como si supiera que a la disciplina y fervor intelectual debe agregarse la verdad de la sinceridad consigo mismo. En esto de la literatura hay muchos metidos sin tener por qué estar, pero hay también la razón vertical de unos cuantos porque sí, porque deben y porque pueden.

Y finaliza el poeta:

La experiencia le dará a Alonso la capacidad de comprenderlo. Escribe bien ahora, con acierto y, lejano no es el día en que Sonora tenga en él su pluma más vigorosa y contundente. Escribo para él esto como un golpe para que se levante desde dentro de sí mismo, la cristalización ardua, laboriosa, pero verdadera de su don de escritor que en él se ha dado a manos llenas.

Exageraba el caborquense, sin embargo... De manera de-

finitiva Alonso se integra a los grupos Ulises y Dynamo, al movimiento literario que en ese momento se abría ruta en Sonora. Ahí la tarea es común, solidaria y el equipo va perfilándose. Aparecen los primeros suplementos culturales, donde a las letras se da primordial importancia. En *El Regional*, de Hermosillo, con Cecilia G. de Guilarte al frente. Atiza la llamada desde *El Diario del Yaqui*, el cuentista Carlos Moncada; en Nogales desde *Acción*, Alonso Avilés —Mosén Francisco de Ávila—, el propio Bohórquez desde *La Opinión*, en la capital. Los periódicos y las revistas universitarias también sirven de plataforma.

Abigael adivina en Alonso algo de su talento, de su facilidad para escribir, pero es Alicia Muñoz Romero, la que verdaderamente da en el clavo y lo revela como poeta. Ella lo lee, lo analiza y de pronto ella hace que el muchacho irrumpa y se lance a escribir versos. De aquella su prosa sólo había un brinco para lograrlo: lanzarse, desnudarse, depojarse de la timidez y hacer a un lado los prejuicios. Desde ese punto será la poeta quien lo apoye y lo encamine. Estaba el riesgo del muchacho de arrojarse, de saltar buscando la otra orilla.

Todo acude al llamado estricto
de una pared que cuelga
del cuello de alguna incertidumbre.

Es domingo.
Revela la tarde la presencia
de los pájaros
en una divagación de fuegos.

No obstante el pudor de la colina
resbala cotidiana operación
y junto a ella
atamos el último murmullo de la cuerda
y hablamos de amor, de lucha y de fusiles.

Y esto es creíble,
estamos para todo,
hasta para eso:
hablamos.

El mundo está convulsionado. En 1961 asesinan a Lumumba, los Estados Unidos rompen relaciones con Cuba. Fidel anun-

cia que la isla es un país socialista, crímenes en Arkansas. Los mercenarios cubanos desde Miami, apoyados por USA, tratan de desembarcar en Cuba y son derrotados. En ese momento Vidal escribe sobre Playa Girón:

Alguien en alta mar
prepara y alista la muerte.
Alguien dentro de tosco vientre
de sedientos peces amasa las balas,
alguien cepilla las garras mercenarias
frente a frente ante su propia máscara.

y luego más adelante:

Pero ya asoman vigilantes tras las cañas,
por los caminos surgen los ojos de la esperanza,
pronto el temblor busca la oquedad
de un certero parto atónito:
la respuesta,
el relampagueo.

Y en los versos finales remacha:

Y se alza Playa Girón
en son de triunfo,
en lamento y llanto,
ritmo de canto y grito:
¡Patria o muerte:
venceremos!

(*Playa Girón*, 1961)

Ese año el poeta inicia un poemario que jamás salió publicado: *Días de furia*, del cual el 11 de febrero de 1965, en un recital en la Universidad de Sonora, se da a conocer parte de él: Guatemala, 1954; Playa Girón, 1961; Hiroshima, 1945; Pearl Harbor, 1941; Panamá, 1961; Berlín, 1961; Arkansas, 1963; Dallas, 1963. Curiosamente este libro se cierra con un poema clave, dedicado a José Revueltas: "Fuego para avivar una remota elegía" (Tlatelolco, 1968):

De pronto las palabras se me vuelven llaga
en la costra viva de la carne,
mientras tú

oh, ciudad
 despiertas de tal modo
 que te rompes los ojos y los huesos
 y te tragas de un golpe el llanto y el espanto
 para luego quedar prendida en el aire, en el aire, en el aire
 como una caja vacía, sin la precisa distancia
 de un ángel que te socorra ante el vasto
 caudal del poderío.

En 1964 tiene ya parte de otro poemario que tentativamente tenía el nombre de: *Ceremonia del verano*. El amor es el tema clave ahí. Un poema que lo integraba fue: "Río bajando y lluvia vengo", que en la primavera de 1965 aparece en: *Letras de Sonora*. Entonces Edmundo Valadés le escribe para decirle:

Leí tu poema en la revista y me gustó su ritmo y sus palabras amorosas, especialmente eso del "matutino jacinto azul / de su mirada", como lo de "la palpitación/ secreta de algún remoto nido", y ese final de "río y lluvia/ río bajando/ y lluvia, vengo", que me parece muy afortunado y poético. Espero seguir conociendo tus poemas y ver que en ellos se afine tu vocación y tu visible interés y curiosidad literarias.

Entonces trabaja en Librería Universitaria, luego en la sección editorial de la misma institución. Coordina la revista oficial y con el apoyo de la misma aparece otra: *Bogavante*, con la colaboración directa de Luis Enrique García y Héctor Martínez Arteché. Por otro lado coordina los cafés literarios, en donde se dan a conocer las obras de los creadores sonorenses, sobre todo los jóvenes, al mismo tiempo que los nacionales. Al hacerse cargo de Rectoría el doctor Federico Sotelo, el nuevo jefe de Extensión, Luis Ruiz Vázquez, cancela estas actividades culturales para darle un sentido de por sí sofisticado. El poeta sale de Sonora llamado por la Universidad de Sinaloa para formar parte de Difusión Cultural y la Biblioteca Central. Labora ahí un año. A principios de 1972 se va a radicar a la ciudad de México, donde obtiene un premio nacional de poesía. Su apoyo allá son la actriz Carmen Montejo, Edmundo Valadés, Efraín Huerta, Thelma Nava, José Revueltas, Rubén Parodi y Alfredo Cardona Peña.

Ese año escribe los poemas: "Del amor y otros incendios". Sin embargo para entonces el libro es débil y aunque no lo fuese, no hay quién ni cómo se edite. Como los vinos, espera buen tiempo del añejamiento, del trabajo y del taller. En 1976 conoce a Elías Nandino, quien recibe en bruto aquel trabajo. El coculense le escribe para decirle:

Dos veces leí el original de tu libro. Tiene versos de prodigio. La poesía verdadera hace milagros. Pero hay otros rípidos, por falta de cuidado y autocrítica; y algunos de aparente frigidéz por haberlos decantado con suceso en la inteligencia. Además, por pudor o elegancia a alguno de ellos los privas de tu corazón. El poema sin sangre circulante se muere. De todas maneras te siento poeta. Capto tu cultura que muchas veces la usas como artículo de lujo en varios poemas. Piensa, mi querido poeta, que la poesía no la creamos con lo que sabemos, sino con lo que no sabemos. Me agrada cierto sentido del humor a lo Novo que tienen tus poemas. Es cualidad rara en la lírica mexicana. Me parece que en lo general le escatimas pasión a tu necesidad de hacer poesía, o que la trabajas como si fuera un quehacer indispensable para que pueda vivir. La poesía, para darse necesita entrega, no lo olvides: a la que nunca podemos engañar es a nuestra propia poesía. Si ella no nos siente sinceros no se anima a nacer. Nunca hay que escribir para que los demás nos sientan poetas. Debemos hacerlo para realizar la vida y salvarnos del suicidio.

Y luego más adelante Elías le insiste:

Ya es tiempo de que abras las alas y vueles. No te dejes anquilosar por el medio. Publica a como dé lugar tu primer libro, véndele el alma al diablo pero dalo a la luz. Desde luego trabaja más de lo que puedas y rompe más de lo que escribas. En esta guerra los poemas buenos se salvan solos.

Dos años después aparece el libro, es decir en julio de 1978. Revisado y conformado ya, autoseleccionado y costado por el propio poeta, con un préstamo y sus ahorros.

Abigael Bohórquez al recibir el libro le dice:

celebro atónito y maravillado tu libro de poemas porque un esfuerzo así en donde dio desembocadura un talento como el tuyo es en suma un acto de heroísmo, de amor y de escanciada ternura. Ahora ya sé que puedes morir a pleno sol porque ya te has duplicado tan dulcemente como si tuvieras un hijo, bien nacido y cabrón como tus incendios inapagables.

Cardona Peña señala:

De los jóvenes que en edad ya han establecido linderos con la madurez allá en las planicies norteñas, Alonso Vidal es sin duda uno de los que más ha trabajado por la cultura, depositando sus afanes en la poesía, tan ardua como destino como generosa en sus bonificaciones a largo plazo.

Y más adelante el costarricense-mexicano dice:

Parafraseando uno de sus versos, "se ha atado al cuello una estrella y se ha echado a correr". Veámoslo, pues, amarrado a la estrella naciente que es la propia voz, realizando su carrera de obstáculos, libre de retóricas y con un desparpajo muy en concordancia con su temperamento de artista que sabe insurreccionar la palabra y tirarse de cabeza en el mar de sus apasionadas búsquedas.

Miguel Donoso Pareja escribe:

En muchos aspectos la poesía de Alonso Vidal se mantiene dentro de una gran sobriedad de lenguaje, sin los lugares comunes de la subliteratura y de la retórica. En este libro se nos muestra un poeta con muchas posibilidades, con algunos logros de primera. Habrá de esperar que Vidal ajuste su expresión, que controle sus incendios y sus juegos.

Carlos Moncada en abril de 1979, en *Novedades* señala:

De aquel Estado en el que un grupo de intelectuales se empeña en sembrar semillas de cultura, llega uno de los

frutos obtenidos a golpe de azadón: los poemas de Alonso Vidal, escritor de tiempo completo, quien a lo largo de muchos años de ejercer el oficio ha conquistado el mejor lauro: la naturalidad.

Raúl Garduño, chiapaneco y muerto después prematuramente dijo:

En Alonso Vidal encontramos un tono crispado, henchido de inquietudes cotidianas, vitales, pero al mismo tiempo mezclado con una ardiente ansiedad amorosa, de tal modo que su poemario entero es como una terrible tempestad eléctrica que se desencadenara sobre las quemadas tierras estériles.

Manuel Antonio Serna Maytorena, del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Ohio, al escribir un largo ensayo —presentado en el Simposio de Historia de Sonora, en 1983—, sobre el libro de Vidal dijo:

Los poemas, interdependientes en tanto concepción total del poemario, se sostienen individualmente como piezas auto-suficientes. *Del amor y otros incendios* consta de tres partes: en la primera se armonizan piezas que nos hablan de la intimidad en tono conversacional en que se palpa un gozo vital cargado, por ello mismo, tanto de misterio como de sabia y contenida plosión emotiva. Lograda, se concluye, por la familiaridad de la experiencia. Es esta primera parte la que da título a la colección. En la segunda, *Coricarántidas*, al haiku relacionadas por su brevedad y esencialización, las piezas se dan como compacta, directa conceptualización de voz e imagen poéticas. Como definición, como numeradas series de definiciones. Éstas contando de 25 entradas la primera, tres la segunda y tres la tercera que son, en realidad y como su título lo indica, homenajes. Dos a Efraín Huerta, y los dos siguientes *Isela (Vega)* y *Leyendo a Alicia Muñoz Romero* perteneciendo, por su distinto espíritu y tono, a nuevo aparte o serie. La tercera, *Tiempo retador*, compuesta de nueve poemas, cinco fechados, son síntesis de la poderosa indignación moral del poeta que

habla por el pueblo y al propio tiempo gozoso epitafio elevado: "Con especial dedicatoria/al/fariseo/de/Francisco Franco", que

...
 ¡Al fin
 a muerto
 el criminalísimo
 de
 España!

Si en general en la poesía de Alonso Vidal florecen el tono y el timbre de la intimidad conversacional, ello sucede como espejo tanto de una tendencia muy bien afinada en la poesía contemporánea, como de la impronta de la provincia en general y de su región de origen en particular. Región en la que aún se sabe y se goza como ritual en acción intimista y sugestivo arte de la conversación.

En la poesía del sonoreense se da un sentido de gozoso misterio, matriz de mitificación, y sabia explosión emocional que saltan del encuentro de las más familiares experiencias de la realidad y objetos cotidianamente palpados y en la acción reestructurados:

Es fácil llegar a casa
 y encender la luz,
 darse cuenta que la mesa,
 el sillón, el espejo
 están en su mismo sitio,
 intactos con su cansancio predilecto
 y uno en el fondo se horroriza
 de pensar
 que durante tanto tiempo,
 no han siquiera tocádose las manos
 ni emitido para sí o entre ellos
 la menor blasfemia
 o la más tierna palabra.

que le colocan, irremediamente, como criatura esencial en la creación de relaciones y contactos, en la expresión emotiva y física de creencias, en el ritual que da la vida y significado al objeto y su colocación, *ser y estar* del objeto, previo el "olvido" del inicial encuentro:

Lo olvido.
 Arrojo sobre la mesa
 lo que me queda de nostalgia,
 toco el sillón y me acerco al espejo
 y me sobresalto al oírle:
 ¿Crees en el amor, no?
 ¡Qué bueno!

Serna Maytorena al interiorizar en los versos descubre que:

ritual de relación que nos hace pensar en los contactos no con otras voces poéticas, aunque también existen o pueden existir, sino con la modalidad general en que desemboca expresivamente el arte contemporáneo de constante experimentación y búsqueda afianzado en la tradición en cierto sentido fundada por Marcel DuChamp, y que llega a nuestros días pasando por el Happening, el Performance Art y el Arte Conceptual; el Up y el Pop Art, el Minimalismo, etcétera.

Por toda esa serie de pasos hacia el significado mediante los cuales el hombre crea y cree y, al hacerlo, intenta llegar, por qué no, si puede y debe hacerse, a la expresión del amor del creador y el amor de la creación del centro colocados "en el absoluto ojo del amor" como sinestesia, que sólo

Bastaría con tocar la mirada del ciego
 para entender el poema.

¿Qué no a su luz de mago
 se iluminó el mundo?

¿Qué no a su voraz incendio
 de querer ver, escuchando creyó?

Luego, no hay misterio,
 sólo basta tocar de cierto
 la mirada del ciego.

En la poesía de Alonso Vidal hay dos constantes: el amor y el verano, estación de su preferencia. De ahí los incendios. Y veamos cómo se sumerge:

Si para amar
es necesario arder
pongamos el Sol
sobre la mesa:

lo demás correrá por nuestra cuenta.

Aterido ya a esa fuerza que le jala, le sacude y le vive, irrumpe para decir:

En la flor cardinal del aire
el verano en secreta ceremonia
quema tu sabor de fruta
en el borde de mis labios.

En mis ojos mitad amor,
mitad carbón prendido
desliza su tropel el agua
rompiendo el ramaje que dormía
su estatura de sitio.

Y en la noche que estruja
en su pecho un licor
de barcas lunares,
dibujo con flautas los tuyos
tan cerca y lejanos.

Entonces cae el verano.

El viajero crepúsculo extendió sus manos
y en mis manos dejó la fulguración violenta
de los cirios que ardían en los dedos del aire.

Entonces me doy cuenta, me descubro,
rasgo la telaraña que juega entre mis manos
y me ardo a mí mismo en la ceremonia del verano.

En ese mismo libro, Alonso retoma el tema trágico de 68, en dos poemas. El primero dedicado a Pepe Revueltas:

Qué más quisiera yo,
simplemente tocar el suelo
y que de ahí floreciesen rosas.

Las pirámides, a ras de tierra
y encima las torres,
la iglesia alta,

orfanatorio triste
para un niño triste
que no vio, ni tocó la sangre,
ni se alegró ni blasfemó
al relampagueo de las luces de bengala.

Es sólo apenas un niño,
ojos grandes y despiertos
que me asaltan:

¡Rosas rojas y rosas, joven,
están lindas!

Me muerde el pudor de la inocencia,
el interno terror
de un no vasto castigo.

Está bien!
Será lo único cierto que hoy
pueda dejar a mis muertos.

El segundo a Carlos Lever García:

Derribada mano que me creció
al conjuro y juro por la asonancia
virgen amarilla de tus ojos.

Miel que me tatuó de calles
y veredas. Pirámide que ardió
a la luz sonante de los gritos;
rito de flamboyanes curvos
que ladearon el esqueleto
para escuchar el gemido
de aquella sangre,
aquellas sangres apagadas
que en el reflejo de los arbotantes
se hicieron lengua para azotarnos.

Era como poner sobre la brasa
tu corazón y el mío,
una sola palpitación
junto a la palpitación
de los fantasmas.

Después la lluvia
nos bañó el rostro.
Volvimos a pensar en las rosas,
en las ruinas que habíamos dejado.

Escucho tu voz
y me escucho la mía:
cámara: qué distintas.

Serna Maytorena anotó casi al final de su ensayo que

la fuerza e impacto de la poesía moderna, y la de Alonso Vidal lo es, radica no en la pulida superficie o en los juegos efectistas puramente lingüísticos, sino en la forma en que prepara e impele la percepción e imaginación del lector a ser parte activa del proceso creativo, que en él se complementa vitalmente la intención del comunicado del artista. Las relaciones, pues, que esta poesía establece —arte y vida como realidades básicas— resultan, por fundamentales, inesperadas.

Por otro lado, Alonso Vidal ha venido trabajando desde hace más de 15 años en una labor de rescate, es decir, conjuntar en un poemario varios de los muchos cantos y poemas indígenas del noroeste. La obra lleva el título de: *Testimonios de la llamarada*. Prologado ya, por Alejandro Carrillo Marcor, ex gobernador del Estado de Sonora, dice en los párrafos iniciales:

La presencia de grupos indígenas en el noroeste de México ha sido estudiada por no pocos investigadores mexicanos y extranjeros: arqueólogos, antropólogos, lingüistas. . . Pero, que yo sepa, nadie había buceado, profunda y sistemáticamente, en el alma de los primeros pobladores de esa región de América. Conocer el recóndito, primigenio contenido de sus cantares y sus danzas, era empresa a acometer. Para ello se requería, además de estudio sistemático y creador, sensibilidad y espíritu de amorosa plenitud artística.

Poeta en el más alto y auténtico sentido de la palabra debe ser quien se proponga desentrañar el significado raigal de las más antiguas expresiones estéticas del ser humano, en no importa que rincón del mundo.

Para penetrar en este ámbito maravilloso de nuestro noroeste, Vidal está espléndidamente pertrechado. De ello estamos convencidos quienes conocemos sus inquietudes y sus hallazgos literarios.

Al peregrinar por las regiones geográficas en las que se aposentan —o aposentaron— las tribus que inspiran al autor de "Los Testimonios de la llamarada", éste produjo un esplendoroso ramillete lírico de estremecedora belleza. Ajeno a empeños culteranos recrea, con difícil sencillez, las manifestaciones artísticas de quienes, antes de la llegada de los europeos, tuvieron asiento en los lares que el poeta ha recorrido.

No confunde, por cierto, civilización con cultura. Es por ello que sabe abreviar en las cristalinas aguas de la vida anímica de los naturales, en las que él encuentra inspiración y deleite.

Y así comprueba lo que ya sabíamos: la intrínseca relación del hombre con su circunstancia. De ahí la luz que arrojan las breves, aunque esenciales notas del autor sobre el medio ambiente que sirve de trasfondo a las producciones artísticas que él descubre gozosamente.

En su libro, Alonso Vidal otorga a la danza del venado —tanto en su versión yaqui como la mayo— la jerarquía que merece. No es de poca monta el hecho de que estamos aquí frente a la única danza totémica que existe a lo largo y ancho de la geografía mexicana. Y a ello, de por sí importante, debe añadirse el vigor y la plasticidad que caracterizan los movimientos de este bailable ya mundialmente admirado. Complementa su singularidad el hecho de que los instrumentos musicales que le sirven de acompañamiento son, también, ajenos a toda influencia europea.

No ocurre lo mismo, por cierto, con el "pascola". Éste se ejecuta al son de melodías en las que es fácil descubrir trozos de claro origen ibérico. Huelga añadir que entre los instrumentos que acompañan al "pascola" los hay que nada tienen que ver con los de la etapa prehispánica de nuestro país.

He aquí un ejemplo del parafraseo y versión que de los poemas indígenas hace Alonso Vidal. Este seri:

CANCION DEL VIENTO

El viento nace allá lejos,
lejos adentro del mar,

de mar adentro viene el viento
y sopla frío por aquí y por allá,
sopla por todo el monte,
frío el viento.

Yaqui:

CANCION DE AMOR

Un campo de flores bellas,
rojas, azules y amarillas.
Decimos a las muchachas:
"Vamos, corramos por entre
las flores".

Ellas son como flores grandes
cuando danzan.

Unas son flores grandes,
abiertas y hermosas;
otras son florecillas
de las más lindas del campo.

Los pájaros cantan al Sol,
le cantan a las estrellas.

El perfume de las flores es dulzón,
pero las muchachas son mucho más dulces
que todas las flores rojas, azules y amarillas.

Pápago:

¿Cómo iniciaré mis cantos
en esta noche azul que llega?
Saldrá mi corazón en la inmensa noche,
las sombras se acercan a mí, sonando.
Saldrá mi corazón en la inmensa noche.

Tarahumara:

CANTEMOS

Cantemos todos los valientes,
nosotros los tarahumaras,
contra todos los ricos cantemos:
morirán, morirán.

Cantemos con más fuerza,
coléricos entonemos el canto
contra los ricos:
morirán, morirán.

Alonso Vidal desde 1962 ha dirigido y alentado diversos suplementos y hojas culturales (*La Llama y la Palabra*, *El Minutero del Sononauta*, *Academus*, *La Honda de David*, etc.) en diversos periódicos de Hermosillo, Sonora y Culiacán, Sinaloa. Desde 1973, después de una estancia en la ciudad de México, retorna para fundar y coordinar *Bogavante*, que aparece en el diario *Información*. Ahí se han dado a conocer los trabajos poéticos de las generaciones más recientes, así como de escritores mexicanos y extranjeros.

Tiene dos poemarios inéditos: *De Metamorfosis o La copa dorada de Dionisio*, con prólogo del recién fallecido poeta catalán Agusti Bartra, y *La raíz del ángel*.

En este último el poeta prosigue la línea y el estilo de su primer libro. Retorna, insiste, martillea. Nuevas vivencias dan lucidez e impulso para clavar el golpe desde lo interior. Hay sin embargo distintas tonalidades, sugerencias, se ve de otro modo la vida. El fuego sigue sonando:

¡Qué pues... relampaguea!

MABR

De la luz un destello concordante:
tu lengua se aferra a mis labios
y no deja que diga nada,
absolutamente nada.

Se escarba en el fondo del origen
y la potestad del cielo edifica
su crujir de brasas ardiendo.

No es extraña la anunciación
del goce, del movimiento.
Si el recuerdo nos asiste
en cadencia
habrá que alumbrar de nuevo
a los fantasmas, a los caminos,
un recorrer de vericuetos en tregua,
un árbol quemado que fue en su deseo

para ser de nuevo lumbre,
pregón, estancia sutil,
iluminada.

o por ejemplo este otro:

Y si del ángel tuve y tengo
el amor predestinado
que se abran de una buena
vez las compuertas que celebro.
No es ni aparición ni engaño,
simplemente es la llave
del pulmón acariciado.

Y si en desordenación ramifico
esa tu sombra que es luz,
entonces y no a desatiempo
que se escriba en el cristal
transparente su aspaviento.

A la mitad de tu piel y mi piel
ya se dibuja por fuego el arder,
sabor de boca y labio
en potestad de miel.

El poeta ha obtenido diez premios nacionales en poesía. Gabriel Zaid lo incluye en la relación de escritores que hace en su *Asamblea de poetas jóvenes de México*, obra publicada en 1980, por Editorial Siglo XXI.

Vidal actualmente bosqueja una novela: *La Casa de los Cobras*, sobre un hecho real acontecido en Aconchi, Sonora, en 1957.

ABEL PINO

Quizá el de Abel Pino sea el caso más doloroso, trágico y gozoso de la poesía que se escribe en los años 60. Es sin duda el parteaguas que va a dar paso a la generación siguiente, la de los finales de esos años y la irrupción alborozada y en cierto sentido caótica de los 70.

Nace el poeta tan desolado en su propia ánima como el desierto que lo verá crecer. Es, casi se podría decir un cogollo pequeñito, vegetal, indefenso, pero lleno de una rara y pura savia y que lo hará florecer, después de aquel parto ocurrido el 12 de febrero de 1943, en Caborca, Sonora.

Transgrediendo el orden cronológico de su aventura, con Abel se debe de empezar por el final, vale decir, cuando atrapa la verdadera iluminación, desgraciadamente al morir físicamente.

Veinticinco años nada más le duró en permanencia el soplo existencial. No más. Fue cuando como golpe bíblico le cayó encima la quijada de Caín. El dos de agosto de 1968 (desafortunada o afortunadamente no le tocó el desaguado tlaxelolca), aparece perdida entre un montón de notas intrascendentes, en una de las páginas interiores de *El Imparcial*, de Hermosillo, esto firmado por Juan Arvizu, corresponsal de ese diario:

SONOÍTA, Son., agosto 1o. (PH). Una persona murió y seis más resultaron lesionadas de gravedad al volcar la camioneta en que viajaban en la carretera que conduce a Mexicali.

Murió en el percance quien en vida llevó el nombre de *Abel Pino Perales* que conducía el vehículo que volcó al ocurrir la ponchadura de una llanta.

Esto no puede ser verdad, ya que el joven Pino no sabía conducir, ni tenía licencia para hacerlo en automóvil. En esa nota, enseguida, aparecen en lista los familiares heridos. Luego el corresponsal agrega:

Informaron las autoridades locales que la camioneta quedó

hecha pedazos a consecuencia del fortísimo volcamiento. Las autoridades federales de caminos tomaron nota de lo ocurrido.

Hasta ahí la información que trae este cabeceo:

TÍÑESE DE SANGRE LA CARRETERA DE SONOÍTA

Paradójicamente a eso, la que se teñía de rojo era la literatura de Sonora, y en este caso particular la poesía de la entidad.

Sucede así muchas veces cuando la ignorancia, la apatía y el desamor son mucho más fríos y ciegos, podríase decir: sin alma ni sentimientos. Y es que el poeta, casi siempre por su propia libertad y la forma de ser rebelde, ha sido, es y seguirá siendo un marginado. Y eso, en muchos sentidos, es bueno, ya que de esa manera apunta a ser, escanciar la estrella, apurarla para que sea verdadera. De otro modo los compromisos vedan, maniatan, limitan, corrompen, apagan.

Resulta que Abel Pino era —es y lo seguirá siendo— un espíritu benévolo, cordial, bohemio con su miedo a su manera, además de insólito en el noroeste de México. Un muchacho en que relampagueaba algo de lo mucho que ardió en Mosén Francisco de Avila: la premonición.

En los papeles que guardo como reseñador se encuentra esto:

Amigo: si yo muriera y habitara en la estrella de la tarde, ¿qué harías? ¿Jugarías acaso con el espejo gris de mi palabra que cabalga en el ojo de mi pluma-fuente? ¿Guardarías, como cosa olvidada, un pedazo de mi recuerdo para dejarlo de vez en cuando a la orilla del río, de la lluvia o de la hoguera?

Amigo, cuando esté muriendo deja la lágrima y la tristeza para otro día, pues yo estaré en la estrella, acuérdate; desde allá veré el suave rincón de la luz y veré también si la amistad que tuvimos (o hubiéramos tenido) era algo concreto o solamente un pasatiempo, como sucede en muchos casos.

Las verdaderas amistades, Amigo, duran toda la eternidad. ¿No crees? Yo conozco a un hombre cuya amistad para con

sus amigos puede durar tanto así. Si quieres, algún día podemos ir a verlo.

Amigo: cuando muera, di, solamente como a solas: "Me queda su poema", o si nuestra amistad era un juego, entonces habla, pero para ti mismo di: "Era un pobre diablo". Después, cierra el libro y olvídate. Yo desde la estrella te estaré mirando (y oyendo), acuérdate.

Abel Pino

Y es conmovedor. Abel sólo vio sus libros en cuadernillos, los suyos y manuscritos. No tuvo ni siquiera una plaquete impresa, tan sólo se dio cuenta de que varios de sus poemas fueron publicados, aquí y allá, en páginas o suplementos culturales regionales, nacionales o internacionales. Como un detalle cultural y en valor de este poeta, diremos que en una antología que preparó Félix Blanco para la Editorial Diana, en 1967, llamada: *Poetas mexicanos*, aparece Abel Pino como corolario, es decir, al final, en la página 190. Dice:

Abel Pino

Nacido en H. Caborca, Sonora. Poeta autodidacto, formado, como él mismo dice, no "en un banco de escuela superior de altos estudios, sino en la experiencia del propio poema áspero de su vivir". Su obra, inédita, tiene quien sabe apreciarla, incluso en el extranjero.

SI LOGRARAMOS SER

Si yo fuera la tarde,
en apacible aldea
quedaría escuchando
al lirio y la azucena.

Si tú fueras océano
en ti me quedaría,
diluido para siempre,
como una flor marina.

Pero nada podemos ser,
mientras no existan
los diptongos inmensos

que reflejen el eco
de la clara elegía
con el candor más bello.

La vivencia le agujeteaba y lo expandía hasta saber que el filo del lápiz o la descarga azul de su pluma-fuente eran tan sólo su seguridad. Sabía perfectamente que la palabra era su designio; que el verso en su identidad preclara haría del poema su sello. Era consciente y definitivo cuando afirmaba que la poesía era "como la muchacha traviesa y coqueta que al hallarse ante la realidad se asusta y llora". Decía Abel por ejemplo:

Como un hilo de agua
que cae a cada momento
gota a gota, sobre un frasco cristalino
que ya está casi al borde
y puede en un momento
derramarse, caer del recipiente
aquel líquido, aquella agua.

Así como esa agua que cae constantemente,
así es nuestra vida,
y los días son como gotas,
pues día a día, se va acercando
en que al fin,
en que al fin se llene
y se derrame
nuestro recipiente mismo,
nuestro mismo recipiente,
el cual es como el frasco de cristal
y el cual es el destino.

Era el alma de Abel substancia en el gozo y el equilibrio. Nunca ató para sí ningún recelo, ninguna duda. Simplemente un poeta limpio, temeroso, gozoso, audaz:

Hace frío
tiembla
el camino.

Angosto
mar dormido
el lago

tiene frío.
La tarde viaja sobre medusas vegetales
mientras un reloj da vuelta al mundo

¡Cómo me da tristeza!
La tarde refleja
mi angustia y sonrío
porque no conoce
mi amargo dolor.

Su poesía es una reflexión aguda, es casi un lamento y al mismo tiempo una celebración despiadada hacia el interior de sí mismo, escudriñándose:

Mi garganta quería madurar
en un vaso de mármol,
con luna de soledad por las orillas
y quietud de sombras y cristales
como una voz de azucena pegada entre los labios.
Quería madurar y ser perpetua
para cantar en dóciles canciones
el apagado amor de algunos ruiseñores.

No tiene nostalgia por el pasado sino más bien memoria y en ella se asila para contarse no lo que fue, pero sí lo que es. Nada en él es involuntario. Sabe su oficio y la orientación de los verbales mecanismos que utiliza para sacarse del pecho ese reloj que le aprieta, le raspa, que le escarba la emoción:

Yo hubiera dicho aquella tarde
algo muy parecido a las estrellas,
pero guardé silencio
porque estaba la voz creciendo hacia mis ojos.

(Yo podía haber dicho)

Parece que su deseo es transformar la experiencia vívida en saber espiritual. Saber en acción, sabiduría sensible. Viaja Abel por la poesía con un lúcido sentido, capaz de reflexionar sobre lo que le rodea, sobre los demás y sobre él mismo:

Algo quema mi entraña y cuando duermo
me parece escuchar desde el color del agua,

una voz misteriosa dulce y suave
que me aprisiona el alma.

Y ese algo se queda en las pupilas
de mi angustia secreta y rojiblanca.
Oigo pasos lejanos de alguien que se acerca:
es la dulce palabra.

Acuérdate que existes y que debes
cumplir una misión.
Piensa hacia dónde vas, de dónde vienes
y escucha tu propia voz.

Yo blandía mi espada como el viento,
lenta espada horizontal:
interior, flexible, ceniza o llama.
La voz era la verdad.

Es así como de la memoria va surgiendo la depurada tensión de las imágenes, los ritmos, las transfiguraciones de una abierta y total metamorfosis. El poeta teje y desteje sus raíces primigenias, florece en su palabra y se da para sí y los demás:

Estoy lleno de agujas.
Mi grito se perdió en mis manos
como una carabina en el océano.

Yo soy el habitante,
el silbato que va por los caminos,
solitario y desnudo,
lleno de espinas salitrosas
hambriento y fugitivo.

Se va cayendo el hilo de la luna,
vieja pálida voz
modelada en el humo de los trenes
en el que un camarada agita su pañuelo
mientras vomita llanto
con su tendón de muerte.

Yo soy el habitante,
el que va gritando por la oscura vereda
mientras reclama el verbo de la hoguera.

Y me doy prisa
mientras que una paloma picotea mis ojos

ávida de encontrar futuro arroyo,
y tú (hombre de sangre congelada),
tú observas detenidamente mi tragedia
mientras que en la chimenea
de tu cara, hay una torva sonrisa
con el sentido ausente.

Abel Pino bucea, lee y experimenta. Por momentos toma la *Biblia* como libro principal y en ella se sumerge. Hay ahí, en los poemas que dejó, un parafraseo de pasajes, por ejemplo este: "La hija del Jairo".

La mies dorada
me recuerda al Cristo bello
que con su voz talitha cumi,
me regresó el corazón y el alma.

La hija del Jairo se llamaba
Margarita,
su color moreno le delataba estrellas de la tarde,
amiga de la noche,
y en la sonrisa, el alba.

Y el poeta tuvo que morir como deben morir los poetas grandes, a una edad sin edad, sin tiempo, y mirando hacia el infinito por el ovillo perpetuo de la aguja:

Déjame en la vigilia.
En la metamorfosis.

Ahora tengo todo,
el aguamiel que sombreará mis ojos,
la espada de la anunciación y la terraza,
la cabaña, el canto y los relojes.

Ahora tengo casi completamente todo.
La margarita blanca es una hoguera
y la hoguera se muere
y en la escala infinita de los mundos
el alma se atraviesa en un recuerdo,
la sombra va sangrando golondrinas,
la segur en mi pecho

me va brindando el golpe del naufragio
mientras el mar, sudario de mil viajes
va creciéndome adentro.

Y eso Abel Pino lo sabía perfectamente, porque el poeta está
obligado a agonizar cada momento, perpetuamente.

JUAN EULOGIO GUERRA

Podría decirse que Juan Eulogio Guerra hablaba en romance. Era casi la forma natural que utilizaba para expresarse, además de que tenía el alma fresca y blanca como la flor del capomo. Y es porque se hizo poeta a las márgenes del río Yaqui y a la propicia anunciación amarilla del trigo. Aunque accidentalmente haya nacido en Mazatlán, Sinaloa, el 8 de mayo de 1930, su obra está firmemente afianzada en la raíz poética sonorenses.

De hecho pertenece a las generaciones de los años 60. Pero dejémosle a él solo justificarse:

¿Cómo cantar a la tierra
en donde no se ha nacido,
si aquí nacieron mis ansias
y aquí nacieron mis hijos?

Para cantar a la tierra
en donde no se ha nacido
hay que cantarle en romance
dicho en los labios del hijo.

Romance de tierra ajena
porque no nací contigo,
te doy lo que siendo tuyo
es menos tuyo que mío.

Te doy al hijo que sabe
el sabor de tus mujeres
—fruto de carne y de tierra—
que te me das sin intereses.

Te doy al hijo y con él
te me estoy dando yo mismo,
porque en tus surcos presiento
lo mejor de mi destino.

Te quiero aunque tierra ajena
igual a donde he nacido,
porque allá enterré a mi padre
y aquí nacieron mis hijos.

Continuación de mi patria
que en todas partes la quiero,

—allá me pusieron alas
y aquí nacieron mis sueños—.

Yo sé que el romance lleva
los versos de mi alcancía,
que tus paisajes me dieron
para dártelas un día.

Y aunque el romance se canta
con voz y música ajena,
yo sé que mi patria corre
tricolor por tus arterias.

Y si porque no nací
en estas tierras, Sonora,
como mexicano quiero
besar tus plantas señora.

Señora de los trigales
y avenidas de algodón:
en cada hijo te dejo
pedazos del corazón.

Y en los telares del tiempo
te voy dibujando fácil
con la envoltura de yori
y el contenido de yaqui.

Guerra, que tenía por segundo apellido Aguiluz, escribió este poema el 8 de abril de 1960.

Viene a Sonora, aquí se casa y radica en Ciudad Obregón desde 1957. Hizo estudios profesionales en la Universidad Autónoma de Sinaloa (antiguo Colegio Rosales), como licenciado en derecho. Ya aquí fue maestro fundador del Instituto Tecnológico de Sonora, impartiendo las cátedras de literatura, filosofía, ética y lógica, entre otras. También fue profesor de la Escuela Secundaria José Rafael Campoy.

Regresa a su Estado natal, Sinaloa, para radicarse en Culiacán en 1967. Problemas políticos le orillaron a tomar esta decisión. Allá reinicia su labor magisterial en la Preparatoria Central de la Universidad Autónoma de la entidad.

Su vida literaria transcurrió en estas dos estancias. Fue colaborador de periódicos y suplementos culturales de ambos estados. Allá fue fundador, junto con Carlos Manuel Agui-

rre, Manuel Campos Caravantes, Roberto Hernández R. y Rafael Vidales Tamayo, de la revista *Letras de Sinaloa*. Ellos eran orientados entonces (1974) por sus maestros Reynaldo González hijo y Enrique Félix Castro.

En Ciudad Obregón fue miembro del Grupo Cultural Ostimuri en donde destacó brillantemente tanto como poeta como organizador.

Juan Eulogio fue un definitivo apasionado de los juegos florales. No había uno en el que no participara. Ganó varios: en Acapulco, en Santiago Ixcuintla, en Rosario, Culiacán; en Guaymas y Ciudad Obregón, Sonora. Fueron primeros y segundos lugares. Su producción lírica fue muy copiosa en este sentido, tocando los más distintos temas.

En la Universidad de Sonora se le recuerda como participante de los cafés literarios que se organizaban en la Librería Universitaria, así como también colaborador de la revista *Voz Estudiantil*, que se publicó por allá a mediados de los años 50.

Juan sabía, ciertamente, que por el poema el hombre se pone en contacto con el universo, descubre el sentido de la unidad, se convierte en un pequeño dios, crea un cosmos:

El verso se me vino
de repente
como se viene a veces
el fruto del amor;
y me encontré en la calle
buscando entre la gente
a la del lunar de oro
sobre el pericarpio.

y luego más adelante:

Y la encontré en la calle
de repente;
pero también buscando
entre la gente,
al del lunar de oro
sobre el pericarpio,
al de rectitud de piano,
al de la angustia de trigal,
al del medallón de sol
en su pecho...

El poeta va y viene entre la remembranza y el suceso presente. El amor es el gran tema. El amor penetrando en distintas tonalidades, golpeando, clamando, diciendo, permaneciendo, sin mengua, moviendo los sedimentos entrañables del cuerpo poético:

Desde que yo camino
sin que me auxilie nadie
a sostener el peso
de mi primer amor;
camino dibujando
tus ojos y tus manos
mientras te localizo
aquí en mi corazón.

Te espero y tú me esperas
sin que nos conozcamos
en la primera nota
de verde vegetal;
te espero con la fuerza
del roble campesino
con rectitud de pino
y angustia de trival

Te espero en todas partes
donde hay una esperanza.

Es ahí cuando el vocablo adquiere un doble valor: el de su significado y el de su sonido; pero no el sonido aislado sino compacto, de un mismo peso musical, que contribuye a formar el clima sensiblemente del conjunto:

Te espero exactamente
en donde tú me esperas,
urgido de presencia
cantando mi canción;
te espero en el espejo
que traza mi videncia,
te espero en cualquier parte
donde se crea en Dios.

Te espero en todas partes
llegando al mismo tiempo.

Los dos nos esperamos
a pie, por el camino,
desde que Adán y Eva
comienzan la Creación;
y cuando al encontrarnos
cargando nuestro sino
habrás de mi nacido
volviendo a nacer yo.

Su tentativa es ir al fondo, casi a las mismas vísceras de la poesía:

Te espero en todas partes
con mente y manos libres.

Aquí y allá te espero
con la pupila en guardia
sintiendo ser más hombre
sintiéndome plural;
te espero taciturno,
como mi propia raza
rindiendo pleitesía
al cactus y al nopal.

Te espero en todas partes
donde hay niños risueños.

Te espero en los convites
ruidosos de mi pueblo,
desliado en serpentinatas
confeti y carnaval,
llevándote tu madre
—redonda mascarita—
con nueve cascabeles
y en vientre de antifaz.

Después de otra corta serie de versos concluye:

Te espero compartiendo
el pan de cada día,
lo blanco de mis canas,
mi último sudor;
y si de tanta espera
llegaras de otro modo

igual te esperaría
porque eres mi ilusión.

(Mensaje Prenatal)

Hay un poema de Juan: "Del amor elemental", que él mismo consideraba esencial. Son ocho sonetos. Veamos dos de ellos:

II

Pródigo amor de todos los amores
que me exaltas de júbilo las horas
y en derrama de azúcares alcoholes
me repartes al vuelo de palomas.

Colmado amor de luz amanecida
llamaradas de frutas en estío
hazme panal de amor para el suicida
y una gota de luz para los vivos.

Aprendiz del amor me desenvuelvo
y a todo lo que miro pongo alas,
llevo leña a la pira del recuerdo
y siembro de ilusiones las montañas;
donde saben a sol los pensamientos
y resuenan a cielo las palabras.

VII

Y al milagro de darse uno mil veces
en la inercia de estarse siempre dando,
el corazón nos viene a más y crece
y al mismo tiempo intacto va quedando.

Porque el trigo que a tierra cae y nace,
para prez del hambriento nunca muere,
y el amor como el trigo se reparte
en constante advenir de amaneceres.

¡Salve la dicha de vivir amando!
para morir en ellos tantas veces,
como aparezca al fin de habernos dado
en la cifra final de los haberes;
sin importar de aquel del que esperamos
no nos haya devuelto ni las mieses.

Por allá, el 25 de septiembre de 1961, escribió el poema: "Ecce Homo". En una escueta y sencilla dedicatoria dice: "Para Abigael Bohórquez y Alonso Vidal que son más que esto." Y firma.

Ahí la solidaridad se explaya y el toque poético está dado. Sigue el camino que le marca su poesía, que es decir su corazón:

Porque hay veces que el hombre
es más que eso;
cuando se calza ruedas
y alas por dentro
y se recorre todo
desde la tierra al cielo
y lanza su palabra
al universo:
como paloma herida
de corazón de yeso.

Por eso digo que el hombre
es más que eso,
más que bigote,
músculo y sexo
el hombre es eso
y algo más que por fuera
es por dentro.

Fue Juan ante todo un poeta rebelde, inconforme, con sentido eminentemente social. Se dice que nadó contra la corriente fortaleciendo por ello su palabra. Gozó de autoridad moral y poética entre la clase trabajadora, ya que su ser íntimo giró alrededor de un eje ideológico muy bien definido: marxista-leninista.

Bien ha dicho David Rubio Gutiérrez, cuando ha señalado:

En la poesía de Juan Eulogio Guerra Aguiluz, hay una apasionada protesta bíblica contra las injusticias sociales, se rebela con profético grito y denuncia la explotación del hombre por el hombre. A su poesía le ha tocado vivir la época de melencolios y acelerados, de demagogia y de engañar, de asesinatos y revueltas estudiantiles, por ello, su poesía se nutre del dolor, del engaño, de zozobras, de angustia y de explotación:

Pero hay otra especie de hombre
 en esta tierra:
 aquel que acumula el hambre compartida
 y enseña que la propiedad privada
 sólo se obtiene
 por el robo, el engaño y la mentira,
 aquel que se pronuncia en contra
 de la explotación del hombre por el hombre,
 el que de la revolución hace su mística.
 Este hombre queridos compañeros
 es el hombre de clase: ¡EL SOCIALISTA!

Esa inquietud humana, vívida, ya había florecido elocuentemente desde sus primeros poemas. En *La Llama y la Palabra*, suplemento cultural que dirigió Alonso Vidal, en 1964 publicó Juan su poema: "La cosecha".

Los cántaros del cielo se han quebrado
 y las milpas de verde se han curtido;
 sonrientes aderezos se han colgado
 para lucir mejor al campesino.

Una tribu de pájaros anuncia
 la avenida del río en el verano;
 una nueva cosecha se vislumbra
 y hay piñatas por todito el campo.

La alcancía de tiempo y sudores
 arco-iris se ha vuelto en las pupilas;
 hay jaleo en el agro de los pobres,
 se les puede medir en sus sonrisas:
 pero hubo quien sembrara puras flores
 y sólo cosechara las espinas.

En esa tesitura, hay un poema clave y que escarba duro. Es su sangre secular la que se derrama y denuncia:

Yo no quería hablar
 de cosas duras en mis versos,
 como por ejemplo:
 de una lágrima de cal en los ojos
 de una estatua.

Porque el pan es blando

—pero a veces—
el corazón es tan duro
como un santo de mármol
apoloneo y hueco
que pide limosna
al mendigo y al negro
a la entrada y salida de los templos.

Porque la estatua es un árbol genealógico
que tiene sus raíces en el pueblo.
Pero el único fruto que resulta
es su sombra que cubre a los cangrejos.

El brasero es un estanque
de carbones ardiendo
donde le siguen quemando
los pies a Cuauhtémoc.

En Empalme lo empalman
en el tren del correo,
tantos kilos de músculos,
tantos kilos de huesos
y un mensaje viviente
del presente de México
que sigue levantando
a Cortés monumentos.

Yo prefiero un monumento
de harina para mi pueblo
cocido al sol
y en su leyenda
mis versos duros de galletas
para que sean triturados
por los dientes de fierro
del hambriento;
al que hay que darle,
para que sea bueno,
los frutos de la tierra
y luego los del cielo.

Volviendo a Rubio Gutiérrez dice del poeta certeramente:

En realidad, Juan Eulio Guerra es un poeta tan fiel a sí mismo, abierto al mundo, expuesto a la intemperie, recibe en lo profundo la herida de la hostilidad, mas esto no ha mo-

tivado para que el poeta trueque su vena poética o frustre su inspiración. Busca su identidad y se concibe como un poeta de contrastes, rico en imágenes y metáforas, que suponen desolación, miseria, esfuerzo y el obstáculo de los monumentos, de los héroes, de golpes de Estado, del hombre en sí, creando con ello una poesía de protesta:

¡Pan y leche para el niño chileno!
 ¡Voz y voto para el pueblo de Chile!
 ¡Un salario de sol
 para el hombre que lucha!
 ¡Desde las universidades de América Latina!...

Y sigue David Rubio:

El verbo poético de Guerra Aguiluz está lleno de imágenes audaces y violentas, producto de sus inauditos caprichos de concepción. Su poesía es vital, hecha a fuerza de sinceridad. Es un poeta rudo, viril, personal:

"To be or not to be", decía Hamlet
 ceñido por la férula de Edipo:
 Se puede ser el padre, ser el hijo,
 —pero nunca los dos al mismo tiempo—
 no se puede ser lágrima y estrella,
 no se puede estar vivo y estar muerto,
 solamente podemos ser y somos
 cuerpo y alma
 colgados del recuerdo.

Guerra Aguiluz es de los hombres que piensa que la poesía debe de basarse esencialmente en el hombre, en su poder de intuición, multiplicando su sensibilidad a mayor sufrimiento y angustia. Asegura el poeta que su poesía es de vanguardia, que nos pinta un mundo que es al mismo tiempo suave como la leyenda y despiadada como la fotografía de un agonizante:

Ustedes tienen la palabra
 compañeros:
 porque el pueblo sigue teniendo la razón,
 muy a pesar del arco iris y sus colores,
 muy a pesar de la orquesta y la canción...

Hasta ahí Rubio. Y hay una verdad muy clara. Siempre Juan se rebeló, estuvo alerta en contra de la injusticia. Hay por ahí en uno de sus poemas, esto que parece profético:

En cualquier idioma
 hablo
 porque al decir:
 ¡Hiroshima,
 Nagasaki,
 Cuba,
 Fruit Company,
 —Centroamérica—
 Wall Street:
 todos me entienden
 lo que quiero decir!

Guerra tenía fibra de líder, pero como José Revueltas no la desarrolló al climax. Y es que como aquél, Juan era demasiado sensitivo, demasiado amor y voluntad para ser o hacer demagogia. Se quiere decir que tenía espíritu y no sangre fría para engañar y mucho menos para mitificar, es decir, adorar al becerro de oro. Guerra ante todo fue siempre solidario. He aquí un recado al pintor Alfaro Siqueiros cuando se le refundió en la cárcel:

ALFARO

Al faro, al faro,
 de tus señales luminosas
 lo han cerrado
 los sicarios
 Siqueiros.

Pero el color es transparente
 y a diario
 te miramos
 caminar del brazo del obrero
 por las avenidas
 del futuro de México.
 Alfaro Siqueiros.

Ahora puedes pintar
 la libertad
 al cien por ciento de miedo

en el banco del silencio
David Alfaro Siqueiros.
Pero no olvides
que existe un pájaro
—tu autorretrato—.

Para el que no hay encierro;
y ese pájaro
en sánscrito
se llama corazón
—Siqueiros—.

Ya conoces el precio
del pensar alto
y del sentir hondo.
Imagínate
—calcula—
cuánto te faltaría
por pintar y decir,
a día de prisión
en el lienzo de la patria.

Pinta angelitos negros,
pinta angelitos rojos,
pinta angelitos blancos
sin olvidar que allá afuera
México, cansado de posar
espera
que sigas
dibujando.

Juan fue un hombre sencillo y como tal entendía el trabajo de sus compañeros, maestro él mismo. A ellos dedicó un poema:

Yo también
al maestro con cariño
vengo a entregarle
mi testimonio de gis
con el que maquilló mi alma
cuando inauguramos
la palabra
en el océano del siglo.

Alto señor
 sin sexo ni candado
 montaña de recuerdos
 en la orografía
 del niño,
 del joven
 y del viejo:
 ¿quién te niega
 en obra y pensamiento?

La espiritualidad de Juan es como una red que le contiene, que lo apresa, que se desborda alegremente, amorosamente. Después de otros versos concluye:

Enséñame a ser maestro
 para formar maestros
 y todos juntos
 entonar un himno
 de la liberación por la luz
 en el estadio
 de universal conciencia;
 sin "ismos" santificados,
 sin portavoces,
 sin cruz.

La poesía social en Juan cumple su misión, es decir, conmover al hombre. Es —se da e intuye—, casi siempre, un desprendimiento de las vivencias del poeta, de sus luchas, de sus esperanzas, de sus requerimientos de justicia con respecto al ser humano. Su ternura busca en los "desclasados", se afianza en la pobreza, alienta en el desaliento. Es decir que no queda impávida frente al acontecimiento. Juan sabía perfectamente una cosa: que la poesía social, precisamente por ello, vale decir social, no debe perder su condición de poesía.

Y él es firme en este aspecto. No dogmatiza, sino da, mejor diría: electriza para señalar:

El alcohol
 no termina con la llama
 cuando es tinta en los cuadernos.
 El secreto es de suyo
 la cadena

que los une
hasta después de muertos;
yo cumplo nada más
y encolerizo
contra ustedes
porque tenían
derecho
o privar de más luz al universo;
la esencia de la vida
no es cosa del deseo
sino en todo caso
vivir
para morir a tiempo
y no cuando aún queda
mucho tinta en el tintero.

(*Mayakovsky y Esenin: poéticas*)

Juan nunca perdió el entusiasmo como promotor, encauzador, coordinador. Tan es así que en 1982 retoma la idea de volver a poner en marcha la publicación de la revista: *Letras de Sinaloa*. Y es la Universidad Autónoma de la entidad, la que retoma la estafeta para elevar su lema: Sursum. Sale un número: enero-febrero de 1982.

Antes Guerra Aguiluz asiste al Primer Encuentro Internacional de Poesía en Morelia, como observador. Sin embargo, en cierto modo logra alterar el ritmo coordinativo al unirse con algunos poetas de provincia para hacer escuchar su voz. Ahí desplegó su madera de líder, pero desgraciadamente sin ningún resultado positivo.

Ello no le amilana y mucho menos mortifica. Sigue en su empeño de ser poeta y orientador. La revista es su preocupación fundamental. Durante este proceso Juan Eulogio sufre una grave equivocación: abre la puerta camino hacia la muerte. Fue un accidente demasiado lamentable el 18 de mayo de 1982.

Su obra principal quedó inédita en un volumen que él llamó: *Al pie de página*. Sólo aparecieron: *Postales poéticas del viejo Culiacán*, *Tríptico a la ciudad* y otros cuantos folletos.

Pero de Guerra Aguiluz queda aquello que él mismo dejó asentado:

Después que el hombre crece
la sombra de su anhelo
y el sueño se adelanta
a la noche sin fin,
ha quedado completo
y en su dulce sonrisa
desde la tierra al cielo
se le puede medir.

OTROS POETAS DE LOS AÑOS SESENTAS

Aparte de los poetas reseñados como integrantes de la generación de los años 60, hay que tomar en cuenta a otros que trabajaron individualmente dentro de la entidad o fuera de ella.

Tal es el caso de Raúl Peterson, nacido en Hermosillo, Sonora, el 22 de marzo de 1927. Es ingeniero civil. Por muchos años laboró como catedrático de la Universidad de Sonora. La institución, por allá en 1963, le publicó un pequeño libro con diecinueve poemas, en un tiraje de quinientos ejemplares. Óscar Monroy en el prólogo señala:

Advierto en él, a quien hurga en el hombre sus quintaesencias espirituales y que no está satisfecho aún de lo que es. Mi tal afirmación, me obliga a otra: este libro tendrá que ser el principio de obras que el ingeniero Raúl Peterson nos dará a conocer después. Creo que el matemático está tomando fuerzas en la capacidad de proyección de su sentimiento poético. Si es así o no: el tiempo lo dirá.

En cierto sentido Monroy no se equivocó, ya que después de ver editado su poemario: *Abalorios*, Raúl, sin abandonar definitivamente la poesía, entra de lleno en otro campo literario, en donde se siente a sus anchas: el cuento. Durante años fue reuniendo los textos, hasta que, costeados por él mismo, aparece en 1984 *El abato*.

Aquí uno de sus poemas:

POEMA NUMERO XXX

Como un meridiano terrestre
del Polo Norte al Polo Sur te extiendes,
abarcando así en tu longitud,
todas las latitudes existentes.

Vista de frente semejas línea recta
y de perfil pareces arco tenso
que quisiera lanzar a los espacios
el enorme Aconcagua por saeta.

Tú eres la que al girar la Tierra
generas la forma más perfecta

y por perfecta comprendes en ti
todo lo humanamente imaginable.

En ti se apoya, de extremo a extremo,
una línea quebrada insospechada
de la cual, como racimos de uvas,
penden las almas aglomeradas.

Sus vértices elevados pintados de blanco
centellean en la infinita tormenta humana;
son faros de luz que te señalan
el sinuoso camino por seguir.

ÓSCAR MONROY RIVERA

El de Óscar Monroy Rivera es un verdadero caso de inconformidad un tanto amarga y podría agregarse que hasta de valentía. Literariamente buscó y luchó con todas sus fuerzas lograr el reconocimiento total para su obra. Dio bandazos de aquí para allá, y diríase que su propósito lo consiguió a medias. Pero dejémosle a él mismo que refiera ciertos pasajes de su vida:

Su niñez, su adolescencia, habían transcurrido en una ciudad fronteriza, frontera con un país exótico.

Y así fue. Es natural que se refiera a Estados Unidos, ya que Óscar nació en Nogales, Sonora, en 1933.

Más adelante escribe:

Había nacido en un punto preciso de la frontera con ese país. En ella, los que integraban su población flotante, los que siempre van de paso, ajenos a la vida estable, vinculada a personas para siempre, entraban y salían dejando una huella pestilente.

¡Frontera! ¡Complejismo de vidas angustiadas, que ahí rompen el freno de la civilización! Pueblos en que muchos viven con una psicología de letrina en perjuicio de los que, con sacrificio de pioneros, los forjan, los desarrollan, los viven, los sufren.

Pueblos que también, en la entraña húmeda de sus tierras, conservan con amor sus muertos. Ahí duermen su último sueño los que tanto amaron y lucharon sobre esa tierra; que ahora, al darles cabida dentro de su amoroso seno, se convierte en tierra sagrada. ¡Tierra sagrada de todos los pueblos!

Evocando, le era difícil, doloroso tener que admitir que él vivía así, con la doble villanía de no estar de paso. Adolescente, era el eco del peregrinar de muchos; con el espíritu profundamente traumatizado por la pérdida irremediable, contundente, para siempre de su señora madre.*

* Historia de una superación. Evocación. Ediciones UniSon, México, 1963.

En 1963 publica una *Selección poética*. Son poemas tomados de sus libros: *Poemas de juventud*, y *Ascensión*. En la primera parte sobresalen aquellos dedicados a la madre muerta; en él es una obsesión. Veamos por ejemplo:

DIA DE LOS MUERTOS

A mi madre:

La tumba no te encierra,
eso que llaman fosa
sólo esconde la tierra.

Lo más sagrado de mí reposa
en un suave aletear de mariposa.

Y en esa fosa de dolor fecunda,
sólo un recuerdo triste se circunda;

Tú yaces muerta
en cada final de mis sonrisas,
en cada lágrima terca
que más solidariza y nos acerca.

Tu fosa,
el último sitio de tu agonía,
es esta mente que en mi ser reposa;
enferma en tu dolor y en mi poesía.

En la segunda parte los temas son variados. Entre los poemas está un "Canto a Sonora". Busca ahí Oscar identificarse con su terruño después de haber permanecido muchos años en la ciudad de México, haciendo sus estudios. Es casi una oda de versos pareados y endecasílabos. Pero por ahí la rima lo traiciona cuando, en medio de su emoción, dice:

Los mares te bañan cual si no hubiese más
que tu isla del Tiburón o tu Guaymas.

Pecata minuta que es perdonable en poemas como ese. Producción posterior le salva.

Hay otro párrafo en un texto que aparece también en *Evo-cación*; un destino fatal, en el que apunta:

En esa frontera lejana, tan próxima al corazón, donde geo-

gráficamente mi patria termina. Espiritualmente donde comienza a construirse en toda su dimensión interior. Donde lo mexicano y el mexicano se inicia con fervor. El fervor del esfuerzo. Donde la patria que principia es un sagrario. Las circunstancias tan especiales que me rodeaban eran un impacto estimulante para mi espíritu.

Iniciaba mi esfuerzo de investigación literaria, cuando meses antes, periódicamente, me había atrevido a opinar sobre la problemática cultural de mi pueblo.

Cometía el absurdo, el estúpido error que no tolera la gleba a nadie: opinar, pensar públicamente de mi pueblo, sobre mi pueblo, sobre su retraso cultural, sobre sus castas, sobre lo imperdonable: lo cierto.

Esto produjo graves repercusiones interfamiliares. Así, sin ayuda económica de ningún género, con dolencias profundas en el alma, acepté la fría soledad de la incompreensión.

Pero de hecho fue que esa dolencia le siguió fustigando, de tal manera que Óscar la emprende, pero ahora en prosa. Trabaja en un libro que más tarde sería un best seller: *El mexicano enano*. Ahí, de cierta manera su venganza, pero venganza espiritual. Acierta y por ahí continúa. Suelta el látigo con furia para golpear a los que él cree mercaderes.

Posteriormente publicó otros libros de poemas y dos antologías de *Poesía criminal*, y *Poesía sacro criminal*. Otros más en prosa.

Actualmente está al frente de un grupo cultural en su pueblo. Además ejerce su profesión de abogado.

CRISTÓBAL OJEDA

Un caso elocuente es el de Cristóbal Ojeda. Fue estudiante de la Universidad de Sonora por allá a finales de los años 40 y principios de los 50. Nació en Hermosillo, Sonora, el 23 de febrero de 1926. Ha sido de hecho un vagabundo. Ha estado en todas partes, de maestro, periodista y cuando puede hasta de poeta, en Nogales, en el Distrito Federal, en Empalme, donde parece ser tiene su residencia oficial. Ha sido burócrata y le gusta la política de choque, es decir, ponerle los casca- beles al gato, pero a su conveniencia.

Ojeda es de los poetas reseñados en la *Antología de poetas sonorenses* (1950), de Segovia Rochín. El compilador entrega ahí cuatro poemas: "El Cristo de la Espada", "Invocación", "Tú me pides", y un curioso poema dedicado a Guaymas, y que según lo anotado fue leído por el propio Cristóbal en la velada del 13 de julio de 1948, en el mismo puerto.

En tal oda rimada el poeta exhalta su estilo y manera de construir el verso:

Tú eres, ¡oh, puerto!, la pupila de Sonora,
que escruta del destino en lo insondable
derroteros de su nave surcadora. . .
Sonora, la que lleva en su sotana
el cilicio que dibuja su pureza;
la que suena de greguerías de campana
anunciando su heliocéntrica realeza. . .
¡Oh! Guaymas: si con tu espíritu pudiera
cantar vibrante al unísono mi rudo
verso libre, por tus glorias te dijera:
¡Salve! ¡Oh, puerto generoso: te saludo!

En 1968 aparece su libro: *Cien sonetos de vida y muerte*, con un extenso prólogo personal en el que de alguna manera busca justificar su oficio de escribiente y su paso por el mundo poético que dice importar-le. He aquí un soneto dedicado al Diablo:

Esta noche el maligno entró en mi alcoba,
con dos paréntesis en roja frente;

sentóse a mi escritorio y, lentamente,
emitió dos suspiros su joroba.

Miróme fijo y díjome, "Quistoba..."

—Su acento era alemán y no de gente—.

"¿A qué me has requerido tan urgente?

¿Dinero necesitas? Mata y roba".

Quedéme estupefacto un buen momento

de oír argucia, semejante, al diablo

(y mi alma se escondía preocupada).

"Tengo mucho qué hacer" —dijo—, "lo siento

no vuelvas a llamar; yo mismo te hablo".

—Gracias —le dije, y replicó: "Por nada".

Con estilo tan propio él mismo ha construido su figura literaria y ha destacádose entre los que defienden a capa y espada el rigor y la calidad del verso. Sigue en esta tarea aún.

VIRGILIO GASTÉLUM

Virgilio Gastélum Z. nació en Caborca el 21 de marzo de 1936, pero en 1958, cuando tenía 22 años de edad, se va a radicar a la ciudad de México. Allí sigue. Logra hasta 1964 terminar su carrera de licenciado en derecho. Este retraso en sus estudios se debió a la carencia de los medios económicos necesarios. Del poeta se ha dicho que vivió en pleno ambiente campestre, el que influenció en gran parte su alma inclinada a la contemplación y a la abstracción, de cuyos elementos complementarios extrajo el ya innato impulso creador de belleza. También que

la expresión de la misma llamó a su mente a los diez años, en que empezó a componer versos de extraordinaria profundidad filosófica, para un niño de su edad. Su camino no lo hizo mediante publicaciones formales, pues ellas han sido dispersas, no muy frecuentes y sólo en periódicos de su provincia.

En 1967 aparece un poemario: *Granos de arena y trigo*, editado en los Talleres Gráficos Olimpo. Lleva un prólogo de Luisa Marinhoff de Iturbe, y consta de 67 poemas.

Como dato cultural cabe señalar que Virgilio ha obtenido tres premios nacionales de poesía, en juegos florales. En 1964, en Papantla, Veracruz; en Zacatecas, Zac., en 1967, y ese mismo año en Fresnillo, pueblo también de la entidad zacatecana.

De su obra ha dicho su prologuista:

El poeta está ubicado en la frontera de dos mundos, manteniendo la visión de ambos con la naturalidad de lo infinitamente aceptado. Mientras con un ala roza la tierra, con la otra toca el infinito, recorriendo el velo que separa lo tangible de lo intangible. Atisba siempre tras de él y traslada sus vivencias misteriosas al pentagrama de su expresiva armonía. Unifica los dos panoramas opuestos en la alquimia de sus pensamientos y la arquitectura de su arte. Su estilo no es la fuente sellada bajo la complejidad de metáforas sutiles. Es la linfa clara, sencilla, para hacer más

comprensible su significación trascendente. La clave que él posee ya, la ofrece con llaneza. Usa todas las letras del alfabeto de la vida para la entrega de su admonición. La trascendencia no es la palabra misma, que si es un molde oscuro puede detener el entendimiento limitado; está dentro de su envoltura transparente, fácilmente captable por los iniciados.

No hay agudeza de un dolor en los acentos de Gastélum, como no debe haberlo en quien es llamado a guiar, enseñar. Poseen la fuerza de la fe y el control de la serenidad. No canta porque tenga trinos en su pecho y paisajes de belleza en sus ojos. Es un sembrador de semillas augurales y la brotación de su contenido esotérico se realiza en la intimidad espiritual de cada cual. Su verdadero valor literario no es solamente de forma, de estilo, de fondo, sino que está en la rara integración de una sola personalidad, del dualismo de todo artista. *Granos de arena y trigo* son ya flor y espiga madura en una misma estatuaría humana. *Virgilio Gastélum* no es un arca compleja sino un arca completa de los valores Hombre-Poeta. No se desdobra en su inspiración artística; se entrega para captar y revelar lo que interpreta del mandato divino; crea así belleza y mensaje.

He aquí dos de sus poemas:

CONTRADICCIÓN

¡Cuánto tiempo en mí busca y no llego!
 ¡Cuánto afán de encontrarme y me huyo!
 Cada vez que se acerca el momento
 de escucharme a mí mismo
 me callo... y me callo
 por miedo a mí mismo.

¡Qué tremenda ascensión a la cumbre!
 ¡Qué angustioso descenso al abismo!
 Mis lamentos al aire he lanzado
 cuando extraño el cariño perdido...
 Me han amado... ¿y entonces, qué hago?
 Ascender a la cumbre inflamado...
 y después... renegar del olvido.

Asfixiar el ensueño en la cuna,

porque no resultó de la altura
que mi mundo interior le fijara. . .

¿Es defensa trocada en costumbre?
¿Es orgullo. . . brutal egoísmo. . .
que de tanto aspirar a la cumbre
no ha logrado salir del abismo?

Ahora:

LUCES INVISIBLES

Va la noche quedándose muda.
El amor en los hombres no avanza.
La miseria persigue miseria. . .
todo calla. . .

Noche. Lluvia. Sandalias que besan
el agua estancada.
Pena silente en el silencio queda. . .
La vida; sendero caliente.
La muerte; enigma con ruedas.
El fin se detiene. . .
¡Silencio!
Una luz en el alma se enciende
y apaga la hoguera.
Hay linternas que tú no comprendes
porque alumbran sin luces ni flamas.
¡Son eternas!
La calle, enjambre de ciegos.
El cielo, reguero de estrellas.

En 1981, Bernardo Ruiz, editor de: *La Rosa de los Vientos*, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, en el número 23 de la colección, publica de Virgilio Gastélum un largo poema dividido en veinte cantos: "Senda, Sonrisa y Tiempo", que fue el triunfador en los VII Juegos Florales efectuados en Papantla, Ver., en mayo de 1964.

ALEJANDRO ROMERO MENESES

Alejandro Romero Meneses es un poeta que empezó a destacar cuando hacía su carrera de licenciado en derecho en la Universidad de Guadalajara. Allá tuvo la oportunidad de conocer al poeta español Pedro Garfías, quien era su vecino en la misma casa de huéspedes. A aquél le debe orientaciones y consejos.

Tiene la fortuna de publicar entonces en revistas especializadas en literatura como aquella de la Facultad de Filosofía y Letras, así como otra que alentaba el ayuntamiento tapatío. Fue colaborador también en el diario *El Occidental*. Ahí en la misma universidad dio sus primeros recitales poéticos.

A finales de los años 60 es invitado a la ciudad de México por el poeta Abigael Bohórquez, quien lo presenta en la Sala OPIC. Luego le publica en un vocero cultural que estimula el propio organismo.

De 1965 a 1968 es colaborador asiduo de la revista *Alma Sonot*, que se edita en Hermosillo y que dirige Gilberto Lara Aguilar. Entre otros compañeros aparecen ahí: Mayo Murrieta Saldívar, Carla Luzziano (Sonia Sotomayor), Jesús Bojórquez W. y Carlos Ramírez Cisneros.

En esa publicación se publicó el poema de Alejandro: "Segunda Existencia". Es bastante largo y dividido en tres partes. Dice la primera:

En lo profundo de la ausencia
se derrama la noche.
Las montañas juegan
al olvido.
Mi silencio
lleva un velo de palabras
y las cadenas de acero
ahora son
de susceptible trapo.
No habrá prisioneros
en el latir inmenso de la noche.

Tal vez has'a yo escape
de mi cuerpo
sin prenderle fuego

a este espacio
y a este tiempo.

Los bosques están mudos.
El ruido impertinente
llega cabizbajo.
Quisiera hablar con mi tristeza
y decirle muchas cosas,
hacer con ella
un anillo
para el dedo extenso
donde anidan
las serpientes emplumadas.
Aves infinitas,
canción que es puente
de afuera para dentro
en los seres indecisos.

En la oscuridad que es joven
se reflejan para siempre
las tardes sonámbulas
y mi infancia diciéndome:
—te llamaré al final.

Alejandro Romero Meneses nació en Hermosillo el 21 de febrero de 1947. No ha publicado libro aún. Sus temas poéticos son varios. Destaca el amor.

Te invito, amor,
a construir algo infinito.
Algo que no termine
trunco ni maldito.
Algo que afirme nuestra esencia,
nuestro destino histórico
de humanos.

Algo que saliendo de nosotros
no pueda medirse con las manos.
Que sea una huella, una hoguera, un faro.
Un mundo desbocándose de luz
para que sepan
quienes nos sucedan
cuál fue el rumbo
que, tú y yo, tomamos.

(Te invito, amor)

En otros hay una mezcla del amor con lo social. Hay armonía entre el cuerpo y el alma, unidad de sentir. Podría decirse que hay válvulas de escape en esta voz:

Puedo amarte en cualquier sitio,
 en el corazón inhóspito
 de las ciudades que
 se niegan al hombre,
 en la reducida
 área existencial de la opulencia
 o en la miseria.
 Recuerda bien
 que puedo amarte
 contra todo lo que digan
 las legislaciones del mundo,
 y lo que griten
 en los lujosos recintos
 los políticos.
 Todo ello
 porque puede mi amor
 sonreír ante la vida
 y preguntar a los niños
 y a los viejos
 sus milenarios secretos.

Y ya enardecido da este cerrojazo:

Así que
 no olvides que puedo
 encontrarte en lugares
 que ni siquiera imaginas,
 regiones insospechables
 para tu sensibilidad femenina
 que hoy aspiro en el viento
 que merodea la tarde.

Quiere por su amor darse total. Su paisaje interior va tendiendo las redes para ser conciliatorio, propicio a la palabra, al goce, a la creación:

Intangible
 como una aurora inimaginada,
 deseable como un cuerpo
 no tocado por mano extraña,
 te imagino.

Me descuelgo
desde tu geografía que hoy
anhelo
a construirte
en cada rincón de mi casa.
Me naces
llena de esperanza
por todas las cosas
que mis ojos miran
cada mañana.
Noche llena de saetas azules, eres.
Camino poblado
de reinstalaciones en
donde el amor habita.
Nadie
cree que pueda encontrarte
en tu vida
casi terrestre y submarina.

Romero Meneses ha sido colaborador del suplemento cultural *Bogavante*, de *Información*. Algunos poemas aparecieron también en *Letras de Sonora*. Al regresar se dedica de lleno a su carrera y a la cátedra en la Universidad de Sonora, donde tiene ya diez años. Actualmente es magistrado del Supremo Tribunal de Justicia.

De esas sus vivencias profesionales ha escrito algo como esto:

En el tribunal
colegiado del quinto circuito
casi habito.
En él
he diluido el tiempo
de dos años de existencia
humana.

Minero en la tierra de
las leyes
pulo la interpretación
de cada artículo
para derramarme en cada
sentencia que proyecto,
buena o mala.

IGNACIO BÚSSANI

Ignacio Bússani nació en Sahuaripa el 31 de julio de 1939. Es abogado. Ha sido colaborador de periódicos y revistas. Tiene un libro en preparación que le llamará *Equipata*.

He aquí un fragmento de su poema: "De noche a noche"

Camina de noche y se para en cada puerta
para tener un motivo de vivir.
Deambula pues. Toma de incógnito
a su propia tristeza y se vuelve de
frente para ver que sus pies no
tengan azufre ni lluvia de verano.

Camina por caminar y en cada hoy de la calle
se refugian sus ojos asombrados
por tanta noche que contienen.
Se detiene. Toma su mano y se
saluda hablando apenas su nombre.
Lo repite dos veces y vuelve a sonreír su miedo.

MARÍA DE LA LUZ VALENZUELA

María de la Luz Valenzuela es nogalense. Fue discípula del poeta Mosén Francisco de Ávila. De él aprendió el oficio. No tiene libro publicado, pero ha colaborado intensamente en periódicos y revistas del Estado. Sus temas son variados, aunque recientemente ha interiorizado en la ruta del misticismo. Aquí fragmentos de dos poemas suyos:

Dentro de mí misma está el destino;
dentro de mí misma está el misterio.

Llevo, dentro de mí, lo oculto:
lo que los otros fueron olvidando;
aquello que volverá hasta aquí después;
y el gran reloj del tiempo.

Llevo también dentro de mí,
el conocimiento y el oído de la memoria;
y los pulmones saturados de perfumes extraños.

Si viviera nada más dentro de mí
haría cosas como éstas:
haría cosas parecidas a estas cosas:
acabaría con los años y multiplicaría las conciencias;
pondría el honor, entero y pesado,
en los hombros de los hombres;
y rebajaría al mínimo la culpa
que impone la honra a las mujeres.

Haría un gran convento para el amor platónico
y una hoguera en donde quemaría
el deseo y la envidia.

...

(Deo Gratia)

En sesenta minutos más de 300 millones
de gentes en cualquier parte del globo
pueden morir.

Al momento de la explosión pueden morir.
Esta es la conciencia común del peligro
ante la amenaza de la guerra nuclear.

Pero la muerte que no espera nunca
corre a llevarse al infante
como si la prueba fuera sangrarlo,
herirlo íntima y filialmente.

(El joven presidente envejece)

ANTONIO LÓPEZ FÉLIX

Antonio López Félix nace en Ures, Sonora, el 21 de abril de 1930. Escribe desde los trece años. Se forjó de manera autodidacta. Ha incursionado en el periodismo con artículos de fondo. Algunos de sus trabajos han aparecido en *El Imparcial*, así como en la *Revista BANAMEX*. Desde muy niño fue traído por sus padres a Hermosillo. Sus preferencias poéticas son Amado Nervo y Antonio Plaza. Aquí uno de sus poemas:

Sentir la sensación inmaculada
con la dulce atracción desconocida,
que llega al corazón enloquecida,
con el impacto artero, consumada.

Si queda en tus pupilas prisionera
la imagen ideal del pensamiento,
la tibieza que arrulla tu lamento,
es la diáfana esencia de tu espera.

Acaricia tu ensueño, vive, canta,
no pierdas la figura de tu sueño,
susúrrale palabras con empeño
esculpidas de amor, que se agiganta. . .

La emoción de vivir completamente en el
tiempo, la pausa de esperanza,
que vive en lo profundo, de confianza,
vibrando en la verdad tan imponente.

Amar, es el principio de la vida,
el final que nos lleva al infinito,
en el toque de queda, todo escrito,
culmina consagrada su venida.

MANUEL GARCÍA MADRID

Nace en la sierra abrupta, en Arivechi, el 14 de junio de 1926. Ha ejercido la práctica docente por 44 años, al servicio del Estado y la federación. Su trabajo literario, por otra parte, que es copioso, le ha significado 36 años de dedicación y esfuerzo. Cuenta que su inicio en este campo lo debe, primero, a la carencia de materiales literarios para la práctica docente, en los ambientes rurales donde laboró, y que se empeñó en crear, tales como obras para teatro, lecturas, rimas, coros y canciones, y, segundo, atendiendo a la necesidad de ofrecer a sus alumnos una clase bien preparada y documentada que les facilitara el aprendizaje, para lo cual ejercita la poesía creando los modelos y ejemplos a estudiar, al mismo tiempo que trata de obtener el pleno dominio de la materia.

Durante largo tiempo, García Madrid ha constituido un poemario, *Pastor de tigres*, aún inédito. Está dividido en seis estancias: Proa, Huerto Cerrado, Pastor de Tigres, Patria Chica, Ajimez y Nectarios. Cada una de ellas tiene diferente temática.

De Proa tomamos esto:

De: Silogismos:

Vivir pobre es vivir a medias.
Es ignorar el modo
de acomodar las partes del armonioso todo.
Es tropezar, a tientas,
castigando las horas y volverlas violentas.
Ver con vidrios ahumados, sin verdaderos ojos,
desentendiendo el cierto concepto de las cosas.
Es cosechar abrojos
pudiendo haber óptima recompensa de rosas.

De: Cervantes y El Quijote:

Ángel o bestia, el hombre da al arcano
triste etiqueta o elevado mote,
lacra y grandeza del sentir humano.
Riendo y llorando, España lo describe.
Habla siempre de Sancho y Don Quijote
la dualidad de todo lo que vive.

De: El Labrador Filósofo:

Convicto de ese fondo concluyente
de solidaridad y de empatía,
convierte la verdad en poesía
su noble y reflexivo continente.

No la definición sacia su anhelo
y canta la canción de los sembrados
en su versión teúrgica del cielo.

De: Prospectos:

Vivir es extraer el alma de las cosas,
de las penas y las alegrías,
y llevarla asida al puño
oprimiéndola contra el corazón;
y saber vivir es incrustar una joya en un poema
y ponerle música a la flor.

De la segunda estancia: Huerto Cerrado, entresacamos esto:

De: Madrigal:

Apresúrate, amor,
a separar nuestro rincón de cielo
y ven pronto por mí
que desolado espero.

Rescátame, mi bien,
que mi partida
sea a la hora vespéral,
cuando dialoga
tu alma con la mía.

Pastor de Tigres, es la tercera estancia, que da nombre al poemario. De ahí esto:

De: Romance de la Sombra Insomne:

En las noches tempestuosas
y en las pálidas lunadas,
un sangrante corazón
verán llegar a tu casa.

Y cantarán las consejas
que bajo de tus balcones
rondarán eternamente
mis penas y mis amores.

De: Egloga:

Mirándote sin verte,
vivo en perpetua huida
y estoy, desde el momento de perderte,
acorralado, inerme, sin salida,
en un temor horrible de la muerte
y en un hastío inmenso de la vida...!

De Ajimez, que es la cuarta estancia, entresacamos:

De: Hai-Kais:

Mi pensamiento.
Mi pensamiento es una rosa.
Acude tu recuerdo
...y la deshoja.

Y finalmente de la estancia quinta, Patria Chica, retomamos:

De: La Danza del Venado:

De cuantas danzas son, la del Venado
muestra más expresión y simbolismo:
la lucha por la vida y el dualismo
del bien y el mal; del yaqui es legado.

Presiden, desde un solio de granate,
los manes de Lautaro y Babilomo,
de Mori, Sibalaume y Tetabiate.

García Madrid tiene en preparación: *Rimas para primaria y Jardines*. También una obra en prosa: *Arivetzi* (n), autobiografía de un pueblo sonoreense.

JULIO ERNESTO TÁNORI

Viene a ser Julio Ernesto Tánori quien cierre definitivamente la generación de los años 60, para inmediatamente después dar paso a la siguiente, la de los 70.

Nace el poeta en Hermosillo el 23 de agosto de 1948. Todavía chamaco, quizá a los catorce años, empieza a escribir versos. Ya en la preparatoria inicia un periodo largo de lecturas y creación. Es asiduo concurrente a los cafés literarios que organizaba la Universidad de Sonora en Librería Universitaria. No participa directamente en ellos, pero es ahí donde conoce a Alonso Vidal, quien habrá de impulsarlo posteriormente.

Ya por entonces escribía algo como esto:

Levanto el puñal que quiso ser de auroras
en tu cuerpo de arena por la espera
las aves llegarán.

Tú dormida verás volar los insomnios en sus picos
cubiertos de vaho por tu sexo de piedra
imagen a fuerza de hacerse ídolo en el silencio.

(Poema erótico para avivar el fuego)
—Fragmento—

o sencillamente esto otro:

Esperas . . .
Esperas granos de maíz
que amantar
 pupila
metáfora de cabra
alfombra peluda del cariño familiar,
 Tus silábicas palabras
 —guau; guau—
en esta casa son
jugadas perdidas de antemano
 —Sergio, gana—
son escondidos silencios, ignorados,

cornetas de alerta para la madrugada
y bililianos relojes para despertar.

Eres lupe lu
nuestro querido animal.

Continúa su carrera de licenciado en derecho. Sigue escribiendo intensamente. Unos cinco años después reencuentra a Vidal, cuando éste inicia en el periódico *Información* la publicación semanal de *Bogavante*. Alonso conoce entonces una producción interesante y de calidad extraordinaria. En el segundo número de este suplemento Julio Ernesto publica por primera vez. Puede decirse que Tánori es fundador, con Arturo Valencia, Sergio Galindo, Susan Chico y Abelardo Casanova Hernández de este proyecto editorial que se ha sostenido por más de once años.

Pasa el tiempo y el poeta ya no sólo publica en su Estado natal, en revistas y periódicos, sino que salta fuera de este contexto, ya en lo nacional, ya en lo internacional. El problema principal en Sonora, en esa etapa —y todavía—, era la falta de editoriales para la impresión de libros, *plaquettes*, folletos, etcétera.

Por otra parte los mecenas escasean, y otro más: se dice que la poesía no es redituable y además es lo que menos se vende. Así Tánori tuvo que esperar otros años más, para luego verse editado, en el número 5 de la serie: *La Poesía en Sonora*, que promovió la Universidad quién sabe por idea de quién. Actualmente ese intento está suspendido. Ojalá que no sea por tiempo indefinido.

Es pues así, como se da a conocer el poemario de Julio: *La otredad del amor*, exactamente el 24 de abril —viernes— de 1981. La presentación se lleva a cabo ese día en el Canal 8 de TV Universitaria.

En una entrevista hecha por Francisco Rodríguez R., el poeta explica eso de la "otredad". Dice:

Es un concepto que se maneja, pero que no tiene explicación exacta. Es abstracto, cada quien lo entiende a su manera. Para unos es la 'calidad de lo otro'; para Antonio Machado es 'lo otro en sí'; y para mí es: 'lo otro de otro'.

Y agrega el propio poeta:

La poesía en sí es un concepto abstracto, indefinible completamente, en donde el poema es el medio para expresarla, ya que el lector al recorrer el poema, es el que decide si hay o no poesía, y no porque el poema se aclare a él, sino que él mismo lo trae en sí y se refleja en eso. El poeta lo escribe y se desliga de la obra. El lector lo reescribe. La obra es autónoma, tanto del lector como del autor. Por eso cada lector distinto, es un poema distinto.

Por otro lado, él hizo la justificación indispensable de su obra. Señaló:

Es la conjunción de experiencias, vivencias, juegos de mi poesía. Considero viene a ser la confirmación en el sentido católico del término, de que uno existe para sí mismo y para los demás.

Fue quizá en esa entrevista donde Tánori aclaró algo, es decir, para él por supuesto. Dijo que "la poesía no sirve para nada". Y remachó que se hace "como terapia; para desalojar los demonios personales de cada quien, desde el autor hasta el lector".

El domingo 26 de abril, en un *Bogavante*, Alonso Vidal escribe:

Como todo aquel que se dedica a escriturar versos, Julio Ernesto Tánori vuelca en los suyos sus vivencias más profundas y poematiza, algunas veces, con sutil ironía su infancia, sus amores y sus insomnios. Cada poema lleva en sí la marca, su marca.

Pero escuchémosle en su propio ritmo, en su propia soltura, en su propia palabra:

Al darte el corazón
tendría que acuchillar espejos
solidificar nostalgias
quitarme el gabán de la tristeza
Coatlícue.

Luego
 estampar la huella digital
 para la florida guerra
 del tálamo lunar.

Ofelia Parodi al leer el libro descubre la calidad del muchacho y escribe:

Un poeta sonorense que sabe acuñar versos de verdad. Porque si la facultad del poeta es hacer versos y el arte de hacer versos es la poesía, Julio Ernesto Tánori está en su terreno.

Y afirma la Parodi:

Yo creo que la poesía no es cosa ni del lenguaje ni del estilo, es algo más profundo, el modo de sentir el sentimiento y transmitirlo apasionadamente, la idea del sentimiento y la belleza concebidas en palabras o la belleza y el sentimiento en palabras con la elocuencia del alma, el alma misma en arrebató de sensibilidad de elevación suprema en el más puro sentimiento y en la soledad del pensamiento.

De toda la poesía de Julio hay en un poema, quizá solo, en donde se manifiesta completa y enormemente. Es un poema dedicado a la muerte de su padre, en donde se siente la misma intensidad de aquellos que escribieron Jorge Manrique y Jaime Sabines. No en balde, este último es el poeta preferido o de sus preferencias. El poema se llama:

PAPANCHO

¿Qué viento me dirá que
 me has oído?
 Enrique González Martínez.

Tres de enero
 hace nueve años
 la oscuridad de tus dos ojos
 envolvió tu luz de adentro
 —la que esparciste siempre
 padre

como espiga
 cuando cada mañana repartías
 el pan dulce de los buenos días.

Un tres de enero
 el manotazo de la palidez
 te durmió el cuerpo
 para llenarte el corazón con el aire frío
 que de la puerta callada
 el cuarto tuyo estalló en un grito
 nosotros.

No te he visto más:
 pero cuanto has estado aquí conmigo
 le recuerdo . . .
 —te recordamos—
 en cada piano que dejaste tocando en la memoria
 en cada metal que tu trombón nos señaló
 en el costado izquierdo
 y en la canción sencilla
 de los sesenta y tres años de tu aliento.

Nueve años me faltaron
 para decirte
 desde el galope azul de tu recuerdo
 gran camarada
 padre
 —espérame en esa estación
 allí nos veremos.

Fue éste un poema escrito en enero de 1975. Dice Ofelia que el poema es "la desgarradura del dolor de la ausencia". Y tiene razón. Y agrega: "Julio debió escribir estos versos un día de tristura, y con esa sonrisa suya desconsolada, melancólica, tan desamparada".

Por su parte Miguel Manríquez adivina esto:

Los poemas de Julio están llenos de ternura contenida, de suavidad perseverante y auténtica que nos muestra a un Tánori más maduro, más sereno, confiado y, sobre todo, con una vena poética que empieza a deslizarse, ahí, donde uno menos lo espera.

José Teherán quizá sorprendido por poemas como éste:

Codifico lontananzas

en la arista norte

de una lágrima
 quebrándose los dientes
 de tanto gritar
 en el hueco del silencio
 —puñal sin filo— helado como el viento
 misántropo del odio vuelvo a la infancia
 me vuelvo a beber el agua de mi bautismo
 recojo de nuevo mis juguetes en la memoria
 inflando el dedo pulgar de mi mano derecha
 aquí descarto la soledad
 abriéndole las puertas a las abejas de la niñez
 que asidas con un alfiler
 a la llama del corazón
 conocen otra vez el mundo
 recomenzando a luchar.

escribe:

Para explicar a Julio Ernesto Tánori, el poeta, tendríamos que recluirmos junto con él durante cuarenta días en el inmenso desierto de la soledad, donde el artista poeta se refugia —bíblicamente— para librar sus batallas inmemoriales contra los demonios que amenazan con devorarle las entrañas, y que de alguna manera el poeta exorciza al conjuro mágico de la palabra, para sacarlos y aprisionarlos en la lírica de versos que nos quiten el sueño, que nos hablen de infiernos y de estrellas y nos expliquen los misterios de la vida y la muerte.

Después de otros conceptos, José finaliza:

Julio Ernesto Tánori, tendrá que estar solo —irremediablemente— hasta el fin de sus días, librando sus batallas, pero muchos estaremos prendidos de sus signos para llegar a conocer nuestros demonios:

Nadie va hoy
 ni fue ayer
 ni irá mañana,
 por este mismo camino
 que yo voy
 a Dios...

En Julio hay un realismo claro que encubre un segundo plano y es ahí donde expone el significado del mundo, de su mundo a la luz de su razón, o mejor de su sinrazón y de su experiencia:

Cada vez que levanto con mi mano
 la luz diaria de esta casa abandonada al polvo
 el sauce canta su poema
 de corriente de agua
 quitando instantes de hemisferios
 para colocar
 docenas de pájaros sin jaula
 acallando su vegetal canción
 yo no sabía
 —no sé nada—
 por lo que este canto
 antes de llegar al mar
 lo hago estallar en el pabellón del oído
 reventándomelo.

Javier Navarrete quien lo prologa señala:

Julio conocedor del significado jurisprudente es también, por lo suyo, conocedor del 'jurisverbante'. Por ello suelta con la autoridad que le da su derecho, las palabras que no quisieron quedarse dormidas en su pensamiento y las deja libres de tal manera que podemos verlas correr por estas calles buscando la tibia oquedad de la comprensión.

Y Navarrete va más allá:

trémulamente audaz Julio Ernesto Tánori ofrece a su mundo algunas de sus voces más sentidas. No le importa que 'sean hechas pedazos', pues sabe que al fin y al cabo serán pedazos de poesía.

La afirmación de Julio Ernesto en la entrevista con Rodríguez fue clara, en no suponer, sino que la poesía también, de alguna manera es política, y de la buena, vale decir, de la honestidad, de la humildad, del riesgo, de la verdad, el amor. Tánori fue claro:

La poesía va dirigida al ser humano en general, el cual a hallarla en los poemas, puede cambiarlo y al manifestarse

ese cambio, cambia a la formación social, a través de su nueva visión de la realidad, ya que la política no es el ejercicio del poder en sí, sino que es la relación de un hombre con otro hombre, para el mejoramiento o el envilecimiento de la relación social.

Por tanto el poeta dice:

Los caminantes escupían palabras masticadas
históricas palabras de la desesperanza
buscando los paralelos polos
dónde quebrar los lomos a la soledad.

Quisiera preguntarles
de la gente que ha quedado en las escalas del
insomnio
en los pesados eslabones de la ausencia
—tradicionales tatuajes en las comisuras del sueño—
coagulando los prehistóricos durmientes de la felicidad
o
esperan
quisiera decirles que...

El poemario de Julio está dividido en tres partes. Es decir, lo angustioso y definitivo. Hay una segunda parte que él mismo llama: Segundero, conformado por ocho poemas solamente, a la manera de los poemínimos de Efraín Huerta. Que vayan todos para mejor objetividad:

I

¡Imaginemos
poemas
hay
que
revivir
los ojos!

II

Libertad
la del pájaro
que vuela
hasta morir
asfixiado.

III

Nada por aquí
Nada por allá
A la tercera palmada
Nada
Nada
Nada
Tan sólo el vacío.

IV

Para cambiar
la luz
en
primavera
hay
que
envainarla
en la amarilla
coraza
del gorrión
solificándola.

V

Mis ojos
se ven entre
palomas
al darse cuenta
que se equivocaron
de
sueño
mientras
la
luz
se oculta
en estas manos
para prolongar
su ausencia
en este cuerpo,
para jugar
a morir.

VI

Ojalá
el viento
fuera
de piedra
y
se te cayera
el corazón
a pedazos
que es flor
y
pájaro
cuchillo
y luna.

VII

Beber
la luz
es tirarse al sol
para que se
incruste
en
cada
poro
hasta
deshielarlo
anochece.

VIII

Se necesita
un tambor
para romper
el alba
un aleteo
para
romper
el silencio
Se necesita
un
eco
una luz
para
...

Actualmente el poeta trabaja en un nuevo poemario: *La sábana santa*. Aquí tres poemas:

Recogí en la maleta del día
la nostalgia de la noche
apresándola
para que mis huellas
se desboquen como caballo herido
hasta el fondo de la sábana.

—

Anochezco en el último bostezo
del fantasma de tu almohada
arrullándome el silencio
con su oceánica canción
de la sinfonía del mar
el naufragio es una nota desafinada
que el relámpago da
es la distancia una playa imaginada
bajo el foco de sombría luz
el faro me niega la esperanza
como se niega un pulpo dormido
al pescador
el azar es entonces una sábana
para amparar el sueño
del puerto de partida:
zarpa la soledad
para encontrarnos
voy dejando señales de mi cuerpo
los remos de mis brazos
los ojos como boyas
retratos insomnios y dos o tres
madrugadas que me quedaron de ti.

—

El amanecer me despierta
ahogándome en una lágrima de sal

DE LOS POETAS DE CIUDAD OBREGÓN

Alguna vez Juan Eulogio Guerra señaló que

los poetas de Ciudad Obregón tienen al principio de su obra marcada influencia del hasta cierto punto barroquismo y astilla romántica de Bartolomé Delgado de León; más tarde se encuentran ellos mismos y se ubican en su época y reclamos sociales de la actualidad.

Guerra se cuidó muy bien de no advertir que de él también emana esa influencia, ya que provenía precisamente de la línea —curiosamente— del mismo Bartolomé.

Y habla de la nueva generación local cajemense, que viene a entroncar con la de los años setentas que brota en Hermosillo. Dice de Bernardo Elenes Habas —quizá el más influenciado por aquellos dos—, es un poeta interesante, que tiene el buen principio de ser realista y de no escatimar esfuerzos para tratar de cambiar el entorno social que la circunda y que a veces le hiere los ojos. Buen ocote la pulpa de su palabra para hacer alumbradas en épocas de frío y para iluminar la ya larga noche de explotación, ignorancia y miseria de campesinos y trabajadores.

Un ejemplo de ello es esto:

La raíz de la noche
regada por las horas
para expresar el sueño en las estrellas.

Estar aquí
cargando en las espaldas
la herencia sometida
a la injusticia
como el canto desteñido
dejado entre la brisa de los mares
por los esclavos
que inventaron el desprecio.

Y esta semilla dejada entre
la sierra
que no revienta en el ambiente

cuando la boca del confín espera
 beberse la ignominia. . .

Y las estrellas
 lavadas con sangre nueva
 brillando en los sueños
 ciudadanos.

En este fragmento en cierto sentido el poeta se pinta de cuerpo entero. Su estilo a veces es violento, agresivo, retador. Muchos de los poemas iniciales de este muchacho tienen un corte casi idéntico. Se nota en ellos que se afana con terquedad en repetirse revolucionario. A veces por ello en ocasiones la poesía se le va de las manos.

Pero todo transcurre con el tiempo y Bernardo fue madurando a fuerzas, con intención. En 1982 publica su primer libro: *Cantos de pescadores*. En ese momento escribí esto:

Los poemas marinos de Bernardo Elenes Habas tienen un sello muy particular. Ahí la vida del hombre se conjuga en soberbia manifestación con la naturaleza, en donde el oleaje nerudiano irrumpe para golpear las rocas, las playas y las almas: en donde la tensión de un ritmo prefijado se le unta a la piel atormentándole para escriturar su angustia. *Cantos de pescadores* son eso, una alusión directa y evocadora, un resplandor que busca su propio sol para alumbrarse, busca su propia salmuera para curtir de una buena vez, la voz y la palabra.

He aquí la ventana abierta en donde el obregonense se derrama. El poema número 24:

He salido del barro oscuro de la noche
 a convertir en grito mi experiencia,
 a levantar un faro de guitarras
 para cantar mi soledad.

He salido a buscarte.
 Y frente a ti,
 en silencio te socorro,
 sin dejar la antigua huella del dolor empecinado,
 quemando las palabras que agudizaron tu nombre.

Con mi canto socavo tu mineral anatomía.
Penetro en tu mirada
mis manos se desgastan
acariciando tu luz ruborizada,
porque no puedes negar que estoy en ti,
como una profunda cicatriz
que no habrá de disolverse.
Te canto.

Es esta una canción atormentada
que se destila en mi voz piedra por piedra,
trasponiendo alambradas,
sufriendo heridas de este tiempo.
Pero te canto a ti,
desde los pies al universo,
coleccionando tu inédita bondad,
recorriendo tu piel centímetro a centímetro,
sembrando incendios,
hasta hacerte incapaz de morder tu asombro,
y admitas que circulo sin tregua por tus venas
llorando mi canción y cantando con tu voz,
desde el bronce inconcluso de mis versos.

Tiene Bernardo una obsesión como Guerra: los juegos florales. Ha ganado en Mazatlán, en Guaymas y Sahuayo.

De Jesús Antonio Salgado dice Juan:

Uña y carne, vino y sangre de Elenes Habas, tiene lo propio. Su poesía resuena agradable en su melodiosa voz. Es un poeta que también reniega y arroja piedras a los escarpatos del hambre. Sabe que la palabra necesita alimentarse y se prodiga en la buena lectura que nos transforma y nos capacita para transformar.

Aquí su poema: "Inconciencia"

Estar aguardando arteramente
la voz de la madrugada,
para luego callar en la partida
y decir, como cristal de vaso,
la espera no fue inútil.

El agua lentamente se esparce
y a veces es torrencial su paso.
Hay ocasiones en que la amargura
se congela al calor de una nostalgia.

Siempre pensamos todos en el mundo,
cuando lleva una marcha clara de tropiezos
y decimos libertad en nuestras redes,
por ser el universo más pequeño
y más infantiles las sonrisas.

¿ Todos esperamos el reloj de arena
—es un proceso muy antiguo—
y hacemos del futuro de las penas
algo muy bochornoso en nuestras bocas.

¿ Decir todos, es un acabar de gritar
en infinidad de años,
en infinidad de piedras remolidas
para construir en arena
los jacales del futuro.

El agua se ha de ensuciar
en el paso inevitable de los muros;
quizá se vuelva roja su corriente
y llegue haciendo grotescos movimientos
al hundirse en la tierra
para alimentar los huesos de los muertos.

Qué distancia tan insignificante
hay entre el alma
y la voz que llega en el silencio.
No hay distancia. Están unidas.
Pero parece que el mundo las separa,
las sofoca en un violento giro,
en sádico latigazo de principios.

Hay que caminar desnudos
con la voz puesta en la madrugada
y las pisadas marcándonos la hora
en que llegarán las palabras verdaderas.

DANIEL DELGADO SALDÍVAR

Dice Guerra que Daniel Delgado Saldívar le recuerda el binomio Enrique González Martínez y Enrique González Rojo. Esto porque este poeta es hijo de Bartolomé Delgado de León. Agrega Juan que a Daniel no le debe de dar miedo superar a su padre, sino por el contrario, debe intentarlo. Dejar a un lado el sentimentalismo y materializar poéticamente las grandes decisiones.

Recientemente, en marzo de 1984, se publica su primer poemario. Ahí mismo Daniel explica:

Nací el primero de junio de 1956. Cajemense por nacimiento y macondiano por tradición. Estudié una carrera porque no sabía que se podía hacer otra cosa. Me fui al extranjero a los 21 años sin saber exactamente por qué, pero fingiendo que sí lo sabía. Volví a los 25 y actualmente sigo en las mismas, pero trato de no fingir.

Comencé poeta por imitación y seguí por vocación. Me costó mucho trabajo desprenderme de la herencia y aún lo estoy intentando. Es un trabajo solitario. Es como una masturbación intelectual que, poco a poco, va creando en la soledad su ideal de mujer, mujer cuyos ojos encontré en un verano en Georgia hace no sé cuántos poemas.

Soy poeta y estoy escéptico. Afirmo que no tenemos esperanzas ni social ni culturalmente hablando, pero muy dentro de mí, donde yo no la alcanzo a ver, se esconde una esquirla de la esperanza universal. Y a causa de esa esquirla trato de mantenerme alerta; "tigre", como diría Ulalume González de León y esquivo los lunes como bocas hambrientas que conducen a la vejez de espíritu.

No me avergüenza decir que no formo asociaciones, que no tengo filiación ni ideología: confieso que tengo miedo de aceptar ciegamente una verdad sólo para descubrir, tiempo después, que "el césped del vecino es más verde" que el mío.

Piensa por otra parte este muchacho que a él le es suficiente que una frase, una idea, una emoción le hermanen con los de-

más. He ahí la verdadera solidaridad. La humildad. Aquí un poema suyo:

CRÓNICA DE UN ERROR

El cuervo extendió sus alas y empezó a graznar
canciones de muerte.

El horizonte se volvió aún más oscuro
y en vez de lluvia recibimos sangre.

Nada pudimos hacer. Exactamente nada.
Tan sólo reunir nuestras tristezas,
nuestras desesperanzas,
nuestras diez mil y una ilusiones frustradas
y agachar la cabeza y esconder la cara.
(No sé si sonreíste o lloraste ante la mascarada...)

Creímos que podía ser fácil, y creímos
que lo que somos hoy seremos siempre,
y creímos en mí como en las predicciones
y creímos en ti, como en confesiones dolorosas...
Creímos en esto y en aquello,
creíamos tantas cosas!

Probamos a jugar a los adultos
y empezamos a poner caras hastiadas
pero entonces me fui:
aún duraba la luz de los relámpagos
que imaginamos mediodía...

Y ahora la ausencia para ti se llama tristeza y muerte
y para mí se nombra desesperación.

Y yo no vuelvo.
No he de volver a las tinieblas del alma
y mucho menos por compasión.

Estoy temblando, sí,
¡pero no vuelvo!

Indudablemente un poeta con toda la barba, que ya dio el "salto mortal". Maduro, auténtico, autocrítico, justo y además es él.

RIGOBERTO BADILLA

Rigoberto Badilla —manifiesta Guerra Aguiluz— forma parte de los nuevos cuadros de escritores jóvenes, tiene luz original y también tamaños, se aventura a deambular por los vericuetos del dibujo y alcanza los bártulos de diseñador de obras literarias. Sensible en extensión a la medicina, lo que le ayuda mucho como escritor al estar en contacto con el hombre enfermo. En otra dimensión muy rica en experiencias anímicas. Y además el hecho de vivir en otros lugares como que le matiza la palabra y le permite medirse con los demás.

¡Cuánta razón tiene Juan! Este poeta es seguramente el más original de todo el grupo, el más fluido, el más claro, el más intenso. La poesía le ha dado sus secretos a manos llenas. Una de sus joyas es escriturar misivas en donde aparece el pájaro azul en las crestas del viento. Veamos esto:

Alonso Vidal, Poeta.

Amigo sin distancias:

Cuando las horas atraviesan barreras invisibles, y el minuto se viene como tratando a solas, cayendo y levantando por valles y montañas. Cuando la noche llega con su hollanda de sombra tremendamente cruel, y el sentimiento busca la verdad de su esencia en el vasto y recóndito misterio de las fibras internas, se me vienen encima las palabras: Una a una primero, a borbotones luego. Y con mis manos lucho para unirlas en fila y dibujar mis ansias, o plasmar metafórico —si fuese necesario— un paisaje de risas.

Es la hora del silencio.

La noche abrumba y duele.

Un cielo sin estrellas revienta en mi ventana.

El viento débilmente que se viene del mar, con sus pequeñas manos —frescas como las gotas de un tierno rocío— hace temblar de ensueños al cortinaje verde. . .

Hoy, cuando la tarde triste levantaba sus ojos amarillos, tuve la libertad de la vagancia: Mis pasos lentos como caminos viejos, se arrastraron apenas hasta el muelle. No hubo

el bamboleo de otras horas: El mar fue más tranquilo que las pasadas veces, y los mástiles blancos buscando alguna nube, no sablearon al viento enfurecidos. Parecía que las horas predispuestas amaban de antemano la calma taciturna, y el mar enorme y solo como si no existiera, solamente en silencio mostraba ante mis ojos, la magnitud eterna de un Dios incomprendido.

Las barcas estancadas, las nubes amarillas en la tarde sin nombre, alguna vela blanca perdida en lejanía, significaban sueños de luz o libertad. Era el piélago inmenso, el mar con sus enigmas y sus cosas de siempre, su azul desmesurado, su poliglota ensueño que nos habla de tantas inquietudes. . .

Más cercano a mis ojos, allá por los manglares de verdes acuarelas, un vuelo de gaviotas rubricaba en el viento pin-celadas de plumas, y más cercano aún, junto al borde de piedra y al nudo de las anclas, algún marinerillo con su guitarra en mano, cantaba barcarolas de dulces futurismos, que el viento se encargaba de llevarlas al mar. . .

Es una carta formidable fechada el viernes 9 de junio de 1979, desde Chetumal, Quintana Roo. Allá fue donde Rigoberto Baddilla hizo su trabajo social como médico. Sin parecerse —claro está— hay un íntimo eslabón que nos remite a aquellos hermosos textos de Jaime Sabines, en *Diario seminario y poemas en prosa*. Concordancia en la fluidez y en el sentimiento.

Y aunque el poeta, todavía diga más sus cosas que las cosas de los otros, ya va el hombre, ya entra en esa adquisición de lo humano que habrá de distinguir su obra.

Veamos cómo entra en la casa de la poesía:

No sé por dónde habré de levantarme:
si con la luz a cuestras atravesar montañas
o con la sombra a solas perseguir los minutos.

Es tan difícil valorar las horas
cuando el instante vierte en nuestros pechos
la pesadumbre artera de un silencio sin voz;
cuando la noche asoma sus cansados milenios
a través de sus ojos temblorosos,
y sus ojos no llegan a revivir la sombra.

Me pregunto en un grito interrogante:

¡Dónde habré de encontrar el sueño de mis manos!
¡Dónde el camino amplio para mis pies sedientos!
¡Dónde la paz de un mundo serenamente mío,
arrullo tembloroso de sencillos vaivenes
para el sórdido espíritu que se retuerce y gime!

Y la pregunta queda, como impregnada y sola,
ante la luz enorme de las vastas montañas,
ante la negra sombra de las horas que vienen. . .

Y hay otros poetas cajemenses de los cuales Guerra Aguiluz dirá:

Hay tres poetas muy interesantes que se identifican por escribir las cosas del pueblo de una manera popular; no es tan fácil como se puede pensar. Se necesita haber sufrido las inclemencias de una realidad hostil para poder interpretarlas correctamente por medio de la palabra escrita: *Hilario Sánchez*, barnizado de cristianismo, hasta cierta medida, socialista; de palabra clara y sencilla, se hace entender por los obreros. Tiene un libro de poemas con una presentación y contenidos muy originales y se expresa con una humildad auténtica que eleva el valor de sus tesis sociales. *Rafael Ángel Rentería*, poeta cívico y cantor de las cosas de su tierra, hace de la amistad un poema y con su trato garantiza su prolongación más allá de las formas meramente convencionales. Lo importante en él, es que sabe conmoverse en las cosas más sencillas, cotidianas de la vida; aunque a veces adopta el tono mayor del poeta que quiere ser y logra epopeyas y odas y hasta a la diosa Euterpe la ha arrancado algunos acordes. Me consta que trata de superarse. Ojalá logre cambiar la forma de decir las cosas y prescindir de usar apócope, que antiguamente se usaban con el único objeto de dar tal o cual número de sílabras. *Enrique Peña*, poeta de rasgos duros, que lo mismo fustiga a un mal gobernante, que derrama una lágrima por la muerte de su amigo Jorge Greg Noble.

Entre los más jóvenes está Carlos Verduzco Meza, que tiene fibra y buena madera de poeta. Es además compositor de corridos. Están también Juan Manz Alainiz que tiene un libro llamado *Oro verde*, y Celina López.

GENERACION 1970

LUIS REY MORENO

Luis Rey Moreno es el puntal más certero que abre esta generación poética que brota en los años 70, esa que en cierto modo está marcada por la luz de la angustia y la firme terquedad de los exilios. Su trabajo creativo ha sido paralelo al acontecer de su vida. Desde muy chamaco soltó sus amarras para dejar correr sus hilos por el camino del arte.

Nace el poeta en Cananea, Sonora —y no es casual que ello haya sucedido en la Clínica Obrera, a las nueve de la mañana— el 25 de agosto de 1953.

Es traído por su familia a Hermosillo desde muy niño. No es increíble que en su edad escolar primaria (Escuela Alberto Gutiérrez) le despertara el amor por la música, la pintura y la literatura. Fue ahí donde realizó sus primeros intentos. Y es que Luis Rey era un predestinado. Por eso su formación posterior que fue firme y quedaron en él esos tres signos: el canto, el dibujo y la poesía. De esto último escribió entonces:

Ángeles temerosos
pueblan la tierra
ángeles sin guadaña
y sin paz.

Ángeles sin locura
y sin aliento
ángeles en el aire
con armas de fuego
ángeles blancos
con cara de pánico
ángeles en el aire
transparente de tierra.

Realizó estudios de artes plásticas y música en la Universidad de Sonora. Fue miembro del coro de la misma. Curiosamente después, años más tarde, del coro de la Universidad Autónoma Nacional de México.

Luis fue miembro fundador del quizá primer Grupo Cultural Independiente de la entidad: GERMEN. Ahí como un núcleo compacto se unieron varias inquietudes para edificar un ideal, su ideal, y además darle cauce. Aparecen tres revistas con el

mismo nombre. Era patente en ella la búsqueda por tomar los bártulos del famoso manifiesto surrealista, encabezado por André Breton. Además era muy importante que la palabra "revolución" fuera vital y precisa, cierta en la vida cotidiana.

Un poco más tarde Luis Rey funda el primer grupo de música latinoamericana, Cuca Paah. Éste se formó con la intención primordial de hacer un taller experimental de música. Se buscaba una resolución lógica de resolver un problema unitario, a una actitud política. Todo eso se realiza de 71 a 73. Se estructura un coro de 52 voces. La dirección era colectiva. Entre sus compañeros están Gastón Serrano, Juan López Reyna, Alicia de la Torre Ñíguez, Humberto Lugo, etcétera.

En 1974 los problemas políticos universitarios se agudizan y hay que salir. Es cuando Luis y otros compañeros toman el camino del exilio. A estas alturas habría que preguntarse si voluntario o involuntario.

El caso es que Luis Rey fue a parar en la ciudad de México. Allá participa como recitador y cantante en varias peñas. Viene luego Cuernavaca, Ciudad Sahagún, Morelia.

En 1975 retorna a Sonora y con el mismo grupo musical de ayer se monta en el Auditorio Cívico del Estado un recital: La cantata de Santa María de Iquique, del chileno Luis Ambris, en memoria de José Sheaper Vega y Gerardo Peña Dessens. Ese mismo año se diluye el grupo y cada quien por su lado.

Curiosamente e importante, Luis Rey Moreno publica por primera vez. Fue el sábado 5 de julio de 1975, en la página *Bogavante*, un poema, que es un grito, íntimo, descarnado, ferrozmente enaltecedor:

AVISO

Solicito un lugar,
un espacio.
Solicito que me dejen ser, por un momento,
una tuerca o un tornillo en esta
inmensa y enajenante maquinaria.

No tanto como me paguen
por posar mis asentaderas en una silla
de escritorio y firmar papeles
sólo un lugar, un espacio, un campito
¿Que si qué sé hacer?

Bueno... me molesta, pero, ¿por qué no?
Podría asesinar flores todas las mañanas
cada vez que éstas estuvieran viejas,
ya marchitas y no adornaran bien vuestra casa,
puedo limpiar pisos, vidrios y escaleras,
o bien contarles un cuento cada noche
sobre el amor, la paz y la felicidad
entre los que habitamos este mundo
(y esto sólo para calmar un poco vuestros nervios).
Puedo también, enseñarle a su hija
o a su amante, a preparar unos buenos y exquisitos
blanquillos matutinos con la absoluta seguridad
(¡y que esto cuente como garantía!)
de que se utilizará lo menos posible del gas
y el aceite, pues usted sabe lo caro que esto está.
Sé limpiarlo todo, salvo excepción de no poder limpiar
su alma;
sus cargos de conciencia.

¡Soy el que busca!
El que puede hacerlo todo y no lo dejan hacer nada,
soy el que puede abofetearlo cada vez que esas
crisis emocionales que se ven por ahí y por allá
se posesionan de usted.

El que puede acompañarlo a cenar cuando se sienta solo
y si me cae bien, puedo hasta cargarle las maletas
a donde vaya o venga, si es que sus cansados bracitos
de ejecutivo se sientan lastimados.

Ya le digo: ¡soy el que busca!
Si se interesa: todo lo que tiene que hacer
es buscarme en la séptima nube
o llame al teléfono 32437, no lo olvide.
¡No lo olvide!

Moreno Gil que es el apellido completo de Luis Rey, se queda en Hermosillo casi todo 1976. Participa en el movimiento universitario. Luego regresa a la ciudad de México. Allí se rencuentran los elementos de GERMEN y hay un intento de reagruparse. Sale otro número de la revista. Finalmente se separan. Luis Rey se pone en contacto con los elementos que editan *Erosión*, así como con elementos del movimiento in-

frarrealista. También con gente que trabaja en el taller de cine experimental independiente.

Durante todo ese tiempo el poeta escribe intensamente. La nostalgia y la vida le va construyendo:

Un día descendí de la órbita inconsciente,
de la estrella lejana de la ignorancia.
Todo estaba lógico, real, contradictorio.
Extrañado, vagué tras la sombra de las cosas.
Palpé la incertidumbre.
Descubrí el odio mortífero entre los hombres.
Caminé por el mundo aceptando que las flores
marchitas son hermosas
cuando se marchitan por vejez
por voluntad del tiempo.
Así bajé preguntando.
Mi tortuguita de agua dulce
se perdió, se fue triste de mi olvido.
Se pudrió la cuerda del columpio
y la llanta por su peso cayó
y rodó humillada.
(Yo no estuve presente para despedirla).
Mi querido semáforo,
el camaleón de dos mil colores,
un día huyó de mí . . .
porque ya presentía mi olvido.
Benjamín . . . ya no me importaría
que no dejaras dormir con tus maullidos,
con tus largos romances. Pero tú ya no estás . . .
Ni sé siquiera qué fue de tu vida.
Mi águila, mis pollos, todo.
Todo había que dejarlo atrás.
Lo demás estaba frente a mí:
Me llamaba.
Su realidad me absorbía.
Lo "infantil" debía quedar atrás.

El desenredarse en la vida capitalina y anexa a la gran ciudad, le hace adquirir nuevas y remotas vivencias. Sin embargo todo aquello le hace ver más claro lo anterior, esa su otra existencia que fue y pasó, esa que le deja un rescoldo de amor:

Así las cosas. Yo no estuve de acuerdo.
Mis poros. Todos mis poros me gritaron
que no era el mundo ideal que imaginaba.
Lentamente fue deslizándose
la primera baba de dolor.

Así aprendí a contar convencionalmente
el tiempo de mi vida:
"Tengo apenas un siglo
y voy para dos años..."
Y junto conmigo alguien repetía
con la paciencia de lo que nunca cambia:

"Tienes apenas un año
y nunca cumplirás un siglo."

Ahí se ve claro cómo Luis Rey va atemperando el ritmo
sigue el ritmo, sigue el camino que le marca su poesía, que
es como decir su corazón. Va diciendo sus cosas, las que sien-
te, las que se posan en el ala de su ternura. Porque está
hecho, de costilla a costilla, de pulmón a pulmón, únicamente
de hombre:

Pero mi terquedad era más grande.
Comenzaron entonces los reglazos en las manos,
las piedrecillas bajo las rodillas
y los coscorrones
que siguen perturbándome el sueño.
Comenzó la tortura, la persecución.
Las difamaciones.
Y continué la marcha con el coraje
y la desesperación de lo que cambia.
En ocasiones, hubo que correr,
huir, ocultarse.
Así llegué un día a un túnel alumbrado
con luz suave de antorcha.
Lo habitaban gente que hablaban
de camaleones. Gatos. Águilas.

Efectivamente hablaban de
deleznables cosas adoradas.
Y así, alguien preguntaba a otro:
"¿Cuántos siglos tienes?"
Y el otro contestaba:

"Tengo la edad indescifrable
de todas las persecuciones.
Tengo recargada toda en mí,
en la edad, la balanza de lo justo.
Tengo la edad del corazón que ama".
Ellos nacieron del parto de la noche
en un día en que el búho esperaba.
Salieron a la luz como las mariposas
y a la sombra volvieron como larvas.
Tristes. Mudos de ver, ciegos de gritar.

Además de ser un testimonio fundamental, el poema es largo y dividido en tres partes. Ahí el poeta vive para la poesía, desesperadamente. Los dos últimos versos dicen:

Se me han pasado siglos
retorno tras retorno. . .

Este poema se da a conocer tardíamente en su libro que aparece hasta 1981: *En este exilio de luz*, en la Editorial Inéditos, del Grupo Acequia, del que el propio Luis Rey es fundador y promotor eficiente, entonces. Lleva el volumen el número cuatro de la colección, además de cuatro ilustraciones de Luis Gerardo Mayoral. En un Interludio, Pascual Mora señala:

Tengo los elementos dispuestos. Me he negado a sumergirme académica y unilateralmente en la serie de poemas de Luis Rey Moreno que integran su poemario. Por días he mascullado tratando de aprehender el conjunto, de recobrar la imagen ganada por años de lamer el mismo polvo, de rondar los mismos vericuetos, los mismos extravíos y distancias que nos unen. Tengo los elementos dispuestos. He impregnado este lugar de su voz en su versión de *La Canción*. De la pared cuelgan sus dibujos y leo estos y otros poemas y capturo los recuerdos fulminantes. Desdeño el lugar común, la extracción de versos memorables o la cronológica dignificación de sus acciones más versadas. Me irradio del eco de sus días más temidos, me quedo con el hombre que llena los huecos entre una y otra constatación del infortunio que lo ocupa.

Y eso no es una verdad a ciegas. Mora sabía y sabe perfectamente que Luis Rey es solamente un hombre que pide verdad; es más que la da. Es un hombre que no inventa, no se intelectualiza. Esa poesía que arribó un día para alucinar sus otras pasiones, porque en función de ella todo lo entregó, todo, aunque supiera, melancólicamente, una verdad sonora, aplastante, final:

Ahora. En este exilio de luz.
 Con esta noche,
 no sé qué sentimiento extraño
 sacude la realidad profunda,
 porosa de mis sueños.
 Y soy un ave negra de la noche
 maléfica hasta el fin.

Y más adelante:

En este exilio, sí, de luz,
 extraño el sentimiento.
 Extraño los cordones tibios de la madrugada.
 Extraño el pensamiento perezosamente retenido
 desde aquella infancia.

Moreno Gil sabe cuál es su destino y también sabe por qué lo padece. La sangre le fluye de uno a otro confín, y el lenguaje para él es su único emisario, para hablarle a su hija Sol:

Tú me has visto partir más de una vez.
 Me has dicho los adioses necesarios
 para que yo parta,
 y los besos siempre tiernos de tu boca.
 Y voy y corro y parto.
 Busco siempre la semilla que no quiere germinar.
 Pienso que tú ya lo sabes.
 Que lo supiste siempre.
 Que no ignoras el porqué de esta búsqueda,
 el porqué de este aletear desesperado,
 de tantos suspiros y de tantas noches de insomnio
 ¡Hija del amor, contigo no hay perdones!
 Hay un siempre no sentirse solo.
 Contigo es ver la Luna,

y saber que es siempre Luna,
que ningún atrevimiento humano,
aminoraría el dominio que ejerce sobre nosotros
su belleza tenue;
sus facciones de esperanza nítida.
Contigo es ver el mar yamarlo siempre
con toda su composición de peces
y de flores nocturnas
y de pulpos que juegan al anzuelo y al arpón.
Es también verlos flotando
entre burbujas de petróleo
despedazados brazo a brazo
por las hélices de los barcos.
Por eso, hija mía, y también alma de vida mía,
hija del amor,
tú eres amar al hombre.
Al hombre creador
y al hombre que masacra impunemente la imaginación.
No eres la razón de mi vida,
pero eres mi inquietud
mi quietud
mi cielo estrellado de ilusiones
¡Te amo!!
Desde este exilio de mi exilio.
Desde este año y de los otros.
Desde la incertidumbre de este pueblo nuestro;
y del hambre.
Desde la mirada fugitiva de los gatos
y el rayo infinito de mi alma
¡Te amo!
Mis ojos zigzagueantes a la vida
mi corazón, mis adentros.
Desde las pequeñas garras del pájaro cucuy
desde mis sonrisas y mis grandes alegrías.
¡Te amo!
Y sabrán el día de mi muerte
que no he dejado en el mundo
cosas más bellas que tu vida.
Mi respuesta eres tú;
mi saliva y mi llanto eres tú;
¡Hija del amor, y de los hombres!

En el Distrito Federal tiene la oportunidad de conocer a la familia Urreta: Olga, Alicia, Luis y Pilar. Ellos vienen a ser en ese momento el apoyo más firme para Luis Rey; son por decirlo así sus ángeles custodios. Sin ningún egoísmo de por medio le estimulan y lo lanzan camino arriba. Con ellos, indistintamente, da recitales en varias peñas culturales, escuelas, ágoras. Participa en coreografías, coros, a veces como cantante, otras como actor.

En su poemario *Exilio de luz*, en su pequeño y sencillo bosquejo biográfico, se anota lo siguiente:

Ha realizado dos exposiciones de fotografía y varias exposiciones Ambientales y una de Dibujos. Ha escrito tres obras de teatro: *Lo que nos impide expresar el amor* (puesta en escena el 23 febrero de 1979, con la participación poética de José Juan Cantúa y Pascual Mora); *La Agresión* (1980), y *Jerónimo no sabe a dónde va* (1981). Realizó una adaptación para teatro sobre la vida de Violeta Parra. Dirigió "Cuadros para una exposición", obra de creación colectiva, puesta en escena el 19 de febrero de 1981, con la colaboración de los grupos Truzka (danza), Malasangre (Música), y de miembros del Taller de Teatro de la Universidad Mayor de San Andrés (La Paz, Bolivia) en el exilio y artistas independientes. Ha escrito ensayos políticos sobre los modelos de enajenación ideológica. Fue miembro del Comité Estatal por la amnistía de los presos políticos y del Comité de Solidaridad con el pueblo de Nicaragua. Fue además miembro activo de los grupos marginales: Germen, Brecha y Acequia.

En alguna parte Moreno Gil ha dicho: "No pertenezco a partido alguno, pero mi posición ante la realidad es evidente: aún vivo."

Entre los poemas de Luis Rey hay dos que lo emparentan con Jorge Manrique, Jaime Sabines y Julio Ernesto Tánori. Son los que escribió por la muerte de su padre. Veamos:

Alguien pregunta por ti

Está en la tumba

Alguien
alguien pronuncia tu nombre

Está en la tumba

a las 7:10
 morías
 alguien pregunta por ti
 Está en la tumba

a las 9:00
 comenzaste a crecer
 desde entonces
 alguien pregunta por ti
 desde entonces
 todos los días me cuelgan el luto
 me dan contigo en la cara
 habrá un baúl donde guardar los fierros retorcidos
 tus lentes
 gotas de sangre
 tu ropa
 un baúl donde guardar también tu olvido
 ni siquiera te dejaron la tierra con tu cuerpo
 no podrás florecer en el pasto y el rosal
 no alimentarás las aves
 la bestia de carga
 no construirán ciudades donde yacen tú y los dinosaurios
 de metal a metal
 muerte y cárcel
 y para colmo
 pretenden retenerte en una realidad
 que ahora no te pertenece
 ¡maldigo entonces la fotografía
 y las manos que forjaron tu imagen en el bronce!
 ¡Maldigo todo cuanto quiera destruir tu sencillez
 papá.

Y este otro:

Hágase tu voluntad papá
 aquí en la Tierra
 así como se cumplen todas
 las leyes en el universo
 porque tu palabra la dictaste
 tú.

Nada valdrán halagos ni
 condolencias
 nada vale más
 por tu palabra papá y tus
 actos.

Aún se siente tibia la piel,
estás aquí.

Platicándome . . .
Como nunca lo hiciste
aún está aquí dictándome
el qué hacer
estás aquí; disgustado y
sonriente
discutiendo todas las posibilidades
que existen . . .
para que no murieras
para que no existiera
esta pinche realidad
aunque no puedo creerlo
todavía, de no ser por
el llanto de mi madre.

Tus futuras bodas de oro
no podías irte sin dejar
algo que te hiciera presente;
hágase tu voluntad pues,
papá, aquí en la Tierra
así como se cumplen todas
las leyes del universo,
venceremos contigo papá
y habrá fatiga tras
fatiga.

Venceremos contigo en pie de lucha.
Venceremos al enemigo
así como tú lo venciste
en cierta forma

Tú nos heredaste la terquedad
y estamos firmes.
¡Patria libre o muerte!
como tú papá
como tú
¡pelear, pelear, pelear!

Alguna vez Luis Rey dirigió el suplemento cultural *Decir Decir*, junto con Pascual Mora, en el diario *El Sonorense*.

El poeta es un crisol, pero nada más de sus temas posibles. No dudará en pisar la audacia. Y con mucho de melancolía,

mucho de muerte, mucho de misterio, desembocará en la esperanza, en el hombre que tiene como blanco blasón de paz y de ternura:

Después de tanto tiempo transcurrido
sin saber, sé.
Provoco la ironía
y me solazo
me divierte la forma en que imputan
"mis miserias"
y pienso en el beso
en la simple razón de amarnos
incluso contra "ello" mismo.
Sé que me están queriendo sin saberlo
y es el mejor amor que me prodigan.

Ese es el panorama, deshabitado, muchas veces cruel y hasta de fijación sorda y doliente. Y él asiste a su desarrollo, sin evitarlo. Está como forzado, condenado a verlo:

Hay momentos de escarcha
entre hombre y hombre
hay momentos de ensueño
Dios terrestre
hay momentos de insomnio
en los amantes
lejanías terrestres
hay momentos Dios
golpes contusos a la credulidad
en el hombre planetario
sismo cósmico
en las palabras
hombre lealtad
hombre traición
hay momentos fríos
lejos del mar
y del sol.

Luis Rey va, corre, trasmona, enciende poesía. En sus más recientes poemas el amor es el tema relampagante. No es el adúlador del amor, no es el que lo encierra en un paréntesis nostálgico para contarle sus melancolías, sus desabrimientos,

sus soledades. Es el que lucha a brazo partido con él y con la vida; el que cree y rompe y sube y retorna vencido, el que tira sus piedras y le son devueltas

Y si acaso esta vez
te tuviera
y si acaso esta vez
por un impulso
queriendo y amando así y ahora
son tantas horas
tantos siglos de besarnos
murmurarás
que me quieres.
Detrás del acaso
y no esta vez
sino todas juntas
me bebieras sorbo a sorbo
y yo me fuera diluyendo
esta vez y si acaso
de amor
por ti.

La mujer amada es enunciada como algo que totaliza su ser, como un vino que lo ocupa y lo quema, como una fuerza que lo empuja:

Soy digno de ti
y de los árboles
creo que soy digno del mar
como de amarte
lo soy
Digno de sentarme por las tardes a pensar
si dentro de diez años estarás aquí conmigo
Digno de todo cuanto me circunda
y de soñar y de crecer en ti y que me creas.

Ese reclamo de vida suena, después más fuerte. Es suplicante y tenaz:

Si supiera compañera
cuánto padezco
por querer estar bien con usted
y con la vida.

Soy un hombre inconcluso,
lo sé
y supe que está usted
tramitando el olvido,
su desquererme.

Lo supe anoche
cuando me negó su beso
estaba yo, su compañero,
tan acostumbrado
a sentir su piel
siempre cálida,
su beso tan necesario.

Lo supe
no importa el tiempo
su desquererme se
vino ayer.

Extraño su beso,
su abrazarme
en tardes de cansancio.

Debo decirle
que moriría mi amor
sin su fuente divina.
Ámeme, pues,
le pido.

Béseme como siempre
que es grande el esfuerzo
para que no me quiera.

La carnadura poemática contiene elementos del Luis Rey, poeta, más inmediato y del anterior. Por ejemplo:

Cómo llegar al fondo de las cosas
si no es querer dar principio
de una vez a la búsqueda,
disipar la confusión.

Si mirando hacia adentro
con todo y la luz filtrada
por los huecos corporales
salimos a la luz enceguedora del miedo
y encontramos esto

y observamos lo otro
y nos convencemos que no
existe problema resuelto.

Cómo llegar al fondo
tocarlo
y sentirse un pájaro
levantarnos
convencidos de que eso
es realmente el principio
besarlo
amando soledad silencio vida y universo
queriéndonos
a sabiendas de que ese es sólo el principio
triste corazón de pensamiento
careces de alas
y parece que vuelas.

Y la poesía va cumpliendo su misión. Le está quemando labios y dedos, y hasta el corazón al poeta:

Nadie me dijo
nadie me advirtió
y plagado de tardes me condujo
sólo a la intuición.

Tuvo que llegar la noche
para palpar la tierra
hecha ladrillo y cal
y piedra impenetrable.

Busqué la luz,
cuando caían racimos
de alambradas
en la tierra espacio
que ocupé.

Toqué a la puerta del mundo
y se hizo el sordo.

Desde entonces
sé que piso la tierra
y no otra cosa.

Es la tensión la que se articula y se mueve en las horas y en

los días y en los años. El sentimiento ahí es agua pura, paradigma de amor desentrañado:

No debieran caer las hojas
en el otoño
ni quemar y quemar tanto
el sol en el verano.

No debiera sentirme tan sereno
mientras tantos padecen
y el amor no debiera surgir
tan simplemente.

Apenas toco un muerto
y se me vuelve espanto.

No debiera ser
que lllore cada tiempo
y cada hoja
y cada niño hambriento.

No debiera ser
tanto advertir la sombra
y el miedo
el sudor de tantos que algún día caeremos
deshojados hasta el último aliento.

El amor a fin de cuentas
es tan sólo una mueca cuando
apenas empieza
un intento de tocarse
y desbordar el río blanco
en sus contornos que cada ser
navega.

Y no debiera ser que albergue
tanta aurora
tanta sed de posibles
no debiera ser tanto cúmulo
de gozos a la espera.

No debiera ser tanta esperanza
en las tardes de lluvia
lágrimas simuladas en el que transita
y no debiera ser...
No debiera ser tanto afán.

Los poemas de Luis Rey llevan en sí ambarina poética bien madurada. Está él incandescente, rompiendo, desarticulando, renovando, como cuando:

Ha de ser un espejo
donde pueda mirarte
de no ser un cristal
sería una lástima
no podría echarme
nada más así
por la noche
a buscarte.

En algún otro poema de amor, de otro tiempo, hay un fragmento que denuncia este afán de darse, de entregarse, de rescatar y rescatarse:

No me toques la vena
estoy pendiente de ti
no interrumpas el canto que aguarda
vuela
date cuenta
alguien golpea mi nuca cuando te beso.

Y Luis Rey es así como entra de la mano a la poesía, esa que le ronda, le agrade, le atrapa y le hiere, y por tal la ama con alegría. A su hija Alondra, en un sentir humilde y exaltado, rotundamente le cuenta:

Se supone que al nacer
uno tiene un espacio
aquí en la tierra
y no existe otro sitio.

Así es al principio
Alondra,
después
sólo se habla
del derecho a existir
lo demás
corre por cuenta propia.

ALGO DE LA GENERACIÓN DE LOS SETENTAS

Llegan los álgidos años de los 70. El mundo está violentamente convulsionado. Sonaban aún los ecos de las manifestaciones multitudinarias de Francia y México Tlatelolco. Una nueva generación poética irrumpe. Pero dejemos que Arturo Valencia, que fue testigo de ello, nos relate ese nuevo florecimiento:

Contrariamente a lo que se pueda pensar, no fue el movimiento estudiantil de principios de los setentas, lo que determinó el nacimiento de jóvenes poetas, sino que más bien éstos se incorporaron al movimiento estudiantil y le dieron otro enfoque a sus obras.

En casas desusadas, a veces a oscuras, entre olor a incienso y mariguana, comenzaron a salir los primeros versos que eran rubricados por una que otra guitarra indiferente. Alguien recitaba párrafos de Federico Nietzsche; otro desmenuzaba a Herman Hesse y su *Lobo estepario* o algún otro más tranquilo y místico leía fragmentos de *Lágrimas y sonrisas*, de Gibran Jalil Gibran.

Sólo era un principio manifiesto: no al stablishment. Hay que recordar que el final de los sesentas y el principio de los setentas se vio influido y hasta determinado por dos circunstancias: el hippismo a nivel mundial, producto de las sucesivas guerras de Corea y Vietnam; y la matanza del 68 en Tlatelolco. La Revolución de Mayo en Francia, y la represión al movimiento estudiantil uruguayo, en ese mismo año, entre otras tantas cosas que ya en otra parte se han analizado, dieron lugar al movimiento estudiantil que tuvo que detenerse ensangrentado en las ruinas de Tlatelolco. El hippismo y la generación beat veían sus últimos frutos en grupos como Grateful Dead, Jefferson Airplane y músicos como Frank Zappa o Eric Clapton, entre otros, cuya razón de ser se fundamentaba en las protestas por la guerra de Vietnam y la filosofía del Peace and Love. En México, el remedo de Woostock, el festival de Avándaro, reunió al imposible: imposible que nuestra indiosincrasia se hiciera a un lado de un día para otro; imposible enseñar

las tetas a unos cuantos kilómetros del Tepeyac y Chalma; imposible llegar a la paz y el amor dos años después de Tlatelolco y uno antes del Jueves de Corpus. El sistema se quiso abrir: Luis Echeverría inventaba la Apertura Democrática y Avándaro fue sólo un intento de mediatización.

En Sonora todavía quedaba el sabor amargo del 67; aún estaba Faustino Félix de gobernador y Enguerrando Tapia Quijada lanzaba su terrorismo verbal en el periódico más reaccionario de la región: *El Sonorense*.

Estertor de un sexenio; se alumbraba el nuevo. La Ley Orgánica se comenzaba a crear y el Anteproyecto se discutía en las aulas y jardines. La consigna era: fuera a los maestros corruptos, fuera aperturos de la Uni-Son. Se iniciaba el gobierno de Carlos Armando Biebrich, subía a la Rectoría, Alfonso Castellanos Idiáquez; los artistas comenzaron a leer a Karel Kosik, a Sánchez Vásquez, a Ernest Fisher, a Lucáks; apareció en escena Mayakovsky, Arthur Rimbaud; el surrealismo abrió tardías ventanas a los núcleos de estudio; ahí estaban los jóvenes escritores sin publicar; se crea el grupo GERMEN con orientaciones trotskistas y bretonianas; ahí mismo estaba el primer grupo de música folklórica y de protesta que hubo en el Estado: Los Cuca Paah; ahí se operó la transición del hippismo a la militancia política; ahí nacía esa poesía joven y no en otra parte.

Más adelante Valencia señala:

Es bien sabido por las nuevas generaciones de escritores que las influencias de otros escritores sonorenses ha sido mínima, y la que hay lo ha sido a través de Alonso Vidal quien conoció directa o indirectamente a poetas como Abel Pino, Mosén Francisco de Ávila y Abigael Bohórquez, entre otros. Vidal mismo pertenece a aquella generación que se dio a conocer en la Librería Universitaria en las tardes de Cafés Literarios. Como nos lo ha narrado él mismo, esa generación conoció una época florida en literatura sonorenses; se reunían en ella escritores y gentes del arte a compartir sus trabajos frente al sol naranja de Hermosillo que se dormía lentamente a la sombra de los yucatecos de la

hoy Plaza Emiliana de Zubeldía. Sin duda una generación que dedicó y aún dedica su esfuerzo a crear la palabra, tratando de encontrarle nuevos bríos. Una generación que vivió los días turbios de 67 y cuya influencia es manifiesta hoy día en sus vidas. Esto lo sé por Alonso Vidal y no por otras fuentes. Y decir esto es ya mucho, porque implica que en verdad, la única influencia que pudiéramos tener los jóvenes escritores, provenientes de aquella generación se nos transmite por medio de Vidal en los días trasnochados de bohemia taciturna. Pero no más. Y no más porque aquellos escritores dejaron poca huella en las editoriales y la que dejaron fue poco promovida.

Ya interiorizando en su análisis Valencia Ramos pone al descubierto esto:

Por otro lado se habla de que en los setentas aparecen pocos textos; pero cabe preguntar: ¿Se refiere a las publicaciones oficiales, a las publicaciones en los periódicos, a los textos marginales?

Y por otro lado también hay un dato que es muy interesante y marca en mucho el desarrollo literario en Hermosillo y su situación social; este es el hecho de que *Bogavante*, la página cultural del periódico *Información* sea donde se hayan dado lugar los poetas jóvenes para manifestarse. Pero esto no es casual.

La Universidad de Sonora de 1970 a 1974 sufrió varios acontecimientos: el rectorado del Dr. Federico Sotelo; la revisión del proyecto de Ley Orgánica; el arribo de Castellanos Idiáquez a la Rectoría; el vandalismo de los grupos paramilitares que curiosamente en ese tiempo se cambiaron de nombre y pasaron de Movimiento de Integración Cristiana Cultural (MICOS) a Comité Pro-Defensa del Orden Universitario; el ultraizquierdismo de la Liga Comunista 23 de Septiembre; la creación en Hermosillo de la filial de la IV Internacional, al Grupo Comunista Internacional (GCI); el arribo, después de golpeado el movimiento estudiantil, del Partido Laboral Mexicano, en el cual algunos de los militantes del movimiento refugiaron sus frustra-

ciones; la desaparición de la Escuela Preparatoria, de la cual, obviamente, saldrían los jóvenes poetas.

Dentro de este contexto, los periódicos locales no sólo se concretaron a falsear la información, sino a atacar a todo aquello que significara renovación o cambio; de ahí las largas columnas del *El Imparcial*, las por demás extensas "Libretas de Apuntes", de Enguerrando Tapia Q., en las cuales el movimiento estudiantil era sólo producto del comunismo internacional y no de la situación de deterioro que hasta la fecha sufre la Universidad de Sonora.

¿Cómo iban a existir páginas culturales serias, si quienes hacían la literatura joven eran en su mayoría militantes del movimiento estudiantil?

El vespertino *El Regional* intentó captar "la inquietud" de la juventud, pero tuvo tan poco tacto y conciencia social que se concretó al Jet Set de Hermosillo y, así, eventualmente, desapareció.

Aparte de ello, o si se quiere, dentro de esta situación, existía una profunda desconfianza a todo aquello que diera olor a diario oficial y su consecuente desvirtuación de realidades.

No existían páginas culturales serias porque los jóvenes se negaban a participar en los mismos diarios que al día siguiente atacarían aquello que no sólo era la fuente de inspiración de los artistas, sino su *modus vivendi*: el anarquismo, el existencialismo, la militancia política y todo aquello que oliera a izquierda.

Justamente y dentro de este ambiente, se creó el periódico *Información*, no tanto para dar cabida a los jóvenes artistas, sino que en general, se convirtió en una alternativa para que los universitarios expusieran su situación política y académica. Esto no quiere decir de ninguna manera que el citado periódico fuera de izquierda, sino más bien que su planta de reporteros, al ser todos ellos jóvenes, dieron otro enfoque a la problemática universitaria. Ahí mismo surgió la página cultural *Bogavante*, en cuyo interior se comenzó a escribir sobre literatura estatal, nacional e internacional. Esta página cultural tan no tenía una línea definida hacia un solo sector que en ella aparecieron gentes tan di-

símbolas como Ignacio Bússani y Pascual Mora, Alejandro Romero Meneses y Lauro Paz, etcétera.

Una vez derrotado el movimiento estudiantil, en 1974 se inició el éxodo. Casi todos los que participaron directa o indirectamente en él se fueron yendo poco a poco, unos a la ciudad de México, otros a los Estados Unidos, y otros más a Michoacán o a Veracruz.

Este éxodo produjo que, en lugar de sufrir la influencia de escritores sonorenses, quienes se fueron, sufrieran la influencia de lecturas latinoamericanas o de poetas jóvenes del centro del país; así más fácil leer a Julio Cortázar que a Luis Enrique García; a Mario Benedetti que a Leo Sandoval; a José Emilio Pacheco que a Alonso Vidal; a Alejandro Aura que a Abigael Bohórquez, etcétera.

En este punto, vale la pena detenerse un poco. La mayoría de los que se fueron iban buscando, por una parte escapar de la dictadura castellanista, y por otra, encontrar un ambiente propicio para desarrollarse. A la Universidad Nacional se fueron a estudiar psicología, literatura, economía u otra de las ciencias sociales y humanidades. En aquellos lugares, como Jalapa o Morelia, se consolidaron unos como escritores, y nacieron otros nuevos. Haber salido de Hermosillo, para muchos significó no volver jamás y permanecer en aquellos lares produciendo, burocratizándose o, simplemente diletando.

Aquí me vuelvo a detener para ver ese asunto de las influencias. No era posible que aquellos escritores jóvenes se vieran influenciados por Armida de la Vara, por ejemplo, cuando nunca en su vida habían escuchado hablar de ella. A Alonso Vidal se le vino a conocer en Hermosillo, a pesar de que él tenía ya en su haber casi una docena de premios nacionales. Pero he aquí que esto tampoco es casual, y sí manifiesto de esa línea de discontinuidad de la cultura sonorenses y la cultura nacional. No nos conocíamos sencillamente porque no sentíamos la necesidad de conocernos. Y sabemos que la necesidad es producto del condicionamiento cultural y por lo tanto social.

Aunque es discutible para ciertos sectores de la vida nacional, todo quehacer estético es también un quehacer cultural y, por lo tanto, político.

Si partimos de esta premisa podemos tratar de explicar la situación de la poesía joven de Hermosillo y de otras ciudades del Estado.

Suponiendo que no existiera esa premisa, toda explicación se desglosaría por un simple ir y venir de fechas y nombres, enlazados todos ellos por cierto sabor anecdótico de un carácter erróneamente histórico y que es el que hasta la fecha hemos asumido.

Cuando se habla de cultura en general, se le entiende como "la parte culta" de la cultura; es decir aquella serie de exquisiteces de quienes han pretendido y detentado por una buena parte del tiempo, la definición exacta e inamovible del quehacer cultural. La cultura así vista se ha encontrado confinada a reductos de las más variadas élites como grupos en el poder han existido, y por cuantas luchas internas se han efectuado.

Hasta ahí aparentemente no había llegado la política y mucho menos la conciencia de que la cultura es parte inequívoca de toda la cultura nacional. De esta forma todo fenómeno, por mínimo que fuera, habría de ser visto desde la óptica del maniqueísmo social, filosófico y político; lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo prudente y lo imprudente, etcétera.

Pero entendámonos de otra manera —dice Valencia—. Partamos de que "la cultura es una estructura global en la que cada parte cumple un lugar en relación a las demás", y nos explicaremos más claramente dos fenómenos fundamentales en el quehacer literario de nuestra ciudad y del Estado. Aquí no existe una tradición literaria, sino un haz de disgregación y dispersión poética; y al no existir como tal, no pueden existir influencias definidas entre unas generaciones y otras, y sí en cambio, una identificación en cuanto a la concepción de la función social de la literatura y el arte, y su lugar dentro de la cultura.

Ese haz de escritores cuya existencia no se niega se dispersó justamente porque no existía un proyecto claro de cultura nacional, mucho menos estatal.

La generación del setenta nació como fruto del rechazo y dispuesta a rechazar y era, por lo tanto, una generación cerrada a aquellos coterráneos que se paseaban de una u

otra forma en la esfera oficial; se empezó a escribir de culos, nalgas, senos, cinturas como valles que terminaban en los bosques del pubis; hicieron su aparición las metral-las y fusiles, los patria o muerte venceremos, los hasta siempre comandante. Sencillamente se comenzó a cuestio-nar, errónea o acertadamente, la base moral de la cultura dominante para, en cambio proponer un modelo que no es-taba muy alejado del anarquismo y del existencialismo.

Valencia sigue desmenuzando el sentido inicial de esa su ge-neración, tan viva y tan importante:

Del éxodo al cual nos referimos anteriormente, cabe anotar que surgieron gente como Salomón Risk y Adalberto Mo-reno, quienes no es sino hasta el final de los setentas cuan-do empiezan a escribir y con una perspectiva muy fuera del ámbito sonorenses. Lorenzo Pinelli, en Jalapa, Veracruz, trabaja en una revista literaria y es hasta allá donde se de-fine como gente de letras; Francisco Luna, es en las noches del Distrito Federal donde comienza su creación poética que aflora hasta 1983, en las revistas marginales, además de escriturar crónicas populares de los barrios de su tierra.

Casi toda la producción de Arturo Valencia se ha desarro-llado en Michoacán, el Distrito Federal y Baja California Norte; y así consecutivamente.

ARTURO VALENCIA RAMOS

Arturo Valencia Ramos es otro de los fuertes puntales de la generación que analizamos.

El 25 de julio de 1982 escribí esto en *Bogavante* a propósito de la publicación de varios poemas recientes entonces:

En donde a Arturo Valencia se le perdía el tiempo para desbarajustar su miedo surge ahora la armonía, el ritmo y el encuentro. Y viaja por ese espacio nocturno en cuya sima sin fondo nace el tejerumen de las palabras que da su imagen y afirma en madurez una conciencia poética importante.

Y veamos por qué:

Antes del amanecer
—no porque la terquedad
lo apremia—
pensaré tantas veces en ti
como la primera vez
que pensé en esta noche
y me dolerá la sangre como entonces
se me hará pequeña la gota de sal
en los últimos besos
y nadarán sobre las páginas
las últimas sentencias y el querer
hablaré de ti
como la primera vez que nunca pude hacerlo.

o este otro:

Escribiré tu nombre una vez más
frente a los muros roídos por el agua
escribiré tu nombre una vez más
frente a los portones desvencijados
escribiré el cálculo de tus palabras
en las bardas inútiles
escribiré los nombres de los nombres
frente a los patios vacíos
lo escribiré todo de una buena vez
para que quede al menos un recuerdo.

Fue por allá a inicios de los años 80 cuando la Universidad de Sonora abre una luz a las letras jóvenes con la serie: *La Poesía en Sonora*. Toca a Valencia Ramos iniciar esta jornada editorial. Ahí Miguel Manríquez señala:

Arturo Valencia Ramos nació en octubre de 1956, en Hermosillo, Sonora. Se inicia en el arte colaborando en diversos grupos de teatro de la localidad, trabajando como actor. Escribe para la escena la obra: *Soliloquios*, presentada por el taller de arte *Sótano*. Trabajó como traductor y corrector de estilo en la ciudad de México.

Subdirector de la página cultural *Bogavante*, donde ha publicado la mayor parte de sus poemas.

Más adelante el prologuista señala que los trabajos de Arturo que aparecen en el poemario: *Letras dedicatorias* fueron escritos en el Distrito Federal, Morelia y Hermosillo en el periodo comprendido entre 1976-1979. Luego informa que el poeta, en esa época que vio a luz la plaquette, cursaba la licenciatura en letras españolas en la UNISON. Y agrega:

El estudia y su poesía trasciende más allá de sí mismo; se enfrenta a un enorme desafío: la Literatura.

La pluralidad le es inherente. El dislocamiento de tiempos y espacios, la revitalización de la lengua se deja sentir, dando a la palabra un significado connotativo que los hombres entiendan, y al mismo tiempo un significado particular a fin de que el lenguaje adquiriera brillo y peso propios; hacerlo todo sobre un papel en blanco y en una serie lineal cuyo discurso quiere abandonar esa construcción, llegar a lo múltiple y lo simultáneo. Poesía cubierta con yodos y líquenes fosforescentes; todo esto es producto de su existencialismo creativo que se desbordó en cada trabajo, en cada poro de su alargado rostro.

Y Manríquez termina:

Su biografía no es de silencios ni es una historia no expresada. Sus escritos viven porque entre nosotros, lo grafológico, sigue siendo la mejor manera de decir las cosas. . .

Y el arranque de Arturo va y suelta sus iniciales amarras:

Así empieza uno
con estos sueños
navegando entre paredes
de olvido
envueltas en tipografía absoluta.

Así empieza uno
por roerse el hueso
de la nada
hurgando en lo blanco de su tinte
una especie de telaraña
dónde encontrar el acaso o el porqué.

Así que uno empieza
a decirse cosas
a anudarse
entre las ondas
que agruesan el cabello.

Y no es que uno
se quede sin aire
es que el aire
se olvida de uno.

Navegaba ya desde el principio por la madeja de lo actual, sobre el mecanismo que horripila, que atosiga hasta perder la desenvoltura en la acción, la libertad de ser uno:

Ya no soy la historia
que se cuenta entre comillas
ni la dádiva santa
que se espera en horas de aflicción
porque han llegado hasta aquí
a esta casa
los sonidos milenarios
que desmienten cada orden
e inventan el desorden.

Ya no hay voz entre las voces
que no se canse de repetir
que el ayer se congeló en pasado
para esos relojes
que nos mienten los minutos.

La historia se desvanece y se perdona
entre gritos y entre muertos
y se crea en un momento de descanso.

Pobres de nosotros
entonces
que no hay invento
para hablar de vivir.

Durante el proceso literario de Arturo, en sus inicios, es notable la soltura puesta a disposición de los conceptos. Va a entender más tarde aquello de la "difícil facilidad". No en balde sus primeros autores en poesía fueron André Bretón y Antonio Machado. Un verdadero contrapunteo. Sin embargo de ambós logró sacar enseñanzas y aleccionarlas. Supo tomarles partido:

Limo del ayer el recuerdo
confabulando una especie de paráfrasis
a la moda
de estos tiempos.

Convierto de mi escena
suelta en estallido
al afán
de una luna desvelada.

Mientras la noche se incendia
tomo de mi corazón un latido
para hundirlo
en las flechas de la hoguera.

A mí
que
tiempo me ha costado
acostumbrarme a estas formas
llegan los clamores y desdichas
de los tiempos que se escapan.

Aún me he de esperar pues
mientras toque a mí el turno.

Arturo Valencia escribe poesía por la necesidad más bien de definir por medio de la expresión sus estados interiores, la verdadera situación de su yo en el espacio y en el tiempo.

Sabe que una nueva modalidad ético-estética debe alcanzar, necesariamente, aquel que parte en línea extrema de sí mismo. Sabe que a fuerza de amar intensamente, se logrará, si no alcanzar el porvenir, por lo menos preparar aquel vasto equilibrio que habrá de liberar a la humanidad, haciéndola revelarse a sí misma en su esencia más íntima:

Si tú supieras,
que no es capricho ni deseo
sino un fantasma que me jala
y me ata con obstinación.

Si tú supieras
que no hay mañana sino olvido
que no hay noche sin mañana
que no hay olvido sin pasado
que no hay tiempo sin deseos.

Si supieras
al menos si supieras.

Ya se sabe que el poeta nuevo recepta sensorialmente, las cualidades simples del hecho u objeto, pero en él los sentidos cooperan en forma que el hecho u objeto se representa totalmente, adquiriendo cualidades no percibidas. Es así como Valencia dice:

Me fijo un presente
en el cielo „dormecido;
me fumo uno, dos, tres
tantos cigarros que desaparecen
con el lamento del tiempo inolvidable
infranqueable.

Me marco una cruz
en el ojo de mi estrella
y continuó con la hilera
de preguntas sin respuesta
que hacen hueco en los hilos
de la cabeza;
así que ¿para qué preguntar más
a este tiempo que nos consume
ufano
y egoísta?

Rebuscándole a este poeta se encuentra con que se funde, las más de las veces con la cariñosidad, la ternura y el dolor; en la gana pura de querer, de ser bueno:

Ayer me convertí en mar
un cielo deshecho
un corazón de muchos soles.

Salí delante del calor
de la prisa
y me enfermé de verme tan sano y bueno

Me fui más adelante
a volver la vista donde el sol
y el silencio el grande
es como un pezón.

Me encontré desnudo frente al cuarto
y las adormideras
se fueron despacio
casi de noche
sin decir palabra.

A la noche que arropa el frío
del viento otoño que madruga.

Pobre la enfermedad me digo
¡qué noche tan clara!

No hay que olvidar que la poesía no se hace con ideas, sino con palabras:

Las páginas rotas se atreven frente al silencio
y no habría que llorar o sentir desesperanza
todo viene como el sueño y despierta
frente a la luz de un foco viejo
la luz y el foco son dos focos de la ruptura
viejo, ruptura y foco
el trío de este canto o de la elegía tácita
están todas ellas frente a mí
degollando por la noche y el tiempo
llenas de más de la obra póstuma de Dios
que habla hoy con sus muertos
"todo puede ser despertar" les dice
y pasa su arrugada mano frente a los rostros ajenos

no contestan
el tiempo es otro.

Alguna vez la ironía se hace corimbo, burlonamente acariaciadora:

Te voy a encargar los errores por unos días
la obra hecha a desgano
la escena inconclusa que abriste
en la hoguera
los personajes también
vástagos de los dolores y las gotas
de tu sudor tardío
te los voy a encargar para que sepas
que no es cualquier cosa
sentir la muerte a un lado
la figura de una sombra
que poco a poco se va iluminando
y nos deja en los ojos
la constancia de la nada.

Y va más allá jugando con la intención:

Pero me preguntaría
por qué a nosotros
que acostumbrados a no reír
a no dormir a no morir
a no mentir y a no sufrir
tiene que tocarnos este momento
esta cuadratura en silencio
y si es para justificar la vida
para lo que estamos
es injusto tener que hablar
como si fuéramos marionetas
de un deseo desconocido
o trámites de una paz que se alarga
por eso te lo voy a dejar todo
pero un momento nada más
para que no vayas a creer
que vivir o morir es sólo un capricho.

Pero cambiando de tesitura, también a Valencia lo provoca la muerte. Ya lo hemos visto en otros poetas durante este largo recorrido. Escuchémosle a él:

CLAUDIA

Hoy
hace creo siete años
en otro trece que marcó inefable
en un noviembre
te despediste de este sueño
te soñaste en otra vida.

Un sábado
y no sé qué tendrán los días
que se asemejan fuegos artificiales
o juegos mecánicos
(nos dejan tanto tiempo
por pensar).

Así que un sábado
de un año de un mes de una fecha
te fuiste yendo desde la cuna de tu tarde
que ya no fue noche
que ya no fue mañana
y te despediste sin decirlo
con un llanto que sólo
yo pude entender.

Cynthia contigo dormía
y yo en la cuna mecía tu llanto
que poco a poco se fue apagando
hasta quedarte en un gemido.

Nadie te vio llorar
ni supo nadie de tu agonía
nadie que no fuera yo
te vio yendo despacito
entre canciones de arrullo
para que por fin callaras
nadie supo que yo estuve contigo
y que sólo a mí llegó
tu despedida.

Todos pensaron que fue accidente
que el viento horrible
del sábado horrible
te había penetrado
los tiernos pulmones
de tres meses

y los había reventado
(¡viento maldito!)

Todos lo creyeron cuando vieron
llegarte en brazos ya sin viento
todavía caliente
y con una rosa que se fue apagando
mientras Juan
te mecía la muerte.

Nadie supo de veras
que yo sabía que ibas a morirte
que te estabas despidiendo
de mí
de tu hermana
y de todos los que en este mundo te quisieron

Hoy es domingo
ayer sábado
ayer el día
hoy la fecha.

Esto fue un accidente te lo juro
porque no me acordaba
de los números de meses y años
y hoy estés donde estés
si acaso estás
—probable en el limbo
si es que a Dios no se le ha ocurrido
absolver el pecado
del que en ningún momento es tuya la culpa—
descansa en paz
que al menos yo te recuerdo.

Tal vez Arturo sepa perfectamente el porqué alguna vez Machado dijo:

Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, con su propia voz, en respuesta animada al contacto del mundo.

Uno de sus más recientes poemas es éste:

En la noche de papel
cuando la angostura de mi cuerpo
se colmaba con tu pena
abriste fuego a mi destino
mutilando nombre
edades
historias
juegos y herejías.

Maduraste tú la noche
enclavada en la pena
besos
bocas
sueños
desnudaste tú la pena
de tu boca.

Nos dejamos arrastrar
y en los minutos
marcamos una fecha
cuando todo el pasado
se acababa.

POETAS DE PUBLICACIONES MARGINALES

GERMEN

A este grupo pertenecieron: Óscar Bernal, Obed Gómez, Ramón García, Lino Álvarez, Margarita García, Mario Licón, Sergio y René Serrano, Abel Quiñones, Luis Rey Moreno y otros.

OBED GÓMEZ

Ya van tres o más veces
que golpea mis oídos
¿Será posible tanta belleza
o tanta fealdad sin
tener un corazón que
vibre como el mío?
¿Unos tímpanos que
cantan como los míos?
¿Una piel cansada
como la mía?
¿Un tiempo desgastado
como el mío?
¿Un asirse a algo
como lo mío?
¿Y después oyes
que no deberías
haber confiado
en aquellos puntos
como los míos?
¿Y te devuelve a
tu inaguantable
pequeña para poder
de ahí decir, repetir
y recrearte
como todo lo mío?

(Dato clave: murió este poeta demasiado joven, el 6 de junio de 1981)

PASCUAL MORA

Nace en Hermosillo, Sonora, el 17 de agosto de 1956. La Editorial Inéditos le publica su primer poemario: *Otros desvelos*.

Fue colaborador del grupo BRECHA y por algún tiempo estudió letras en la Universidad de Sonora. Por un tiempo dirigió el suplemento dominical DECIR DECIR, del diario *El Sonorense*, junto con Luis Rey Moreno. De él se ha dicho:

Es un poeta que imprime en su obra su personalidad de lucha inquebrantable: pensamiento en congruencia con la acción tenaz de defensa por sus principios.

Poesía en la que vamos sintiendo y nos envuelve un sendero de reflexión y meditación desprendido de unos y "otros desvelos", no sólo del autor, sino los de todos los que en mayor o menor medida intuimos y contribuimos con nuestra realidad cotidiana a la complejidad conformada por todos los elementos anímicos y vitales. Porque se trata de visualizar esos aspectos en su totalidad, ya que son ellos los que cobran importancia por sí mismos al momento de integrarlos.

"Otros desvelos" nacientes de la tristeza, la soledad, la desdicha y de la lucha hasta sus últimas consecuencias... y no se trata de ser pesimistas porque también existen en ellos dentelladas esperanzadoras y vitales:

La aurora se destina hacia el futuro. En el pasado se extendió una lucha que se extiende hasta el presente... un presente que no permita dudas ni temores, un presente equilibrado y maduro que asegure ese sueño...

Voy, más allá del girasol
que resplandece,
hacia un tono gris que me acongoja,
que me hable sin piedras ni torrentes
y me haga feliz y pronto muera.
No descarto el indulto,
me adscribo incluso
al documento,
la genda verbigracia del ensueño.
Soy, lejos de cualquier sospecha,
el que espera
y deja un no en cada esquina,
un donaire que no insulta
ni relame las heridas.
Observo las consignas

sin embargo.
El muro perpetuo me condena
y no sé morir ajeno,
no sé,
no sé de dónde provienen
las leyendas,
hacia quién apuntan
su fusta y el tridente.
Las lágrimas que paseo
hacia la tarde
y el olor de tu sexo
no me explican,
no me horadan las causas,
proliferan tan sólo
y quedo absorto.
Desde aquí es fácil
transcribir al óleo
y la esperma,
pero me ahorro
esos emblemas.
No deseo modificar
esta penuria en donde habito
si no salgo henchido
y sin mendigos.
Prefiero esta locura.

Mora suelta con fluidez su lenguaje y en él su sentir a cuestiones. Va deshilvanando en cada uno de sus poemas su vivencia que le es particular. Es directo y no engaña en lo que se propone. Sabe que solamente es una vida y que por ello hay que vivirla plenamente entre el gozo y el sufrimiento. Blande su vuelo para tatuarse definitiva, porque si la equivoca corre el riesgo de perderla para siempre:

Lo nuestro
puede que dé a una puerta.
Puede ser que esperarte,
y con ello aguardar
al seno terrible
y su cúspide donde
la batalla dirime,
sea ya el primer paso
dentro.

Aún más,
 creo que sostienen a mi pie
 sólidos cuerpos que
 murmuran,
 y que erecto
 hablaré del ahora
 sin dejar que los huesos
 se hagan tierra
 o mar salvaje.

Y el amor lo derrime, lo compacta. Es casi un doble juego el que realiza en su lucha de siglos. Poeta, al fin. Se rebusca por dentro y se encuentra y es cuando se sorprende. Por eso se entrega vivo:

Te requiero insólita,
 recogiendo las entrañas
 virulentas del estupro
 y las soledades de este instante.
 No hay vertical
 ni furia sostenible
 en el insomnio por encargo
 y homicidio por los dolos
 y otras vaguedades.
 Los incuestionables
 torrentes
 pernoctan en la huella,
 en el dato
 de tus senos incendiados,
 en los ojos que mascullan,
 en los cientos de lunares
 permitidos por embargo;
 dulce cadera,
 chorro alevoso
 de próximas dentelladas
 a los tiempos anegados
 de tu vientre.

Y poco a poco la madurez lo colma. Toma la aguja de los últimos horarios y se lanza, con el mismo yelmo, la misma espada, la misma mirada. Son sus propios pasos los que deciden. Se alza, gravita, vuelve a subir, baja, escudriña el fondo y en muchas ocasiones relampaguea:

Perdido, navegando su flor
 por el amarillo gravamen de la hierba
 mal:recha,
 el corazón se ingiere en golpes y golpes.
 Ya no hay mocedad para este canto,
 para este eco de varias vertientes:
 de angustia, penuria y locura,
 de ser el que colme de savia
 los tristes caminos.

Ahí permanecerá. Hablando, poematizando.

BRECHA

A este grupo pertenecieron Abril Garay, Raúl Acevedo Savín, José Juan Cantúa, Armando Zamora, José Luis Ojeda, Pascual Mora y Luis Rey Moreno.

ABRIL GARAY

Como un lago negro,
 como un lago negro, negro por la noche,
 que se sorprende sólo por la lluvia en el verano
 va formando círculos concéntricos
 esparcidos después lentamente
 sin queja, sin aliento. . .
 Como un lago negro,
 misterioso
 perturbado por la piedra que lanza un niño,
 por el viento. Sólo por el viento.
 Como un lago negro,
 pozo sin fin,
 tiempo,
 tiempo.
 Agua oscurecida, tinta china, ensimismamiento.
 Ausencia.

Lago negro:
 tu noche es tan oscura, ni siquiera blanqueada por la luna,
 tu seno es tan hondo,
 ¡me espanto!
 ¡No me abrumes!
 ¡No me tragues!

Llévate mi pensamiento.
 ¡No más oscuridad!
 ¡No más arrepentimiento!
 ¡Ojo ciego!
 Luz apagada. Nostalgia de incendio.
 Frío en noche calurosa,
 aire, vacío, miedo.
 Frente a mí, a un lado, bello.
 Nadar tus aguas... sueño,
 ahogarme en tus entrañas y descubrir
 lo que no entiendo.

Lago negro:
 espesa brillantez opaca,
 bola ébano,
 cabello movido a donde quiero,
 pedazo de carbón, leño quemado,
 esperanza muerta,
 misterio, misterio, misterio,
 muerte por seguir viviendo,
 negrura que se escapa,
 palabra mal hablada,
 negro,
 selva del deseo.

MARIO LICÓN

Lejos de todo rumor o estruendo
 de risa
 que dice gracias o escupe odio,
 o simplemente
 se burla de todo,
 lejos de piedras porosas amontonadas
 a la orilla de un mar frío y verde
 encrespado por el viento;
 lejos de salas cinematográficas a donde
 acude el aburrimiento
 y algo suceda;
 lejos de aquellos que en torno a una mesa
 diluyen su pasado
 en su futuro,
 en su presente
 que va recorriendo el mundo
 punto por punto,

como en sueños;
lejos de calles de niebla desiertas,
lejos de donde el sol,
la luna y las estrellas
tienen un color cansado
distante,
como si hubieran existido hace siglos
perforaciones difusas;
lejos del rumor del agua que se arrastra
y cae en las alcantarillas humeantes
a lo largo de la ciudad en sombras;
lejos de las sirenas de barcos invisibles;
lejos de muelles donde se cocinan
cangrejos gigantes;
lejos de calles de agua y sombra,
de entre las cuales,
de vez en cuando
alguien silba
summer time.

Licón tiene un poemario: *Divaga Gavadi*, publicado por Acequia, en Inéditos. Es el número 7 de la colección.

ACEQUIA

El grupo ACEQUIA nació como una opción cultural. Formó con el trabajo colectivo de todos los miembros la Editorial Inéditos. La formaron la mayoría de los elementos pertenecientes a GERMEN y BRECHA. Algunos ya se separaron definitivamente. Se han agregado otros como Inés Martínez de Castro, Ricardo León, Alejandro Sergio Aguilar Zéleny y otros.

JOSÉ JUAN CANTÚA

En el primer número de la editorial se publica: *Antología Infima*, de José Juan Cantúa. Nació en Navojoa, Sonora, en 1959. Ha participado en grupos como el Taller Literario 6 1/2 (Altos Estudios), formó parte de la dirección colectiva de la revista *Zeta* (con S), de efímera presencia. Aparte de haber sido aborrecido por los estudios de las letras, participó en el grupo BRECHA. Es propiamente autodidacta.

Sobresaltado por el recrujir
 de las opiniones personales
 retomo el espionaje desde los museos:
 a masticar los soles, las nubes,
 la gozosa soledad de tus encías,
 a engañar los espejos con espejos,
 a no escribir lo que escribamos
 —porque el peligro es grave—,
 a recordar lo que hablamos por teléfono
 lo que nunca gritaremos,
 lo que nunca balbucearemos
 antes de ser cadáveres
 eternamente amantes condenados,
 savía,
 tierno musgo que adornará lápidas,
 inútil polvo
 que no haría estornudar
 ni a una mosca.

JOSÉ LUIS OJEDA

Nació en Tetitlán, Nayarit, en 1958. Vivió sus primeros nueve años en Mazatlán, Sinaloa. Posteriormente su familia se traslada a Sonora, donde desde entonces reside. Su primera participación artística se inicia en la música. Forma, en 1976, un grupo de Música Latinoamericana en el CECYT de Guaymas. Luego viene a Hermosillo y se inscribe en la Escuela de Letras de la UNISON. Actualmente realiza investigación sobre la música sonoreense. Para ello se conforma el grupo NUESTRO CANTO. Con él participan ahí: Rafael Rodríguez, Fernando Palma y José Luis Licón. Es un intento de rescate que va desde los cantares indígenas hasta el desarrollo del corrido.

Inéditos le publicó: *Decir*

Diré que nunca miento
 aunque a veces
 el juego aburre de correcto
 y me entusiasma
 no respetar las reglas
 quebrantar sentimientos
 acabar con la poca calma

secuestrada a duras penas
atado a un poste
para que no se vaya tan temprano
riendo a gotas gruesas
como casi nunca sabemos hacerlo
—mandíbulas duras—
con estos gestos nuestros
que durarán
algunos miles de suicidios.

INÉS MARTÍNEZ DE CASTRO

Nace en Hermosillo, Sonora, el 16 de febrero de 1954. Estudió la carrera de letras hispánicas en la Universidad de Sonora. Como dato adyacente: es profesional en decoración de interiores. Es maestra en el área teórico-artística a nivel bachillerato, normal y universitario. Ha incursionado en el periodismo y la promotoría cultural. Tiene publicada una plquette: *Habitación sin muros*.

Josefina de Ávila ha dicho:

Esta casa, la habitación de Inés, carece de resguardo, de muros. ¡Qué exacto el título en relación a lo que nos entregan los poemas! El sabor que queda después de leerlos es de soledad y de búsqueda; el de nido que carece de significado, que no lo ha tenido nunca. Se ha descubierto que se habitaba una casa ajena (Paréntesis, Noche) y la necesidad de abandonarla se hace imperiosa (Momento Preciso), tan imperiosa como la de buscar la casa propia en el pasado y crear, por un instante, que allí se la recupera (Desván). Pero no es así (En mi estudio). Condición para descubrir la morada propia, la adecuada, es dejar para siempre la falsa por mucho que duela hacerlo; es admitir primero el error (Paréntesis, Recuerdo) y lavar de todo peso y de todo paso el ayer hasta abrir la posibilidad de verse a sí mismo (Hoy). Se busca uno a través de los otros, pero no se logra (Impotencia); se recurre a la creación poética, pero tampoco la poesía tiene sentido y todo se resuelve en llanto (Desaliento). La búsqueda del yo/habitación, que no está, que tampoco estaba pero cuya ausencia se percibe por primera vez,

se hace angustia, vacío (El hueco) hasta arrastrar a los inicios (Orígenes) y tocar fondo.

Se cerró el paréntesis
 como brazo angustioso
 concluyente
 y enfrentó el balance
 que pretende
 no ser desesperado
 (Paréntesis)

Inés, en su madura anunciación de ser, retoma puntos, los juega entre sus dedos y no rehúye a volver a edificar no la angustia, sino la oquedad de la vida. Por eso estos muros para ella son sal y al mismo tiempo duros, tensos, sin calor, sin la llama total que los aliente:

La noche
 taladra
 las paredes
 con su frío
 de lápida pulida,
 rebana
 insistente
 los cristales
 sin luna
 sin estrellas,
 utilizando
 el rudimentario
 instrumento
 de los ruidos
 y penetra
 al
 fin
 para calar
 mis huesos
 solitarios
 que cobija
 el abrazo ficticio
 de una casa.

Sin embargo Josefina de Ávila advierte que

la angustia y el vacío son catárticos. Sólo a través de la experiencia de la nada —momento que nos hace humildes para siempre— recuperamos el mundo y descubrimos nuestro ser. A partir de tal vivencia, y a través de la cual enterramos como si fuera semilla el pasado otorgado por los padres, podemos construir nuestro yo, el que creemos querer y que está ya potencialmente en nosotros aunque no le veamos todavía el rostro.

Estás aquí
al alcance de la mano
fuerte y sensible
como venado joven
de emociones extensas
y viajes cortos
que van
desde los huesos
hasta la piel
y ahí quedas
tenso
inmóvil
para escuchar
los gritos del mundo
y con tus lunas quebradas
de vidrio negro
mirar de frente al futuro.
Así te intuyo
te forjo
a partir de cada gesto
cada mirada
cada palabra
y te voy reconstruyendo
a solas
sin acercarme mucho
porque me da miedo
ahuyentarte.

Por eso Jaime Valdivieso señala acertadamente que Inés ha sido capaz de transformar en estos poemas la realidad diaria, doméstica (los muros son un símbolo de la casa) en algo que trasciende lo inmediato y directo. Los poemas nos transmiten la impotencia, la frustración, la melancolía, la soledad o la

nostalgia mutilada de una mujer típica de nuestro tiempo, los conflictos de una personalidad que para sobrevivir necesita desdoblarse, verse de nuevo, anularse, perder y hallar su identidad:

Hoy quiero quedarme en la cama
 todo el día,
 que el ruido de la vida
 no me toque.
 Hablar pausadamente a mis fantasmas
 y navegar
 por el palpitar oscuro
 de mi sangre.

Y agrega el chileno:

Versos rigurosos y a la vez de una sutil espontaneidad. No es corriente en un primer libro unir lo simple y lo complejo, donde el lenguaje directo sufre la sabia distorsión que lo vuelve tangencial, oblícuo, ambiguo, elusivo, polisemántico, es decir poético.

La carencia
 de algo inexplicable
 duerme hacia el lado izquierdo
 de mi cama
 se levanta conmigo
 en las mañanas
 escoltando mis ires
 y venires.
 Es un hueco oscuro
 escarbado
 en la espalda
 no sé cuándo
 que a golpes desiguales
 traspasa las estancias
 royendo
 a fuego negro
 hasta alcanzar
 el corazón
 y dejarlo fuera
 expuesto

al sol
como cascarón vacío
calcinado.

Inés Martínez de Castro tiene otro libro que publicará la Universidad de Sonora: *Los días suprimidos*. Con él obtuvo el segundo lugar en los Juegos de El Bajío, en la ciudad de Celaya, Guanajuato, en diciembre de 1984.

RAÚL ACEVEDO SAVÍN

Nació en Isla de Cedros, Baja California Norte, el 23 de mayo de 1959. Estudió letras en la Universidad de Sonora. Ganó un concurso de cuentos en su edición VI, ahí mismo.

Tiene varios poemarios inéditos, varios cuentos y dos novelas. Estas últimas: *Mister Maxwell (o nadie tiene ganas de llorar)*, y los *Anankásticos*, con la que fue finalista en el Premio Novela "Juan Rulfo", en Hermosillo, Sonora. Forma parte del grupo PLAXIO.

Necesitabas una ciudad para ti,
para nadie más,
¡qué manicomio para tu lengua!,
un gato se enreda entre tus ojos,
por tu culpa has destripado cebollas tristes
¿qué te parece?,
necesitas decirme en medio de tu afirmación
y ya estás temblando,
hasta la fecha estas paredes aún son paredes
pero les queda una ligera esperanza:
el olvido de ti.

La Editorial Inéditos, en el número 5 de su colección le publicó: *Poema inconcluso*.

ALEJANDRO SERGIO AGUILAR ZELENY

El corazón hombre
y el corazón sangre,
el corazón sombra,
las horas pasadas,
el corazón tiempo

que rueda sus brazos
 en lo doloroso,
 en el corazón penumbra,
 en el latido sangre,
 en el corazón luz.

En el número 11 de la Colección Inéditos publicó su *plquette*:
Poesía.

Plaxio

Esta revista tiene dirección colectiva: Conrado Córdova Trejo,
 Lorenzo Pinelli Saavedra, Martín Piña y Raúl Acevedo Savin,
 Participan estudiantes de letras hispánicas de la Universidad
 de Sonora.

MARTÍN PIÑA

SOBRE LA EVASION

Cuando sentimos el temor de escribirle a la audacia,
 al vuelo implacable de la infidelidad:
 a los principios y a los juramentos sacados
 a fuerza de soledad y de miedo. . .

Cuando sentimos el malestar de la rabia enrojecemos
 sin poder protegernos. . .

Cuando sentimos el Padre Nuestro incluido en la mesa
 cotidianamente sacado a hambre. . .
 entonces lamentamos el tedio
 de permanecer encerrados una tarde
 oyéndonos nuestros propios lamentos. . .

Por eso lamento
 el heroísmo malcriado perdido
 o quizá solamente escondido
 en la puerta del cuarto donde estamos,
 o quizá por allí aguardando en la hazaña inaudita
 de papel y letras revividas de un libro.

Ahí ha colaborado Lauro Paz, originario de Ures. Escribe
 cuentos de ficción.

SOLEDAD

Te marchas, y en la frente llevas alas,
por un tiempo que para mí es eterno
y estoy esperando tu regreso tierno
para olvidar congojas que tú talas.

En la paz del silencio te contemplo
inexistente; de mí formas parte,
y te siento profunda como el arte
de llegar a la puerta de tu templo.

No hay lágrimas en esta larga ausencia
y un manantial de miel brota del pecho;
un pecho que conoce la impaciencia.

Así aunque por estar estoy deshecho
y te repienso muy ajena a mi urgencia
con mi mano, solo, hago penitencia.

DE LA SERIE: LA POESÍA EN SONORA,
DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA

ARMANDO ZAMORA AGUIRRE

Nació este poeta en Hermosillo, Sonora, en 1958. Estudia letras en la UNISON y la continúa en la UNAM. Además es triunfador de varios concursos de cuento y poesía universitarios.

COMENTANDO

Debía estar feliz ahora con estas manos
que nunca han hecho nada
Debía estar feliz
y correr por esos campos sembrados de
cadáveres
y después
con la luna de pan de alguna medianoche
cortar esófagos y plantas carnívoras
sonreír por alguna tristeza olvidada
o simplemente cantar una canción de cuna.

Ahora que mis manos tan dormidas nunca han
hecho nada
puedo grotescamente contestar a tu invisible
golpe
con una dentellada muerta
y tragarme todas esas lágrimas frustradas
al vacío.

GILBERTO GASTÉLUM ORDUÑO

Nació en Guaymas, Sonora. Tiene veinticinco años. Estudia letras hispánicas.

IMAGEN

Me paro ante el espejo
y veo
mi silueta
sin rostro.

Pienso
El humano es una bodega
donde se almacenan llantos
cajas herméticas con odio
cofres dorados conteniendo hipocresías
bolsas llenas de tristeza
y las enlatadas...
las enlatadas risas mecánicas.

De nuevo veo mi silueta.
Ahora sí tiene rostro
sí tiene facciones
sus labios secos se ríen
se ríen del hombre
se ríen de mí.

El es sólo el reflejo.

MANUEL ANTONIO MAYTORENA

Nació en Guaymas en los años treinta. Hizo estudios en Guadalajara y en México. Actualmente es maestro de literatura en la Universidad de Ohio, Estados Unidos. Ha participado en los Simposios de Historia de Sonora. Su libro se llama *Estancias*.

VI

Cuando de siempre sé
—como se sabe el aire—
no estás cuando a ti llego.

El ala raja la distancia
El ala raja la distancia
Ya sin carne y sin uñas
tu espacio he preparado.

Un fino polvo puebla
las entrañas ungidás
en que se incuba el eco
que aguarda en nuestra cámara
el soplo de la primera voz.

GENERACION 1980

JOSÉ TEHERÁN

Curiosamente a lo que pudiera pensarse, José Teherán proviene de la generación anterior a 1968, pero no se da a conocer plenamente hasta principios de los años 80. Esto por supuesto, en relación con la literatura, ya que es dibujante profesional de las artes gráficas desde mucho antes.

El poeta es originario del pueblo desaparecido de Batuc, que fue tragado por las aguas de la presa (hidráulica) El Novillo. Nace el 2 de julio de 1950. Es de carácter alegre, abierto, limpio y jovial, además de tener el físico de un adolescente.

Fugazmente José había incursionado en el periodismo. Alguna vez publicó por ahí un cuento, tentativamente de ficción: "Alas de tierra".

Quince años de tarea callada, solitaria, de autoconstrucción. Cuando supuso que su armazón intelectual, espiritual, emplumaba se dio a volar sin ataduras. Es en *Bogavante* en donde se bautiza, tocándole a Alonso Vidal lanzarlo de golpe y porrazo hacia los cuatro puntos cardinales.

Inicia su quehacer publicando, ya con una madurez deslumbrante, cuentos y poemas. Luego volverá a incursionar en el periodismo fuerte y agresivo, crítico, vía la colaboración editorial: "El festín de Baltazar", en *Información*. Fue ahí el raíz para su polémico *El cazador de guachos*, que curiosamente ha sido el libro más vendido en toda la historia editorial en Sonora.

Antes, en 1973, radica por cuatro años en el puerto de Guaymas. Empieza a pergeñar sus poemas marinos. Entonces es dibujante en el periódico *La Voz del Puerto*.

Teherán es actualmente miembro del grupo El Tiburón Descalzo, del cual es fundador. En 1981 y 1982 obtiene consecutivamente el premio en el certamen de cuento que promueve y patrocina el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Sonora.

Escribe en la revista *Así*, en la sección cultural, de la que es socio fundador desde enero de 1980.

José además ha dado lecturas en el Departamento de Letras Hispánicas y en la radio y televisión de la Universidad de So-

nora, el Instituto Tecnológico de Hermosillo, en el Sindicato SEMUS, etcétera; en Sonora, así como en La Paz, Baja California, con el grupo La Cachora. Por cierto que en septiembre de 1984, Teherán se hizo acreedor al Premio Nacional de Poesía "Ciudad de La Paz", con su poemario *Rosas de roca herida*. Fueron sus jurados Vicente Quirarte, Eduardo Langagne y Bernardo Ruiz.

Ha publicado también en *Equus*, del grupo La Cabaña, de Culiacán, Sinaloa.

Este mismo año participa en el Encuentro Franco-Mexicano de Poesía, en el pueblo de Tepoztlán, Morelos.

Entre otras actividades, participa en los dos primeros teatros que se realizan en Sonora, llevando el papel central en ambos: "Diles que no me maten", adaptación del cuento de Juan Rulfo, así como "La Tuba de Goyo Trejo". Fue dirigido por Sergio Galindo.

Teherán por otra parte trabaja en una novela: *De una tumba de agua*, así como en un libro de narrativa: *Bestias y seres imaginarios sonorenses*.

Este poeta sabe con Rilke que los versos no son, como algunos creen, sentimientos, sino experiencias. Pero también comprende que tampoco basta tener recuerdos. Que es necesario saber olvidarlos cuando son muchos, y hay que tener la paciencia de esperar a que vuelvan, ya que los recuerdos mismos no son aún eso, sino que hasta que no se convierten en nosotros, es decir, sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos, hasta entonces puede suceder que en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso:

Aquí en la mano tengo
la luz
perdida
de una tarde
de marzo.
Corren
mis dedos
luminosos
sobre
la piel ligera
de tus pechos,

y se hacen
luz
de atardecer
los cuerpos.

Esto es parte del primer poemario escriturado por Teherán: *Radiografía de un desahuciado*. El libro consta de 55 poemas está dividido en cuatro partes:

1. Radiografía de un desahuciado.
2. Síntomas de una enfermedad mortal.
3. El mar es un dolor prisionero en el pecho.
4. Las últimas palabras.

Aquí el poeta quiere vencer ese dolor, quiere doblarlo, voltear sus pozos negros que lo tienen como emparedado en un seco lugar de llanto. Por eso lo denuncia, lo alza, lo esgrime, le siona con él la dureza infinita:

Burlar la muerte
debajo de las piedras
es blasfemia.

Aquí soporto
treinta piedras
encima.
y una
que se me está
formando
en la garganta.

En estos fragmentos escogidos al azar veremos que el poeta como la llamarada cae y se levanta, vuela y se quiebra cual si fuera un Ícaro terrenal, merced a la palabra. La pulsación sensorial le hace construir un sueño del que no quisiera despertar, porque la fugacidad en sus dedos es la metamorfosis que se desbarata, que se hace añicos. Es cuando la imaginación va a su encuentro:

El enorme filo
de la palabra
cortó por la mitad la noche.
—Adiós.

El caracol
 con su ruido de mar
 que prisionero lleva,
 —en el pecado lleva la penitencia—
 el pobre, vive sordo.

El día va saltando
 entre carreras, saludos,
 besos
 y mentadas de madre;
 el día se va
 tranquilo;
 después de todo
 sin haber manchado.

El día se va
 como si nada.

Soy en este momento
 la ola que se deshace
 en gotas
 que se van
 entre
 la arena:
 blanda, tersa
 de tu cuerpo.

Lázaro sin edad,
 ¡levántate!

Primero un paso,
 después
 te espera el cielo.

Y si rastreamos más de cerca en otros fragmentos encontraremos esa su fusión vivencial con el propio poema:

Aquí se va
 corriendo
 la tinta de la pluma;
 aquí se va
 la pluma,
 ligerita,

ligerita volando,
casi rozando las palabras.

Venero soy.
Serrano
que brotó solo
y voy volando
libre entre guijarros;
blancos,
rojos,
pardos y magentas;
redondos unos,
de afiladas aristas otros.

Venero soy
y voy creciendo,
fiera líquida en el principio,
agua apacible
cuando llegue a tus manos.

Venero soy.
Serrano,
que va saltando
los guijarros.

Va dejando uno
por el mundo,
una estela
de aromas y palabras
que no serán
reconocidas;
se perderán
para siempre
como se pierde
el vino
en una jarra
abierta.

Tiene José Teherán un segundo poemario escriturado en 1978, también inédito como el anterior. Se llama *De una bala de carmín*.

Tengo muchas nostalgias
 que debo
 comenzar
 por írmelas
 sacando

Es probable que el poeta crea con Claudel que la poesía es efecto de cierta necesidad de hacer, de realizar con las palabras la idea que se tiene acerca de algo. Que es preciso, pues, que la imaginación tenga una idea viva y fuerte, aunque al principio obligadamente imperfecta y confusa del objeto que se propone realizar. Que además es necesario que nuestra sensibilidad haya sido colocada en relación con ese objeto en un estado de deseo, que nuestra actividad haya sido provocada por mil toques dispersos y puesto en situación, por decirlo así, de responder a la impresión por la impresión.

Se percibe en Teherán ese proceso:

Cuando tú recorrías
 todo el día
 los caminos de tierra
 masticando las horas
 de la espera;
 esperando
 lo que no se conoce
 ni se ha vivido nunca;
 cuando tú a manotadas
 te peleabas contigo,
 yo tenía
 olvidada quizá
 una pequeña llave
 para abrirle las puertas a la vida
 y cerrarle las puertas a la muerte.

Vamos a desmembrar el poema en fragmentos para seguirle la huella:

El chiste fue
 que supe
 (cuando te vi las marcas del martirio)
 que masticabas horas
 con sabor
 a tiros de escopeta.

otro:

Sencillo era el conjuro
 muy sencillo:
 Un trazo de grafito cortaba las esquinas
 de tu melancolía;
 una palabra
 en otros decibeles
 te cerraba la herida
 y una caricia tenue de manos de mujer
 te ayudaba al olvido.

Todo lo que a él llega, aun la alegría, se aduna a su tristeza
 y se torna inclemente:

Cuando tú me nombrabas
 sin despegar los labios
 quitabas un ladrillo

Veámoslo mostrar el raigón, los filamentos:

Las calles todas van
 llenándose de lágrimas
 cada tarde llovida.

Esta tarde se va
 también como las lágrimas
 por una coladera
 no te puedo decir
 del dolor
 que vive debajo de mis uñas
 ni de la gran ventana
 que tiene la ciudad
 en donde yo te espero
 de azogue la mirada
 diez y seis horas diarias
 calles encementadas
 con heridas en verde
 que no me dicen nada

Después viene la melancolía, el llanto ya casi a flor de piel.
 Viene por la tarde andando hacia la noche, en todo, en una
 enfermedad cuajada de desgaste:

Un saludo pasó
de boca en boca
atravesando todas
mis paredes de vidrio

Marro
golpeando en el asfalto
a las dos de la tarde
golpeando
dando
golpeando
dando sobre el camino oscuro
deshaciendo caminos
abriéndose una tumba
a los sonidos
abriéndole una pequeña herida
a las palabras.

El poeta se aferra solamente a un deseo de liberación, esa que desde lejos venía buscando a través de sus nostalgias:

Una visión fugaz
fueron tus pasos dando
más allá del recuerdo
anticipando lluvias.

Todavía se encuentran
en el mismo lugar
pegándose en el viento
las palabras
las que tú no aprendiste

Todavía se encuentra
el mismo par de alas
esperando la espera
entre mis veinte dedos

(Mercurio no es el héroe
en esta historia
es tan sólo un maestro
que me enseñó a volar
para que no cayera).

Y finalmente este otro fragmento. No hay recuperación en la soledad de lo posible:

Esto de no entender
tus caminos nocturnos
esperando milagros a la menor señal
de soledad

Esto de no entender
tu soledad sin riendas
es
no haberte conocido
por ejemplo.

Rosas de roca herida es su tercer poemario. Está dividido en 36 estancias. Será publicado por el Gobierno de Baja California Sur, por haber obtenido —como se dijo— Premio Nacional. Lleva un epígrafe de H. P. Lovecraft, de su libro *Los dioses*.

Es la historia de una ciudad perdida que emerge del mar como un luminoso atlante. Aquí algunos fragmentos:

Amurallada estás
hincada en tus entrañas de basalto
de par en par la puerta hacia
otros puertos
abrazada de mar.

Luego:

Emerges con tu velamen de brazos extendidos
y tomas por asalto la bahía.

Eres estrella en la tormenta
al Sur al Este y al Oeste atalaya
que grita a bucaneros.

Rastros de naufragios flotan sobre tus costas
bogavantes estigios que fueron sepultados.

Otros más:

En este puerto hay:
Un millón de intereses que aprisionan
al mar.
Un mar

que no infunde respeto, que no despierta
en nadie, ni un poquito de amor.

Este mar no es el mismo mar que he leído
en Neruda;
este mar desgraciado
ha de ser
uno de tantos mares
que nació prisionero.

Esta mañana, el mar se ha despertado
gris.
Es un enorme ojo
que nos mira llorando;
es una alfombra vieja
que ha sido muy pisada.

Es una enorme llaga
que se le abrió a la Tierra.
Esta mañana
la niebla la puedes masticar
como bola de chicle.

Los barcos en el muelle
tienen un traje a rayas, prisioneros.

Para ser habitante perenne del mal tiempo
me siento nauta de la bruma
infeliz navegante a toda marcha.

César Sotomayor Peterson al conocer esta obra de Teherán
dijo:

Poesía juego y poesía palabra. Poesía del juego diario y poesía de palabras y eco sin espejo o con él, no importa. Importa sí el juego de palabras y figuras de papel entintado de azul o negro, si no se tiene el rojo de Marte en un tintero. La poesía gira y se da vueltas y se va también de gira tras el mar de California y llega a La Paz a nado, como cualquier camarón (Bogavante, debió haber dicho este César) que vence a la corriente en buena lid. Poesía que emerge de los cuadernos tan blancos de virginales. Poesía de calles sin alumbrado; de los barrios proletarios o adinerados, que para ser poeta poco cuenta el precio de la cuna; poesía de las

viviendas sin agua entubada; de las avenidas de concreto y cemento; poesía de los cruceros con el semáforo inutilizado; de los periódicos y pasquines que apenas se diferencian entre sí; poesía, eso sí, o ni modo, como se prefiera, pero poesía al fin y al cabo, al término de una cópula o en medio de los errores de tipografía.

No dije que existiera
el minuto imposible
ni que habría un camino
donde pisar campanas
no dije

De lo que estoy seguro es
que fui el primero que llegó
desenredando enredaderas
a los barcos
y el que con ojos hechos de sal y agua
dijo adiós desde el muelle
y navegó de noche
bordeando
los bancos de coral
de tus líquidos pechos.

Agrega Sotomayor:

La poesía de José Teherán revienta y retoma las cuartillas tintas en tinta entre sus manos o entre sus versos. Revienta también cualquier red que pretenda coartarla o separar sus partes. Las partes de un todo que son la obra hasta hoy del poeta, que de Cazador se echa a los hombros no una carga de guachos, sino un baúl de visiones que es el mar cortésiano, que cruza y vuelve a cruzar en una barca de verbos y adverbios; de adjetivos broncos como caballos cuarto de milla.

Navego desde ayer
desde mi padre
amortiguando el llanto con la espera
adivinando el mar
—placenta y cementerio—
como un ciego
invento carabelas para ahogarme
en tu nombre
en cada travesía.

El poeta y su pluma —asienta Sotomayor Peterson— que también suenan como una lira. El poeta viajero, el poeta gráfico y el poeta de la poesía, está en su bolsillo todo el tiempo, todos los días, todo el día. Poesía del insomnio, poeta sin sueño, lo uno y el otro: insomnes. Poesía completa al final del túnel o del cable. Poesía como una calle pavimentada; poesía que vuela en una pluma sin tinta; en una carta a la amada o al editor; poesía, con todo o sin nada, que toma La Paz para sacarla de la paz peninsular y subvertirla hasta hacerla capital, no de la república pero sí de las letras que se vienen escribiendo en la aridez del continente.

Por eso
para ponerle un cerrojo amaricante
a la garganta
vine hasta aquí
a vestirme de sal
de niebla
vine a cortarles huesos a la muerte.

A callar huracanes que azotan las costas
de mis manos
vine
para apagar los fuegos de artificio
y cegar la bahía
vengo.

Finalmente César da este cerrojazo:

Vemos pues que la poesía de Sonora tiene que irse a otras tierras, mar de por medio, para hacerse escuchar y exponerse como una verdad o una canasta de frutos agridulces. Se va y regresa, la poesía, por su propio pie después de examinar las alturas de una casa o de un árbol. Se retira y se acerca con sus frutos que unos llaman prohibidos y otros escandalosos. Como quiera que sea la poesía da sus naranjas y sus limones y éstos, como la fruta esperada por poetas y aquellos que quieren serlo, se hallan en los bolsillos del poeta que ya tiene su propio nombre y que no es otro que José Teherán.

Vine para ser el testigo
y mi propio verdugo
para ser mientras dure la espera
el único pirata
dispuesto
a silenciar cañones
a olvidarme marino.

En este poema nos damos cuenta de que en el fondo el poeta se da en amor puro, entero, sin afeites que lo enmascaren, dado con el más claro verso. Ritmo e intención mágicamente apareados. La poesía está ahí vida, vivida, vivificante. Veamos algunos fragmentos finales:

Te guardo en el mar más allá
de mis dedos
donde juegan gaviotas con azules.
Las redes aquí tejen
olvidos a destajo
horas de insomnio y lumbre
manos al abordaje derribando
cinturas
de naves que se incendian.

En este puerto herido
espero
pienso
callo.
En este puerto que tiene olor a pólvora
no hay la suficiente tierra
para enterrar un muerto.

En esta mano tengo
un camino
desde el dedo cordial hasta tus faldas
que conservo en alcohol
noche
tras
noche.

Tal vez hubiéramos podido
correr de extremo a extremo
los dos al mismo tiempo

correr sobre los cuadros de cemento
que amurallan el mar.

Una ciudad así
que volvió del pasado a romper horizontes
viene a decir con una voz secreta
que soy un niño viejo
una sola estación en todo el año
un llevar frente a la proa cuatro metros de mar
como horizonte.

Es decir
que navego hermano de la muerte.
Flota el sabor de sal en las esquinas
y la ciudad aceita los recuerdos.

Otra vez como el mar
tu mirada perdida.

El hombre que no fui
(que no soy)
se deshace en tormentas
la voz grita una lluvia tenue
llanto de niño.

Y al final de todo llega la desaparecencia, porque el tumulto quedó atrás, soterrados ruidos debajo de los muros, las sonrisas que hoy vuelven otra vez a ser los fantasmas. Queda pues la doledura, el raigón aquel que fue:

Terco timón sin rumbo
mar adentro
una noche anterior
entre mares de vino
y vientos de esperanza.

Desde donde no soy
no estoy.

ARIEL BALLESTEROS ELÍAS

Ariel Ballesteros Elías llegó de improviso sin que nadie lo notara. Es quizá un anacoreta estudioso que le da por aprender las formas, las líneas, dibujarlas, hacerlas y verificar que se levanten. Se quiere decir que le fascina la arquitectura. Ya es arquitecto.

Nace en Arizpe el 6 de septiembre de 1958. Pero como siempre ha dicho el maestro Enrique Valle Flores: las matemáticas, ni las líneas han estado en riña con las letras. He ahí la razón.

Alguien puso la punta del hilo negro en nuestros dedos y había que descubrirle para que estallara de una buena vez el *Fiat Lux* de la poesía. Y así fue.

El sábado 13 de enero de 1979 irrumpía por primera vez en *Bogavante*:

Voz fresca, voz nueva, reciente. Apenas acabada de llegar, ésta la de Ariel Ballesteros Elías. Con sólo apenas veintiún años y ya inmerso en este quehacer de soltar su palabra, de decir lo suyo poéticamente.

Recibimos hoy las albricias de este muchacho, novel remero, que surge de improviso, con voz sencilla, clara y muy propia. Sonorense al fin, en sus poemas atrapa —de modo personal— las vivencias que le son caras y cercanas para metamorfosearlas, dándoles un sentido de espontánea universalidad.

He aquí pues, su voz y su sentir. De él y de nadie más que él, será este compromiso que sella con la poesía y con él mismo.

Eso fue lo que Julio Ernesto Tánori dijo al poner sobre los hombros del muchacho la responsabilidad de ser poeta.

Por qué esa desesperación
de esos ojos tan negros
tan negros
que se posan en otros ojos negros
para que tú y yo digamos
¿andan brincando?

Por qué esos ojos tan negros
 ven la piedra
 el arroyo
 la rama
 abiertos en la inmensa redondez?
 ¿Por qué?
 Es la última vez.
 ¿Por qué?
 Por qué una bala quema, corta, desgarrar
 y ensordece.
 Polvo, sábana de polvo y humo.
 ¿Por qué?

Vivencia que le escarba muy profundo, que le da la orientación hacia un mundo que él juzga verdadero. Y para él no hay engaño. Sabe que lo que dice lo siente, le toca muy de cerca, le va en vida en creer y no lo contrario.

Escudriña y no metamorfosea. Las líneas para sí no son simplemente metáforas, ni escalón para encender los fuegos artificiales. Son el escuadrón del lenguaje que le viene vivo para abofetearle, decantarle:

Todo se arruga con el tiempo,
 botas y personas.
 Pero en cada arruga de vejez
 encontré siempre un geranio
 oculto entre paredes de cálida nostalgia,
 de olvido y de soledad,
 geranios blancos y pacíficos
 invisibles a mis ojos
 de caballo joven.

Caballo joven que galopas
 del verde del nacer al negro de la muerte,
 habrá entre tus arrugas de vejez
 serenidad de haber pasado por lo que se creía
 tan pedregoso.
 Habrá serenidad oculta entre el silencio.

Hay en esto algo de esos vasos comunicantes de los que hablaba André Bretón. Y es probable que en otro sentido, pero muy adictos a la conciencia. Tengo la sospecha y no muy leve que este Ariel Ballesteros se haga manos, dados de por medio, con Rigoberto Badilla. Uno es arquitecto, y el otro doctor en

medicina. Profesionalmente distintos, pero hay algo que los liga, es ese halo misterioso al que todos llamamos poesía:

Después de que tu cuerpo fue robado
 ultrajado y vejado en los cuarteles
 amargado, explotado.
 Después de que el alma te salió por
 (una herida del viento
 y tu seno del refugio de mi mano en las
 (tinieblas,
 la cautelosa mano.
 Después de todo eso
 te curó la luz y lo azul del cielo del campo
 el pelo se te hizo amarillo en los trigales
 y tu cuerpo dio
 todo lo que había negado
 a los que ahora estaban en sus tumbas
 e insepultos entre piedra y piedra
 esterilidad y esterilidad:
 los nazis.

Podría pensarse que el poeta joven que escribe poesía joven es un desencantado. No es así. Es que el joven ya ve y busca saber, conocer el reverso de la medalla, nada más. Simplemente le da vuelta, precisamente porque no es un alienado, no carga sobre sí el proceso de estar siempre ahí. Todo tiene que cambiar, todo es movable, es la línea de la espiral:

Por que se mudó un día
 sin ninguna maleta
 sin ningún equipaje
 y ya no pudimos compararla
 con la cabeza de cebolla
 o con la punta de una caña de azúcar
 porque ya nadie
 se pudo sentar en la banqueta
 a verla salir
 y cruzar de punta a punta el barrio
 por eso nos nació en la cabeza
 la idea de llamarla nueva
 y el cansancio
 nos hizo sentarnos en la calle
 a esperar otra luna.

Hay en los poemas de Ariel una ironía no buscada. Simplemente se da. Y eso es bueno. No rehúye a las palabras y menos a su significado. Le da cauce a la verticalidad. La facilidad se revierte y es ella sola. La dificultad que espere. Quién sabe hasta cuándo. La lección de Huerta y de Sabines no se pone en duda, máxime cuando sabemos que Ballesteros no necesita ni de su influencia ni de su ayuda.

¿Similitud, concordancia, parecido?

No. Lo que sucede es que la misma poesía —porque sólo hay una— a los verdaderos poetas los hace plañir las mismas tubas o soplar, si se quiere. Es cuestión de ritmo, de fluidez, de amor:

Yo,
que agarro el tren de cada instante
el tren del tiempo.

FRANCISCO LUNA

Francisco Luna es ante todo un cronista, pero eso no obsta para incursionar en la poesía. Y es que él entiende con Lautreamont que "no hay dos géneros de poesía; no hay sino uno". Y por eso no teme. Entra en este campo no sin el natural asombro:

Mujer de cuerpo duro
y corazón blando,
de mirada sencilla
y acciones subversivas
llévame contigo
y así hazme:
duro, blando,
sencillo e inmoral.

El poeta va al grano. Sabe además que el lenguaje es el lenguaje y hay que utilizarlo:

Aquí
faltándome la carcomita
la idea punzante
en que te transformas
cuando te siento cerca
y hoy tu distancia en mi soledad reposa
y se anida
y se duerme
arrullada por el recuerdo
donde vegetará
hasta que no llegue
el alcohol o el humo
a despertar su letargo.
Y en alucinaciones
que te envuelven
te arrojan
hacia la concreción.

Francisco Luna es psicólogo egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Labora actualmente en la Universidad de Sonora. Publicó por primera vez en *Bogavante*. Tam-

bién en algunas revistas de grupos marginales. Prepara un libro sobre crónicas vividas y observadas en los barrios "candentes y detonantes" de su ciudad natal. Pertenece al grupo EL TIBURÓN DESCALZO.

Finalmente leamos estos otros dos poemas:

INVOCACION

A Guillermo Prieto

Los académicos
 pacíficos
 prácticos
 y étlicos
 que con sus cánticos
 siempre prolíficos
 y sus estadísticas
 nunca específicas
 sueñan con pórticos
 e imágenes
 bíblicas
 y viven en mundos oníricos
 proclamando zwásticas
 o epístolas
 y envolviéndose en plástico
 evaden lo político
 refugiándose en su ámbito
 cuál epiléticos
 esperando el desarrollo energético
 como si el hambre fuera puro dolor gástrico.

FOTOGRAFIA

A Efrén Galván

Sereno
 sin prisa
 las manos apiñan la seda
 cinco atlantes danzan en él.
 Hecha carne y alma
 para volver a sentirte
 más cerca
 más adentro.

Luna sabe que la poesía es liberadora, que ella purifica y amplifica la persona. Entiende también que el amor es como realidad instintiva, física, casi contada directamente en su acto, como choque donde se hace presente toda nuestra realidad, desbordante al pensamiento y a la propia concepción:

La inconsciencia sentida.
 esa ubicación descifrable como puñalada al miocardio
 o amarga pena
 ese gruñir de huesos

la mirada ardiente en que se deja ver
 el insomnio carguero de ilusión.
 Todo eso y más
 cargarán sobre ti
 porque aquí no se habla de
 la herida sangrante de la aurora
 ni de la vacuidad de la existencia
 sino se repara en ella para arrancarle
 y extenderla multiplicada.
 Por eso te digo hermana
 Conciencia de mi querer.

(Nomás por tu amor)

El poeta, nacido en Hermosillo, Sonora, el 15 de septiembre de 1956, también experimenta a la manera de Efraín Huerta:

PARTO

Sol
 estrella
 relámpagos fugaces sobre la tierra
 el vientre se deshila
 gota a gota
 como la vida.
 Suave terreno de tu cintura
 sólo el fervor
 la lujuria
 el inmenso ardor de tu presencia.

MIGUEL MANRÍQUEZ

Miguel Manríquez nació en Guaymas, Sonora, en septiembre de 1957. Estudió letras hispánicas en la Universidad de Sonora. En la colección *La Poesía en Sonora*, que editó la propia institución educativa, aparece su folleto *Rosita contra los dinosaurios*.

En él Lauro Paz dice del mismo:

Viene a ser la síntesis de un mundo inmerso en otro mayor; un mundo en el que lo simple y lo complejo se combinan de tal manera que forman una perfecta simbiosis que, bajo el incisivo ojo del poeta, cobra una importancia particular, autónoma, pero esta autonomía no lleva en sí el corte del cordón umbilical que la una a la realidad, sino por el contrario, surge como un dedo que acusa y representa, en su atuendo de espejos, las mil y una caras de una sociedad inconscientemente superficial. Es por eso que nace como respuesta preocupada e irónica: *Rosita contra los dinosaurios*.

El trabajo de Miguel está dividido en dos partes: *Dinosauriadas* y, *All you need is love*...

De la primera parte son estos poemas:

Abanico de hiedras
enredado en tu espalda
las siete lunas del sur
en los dedos
los dinosaurios sobre
la ciudad
comiendo claveles rojos
no aquí allá.
Las arañas haciendo largatijas
mientras el sapo mayor sonrío
sobre el calendario azteca.
Las abejas que beben cerveza
en el principio de la noche
puños de tierra que secan
el sudor de las frentes.

Monos sordomudos que fuman
 y se arrastran
 allá no aquí.
 Señora muerte
 voltee hacia la derecha
 allá
 ojos deletreados.
 Que realidad
 ¡Carajo! . . .

(Dinosaurios e claveles)

—————
 Cómo era, compañero,
 la botella de vino
 y nosotros largándonos la risa
 en medio del humo.
 Cómo era aquello
 de que la montaña se desmoronaba
 y formaba paréntesis.
 Cómo era aquello
 de tirarse en la arena
 con la cara hacia el mar.
 Cómo era aquello
 de las gaviotas vagabundas
 metidas en las nubes.
 Cómo era.
 Ya lo dijo Benedetti:
 "La muerte es una traición de Dios".
 Lo recuerdas.
 Cómo era compañero . . .

(Niño de botas e ojos de piedra)

—————
 Y qué diablos
 si escribo un poema(¿?)
 sólo para probar la pluma fuente
 sólo por el hecho de escribir
 sólo para decir:
 Killingtime.
 Mientras Aguiar insiste
 en que la literatura es sacerdocio
 Garcilaso ve el estado en el que se halla

Góngora con sus metáforas calientes.
El tiempo pasa
Oigo a Wonder, Stevens, Charles
enigmas temporales.
Per secula seculorum. . .

Y aquí cambia un poco de ritmo:

Se habrá sabido
por ahí
que los espejos
no devuelven la imagen
porque si la reflejan
podrían devorarnos
(las imágenes no los espejos)
al saber que estamos de más. . . .

UN HOMBRE TRISTE el poeta
QUE RENUNCIA A SU LUGAR en el universo
EN EL MUNDO de los gnomos
LLORA DE IMPOTENCIA Y se suicida.

De la segunda parte es esto:

Toco tu piel suave y caliente todos los días
me siento frente a ti y te contemplo por horas
me tienes absorto
(cosa nunca lograda por nadie)
tu destellante figura azulada
me consuela en las horas
ya olvidadas y solitarias
me hablas del Todo
lloro, río, mi corazón late de prisa
cuando me hablas de historias
conocidas por todos
comentadas por todos.
Estás en silencio por la mañana
pero en las tardes pero en las noches
te contemplo
y mando a la madre las clases
las amistades
los trabajos
los domingos

y todo lo demás.
Sólo estoy viviendo contemplándote.
Estoy tan enamorado de ti
que me niego a dormir
a olvidarte
te amo y te deseo por los neurasténicos
orgasmos audiovisuales.
Cuánto odio... TV...
te odio...

Manríquez estudió letras hispánicas en la Universidad de Sonora. Actualmente labora en el Colegio de Sonora.

MARTÍN ENRIQUE MENDIVIL

Martín Enrique Mendivil es quizá uno de los más jóvenes de su generación. Nace en la ciudad de México el 23 de mayo de 1965, pero desde que tenía unos cuantos meses es traído por sus padres a Hermosillo.

En él había algo de predestinación, un don innato que le empezó a molestar el alma desde que estaba en quinto o sexto año de primaria. Tenía entonces once años. Tal vez la influencia familiar, el ambiente en que se desenvolvió desde entonces, le hizo darse cuenta, quizá prematuramente, que podía, que debía probar y seguir el camino del arte.

Curiosamente, como suele suceder, él no lo hizo a escondidas, sino que recibió el aliento y el estímulo necesarios para emprender el camino y establecer su jornada.

En 1981 cuando está en tercer año de secundaria gana, a ese nivel, el Concurso Estatal de Poesía, convocado por la Casa de la Cultura. Ahí el primer fruto de su esfuerzo niño.

Además de la poesía le apretujaba el sentido también la música, y fue por ello que estando en la preparatoria forma un grupo que se llamó VOCES. Se atrevió, porque sintió desde lejos el chispazo a componer él mismo las canciones.

A finales de 1982 se armó de valor y se apareció en la redacción de *Información*. Ahí establece el primer contacto con las letras en plan serio. Su primer artículo. Se analiza y se comprueba que el muchacho tiene madera. Abelardo Casanova y yo nos ponemos de acuerdo y lo lanzamos al fogueo verdadero. No nos defrauda. Lo hace bien y cada vez mejor. El periódico y el Instituto Soria le becan. Ya con seguridad en él mismo entrega sus primeros poemas, que aparecen publicados el domingo 16 de enero de 1983, en *Bogavante*.

Escribo entonces:

Se bautiza una nueva voz en el panorama poético de Sonora: Martín Enrique Mendivil. Llega esperanzado, henchido de esa juvenil inquietud, propia de quien quiere expresar lo que piensa y siente. *Bogavante* ofrece las primicias de este muchacho que en un futuro no muy lejano —estamos seguros— dará bastante que hablar, porque talento lo tiene a

manos llenas; empieza a adquirir un oficio que en estos primeros poemas se nota balbuceante, con cierta timidez, pero lo importante en ellos es que la poesía anda por ahí atosigándole, se deja cercar y en algunos momentos huye, estableciéndose el juego entre ambos. Llegará el momento en que Martín Enrique la atrape para siempre y no la deje escapar. Y es el juego natural en este quehacer, en cierta forma insólito, ilógico y audaz. Sabe Mendivil que el camino es arduo, difícil, largo, pero que con disciplina, autocrítica y honestidad ante su verdad y la de los demás, logrará lo que se ha propuesto. Así sin más. Sea pues, bienvenido.

Y es aleccionador un poema que ahí aparece. Dejémosle a él:

VUELO LIBRE

No
sientes nada.
Las piedras flotantes
de que te hablaron
no aparecen. . .
las inventaron
los que quedaron
en tierra,
atrapados
en grilletes,
cadenas
a las que solos
se atan
y que
sin darse cuenta
aman tanto.
Pero
tú continúas
escarbando el viento. . .
Por cierto
sólo encuentras tiempo
(Hemoglobina de la espera).
Y dejas
sobre una gaviota que pasa
que te besa

que se confunde
 con tu vuelo.
 La libertad
 ya no está
 en libros,
 ni en héroes,
 ni en la boca
 del líder...
 ..la libertad
 está en tus manos.

Cabe agregar que Martín Enrique fue parte del cuerpo editorialista del periódico por mucho tiempo. Sus escritos siempre manifestaron esa preocupación por sus iguales: los jóvenes. Defendió posiciones, criticó —y muy en serio— cuando aquellas tomaban orientaciones a su parecer equivocadas. Le importaba entonces, como ahora, la solidaridad humana, la libertad, la fraternidad.

Abelardo Casanova en un rasgo increíble bautizó a los escritos de Martín Enrique así: *Nueva Voz*. Ingresa entonces al TIBURÓN DESCALZO.

Va otro poema suyo:

NO ENTIENDO

No quieres verme,
 lo descubrí ayer (lo descubrí siempre).
 Me lo dijeron
 las hojas secas
 de mi otoño,
 el frío intenso de tu invierno
 y yo no lo creí.
 Me cobijé
 entre planos,
 castillos de humo
 que se rompieron
 con tu mirada,
 distante y ajena,
 hermosa y oscura.
 Mirada que yo pintaba
 de una luz blanca
 y que alzaba esperanzado
 sobre los cielos,

con un cristal
entre mis manos.
Ese pobre cristal
ajado,
casi roto
que se abre estallando
en mil colores
a pesar
de estar hundido

(Cristal: —Se parece
tanto a mí...).

Pero la vida
no entiende
de ilusiones
llega y te parte
con su daga.

Abre la herida necesaria,
requerida,
exacta,
temida...

Exodo hacia lo inescrutable.
Y detengo
un poco
mi angustia...

No entiendo o
no quiero entender

Sólo sé
que no quieres verme
lo descubrí ayer (lo descubrí siempre).

Al terminar su preparatoria echa un volado al aire para decirse: o una carrera profesional universitaria, las letras o la música. Gana esta última. Es bueno por ley asentar aquí que el muchacho siempre fue el primero de su grupo. Constancias múltiples las hay en sus boletas de alumno. Jamás tuvo un 80. Con eso se dice todo. Su beca fue definitivamente redituable para todos, y más para él.

Actualmente estudia en la Escuela de Disciplinas Musicales y también, en esa área, en la Casa de la Cultura. Afirma

que pronto volverá a escribir para dar rienda suelta a su sentimiento interior y para con los demás.

Finalmente otro de sus poemas:

DESPEGUE

El último pie
se ha despegado,
las alas
empiezan a crecer.
Desde la cabina
se sueña
una sola dirección...
los grados
no la entienden
... la lógica
se estrella
...y tú sonríes,
loco
hacia la vida.

Publicará un libro que se llamará *Tetabiate en el exilio*.

GRECO SOTELO

Greco Sotelo antes que poeta es cuentista, pero ha incursionado venturosamente también por este camino ancho y angustioso de dar amor a las palabras con poesía. Éstas le han sido dadas en prenda y se entrega así a un gozo infinito cada vez que eleva al aire su voz:

Se enciende el puerto
y las olas
a lo lejos.
El mar atrás,
tropezado del viento.
La tarde verde cayendo.
En los torsos desnudos
se dibuja el sol como una llama.
Y nada puede apagarla.
Cerrando los ojos, en la teja azul
las aves, mi madre las deja morir
oyendo el mar de frente.
Y la noche cae en quien la siente
como un golpe de estrellas en el agua.
A mi hijo marino, como un pez,
se le irá la vida entre los dedos.
En el cielo irreal se balancea el tiempo
y en la playa desierta
sólo queda la voz
del caracol en la arena.

Greco nació en Hermosillo, Sonora, el 6 de febrero de 1964. Es nieto del también poeta Adalberto Sotelo e hijo de Alán, quien en su adolescencia también escribió cuentos. Actualmente hace estudios de historia en la Universidad Veracruzana.

En junio de 1982 apareció una plaquette con varios de sus poemas: *Ocurre que las oscuras bestias hablan bajo*. Ahí Florida Dorantes dijo:

Sus versos son formas de recuerdos, sueños, deseos y sentimientos; son formas que se llenan de la imagen del hombre solo frente a lo grandioso, desgarrador e inexplicable del

mundo que lo rodea; son formas de donde surge la queja por la sordera con que topa el clamor de sus vivencias.

Ha publicado sus trabajos en *Bogavante* y es parte del grupo EL TIBURÓN DESCALZO. Ha obtenido varios premios nacionales y estatales en certámenes de cuento.

La cercanía de su mundo real y el poético hacen que la claridad brote en experiencia, en vivencia, en símbolo. Aquí un poema que más parece acuarela:

Aventó el pájaro nuevo su canción al aire.
Un olor de rosas le encendió la sangre.
Un fulgor de espiras liberó su trino.

Debajo su pecho
estrellas de noches antiguas
ardían,
y sobre su sangre
lágrimas de luna clara cayeron tranquilas.

Miradas aladas
sobre el alma muerta de los hombres idos.
Calor de vuelos y voces,
víctima fugaz,
navío plumado
sobre el mar abierto, sobre el llano seco,
sobre el triste espacio de los hombres idos.
¡Ay, pero no sepas nada!
¡Ay, pero no entiendas
que de vuelos muertos se cubrió la tierra,
que de ausentes cantos lloraron las frondas,
y un olor de rosas apagó la sangre
de aquel que quedaba!

(Alado).

Como a otros de sus compañeros le atrae el mar, esos sus misterios, esos sus recónditos lamentos que no tienen mando pero sí vagabundeo:

Tengo el alma como piel de mástil;
la mirada vieja y distante del marino;
de tierra el corazón

que fui soltando un día, poco a poco,
como hilo de cometa.

Soy tan remoto como el grito de albatros
.y tan nuevo
que un corazón marino
me ha subido a la garganta.

Soy la vieja espiral del mar,
tan remota e incierta
beso que prensa fugaz su cuerpo lento y frío,
mano mortal que desde entonces
quiso estremecerle el alma con un grito.

Y por tanto,
a los hombres y a las rocas
los veo desde aquí: desde la borda.
porque en lugar de piedras
tengo un pez en el zapato.

Aunque vientos antiguos e iracundos me circunden
y al final, la oscuridad cubra
el último, ánimo velero.
. . . de tierra el corazón
que fui soltando un día, poco a poco,
como hilo de cometa.

(Habitantes del mar).

La existencia virgen regresa a la soledad y de ahí nace la
fuente de la palabra en un mediodía sin espejos:

Lo que habla,
bebe y nace de mí.
Encuentro cosas mías cada vez.
Las siento agitarse adentro,
quebrarse y respirar como ramas nuevas,
como olas que volviesen a mis costas,
a mis orcas oscuras y en silencio,
trayendo las cosas que de una forma u otra
no veo
o acario
pero acaso intuyo al término
de la tenaz persecución de mis fantasmas.

Lo que habla de mí

emana esa honda resonancia de las cosas lejanas.
Los ecos, el indomable temblor
de lo que alguna vez estuvo junto,
consumiéndose, penetrándose,
ardiendo en abanicos de fuego y aire,
trenzado en todo boca, dientes,
tronco y alma.

Lo que habla de mí, en fin,
habla acaso de lo irreconciliable
y de lo casi perdido.
En mí el recuerdo del amor,
y no la esperanza.
En mí la huella calcinante,
y no el camino.
En mí la sombra que sólo engendra sombra;
el tiempo que sólo acerca tiempo.

LEÓN FERNANDO MAYORAL

León Fernando Mayoral se da a conocer plenamente como poeta en noviembre de 1982, cuando aparece su libro *Síndromes*, en la colección La Poesía en Sonora, editado por la Universidad de Sonora.

Nace en Hermosillo, Sonora, el 11 de abril de 1958. Desde muy chamaco se manifestó en él la llamarada del arte. La literatura y la música son marcos preferenciales. Y en los dos ha dado una imagen real de verdadero talento.

En 1981 fue galardonado con el I y III lugar del IX Concurso de Cuento, a nivel estatal, convocado por la UNISON. Dos relatos estupendos: *El naufragio*, y *A oscuras*.

Fue miembro del Grupo Musical Malasangre. Es también compositor de canciones. Ha musicalizado dos obras de teatro para el Grupo Tespis, de la Universidad: *El dragón y el bada*, así como *La daga*.

Actualmente recopila sus trabajos anteriores en busca de editor posible, y en un diálogo teatral, a la manera de Salvador Novo: *La esclava*. Tiene para ello ahí la colaboración de Óscar Castañeda.

Darío Galaviz Quezada ha escrito de la obra de León:

Brillante y rítmico deambular en su prosa. Sesgos breves de acuciosa creatividad en su poesía; apenas va por ella; ya se espera más de él. Él es grato al trabajo creador.

Y luego más adelante:

Colocado solo ante los que escriben, ante los que explotan los recursos visuales, metafóricos, de imágenes, de reyertas sangrientas por personales con el lenguaje, León se retó a sí mismo, paisaje soleado de cactus para empezarse, para transmitir de otra manera, ya casi su muy manera (puede ser un casi largo y abrumante), su autovisión, su impresión sobre el señalado tapiz de la realidad tejida y destejida.

Rollo lento el de este trabajo poético que disimbrica, anuda, desenmaraña ideas, palabras, connotaciones, denotaciones plurales; y todo con el huso ebúrneo del que abdica por

De hecho no lo hemos descubierto, pero sí aquilatado en su punto justo, porque él es un joven que se inicia y llegará muy lejos, de eso no tenemos la menor duda. Lo tiene todo para ello: talento, curiosidad, imaginación, ganas de disciplinarse, de ser cada día mejor sujetándose a una auto-crítica que le modelará la imagen, a través de la calidad de su obra.

Despunta pues el hilo de la creatividad a mazorca repleta, obligado para consigo mismo y con el poema, además de la música, que desde mucho cultiva. Va en fiebre abriéndose camino, en donde el espíritu de Lorca le asalta por momentos y es en él estrella en alto, anunciación certera.

Cuánta razón hay en esto, porque a dos años de haber sido escrito este texto, León Fernando sigue adelante como deslumbrado, como si supiera que los horizontes hubiesen estado ahí esperándole. Y eso es bueno. Hay en muchos de sus versos un temblor de amor a manos llenas:

¿Qué busca tu boca en mi boca
después de tanto tiempo?
¿Qué dicen tus ojos que no les entiendo?
¿Qué busca la vida en tu vida y la mía
ahora que te encuentro de nuevo?
¿Ese niño de dónde viene?
¿Qué hacemos tú y yo otra vez en los besos?
pero te quiero...

Tus ojos visten
una extraña sonrisa.
Tus labios se mueven
como peces dormidos
/ tiernamente /
como dos suspiros.
¿Qué mueve tu risa
tan fina en mis manos?
¡Cómo baila tu voz
dentro de mi cabello!

El toque poético está dado. Va buscando buceándose. Parece creer en aquello que Jaime Sabines dijo: "El amor es la prórroga perpetua", por ello dice:

Apúrate tiempo, apúrate
que ya no soporto su ausencia.

Apúrate tiempo, tiempo
que mi pecho se vierte
en mil latidos presurosos.

Apúrate tiempo, corre
llámala y miénte
dile que Abril ya llega
apúrate y miénte.

Que mi boca busca su boca
tiempo, y mis manos las tuyas
y mis ojos sus besos tiempo.

Apúrate tiempo, y miénte
dile que Abril ya llega
dile que escuche mi pecho
que no soporto su ausencia.

Apúrate tiempo, apúrate
que apenas se fue ayer . . .

Y el poeta va soltando amarras para entender y capturar en cierto modo al destino, su destino. Sabe que la vivencia debe ser total y sin cuartel:

Color de nuez tienes.
Color de la hojarasca.

y trae tu saliva en ese beso,
y tus ojos, tu cabello,
deja tomarme tu piel a través de la mía
y roba también mis fuerzas, róbame las fuerzas
Amame.

Por allá el domingo 12 de junio de 1983, también en *Bogavante* escribí esto:

León Fernando Mayoral se inició en la tarea escrituril hace dos lustros y, ahora a sus veinticinco años, es sin duda uno de los representantes más firmes y preclaros de su generación. Sabe perfectamente que en esto de las letras el camino se encuentra sólo trabajando, que la obra es la que en sí habla y recorre el profundo sentido del arte a fuerza de vivir plenamente la vida. No es extraño, pues, que León afin-

que sus raíces en su propio tiempo, en su propia dimensión como hombre, como un ser sublimemente solidario ante el mundo y sus hermanos. Estos lazos hacen aflorar la llama de su talento en poemas, en canciones, en cuentos o en simples trozos prosísticos para definir, de manera segura, su imagen. Barquero León que lleva en sí sus propios remos.

¿Y por qué dije esto? Aquí la respuesta. La da el mismo poeta:

BEIRUT

Eran los escombros
y eran los huesos
y el misil y el humo
y era el esqueleto del cadáver.

Eran las bombas de seis mil kgs.
y las miradas desde la frontera
y el asalto sin medida
y el cadáver de los palestinos:

—¿Por qué prosiguen las balas?, dijeron los muertos,
los cohetes, los gases, los rayos ¿por qué siguen?

—Si ya todos hemos muerto, ¿por qué prosiguen?

O sencillamente por esto otro, que se emparenta sin querer con otros compañeros suyos que aparecen aquí y hablan de la muerte. Él se duele de esta manera:

PENULTIMA INTENCION SORE MANUEL TORRES IGLESIAS

Poco antes de que te lleven
a sus páginas los biógrafos
y te incrusten en estampas
en los diccionarios actualizados,
quiero robar un poco
irreverente, sencilla, tu imagen,
para acortar el ayer de las escuelas.

Antes que te nombren prócer,
pionero, o algún otro adjetivo
que ellos saben,

quiero acordarme de la anécdota
que, lo sé, después será leyenda;
para sentirte de nuevo y simplemente
humano como fuiste
y no prócer ni pionero.

He pensado que la historia
está aún muy cerca
y pretendo arrebatarle mis recuerdos.

Te miro, sin esa rigidez
ni el pedestal que ya dibujan,
rodeado de nosotros los de entonces;
permíteme reír la misma burla juvenil
sobre las arrugas de tu saco
y tu sueño inoportuno en las clases,
el ocaso de tus años
y nuestro murmullo o nuestra tos
siempre oportuna.

Permíteme pensar, aunque estás muerto
no en el pésame habitual
sino en ti mismo.

Tan afuera de lo solemne, tan lejano;
tan cercano, tan común,
tan cotidiano,
tan apegado al polvo, al sol
que comulgamos.

Antes de que te lleven
a su páginas los biógrafos
y yo mismo me sorprenda reverente
ante tu memoria
quiero burlarme otra vez de tus berrinches,
maestro,
para sentirte tan humano como fuiste
y no prócer ni pionero.

CONRADO CÓRDOVA TREJO

Conrado Córdova Trejo tiene corazón de milpa, de agua decantada. Y es que el muchacho nació a las márgenes del río de Sonora, en La Aurora de Babiácora, el 8 de julio de 1956. Y es poeta. Bueno.

Fuera de todo sentimentalismo barato, es enaltecedor el que César Briseño se haya dado cuenta de su talento y transmitiéndome en copia una treintena de sus poemas. Y me dice:

El autor de estos trabajos es un muchacho bastante introvertido y poco afecto a la publicidad.

Si te interesa su producción para publicarla, estás en libertad de seleccionar los poemas que quieras, y si te es posible, en mucho ayudaría que hicieras una pequeña introducción con base en la lectura de los trabajos. Escueta, no importa, pero lo más apegado posible a la esencia misma de las composiciones.

Y luego César señala:

Como te vas a dar cuenta, la simbología que maneja Conrado resulta muy interesante, y respecto de las estupendas imágenes que logra, pues tú vas a poder apreciarlo.

Hora de enfrentarse al fenómeno. No hubo raigón de por medio. La voz sola se alzó:

NADA

Ninguna puerta
detendrá diluvios
que golpeteando arriben al mar.
Ni tú
detendrás mi beso al mar.
Nada habrá,
ni hay,
que detenga a un gato suicida
que se ha reclutado de marino
para encontrar la muerte.

Posiblemente logres blasfemar al mar
y dedicarme una misa en la playa...

BAJO

Bajo los muertos
te encontraré furtivamente feliz,
inhalando resina de huesos,
soplando cuencas,
besando esternones.
Con una vela,
resucitando besos
que envidiarían las arañas,
los gatos
y yo.
Entre los muertos
besaré tu boca lejana.

Sucede que el domingo 27 de marzo de 1983, Conrado Córdova Trejo se adueña de *Bogavante* para evidenciarse y constatar de hecho el presagio. Y fue fácil porque sus armas eran simplemente las de la pureza de talento y la valentía de no buscarlo. Y tenía por derecho decir que este poeta tan fuego, tan llama en sí mismo, era sólo eso: poeta. Y así empecé:

Conrado Córdova Trejo atrapa en esta serie de poemas con clara limpieza y sin rebuscamientos estériles, un mundo de cotidianeidad que a todos, de alguna manera, nos toca de cerca, nos inmiscuye en ese narrar con ritmo para ser cómplices de ese juego mágico que le es fielmente particular.

Este joven poeta maneja el lenguaje con soltura, con esa luminosidad de la que intuye quizá, que la difícil facilidad no es producto de la deleitación, sino de un trabajo hondo, consciente dentro de la sinrazón poética y sobre todo de su íntima verdad que le hace entender al mundo con los ojos ávidos y nuevos. No cae, por cierto, en la superchería del engaño, en la falsedad hueca y fría del palabrerío rimbombante e insulso, en surrealismos trasnochados, sino que toma la palabra para mediarla con justeza, es decir con sabia intención. El camino de Conrado está abierto y por ahí

prosigue fiel a la poesía, pero además a sí mismo. Buenaventura para este muchacho sonorensé.

SOLO MUERO POR TI

Sólo muero de ti.
 Vengo ahogado del amor,
 vengo sin pies.
 Me sacrificas al olvido
 y muchos pájaros se estrellan al cristal
 con los términos ya desquiciados de la esperanza.
 Remolco gatos negros en los ojos.
 Es inminente la estampida del silencio
 y me remito a la hoguera del suicidio.
 Cual muerto enamorado de la muerte
 me olvido de abril.
 Sin cobijo
 me acerco a los negros pinares invernales.
 La sangre se me seca en las venas,
 he escupido mis ojos,
 he tirado mi boca,
 he llegado sin pies.

Los temas en Conrado son de apariencia común y corriente, pero se alumbran mediante aspectos trascendentes, es decir que va en rescate de esa aparente cotidianidad expresiva:

OCUPADA EN EL TEJIDO

Ocupada en el tejido
 deistes la mirada de los viajeros
 al pasar por la ventana.
 Amargamente tratas de entretenerte
 en cada puntada
 y tu oído atento
 busca el ruido del caballo salvaje,
 y estás llena de mordiscos por dentro.
 El tiempo te ha ido imposibilitando para la espera.
 Las manos atascadas de tejer se rebelan
 y sales desnuda, destejiendo,
 a unirte a los caminos.

y este otro:

SIENTES QUE TU RUEDA

Sientes que tu rueda
no puede girar con la nuestra.
Espejo descascarado
incapaz de reproducir lo que pensaste.
Tú y tu mecedora, la calle y la tarde.
Un gato en algún rincón
te acecha sin prisa.
Lloras con tu mecedora
y crees que ya es de noche.
Te sientes asesino
de cada día que muere en tu cuerpo.
Continúas ahogándote
entre infinitud de fechas
buscando tu lugar de árbol trasplantado.

Luchar con las palabras es una forma de luchar consigo mismo, es trascender el sentido, la naturaleza misma:

CERCA DEL SOL

Jamás seré marinero
y no me duele,
pues en esta tierra de sol no serviría
En ocasiones me da frío el triste julio
mas no deseo el mar.
En este lugar más aluzado de la tierra
me enfurecen los olores del mar,
el orgulloso mar que olvidó a todos los poetas.
y puedo creer que por aquí
cabalga la muerte sin sombrilla,
y cabalga. . .
Tierra de girasoles
no dudes nunca del sol
que jamás podría vivir sin su espejo.
Qué me importa no ser marinero?

En ocasiones el poema se llena de angustia y de ausencia, la doble cara para poder vivir:

PERMÍTEME OLVIDARTE...

Permíteme olvidarte
sin verme en los espejos
cuando llore.
No pienso soñarte
aunque los gallos insistan con otro día
y hagan llorar al sapo en el estanque.
Poco entiendo de ti
y aunque lo riegue
te lloro frente al espejo.
Y te sueño
deshilando sin retorno nuestras manos.
No hables
respeta el silencio de los gatos,
respétame,
aunque no sueñes,
aunque no te olvide.

Conrado actualmente es maestro del Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Sonora. Es codirector de la revista *Plaxio*.

LEONEL PERÚ

Este poeta aparece en *Bogavante* el 4 de enero de 1984. Entonces escribo:

Joven maestro del ITR, egresado de la Escuela de Letras de la Universidad de Sonora, Leonel Perú incursiona en el laberinto intrincado de la poesía, con la inocencia de sus primeros reflejos, de sus enfrentamientos con la vida, con el medio ambiente y lo inmediato.

Lenguaje el suyo que aún no encuentra el ritmo necesario, el indispensable. El lugar común le aflora para confundirse entre las líneas clave, que de alguna manera habrán de rescatarse en el tiempo, al conjunto que marque la intención justa y definitiva. Iniciación, casi bautismo. Va hacia la entrega verdadera. Poemas los de Leonel Perú que habrán de encontrar el camino seguro de una manifestación anunciada, prevista en su inquietud primigenia, descubridora. El paso está dado. Hay que avanzar, trabajar. Disciplina y amor cierto a la poesía que definitivamente no es un juego, es simplemente ardor, sudor, poesía.

AMANECE

En el horizonte
las mariposas cosechan matices multicolores
para filtrar las aguas turbias
de la razón insuficiente.
Amanece.
La campana desquebrajada de las estaciones
despierta a la diosa
que amanta sus jardines recién nacidos.
Amanece
y se levanta el trigo
el molinero
y las aspas de molino humano se mueven
bailan la canción de los vientos
que abre puertas y ventanas
del corazón
entonces
siento que ha llegado el momento

de hablarle a lo cotidiano:
cuando la creación ha sido bendecida
y se derrama sobre el planeta inquieto.

Leonel Perú es originario de Nogales, Sonora. Radica en Hermosillo.

ANNA ST. CLAIR

Anna St. Clair viene a ser para la generación de los 80 lo que Alicia Muñoz significó para la de los 50 y Lydia Espinoza para los 60. Empezó tal vez más joven que aquéllas, pero en esa su inquietud preclara hay una correspondencia que las une a las tres. Cada una de ellas ha sabido expresar a su manera la poesía, y sabido desentrañar el sentimiento. Cada quien en su estilo, su forma de ver la vida.

Anna dice por ejemplo:

No

no soy la que llora su vestido roto
ni la que sueña los días pasados
Mi vida es otra

No

no soy la que besa los labios apremiantes
como quien busca su boca sin conocerla
Mi boca es otra

no

no soy la que espera hilvanando recuerdos
(Cuentos de hadas turbias niñas amables
para volcarlos en otro y quedarme vacía)
Mis recuerdos son otros.

No

no soy la que juega sollozos de amor encendido
(látigos de odio que azotan mis sentidos)
para reinventar los hombres falsos
Mi juego es otro.

No

Yo soy la mirada, cortante la lengua.
ciega la mirada, cortante la lengua.
Nada tiene ya el valor de lo seguro
como nada tiene ya el valor de lo instantáneo.

Imágenes,

caballos galopantes que regresan y regresan
giran en mi torno
y yo olvido los recuerdos
y yo olvido mis juegos

y corro y corro como suicidio fragmentado
 y regreso fatigada a la llanura solitaria
 donde siembro recuerdos nuevos
 donde alzo la mirada del infierno
 donde lloro los desvelos necesarios
 donde ansío a los caballos su regreso.
 No
 es que mi vida es otra.

La poeta es hija de padre mexicano y madre sueca. Nace en la ciudad de México el 27 de mayo de 1962. Reside desde 1963 en Hermosillo, Sonora. Luego de terminar sus estudios de preparatoria, en 1980, inició una serie diversa de actividades y estudios. Física, por cuatro meses; pintura y dibujo por un año. Luego fue maestra de educación artística; da clases de español e inglés en secundaria y primaria; secretaria bilingüe. Más tarde aspiró a ser técnico electromecánico y finalmente llegó a ser periodista.

Entre viaje y viaje, trabajo y trabajo, decidió entrar al Taller de Literatura de la Casa de la Cultura. Esto fue en 1981. Al año siguiente decide ingresar en la licenciatura de letras hispánicas en la Universidad de Sonora, estudios que detuvo por un año para en 1983 trabajar de tiempo completo como periodista en *Información*.

Fue durante este bamboleante periodo cuando empieza a escribir versos. Algo interior la provocaba, la mantenía en fiebre, y la poesía la fue atrapando sin rodeos:

Siento brotar alas
 no, ramas
 y me elevo hasta dejar las raíces
 no, me extendo
 y veo y juzgo y explico
 no, me hundo
 y subo tan alto que olvido mi tronco
 no, respiro
 y conozco y viene el futuro absorbiéndome
 no, vivo ahora
 y danzo fogatas dormidas
 no, sueño
 y renazco en pasos silbantes
 no, camino las calles

y soplo y creo un torbellino
no, miro hacia adentro
y agito mi corazón en murmullos
no, amo
y beso y tiemblo y suspiro
no, estoy sola
y nado entre ecos de luna llena
no, miro el lodo
y fulguralmente avanzo entre estelas
no, miro las estrellas
y están lejos
y están allá con ella
la extraña
la que no vive
la que teme
la que piensa
la que tiene sus
raíces clavadas
en la tierra.

El domingo 3 de octubre de 1982, Anna Georgina publica por primera vez en *Bogavante*, de *Información*. Entonces Manuel Murrieta escribe:

Más que de sensaciones la poesía de Anna Georgina St. Clair es de imágenes. Es curioso descubrir cómo juega con la imaginación al ofrecer figuras poéticas en las que armoniza, y no insistentemente, lo bucólico y lo urbano.

Cuando se escucha el golpeteo de sus versos, en ese especial silencio necesario para leer sus poemas, viene la cascada de imágenes frescamente juveniles, fruto de una iniciante necesidad de expresión que evoluciona, y estos poemas son parte de su proceso creativo que se asienta.

La poeta ha arribado, y se constata con estas recientes creaciones que forman parte de una labor desarrollada en más de un año en este campo tan abierto a la expresión, ha arribado pues, al estado liberatorio en que se escribe no para algo o alguien, sino más bien, para la Poesía en donde no existen límites... sólo los del creador.

Ahí va pues, tanteando y vislumbrando su camino hacia la madurez, sigámosla...

De aquel entonces eran estos poemas:

Y aquí estoy
acariciando la madera
echando aserrín por los puños
mientras jalo la veta negra de mis oídos.

Mis dientes son astillas
que rebotan al menor clavo extraño
mis ideas son dibujos
sinuosas dominantes hebras de pino.

Nadie recorre la luna en nubes
nadie sorprende el amanecer en blanco
nadie escucha.
Es un río turbio el que nubla el mundo
es una mancha de hollín que se cierne
sobre la gente
es la señal del dolor de la muerte,
de lo ineludible.

Y ella sigue bailando sus fiestas de tierra
como si la noche oscura
le arrancara los ojos al día.

También aparece ahí un pequeño poema que le delata su
ansia por sintetizar:

Una historia eléctrica
pura como amorfa
flotando en el desierto
inmensamente pura
como un átomo azul.

En poemas posteriores Anna empieza por dejar correr de
cierto el ánimo. Sabe que no hay que ocultar los antifaces,
sino más bien destruirlos; que es necesario emparentar la vida
con la vida, hacerla vibrar ante sí misma y los demás. Tal
vez por eso dice:

I

No vengo a retratar
ni a tirar con flores
al que el paso desvía.

Amargamente
como un escalofrío
como una mirada al vacío
como un duende sin nombre
he venido a retratar temblores
a definir los desafíos
a construir amores
siempre de paso.

II

Aquí estoy como mariposa sin alas
rota de tanto andar
hinchida de primaveras muertas
de cerros de miradas tristes
de rincones buscados a tientas.

Y río
mi cuerpo sin alas
todavía huele la tierra mojada
y me digo
el cielo es tan alto
para mirar
que me deslizo con mis piernas fuertes
—mi cuerpo es mío—
con mis senos apuntando
hacia el frente inmediato
hacia los claroscuros
hacia languideces
hacia los penachos

No vengo a quemar las naves de otros
mi barco está lejos
sobre la mar
enciendo la luz de una mirada
con mis ansias de estío
de invierno
de lejanos orientes
de pétalos azules
de anohecereces

Busco y busco
 buscando la orilla de este sueño
 el dónde termina
 y para qué
 sueño como estoy soñando.

Anna ha publicado en suplementos diversos como *Decir Decir*, de *El Sonorense*, en la primera época cuando era dirigido por Pascual Mora y Luis Rey; en revistas universitarias como *Plaxio*, *Punto y Seguido*, así como en *Concepto*, de Nogales, Sonora, y en la feminista *Mujeres*.

Alguna vez, cuando tenía entre diez y trece años, estudió piano en la Academia de Música de la Universidad de Sonora, con la maestra Emiliana de Zubeldía. Ha dado recitales en plazas abiertas, en la Casa de la Cultura y en el Instituto Regional de Hermosillo.

En 1984, luego de laborar un año y medio como periodista, decidió regresar a la carrera de letras hispánicas. Actualmente trabaja los fines de semana en *Información*, además de ser corresponsal del diario metropolitano *La Jornada*.

Prepara Anna St. Clair un poemario: *Fiesta de tierra*. De ahí éste que se llama

RONDA

Una mujer cabalga de noche
 anochecida de rondas
 de besos
 de lugares
 y sus pies recorren el aire siempre nuevo
 a veces húmedo
 inexplicable
 invisible.

Nadie sabía dónde callarían sus pasos
 ni quién bajaría al suelo
 con las palabras mudas
 ni cuándo cesaría de interrogar al vacío

Un día se despojó
 de su traje de montar
 soltó las riendas
 dejó suelto el caballo rojo

y bajó desnuda
al lodo y al tiempo

Con la mirada fija
con las manos fuertes
con el vientre brillante
con los pies
aguijoneándose concretamente
de tierra.



MANUEL MURRIETA

Es Manuel Murrieta Saldívar uno de los poetas más importantes de la generación de los 80. Nace en Ciudad Obregón, Sonora, el 28 de mayo de 1959 pero desde la infancia radica en Hermosillo. Es un muchacho al que le alucinan los viajes. A su edad ya ha hecho largos caminos, por México, Estados Unidos y Canadá. Tal vez por ello en él son muy ricas las vivencias. La poesía le salta a flor de piel, la emana, la suda, increíblemente. Tiene un poemario con trabajos de junio de 1980 a agosto de 1982. Contiene más de cincuenta poemas entre cortos y largos. Trabaja en él como taller, ya que de ahí pueden salir por lo menos dos buenos libros. Alguna vez le puso título a todo el conjunto: *El vuelo del escarabajo*. Por supuesto que ese no sería el título definitivo, y menos si insiste en la ordenación tan necesaria que está realizando.

Manuel sabe tal vez aquello que señaló René Char, de que los actos no son más que la consecuencia de los enigmas de la poesía. En medio de la poesía existe un contradictor que espera. Es el soberano, y hay que luchar lealmente con él.

No fue ayer cuando traté decirte
no fue mañana cuando te dije adiós
ni fue el presente siempre vivo que te cubre.
Es lo que me trae a olerte
lo que quise desbaratar en esta rosa
Fue lo que fue lo que me dijo ven
Es lo que saltó cuando el cantar fenece.

Sabe este joven poeta, mejor, intuye con el francés que en el poema que se teje debe encontrarse un número igual de ocultos laberintos, de aposentos simétricos, al mismo tiempo que futuros elementos, como enseñadas al sol, con engañosas huellas y con existencias atrayéndose recíprocamente. Se da cuenta que el poeta es el barquero en viaje sobre todo aquello que prefigura un orden, es decir: un subversivo orden.

A la espera del hallazgo vienes empapada sin la sombra
mientras mis manos se sientan en la atmósfera
a deletrear tu beso que no flota en las ciudades.

Murrieta, por allá en 1980-1981 estudia, quién sabe por qué y para qué, tres semestres de ingeniero agrónomo en la Universidad de Sonora. Posteriormente, quizá reconociendo su error, realiza un curso corto en el Taller Literario de la Casa de la Cultura, en 1981. Actualmente en 1984 estudia la licenciatura en letras hispánicas en la misma institución de educación superior.

Se ha creído, y creo que con razón, que es deber del poeta el dar sentimiento y pasión a las cosas insensibles, algo así como la propiedad de los niños de coger cosas inanimadas y, jugando hablar con ellas como si fueran personas vivas:

No hay encubrimientos: es el amor indefinido que revive
 es la estrella de la frente que renace
 es mi encuentro que finaliza en un detalle...
 mi angustia en tus veredas angustiadas
 No esperes nada de mí de oscuridad
 No me digas de tu encuentro
 canta y ríe contigo
 sueña y vuela
 mariposa
 porque sin son ni el aire
 todo fin y camino
 es apenas el inicio de la búsqueda

El poeta se afana. Es la canilla de la poesía dando chorros de vivencias. En estos fragmentos que entresacamos, de aquí y allá, de sus poemas, sentimos cuando el pensamiento se desprende de sus raíces; el ser ve claro, interpreta en sí el sentido de un lenguaje distinto que desea traducir este contacto. Y es que hace lo posible por moverse en torno a esta lucidez y ordena el golpe que viene desde dentro, de lo interior:

En este histórico segundo he tenido tus hombros en la frente
 conté aire con aire tus mil cabellos
 que rayan en ausencias
 En la etapa contemporánea nadie vino a declarar caminos
 con entre cerrojos se clausuró la búsqueda
 en caídas de manivelas se estrelló el mirar
 y ahora te encuentro esparcida en el espacio.
 Te hallo, te invento, te sumerjo y me contengo,
 te soplo, te río, te digo y no me tienes

camino helado entre los pastos secos
te llevo aquí y no en los sueños
y me entristezco cada vez que recuerdas un viaje.

Va Manuel por el territorio abierto de la poesía pisando la audacia, es decir con la gracia total de inventar, de hacer. Ahí las imágenes alborozadas llegan como queriendo construir destruyendo. Ahí la palabra sobre los hombros de los siete jinetes aventureros. Un reto definitivamente anunciador:

Las formas de una victoria desaparecen
porque ayer anduve invitando a las ciudades
qué quiero decir con ello me sacrifico
se pretende crear la voz que escuche
la nueva estructura nos alimenta
como el pescado azul que abre compuertas
y nada veloz de esclusa a esclusa
o sus olores desaparecen manchando el agua
así nosotros aventuramos aún con flores
cambia la forma la ceja, el ojo pero no el cimientto
y en los estrados las mansiones plomas
ahí nos deslizaremos como soportes planos.

Y más adelante en ese mismo poema dice:

Puedo asegurarte que no habrá convencimientos
ni una gota salada caerá sobre la mesa
y mi historia triste no será tergiversada
te invitaré a beber las calles
engrandecidas con tu presencia
te sonreiré a diario durante las tardes muertas
iremos por las esquinas buscando los acordeones
las fiestas de palabras r.o habrá de acostumbrarnos
hay de todo un asfalto de verdades
es casi como un surtimiento que se espera
esta aventura en fuego es un caudal de motivaciones
vámonos estando juntos
vámonos hablándole a la noche
no habrá nada que se contenga. . .
porque yo estoy en ti
que estás en mí.

El asombro le resbala tenuemente, sin parpadeo, dentro del

túnel que se ha construido. Es la ávida mirada la que pone en marcha para dar profundidad al poema. No se deja seducir por las trampas, más bien afronta los riesgos para dar el salto mortal definitivo:

Me buscarán tus brazos temblorosos
entre la multitud oscura que no calla.
Tu corazón se llenará de sangre
cansada ya de preguntar por qué.
Descubrirás que ya viviste
para buscar la muerte
y no sabrán de nuestras risas
porque la nada nos habrá absorbido.

Hay en los poemas de Murrieta algo así como un amor alucinado, algo que le mueve el ánimo para seguir hablando:

Ha regresado la sierra a tus manos
y me conformo con una montaña.
Eres las alas que buscan los pájaros
porque tus vuelos se beben los llantos.

y esto que me parece genial:

Un solo respiro te pido de cambio. . .
y que lo entregues cuando el aire acabe.

y se adentra en la emoción del sentimiento, ese su sentimiento tan especial, que estos fragmentos ya por sí solos son todo un poema. Manuel insiste en su sino y va más allá:

Empecemos por descifrar la herida
en la hora aparecida de la noche.
Empecemos por reiniciar la búsqueda
con tu cabello solar despedazado.
Preguntaré por qué saliste del entorno
para cantar contigo en el encuentro
Electrizado como volcán en el tumulto
esperaré que calle tu silencio. . .
y respirarte como antes con las flores
acariciar tu pena
amantar tu risa
o deletrear tus ojos testigos de mi asombro.

En otras cuatro pequeñas partes del mismo poema dice:

No es sólo la existencia de esta superficie
la que menciona mi sílaba dorada
si fuera así me estrellaría en los muros
cayendo despedazado diariamente.

Sólo quiero un día completo y añejarlo desde ahora
para guardarlo en el secreto de un respiro
un beso
un adiós.

Aquí en este fragmento tenuemente se perfila, sin querer claro, la voz del chiapaneco Jaime Sabines. No importa, ya que la idea primordial del poema no es la misma. Hay ciertos giros que lo emparentan, nada más.

Va el tercero:

Cruzo tu recámara como olfateando verte
pero no estás ni en las escuelas
ni en el aire ni en las tardes.

y el último:

No escucho el paso de tus labios en los libros
ni caen tus palabras a comer naranjas
ni la noche tienta a tus cabellos y jamás
jamás se formarán estrellas con el viento de tus ojos.

Si uno espulga bien, si otea, tres o cuatro versos seguidos dentro de un poema largo demuestran lo dicho anteriormente, es decir: poemas dentro de un mismo poema. Por ejemplo:

Y mi cara
se fue jugando a la mañana
detrás del horizonte respirando por tus ojos.

Otro señalamiento importante en este poeta es que desde febrero de 1982 inicia de hecho su labor periodística en el periódico *Información*, donde aún trabaja como reportero. Antes trabajó más de medio año como operador de télex y auxiliar de redacción en el diario *El Imparcial*.

En este campo ha cubierto la mayoría de las fuentes noticiosas —excepto sociales y deportivas—, y colabora constantemente con entrevistas, reportajes y artículos para la sección cultural y el suplemento literario *Bogavante*.

Es deber hacer notar que fue ahí donde se publicaron por primera vez sus poemas. Entonces, precisamente el domingo 15 de agosto de 1982, fue cuando escribí esto:

Dueño de lo más importante: el don natural, el raigamen poético, Manuel Murrieta Saldívar, llega con paso firme y seguridad creadora hasta los maderos de esta galera —vela y remo—, por lo que, por primera vez *Bogavante* le recibe, le saluda y le bautiza.

Sus palabras, sus poemas que fluyen sin tregua ni freno, con calidad sorprendente, perfila ya que su vocación no es una elección, sino una necesidad. Un paciente, riguroso, constante y consciente trabajo poético de dos años, atestiguan la estatura. Casi en silencio revienta el lucero para alumbrar con verdad y definitivamente señalar que ya es, fuera de toda duda, no una promesa, sino una realidad viva y anhelante.

Es indudable que a Murrieta la experiencia periodística le ha dado material de sobra para fortificar sus vivencias. Ella lo ha empujado a darse cuenta de una realidad viva, algunas veces detonante, dolorosa; otras alegre, optimista. Dentro de sí ha ido forjando el contrapunto tan necesario para la creación.

Y es que como reportero no se conforma con sólo tomar nota y escriturar el sucedido, el acto, la manifestación. Él va más allá. Como un gatito noble observa, analiza, escarba, profundiza. Muchas veces por ello ha recibido la burla ingrata, malqueriente, ignorante e insulsa de varios —no todos— compañeros de oficio. Y es que aquéllos saben, y muy en el fondo, que jamás podrán, aunque lo quieran, escriturar un buen verso. Tan sólo uno. Por eso el poeta no hace caso de mezquindades. Toma el guante como viene, de quien viene y no le importa. Él insiste y además insiste bien. Por ejemplo:

Hoy la vida carcajeó en las avenidas
queriendo despertar a los recuerdos

y saltos y brincos los cazaron
 para que no rodaran al olvido.
 Banqueta tras banquetta surgían unos encuentros
 como diciendo ven
 la calle no te olvida
 como diciendo ven
 la calle es nuestra.

Y es que de todo lo que ve saca provecho, es decir, o mejor repetir lo que alguna vez aseveró Eraclio Zepeda: nunca hay que perder la capacidad del asombro. Y Manuel lo sabe, tan lo sabe, que aquí está sublimizado:

La noche es estrafalaria para dejarla muerta
 el mar no busca su rostro en los amaneceres
 la vida siempre que atrapa sobrevive
 la muerte llama a diario a los que se descuidan.

Ese ajetreo diario, el ir y venir, ese diario restregarse con la vida le ha ido modelando el alma, pero de a de veras. Con humildad retoma el azul iluminado para sí y lo descarga:

Siempre hay la hora de la verdad y nunca se aprovecha
 o tiempo para una sonrisa solitaria
 pero falta un escaso beso que incendie
 De una vez hay que morir sembrando
 y esparcer el triste espacio que llama.
 No hay recomendaciones ni consejos sueltos
 sólo una mirada que rompa los trapos viejos.

En algunos poemas Manuel se pone virgiliano, es decir, casi bucólico:

Ruedo desde los cerros por altas hierbas
 y busco no sé qué busco como viajero
 con su final mareado por los caminos.

Y del mismo poema, tres versos abajo:

Sueño siempre despierto y sin las noches
 contando sueños que nunca sueño,
 se elevan los párpados y miro no sé si miro.

Quiero inundarme en todo, lunas y soles
 con nuestra gente tofando el átomo con el amor
 y ahora lloro viendo manos vacías de no saber.

Ruego en las lejanías lanzadas desde los cactus
 y bailo siempre en silencio sobre el aceite
 de manantial y hierve la flama junto a la puerta.

Trepo con los sonidos por las montañas fosforescentes
 y abajo el olor de pan muriendo cada mañana,
 dejo la sangre que floce en ríos y que me guíen
 hacia los pueblos a oír la gente buscar lo suyo.

Es tan reconfortante sentir, creer y pensar con emoción que el periodismo cuando se transfigura, se metamorfosea: humaniza. Porque eso ha hecho con este muchacho de escasos apenas veinticinco años. Y ejemplo de ello en todo el mundo hay a pasto. Pero que esto suceda aquí en Sonora, sencillamente enaltece, enorgullece, conforta. Es decir, casi parodiando podría ser repetir aquello de: no todo está podrido en las viñas del Señor.

Y Manuel Murrieta no se queda nada más ahí. Él sabe que el poeta es el hombre que conoce el drama del tiempo que se juega en el espacio, y el drama del espacio que juega en el tiempo. Por eso es que:

Aquí las jornadas están muertas
 o van rodando aplastadas en la grava
 y se incrustan junto a los salarios
 y en las necesidades que esclavizan.
 ¡Sal del cuadrado asfalto y busca el otro!
 el otro es largo: cascada negra sin naciones
 o infinito, que marea, como la tierra del que siembra.

Por otro lado en muchos poemas se detectan sus correrías de andariego y es ahí donde se iluminan las nostalgias. Esto que escribió en Iowa, USA:

Fue como inventar lo tibio de mi casa
 bajar las surianas estrellas del desierto
 para enamorarlas como luciérnagas azules
 ávidas de brillantes cascadas espaciales.

O este otro en Canadá:

Mañana se tenderá la carretera con sus rayas
estaremos otra vez contra el destino
somos más en los caminos
¿cuántas lágrimas salpicarán el alba?

Manuel Murrieta ha publicado en folletos literarios editados por estudiantes de letras de la UNISON. También en suplementos de diarios hermosillenses. Es miembro fundador del Taller Literario EL TIBURÓN DESCALZO. Ha dado lecturas en el ITH, en la Universidad de Sonora, en la Universidad del Noroeste y otros centros culturales y educativos. Por lo regular acompañado también por José Teherán y Alonso Vidal.

En otras ocasiones el poeta nos dice el amor en un sentido no menos inmediato, aunque más alto, irónicamente poético, extendido como una luz nueva sobre todas las cosas menudas cotidianas del vivir:

Ven hermosa sombra en caracoles
ríe tu palabra al bien amado
y llórale tu nota de estafada.
Tú miras el ocaso del abismo
y ayunas tus secretos a lo quieto
pero converges con lo oscuro de la vida
y ahí está el papel para que rías.

También le gusta jugar con las imágenes, pero en ello muestra filamentos bien profundos. Esto por ejemplo:

¿Qué vi a mi alrededor cuando moría?
que's que el desierto brillaba sin espuma
que's que la luna lloraba como llanto
que's que la siesta sonaba entre el silencio.

O este otro fragmento en donde realiza el mismo mandoble, pero con intención ásperamente quemante:

Ultima cascada que se seca en el vacío
dos reinas amamantan fantasías
vengo entre los vasos tintineantes
porque los cosmos ahora tienen sangre
en las galaxias.

Pienso que Manuel está de acuerdo con aquello que Víctor Hugo repitió varias veces, aquello que "dentro de uno mismo es donde hay que ver lo exterior. El profundo y oscuro espejo está en el fondo del hombre. Ahí está el terrible claroscuro. La cosa reflejada por el alma es más vertiginosa que la cosa vista directamente. Es más que la imagen, es el simulacro, y en el simulacro hay algo espectral... Al asomarnos al pozo que es nuestro espíritu, divisamos en él a una distancia de abismo, en un estrecho círculo, la inmensidad del mundo".

Tal vez por eso dice:

Ya veo tu sombrero sin aplausos
que es como la sombra con la luna
lo veo y lo releo y dice que no dice.
Ahí vas entre las nubes como muerta
y caen gota a gota marionetas.

Sabe mostrar también su gracia ligera y su destreza como cantor lírico:

No vi tu regreso entre las torres
ni tomé tu cabellera sin el aire.
Yo canto como nadie a la marea
y veo que te sientes como sueño
ven y mírame el camino
saldrá algo atado a tu destino.

En el último poema de este su libro hasta ahora inédito, dice en el fragmento que cierra esta serie:

Vida a vida como yo muero a cada paso de los tiempos
como viajar a las montañas a escondidas
como inventar tu propio juego y ser triunfante
como salir sonriendo solitariamente delicioso
hasta decir que mueres
y las risas se pierden en las calles.

Desde finales de 1982 hasta esta fecha ha seguido escribiendo intensamente, pero eso sí, da un viraje en lo que se refiere a forma y estructura del poema. Otra señal: cada uno de ellos lleva nombre. Veamos:

JAMAS LLEGA

Espero inquieto la espera desolada
corren vuelan imágenes modernas
y arrastran veloces a la historia
juega la fantasía
con sombra y luces juega
nace imaginación del hielo y las prisiones
veo me sumerjo y miro:
llora mi remolino llora y canta
llamando al silencio
a la calma
exterior
que nunca llega. . .

Y es quizá ahora cuando Manuel Murrieta se adentra firmemente en aquello que ya entendió, es decir, en el juego de la "difícil facilidad".

Dejémosle correr por esas aguas:

¿DONDE?

Dónde nacen los vientos
que mi recuerdo
espera?
Dónde se inician los cantos
que poco a poco
escucho?
Dónde camina el nombre
que mi muerte
no encuentra?
La mirada. . . qué sorpresa
Las palabras. . . qué sonidos
Dónde?
—¡dónde!
Qué le indican las pobreza
cuando las más
escriben?
Qué esconde su pecho
cuando el mío
va buscando?
Qué paredes la detienen
cuando hablan

los avisos?
Su mañana... cuando estalla
Sus aromas... cuando llegan.
Dónde?
—¡dónde!
Cuándo sonrías tus frutos
como el niño
que visitas?
Cuándo descansa tu mente
como el corazón
despierta?
Cuándo desapareces
como si fueras
silencio?
Tus andares... cómo invitan
Tus olvidos... cómo llaman.
Dónde?
—¡dónde!
Las protestas, cómo avanzan?
Los caminos, cuándo mueren?
Y las horas, qué te dicen?
Y los sueños, dónde empiezan?
Cómo te trata el mundo?
Cuándo vuelve tu saludo?
Qué la distancia es tan amplia?
Dónde te hallas ahora?
que te acercas
que te alejas
que te espero
que te busco
¡Dónde!
—dónde?

Este poema es de sus más recientes. Fue escrito el 18 de julio de 1984.

Finalmente este otro:

DE SONRISAS

A tientas
sorprendido
me acerco a tus sonrisas,
sábanas

que caen
como azahares
cabizbajo
erizado de amor
y melodías
me dejo envolver con tu sonrisa,
flores esparcidas
entre números
y letras
y procuro dirigirme
hacia tus labios
a tu cara
que el aire
me devuelve
a tu estampa
regalo de la tarde
y me inundo cobijado en tu sonrisa,
milagro de la boca
que no puedo
olvidarla
y me río
sonrío
me río
como antes,
lo que siempre
me atrae de la gente
y me voy contigo
a la banqueta
despejando la noche
como un cuento
y veo que me das otra sonrisa,
mejilla inesperada
de la tierra
y miro
que miras
mi sonrisa
y los dos jugamos
con el rostro
con las manos
con los pasos de la calle
pero siempre protegidos de sonrisas
ejercicios fugaces
que no puedo evitarlos

y te invito
me invitas
te retrato
me retratas
y te digo
me dices
me dices
qué te digo?
y de nuevo terminamos en sonrisas
que calientan avenidas
nuestras venas
y la cafetería
el autobús tardío
...te vas escondida en tu sonrisa
pero sabes
que has dejado muchas?
...delicadas
las levanto
a mi regreso
de prisa ¡pronto!
antes que se congelen
que agonicen
que mueran
que olviden
las revivo en el cuaderno
las conservo
¡porque no siempre las tardes son de risas!

INDICE

Presentación	7
Justificación	9
GENERACIÓN 1930	11
Alfonso Iberri	13
Leopoldo Ramos	21
Gumersindo Esquer	31
Herminio Ahumada	33
Adalberto Sotelo	41
Enrique García Sánchez	49
GENERACIÓN 1940	53
Mosén Francisco de Ávila	55
Armida de la Vara y Robles	67
José Gómez García	75
Jorge Othón	83
GENERACIÓN 1950	85
Alicia Muñoz Romero	87
Bartolomé Delgado de León	103
Luz Aguilar Águila	111
Sobre la Antología de Poetas Sonorenses 1950	115
GENERACIÓN 1960	119
Abigael Bohórquez	121
Algo sobre la Generación 1960	137
Lydia Espinoza Acuña	139
Juan Manuel Corrales	147
Sergio Calderón Valdés	155
Alonso Vidal	169
Abel Pino	187
Juan Eulogio Guerra	195
OTROS POETAS DE LOS AÑOS SESENTAS	211
Óscar Monroy Rivera	213
Cristóbal Ojeda	216
Virgilio Castélum	218
Alejandro Romero Meneses	221
Ignacio Bússani	225
Antonio López Félix	228

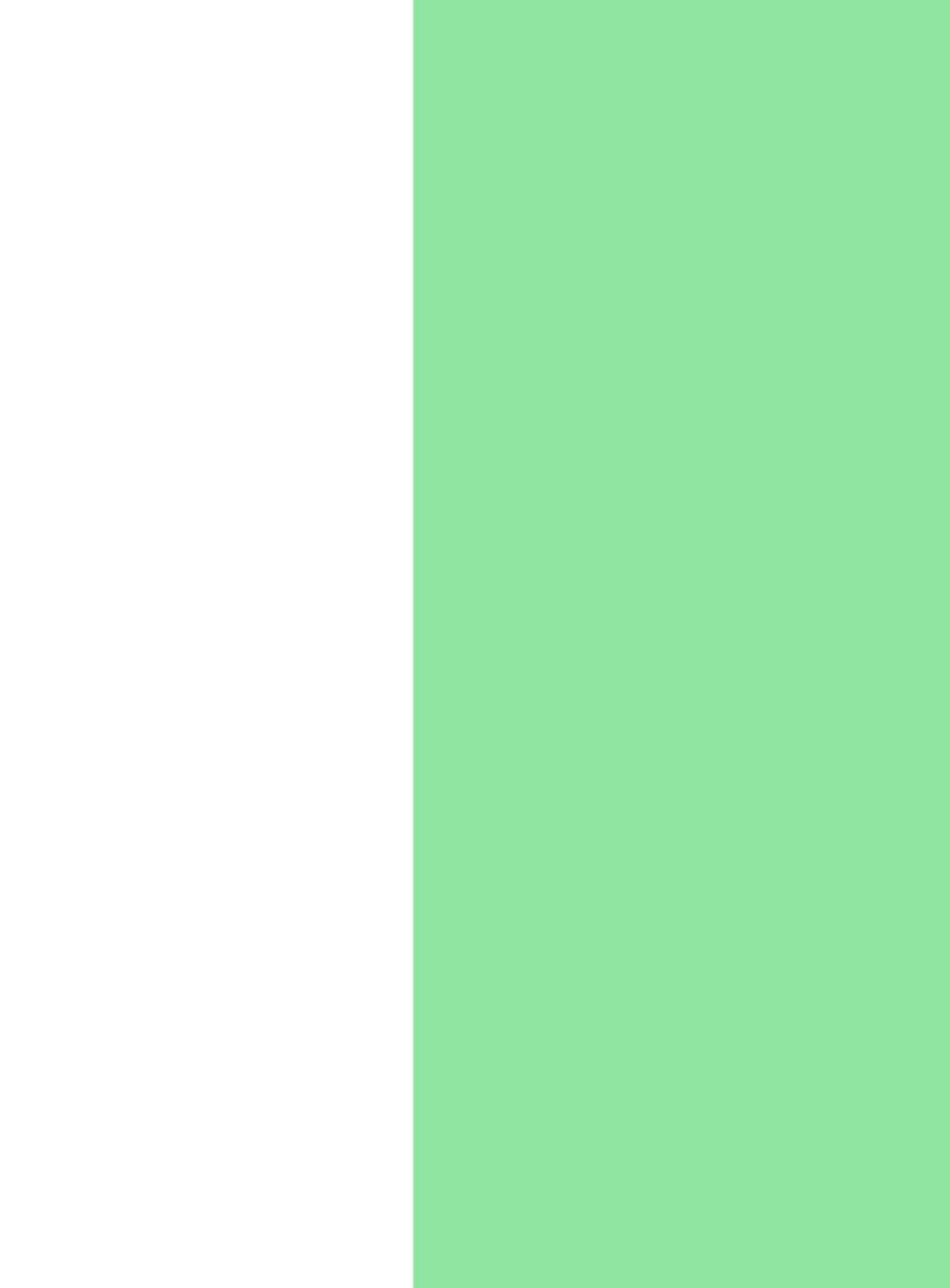
Manuel García Madrid	229
Julio Ernesto Táneri	232
DE LOS POETAS DE CIUDAD OBREGÓN	243
Daniel Delgado Saldívar	248
GENERACIÓN 1970	255
Luis Rey Moreno	255
ALGO DE LA GENERACIÓN DE LOS SETENTAS	273
Arturo Valencia Ramos	281
POETAS DE PUBLICACIONES MARGINALES	291
Obed Gómez	291
Pascual Mora	291
Abril Garay	295
Mario Licón	296
José Juan Cantúa	297
José Luis Ojeda	298
Inés Martínez de Castro	299
Raúl Acevedo Soria	303
Alejandro Sergio Aguilar Zeleny	303
Martín Piña	304
DE LA SERIE: LA POESÍA EN SONORA DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA	307
Armando Zamora Aguirre	307
Gilberto Gastélum Orduña	308
Manuel Antonio Maytorena	309
GENERACIÓN 1980	313
José Teherán	313
Ariel Ballesteros Elías	327
Francisco Luna	331
Miguel Manríquez	335
Martín Enrique Mendívil	339
Greco Sotelo	345
León Fernando Mayoral	349
Conrado Córdova Trejo	355
León Perú	361
Anna St. Clair	363
Manuel Murrieta	371

PUBLICACIONES DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE SONORA 1979-1985

1. Horacio Sobarzo: *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora.*
2. José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo: *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida.* 2ª edición corregida.
3. Alvaro Obregón: *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), 2ª edición corregida.
4. Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios: *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional.*
5. Juan Antonio Ruibal Corella: *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota.*
6. Juan de Dios Bojórquez: *Crónica del Constituyente.*
7. Armando Quijada Hernández: *Sonora, génesis de su soberanía.*
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta* (transcripción y comentarios de Roberto Guzmán Esparza).
9. Charles W. Polzer: *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta,* 2ª edición corregida.
10. Ramón Corral: *Obras históricas.*
11. Cuauhtémoc L. Terán: *Jesús García, héroe de Nacozaari.*
12. Antonio G. Rivera: *La Revolución en Sonora.*
13. Carlos Moncada: *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta.*
14. Horacio Sobarzo: *Crónicas biográficas.*
15. Alfonso Iberri: *El viejo Guaymas.*
16. Agustín A. Zamora: *La Cobetera, mi barrio.*
17. Gerardo Cornejo: *La sierra y el viento.*
18. Juan Antonio Ruibal Corella: *Los tiempos de Salvador Alvarado.*
19. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo,* tomo I.
20. Francisco P. Troncoso: *Las guerras con las tribus yaqui y mayo,* tomo II.
21. Arthur Woodward: *Misiones del norte de Sonora.*
22. Alberto Francisco Pradeau: *Sonora y sus casas de moneda. Álamos y Hermosillo.*
23. Jorge Russek: *Sonora.*
24. Francisco R. Almada: *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses.*
25. Palemón Zavala: *Perfiles de Sonora.*

26. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la Provincia de Sonora* libro I (traducción de Armando Hopkins Durazo).
27. Ignacio Pfefferkorn: *Descripción de la Provincia de Sonora* libro II (traducción de Armando Hopkins Durazo).
28. Gerardo Cornejo: *El solar de los silencios*.
29. Roberto Acosta: *Apuntes históricos sonorenses*.
30. Carlos Moncada: *30 años en esto*.
31. Manuel R. Uruchurtu: *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900)*.
32. Gilberto Escobosa Gámez: *Crónicas, cuentos y leyendas*.
33. Louis Lejeune: *La guerra apache en Sonora* (traducción de Michel Antochiw).
34. Horacio Sobarzo: *Vocabulario sonorenses*.
35. *Temas sonorenses a través de los simposios de historia*.
36. Eduardo W. Villa: *Historia del Estado de Sonora*.
37. Juan Mateo Mange: *Diario de las Exploraciones en Sonora/Luz de tierra incógnita*.
38. Andrés Pérez de Rivas: *Páginas para la historia de Sonora/Triunfos de Nuestra Santa Fe*, tomo I.
39. Andrés Pérez de Rivas: *Páginas para la historia de Sonora/Triunfos de Nuestra Santa Fe*, tomo II.
40. Enriqueta de Parodi: *Cuentos y leyendas*.
41. José Francisco Velasco: *Noticias estadísticas de Sonora (1850)*.
42. Ignacio Zúñiga: *Rápida ojeada al Estado de Sonora (1835)*.
43. Manuel Balbás / Fortunato Hernández: *Crónicas de la Guerra del Yaqui..*
44. Armida de la Vara: *Itinerario*.

Poesía sonorense contemporánea (1930-1985), se terminó de imprimir el día 17 de julio de 1985, en los talleres de IMPRESOS CHÁVEZ, la edición consta de 3 000 ejemplares. La coordinación técnica editorial estuvo a cargo de Servando Morales.



**Publicaciones del
Gobierno del Estado
de Sonora 1979-1985**